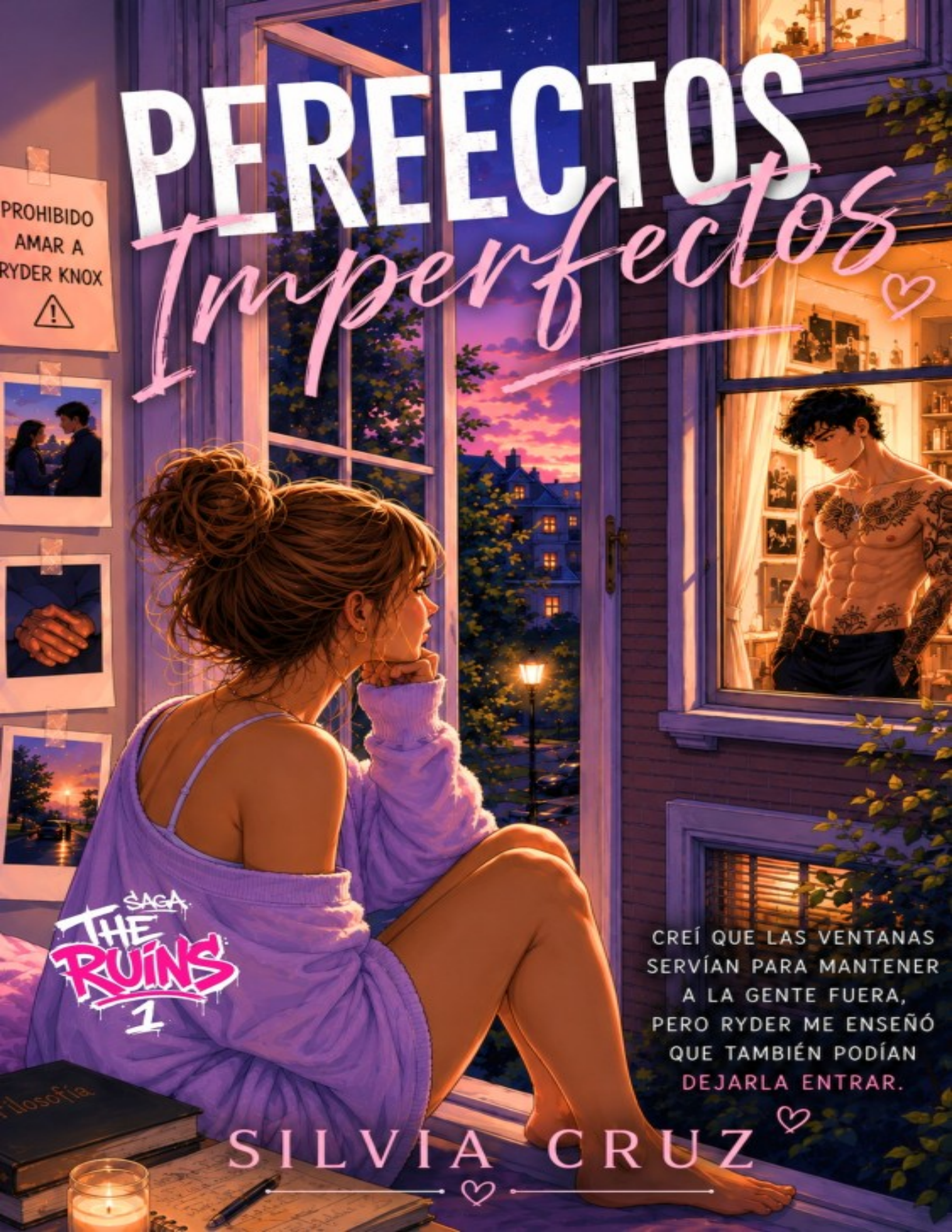
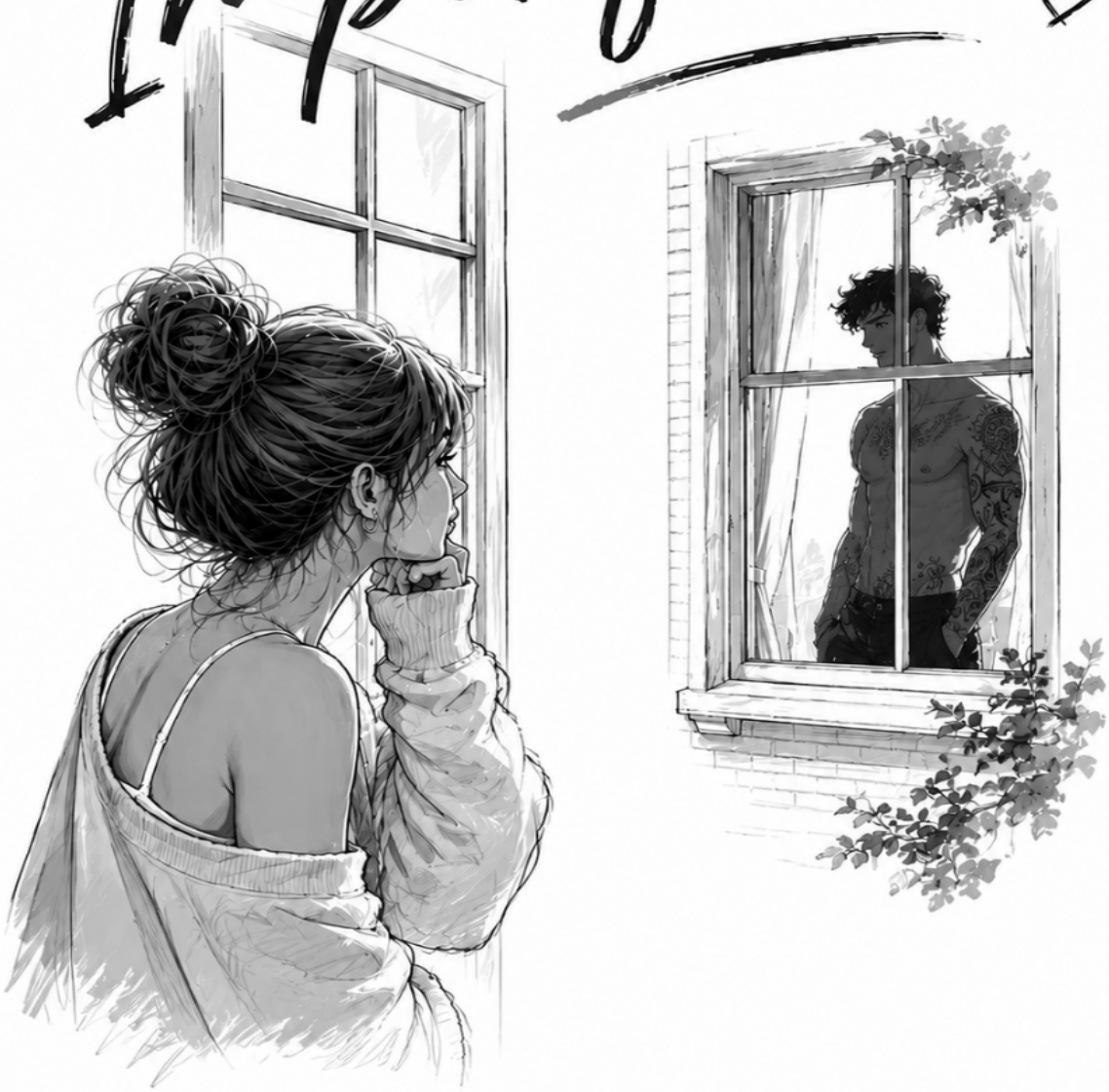

PEREECTOS
Imperfectos
PROHIBIDO
AMAR A
RYDER KNOX
SAGA
THE
RUINS
1
filosofía
CREÍ QUE LAS VENTANAS SERVÍAN PARA MANTENER A LA GENTE FUERA, PERO RYDER ME ENSEÑÓ QUE TAMBIÉN PODÍAN DEJARLA ENTRAR.
SILVIA CRUZ


SAGA
THE
RUINS
1

PEREECTOS Imperfectos



SILVIA CRUZ

Índice

CAPÍTULO 1 SERÁ NUESTRO SECRETO
CAPÍTULO 2 ESTO NO ESTÁ BIEN
CAPÍTULO 3 TRASPASAR LA LINEA
CAPÍTULO 4 LO QUE NADIE VE
CAPÍTULO 5 LO QUE NADIE VE
CAPÍTULO 6 SIGUIENDO LOS MISMOS PASOS
CAPÍTULO 7 ADICTA
CAPÍTULO 8 ¿RUINAS O CIMIENTOS?
CAPÍTULO 9 ¿EXISTE UN NOSOTROS?
CAPÍTULO 10 QUIERO VERTE
CAPÍTULO 11 NÚMERO NUEVE
CAPÍTULO 12 CERCANÍA
CAPÍTULO 13 PELIGRO
CAPÍTULO 14 SOÑANDO
CAPÍTULO 15 FRENTE A FRENTE
CAPÍTULO 16 FILOSOFÍA, TOMATES Y HOYUELOS
CAPÍTULO 17 BUENAS INTENCIONES Y DECISIONES COMPLICADAS
CAPÍTULO 18 FRÍO QUE CORTA
CAPÍTULO 19 DAR LA CARA
CAPÍTULO 20 HOLA, ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

CAPÍTULO 21 SOMOS FAMILIA
CAPÍTULO 22 PERDIENDO EL CONTROL
CAPÍTULO 23 TODAS LAS VENTANAS ME LLEVAN A TI
CAPÍTULO 24 DESPUÉS DE LA TORMENTA LLEGA LA CALMA
CAPÍTULO 25 DESPERTAR
CAPÍTULO 26 NADAR A CONTRACORRIENTE
CAPÍTULO 27 CALORES NOCTURNOS Y VENTANAS ABIERTAS
CAPÍTULO 28 DÍA DE CHICAS Y… DE MENSAJES
CAPÍTULO 29 FILOSOFÍA Y DÓNUTS GLASEADOS
CAPÍTULO 30 ESTRENAMIENTOS Y DISTRACCIONES
CAPÍTULO 31 QUÉDATE
CAPÍTULO 32 CREO QUE TE QUIERO
CAPÍTULO 33 YA NO ME ESCONDO
CAPÍTULO 34 CIMIENTOS
CAPÍTULO 35 BOSTON
CAPÍTULO 36 NUESTRA CANCIÓN
CAPÍTULO 37 RUMORES
CAPÍTULO 38 UN AGUJERO PROFUNDO, OSCURO Y SOLITARIO
CAPÍTULO 39 DIME QUE NO

CAPÍTULO 40 LA ÚNICA PERSONA DE MI MUNDO
CAPÍTULO 41 DONDE SIEMPRE
CAPÍTULO 42 EL ECO DE RYDER
CAPÍTULO 43 VOLVER A EMPEZAR
CAPÍTULO 44 OCEAN EYES
CAPÍTULO 45 ¿QUÉ DEMONIOS NOS PASÓ?
CAPÍTULO 46 SIEMPRE TÚ
CAPÍTULO 47 SI FUERA EL FIN DEL MUNDO, ¿VENDRÍAS A POR MÍ?
CAPÍTULO 48 NUNCA TUVE MIEDO
EPÍLOGO

Para todas las personas que alguna vez
amaron demasiado pronto,
o demasiado fuerte
o en el momento equivocado.
Y para Carla,
la chica del corazón de oro
que consigue siempre
que te sientas querido,
escuchado
y que importas.

Escucha la playlist de este libro escaneando el código QR



CAPÍTULO 1

SERÁ NUESTRO SECRETO

A veces pienso que los chicos del instituto Crow Hill se despiertan cada mañana preguntándose: *"¿Cómo podemos joderle hoy la vida romántica a Ava Monroe?"* Porque no puede ser normal. Simplemente no puede.

Miro el mensaje de Daniel Connel por quinta vez consecutiva mientras estoy tirada boca arriba sobre mi cama, con las piernas colgando por el borde y el ventilador del techo girando lentamente sobre mi cabeza.

Lo he pensado mejor. No creo que sea buena idea.

Ya está. Ese es el mensaje. Ni siquiera un triste emoji para suavizar la puñalada. Resoplo y bloqueo el teléfono antes de hacer algo todavía más patético. Como responder: *¿Por qué?* O peor: *¿Qué hay de malo en mí?*

Porque sí. Ya lo he hecho antes, pero esta vez no pienso sonar tan desesperada.

A veces me pregunto si alguien me ha echado un mal de ojos con los chicos. No puede ser cierto, ¿otra vez? Ayer, cuando salía de las clases del instituto fue el propio Daniel Connel el que vino a por mí, con un destello de ilusión en la mirada, para pedirme una cita. ¡FUE ÉL! Y yo acepté con gusto. Entonces, ¿por qué demonios me ha escrito un mensaje para cancelarla? ¡Joder! i¿Qué demonios tengo que atemoriza tanto a los chicos? Ya van al menos una docena de posibles citas en el último año que han salido corriendo justo después de que yo aceptara. Todos, absolutamente todos coquetearon conmigo, me pidieron una cita, les dije que sí y pocas horas antes de la cita la cancelaron. ¿Habrá alguna especie de apuesta o algo así entre los chicos de Crow High para reírse de mí?

Por suerte, me quedan unos meses para terminar el instituto y pronto me iré de este apestoso lugar a estudiar a la Universidad de Boston. Allí empezaré de cero. "Como una virgen inexperta" se burla de mí mi subconsciente, aunque le respondo "¡No soy virgen, gilipollas!" pero ella vuelve a burlarse de mí recordándome la verdad "Tu consolador rosa fucsia no cuenta como experiencia sexual con hombres". Resoplo y me tiro a la cama de forma dramática.

¿Por qué demonios me pasa esto a mí? Todas mis amigas, absolutamente TODAS han follado ya. Kassy, mi mejor amiga, ha follado ya con cinco chicos diferentes. ¡CINCO! Hasta Jannet, joder, que es la más tímida de mi grupo de amigas. Estoy desesperada. Resoplo y dejo caer el móvil sobre mi pecho.

—Qué te den, Connel —murmuro al techo.

Aunque la realidad es que no quiero que le den. Quería que me besara en el cine. Quería ponerme mona para alguien por una vez. Quería dejar de ser la chica a la que todos parecen desear… hasta que ella también lo hace. Porque ahí desaparecen. Todos. Justo después de que acepto salir con ellos.

Me incorporo frustrada y me recojo el pelo rubio en un moño desastroso antes de levantarme de la cama. La pantalla del móvil vuelve a iluminarse entre mis sábanas arrugadas. Kassy.

Kassy: *¿Entonces qué vas a hacer esta noche?*

Le respondo inmediatamente:

Yo: *Embriagarme hasta olvidar que soy oficialmente la única virgen de Crow Hill.*

Los tres puntitos aparecen enseguida.

Kassy: *Dramática.*

Yo: *Virgen y dramática.*

Kassy: *Te recojo a las nueve. Y ponte algo corto y ceñido. Necesitas recordarles a esos idiotas que tienes un buen par de tetas.*

No puedo evitar reírme un poco.

—Gracias, Kassy. Muy inspirador.

Lanzo el teléfono sobre la cama y camino hasta el armario. Necesito cambiar el mood antes de acabar llorando otra vez por un chico que hace menos de veinticuatro horas parecía emocionado por salir conmigo.

Saco varios vestidos, los dejo sobre la cama y pongo música en el altavoz. *Rude Boy* de Rihanna empieza a sonar en mi habitación. Eso mejora ligeramente mi estado mental. Empiezo a mover las caderas mientras me quito la camiseta enorme de fútbol americano de mi hermano Brian y la dejo caer al suelo. Me quedo solo en bragas y hago una mueca frente al espejo.

—Bueno… al menos mis tetas sí parecen nivel experto.

Cojo el cepillo del pelo y lo uso como micrófono mientras canto a pleno pulmón. Bastante alto y bastante dramática. Pero funciona. Durante unos minutos dejo de pensar en Daniel Connel. En Crow High. En todos los chicos que parecen interesados en mí hasta que acepto salir con ellos y de pronto actúan como si hubiese una maldición pegada a mi coño.

Entonces miro hacia la ventana y me quedo completamente congelada. Ryder Knox está mirándome desde su habitación en la casa de enfrente.

Oh. Mierda.

Mi corazón da un golpe seco contra las costillas.

Está apoyado contra el marco de su ventana abierta, fumando tranquilamente como si no acabara de pillarme bailando semidesnuda como una completa idiota. La luz tenue de su habitación ilumina parte de sus tatuajes y el humo del cigarro se mezcla con el aire de la noche.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que no aparta la mirada. Ni siquiera cuando descubre que lo he visto. Sigue observándome.

Directamente. Está fumando, tranquilo, con esa expresión imposible de leer que siempre tiene. El humo sale lentamente de sus labios mientras sus ojos azules recorren mi cuerpo desnudo de cintura para arriba sin ninguna vergüenza.

Ryder Knox, el chico prohibido, es mi vecino desde hace cinco años. Llegó a aquí, a Oregón, con su padre y su hermano mayor desde Irlanda, Europa, y fue la comidilla del lugar durante mucho tiempo. Yo tenía doce años, él trece, porque, aunque esté en mi mismo curso, tuvo problemas burocráticos para apuntarse en el instituto, y recuerdo lo contenta que me sentí cuando supe que iba a tener un vecino de mi misma edad tan cerca, porque mis amigas viven en la zona pija de Oregón, bastante lejos de donde vivo yo. Ryder y yo nos hicimos amigos al instante, conectamos, nos encantaba estar juntos, pero nuestra amistad no duró mucho. Enseguida mi padre supo que su padre era un maleante menor que a menudo hacía trabajos chungos para los narcotraficantes de la zona y me prohibió tajantemente que me juntara con él y… bueno, aunque me dolió mucho perder su amistad en su momento, el tiempo le dio la razón a mi padre.

Ryder Knox es el paradigma del chico malo: pelo negro revuelto, ojos azules como el hielo, un cuerpo atlético bañado de tinta negra a modo de tatuajes bastante sórdidos, pero, sin embargo, no es tan mal estudiante, o al menos, no lo parece. En Crow High siempre ha pasado desapercibido para los profesores, al menos. Los líos en los que Ryder Knox se mete siempre son fuera de los muros del instituto. Además, se me ha olvidado mencionar que es uno de los jugadores estrella del equipo de fútbol americano del instituto. Quizá por todo esto es un chico indiscutiblemente sexi para el género femenino y tiene tanto éxito entre las mujeres, sobre todo mujeres bastantes más mayores que él, aunque para las chicas que optan a un futuro dorado, Ryder Knox está proscrito. Nadie discute su atractivo, pero tampoco conozco a una chica que se valore lo suficiente que quiera salir con alguien como él o alguno de sus amiguitos. Simplemente todas sabemos que acabarías estrellada en el intento y tu reputación se desplomaría como un edificio que está

siendo demolido y del que solo quedará polvo y cenizas tras su demolición.

Y aun así… Dios. Aun así, es difícil mirar hacia otro lado cuando Ryder Knox te observa.

Tiene el pelo negro desordenado, los ojos demasiado azules y demasiado intensos y esa clase de cuerpo que parece hecho específicamente para hacer malas decisiones todavía peores. En el instituto casi nunca habla con nadie. Solo existe. Como una tormenta esperando el momento perfecto para romper algo. Y ahora mismo me está mirando a mí. Desnuda de cintura para arriba.

Debería taparme. Debería bajar la persiana. Debería dejar de sentir este calor absurdo extendiéndose lentamente por mi estómago. Pero no hago ninguna de esas cosas. Porque por primera vez en muchísimo tiempo siento algo peligrosamente parecido a ser deseada de verdad. Un chico que comparte al fin conmigo una escena íntima y no huye. No. Al revés. Ryder me observa como si jamás hubiese visto algo tan hermoso antes.

Le da una calada lenta al cigarro sin dejar de mirarme. Después inclina ligeramente la cabeza hacia un lado. Como si estuviera estudiándome.

Mi respiración empieza a acelerarse. Entonces Ryder se quita la camiseta lentamente, casi como un desafío, y la tira a un lado. Su torso tatuado queda expuesto bajo la luz tenue. Trago saliva.

Joder. No recordaba que estuviera tan bueno. Y esos tatuajes bajando por su abdomen…. Es increíble lo muchísimo que intimida incluso estando quieto. La música sigue sonando de fondo. *Disturbia* ahora.

Intento actuar normal. Sigo moviéndome un poco al ritmo de la canción mientras me cepillo el pelo frente al espejo, fingiendo que no soy plenamente consciente de Ryder al otro lado de la calle observando cada movimiento que hago y mi cuerpo prácticamente desnudo. Pero soy consciente. Mucho. Tanto que cuando vuelvo a

mirarlo y descubro que sigue ahí, completamente inmóvil, noto un escalofrío recorriéndome la espalda.

Y entonces sonríe. Una sonrisa pequeña, torcida, peligrosa. Mi pulso se dispara. Porque hay algo en esa sonrisa que se siente demasiado íntimo. Como si acabáramos de compartir un secreto. Como si él supiera perfectamente lo que está provocando en mí.

Dios mío.

Aparto la mirada un segundo para respirar. Cuando vuelvo a mirar hacia su ventana, Ryder ya no sonríe. Ahora parece serio otra vez. Más serio que nunca. Y durante unos segundos absurdos siento que va a hacer algo. Que va a saltar de su ventana. Que va a cruzar la calle. Que va a aparecer por mi ventana. Que va a terminar con esta tensión insoportable de alguna forma.

Pero no lo hace. Solo aplasta el cigarro contra el alféizar. Sin dejar de mirarme. Después extiende la mano lentamente hacia la cortina. Y la cierra. Dejándome sola. Parada en mitad de mi habitación. Con el corazón latiéndome tan fuerte que parece una humillación.

¿Qué demonios ha sido eso? ¿Y por qué siento unas ganas terribles de que vuelva a hacerlo otra vez?

CAPÍTULO 2

ESTO NO ESTÁ BIEN

Kassy, Jannet, Selena y yo llegamos a The Ruins poco antes de las once. Así es como llamamos a la vieja casa abandonada que hay a las afueras de Crow Hill. Hace años perteneció a un viejo huraño que murió solo y sin dejar herederos, y desde entonces el lugar se convirtió, de alguna manera, en territorio adolescente.

The Ruins ya no parece realmente una casa abandonada. Ahora parece el caos juvenil hecho lugar físico. Entre todos hemos ido trayendo muebles viejos que nuestros padres querían tirar, colchones rescatados de la basura, sofás medio rotos y hasta luces LED cutres que alguien consiguió conectar milagrosamente sin provocar un incendio. Está todo lleno de grafitis, pero eso le da carácter.

La mayoría de la gente de Crow High se ha emborrachado por primera vez aquí. Ha vomitado por primera vez aquí. Ha llorado por alguien por primera vez aquí. Y probablemente también ha follado por primera vez aquí.

Aunque en esa categoría, tristemente, yo sigo fuera del ranking.

La música se escucha incluso desde el camino de tierra que lleva hasta la entrada de la casa. Hay coches aparcados por todas partes y grupos de chicos fumando fuera mientras las luces de colores atraviesan las ventanas rotas del piso de arriba.

—Vale, Monroe —dice Kassy agarrándome del brazo—. Esta noche nada de pensar en Daniel Connel.

—¿Quién es ese? —pregunto dramáticamente.

—Ni siquiera has empezado a beber y ya estás actuando como una borracha despechada —dice Selena.

—Una borracha despechada sexy —corrijo.

Entramos riéndonos y enseguida vamos directas hacia una de las neveras portátiles del salón principal. Cojo una cerveza fría y doy un trago largo mientras la música retumba bajo mis pies.

Por primera vez en todo el día siento que quizá pueda olvidarme de la humillación de esta tarde.

Shake it off de Taylor Swift empieza a sonar por los altavoces y Kassy grita emocionada antes de empezar a bailar como una loca en mitad del salón. No tardamos ni diez segundos en unirnos.

El alcohol empieza a calentarme el cuerpo rápidamente mientras bailo con las chicas entre risas y empujones. Cierro los ojos un instante y, sin querer, vuelvo a pensar en Ryder Knox observándome desde la ventana de enfrente.

Joder. Estoy tan desesperada que acabo de imaginarme desnuda frente a Ryder Knox y él tocándose por mí. Abro los ojos inmediatamente. No. Definitivamente no. Ni hablar. Mi cerebro necesita ayuda profesional. ¡Oh, mierda! Debo estar muy desesperada si tengo ahora fantasías con el siniestro de Knox.

Kassy me hace un gesto extraño con la cabeza. Sigo la dirección de su mirada y me encuentro con Daniel Connel observándome desde el otro lado del salón.

Ah. Así que sí ha venido. Va acompañado de sus amigos y tiene una cerveza en la mano, pero apenas parece prestarles atención. Me mira directamente a mí. Y otra vez vuelvo a sentir esa mezcla horrible entre rabia y humillación. No entiendo nada. Si no quería salir conmigo, ¿por qué me mira así? ¿Por qué parece arrepentido? Yo habría dicho que sí a literalmente cualquier cosa que me hubiera pedido. Pero ya da igual.

Ahora mismo ya no quiero que se me acerque. Me siento demasiado dolida y con el ego demasiado magullado como para perdonar otro desplante a última hora. Quizá para él no tenga tanta importancia, pero para mí ha sido el duodécimo desencanto a mi

corta edad, la duodécima vez que han jugado con mis sentimientos y jamás ni una sola vez he sido complacida con una puta cita al completo que me deje mostrar lo que tengo que ofrecer.

Así que le pongo mala cara y sigo bebiendo y bailando con mis amigas mientras ignoro a Connel. Aunque no dejo de sentir su mirada sobre mí en toda la noche.

Pasan las horas y las chicas y yo estamos cada vez más borrachas. Tampoco dejamos de bailar con todo el que se nos acerca y al fin siento que estoy sanando de la herida que me dejó Connel esta tarde. Por fortuna no ha sido demasiado profunda. Eso es lo bueno de no ir más lejos con nadie, que no hay herida profunda que sanar. Mis amigas, sin embargo, han tenido que sufrir rupturas espantosas y ya se han enamorado más de una vez. Yo no. Soy intocable ¡Ja! Pero en realidad no tiene gracia. No me quiero quedar toda la vida sola, como mi padre decidió hacer tras la muerte de mamá.

Ya es de madrugada cuando estamos completamente borrachas y desmadradas. Selena está liándose con un tío random en el sofá, Jannet está hablando con un tipo que está de intercambio que es de algún país de Europa y estará aquí durante todo el último curso del instituto, Kassy está bailando con dos amigos de mi hermano Brian, que está ya en la universidad. Nuestras fiestas son tan guais que hasta los mayores vienen. Y yo estoy bailando con uno de los amiguitos de Connel que se ha ido acercando lentamente hacia mí durante la noche, Jade Scott. Me viene bien bailar con él para que ese bobo vea lo que pierde.

—Connel dice que lo siente mucho —me dice Jade de repente al oído mientras estamos bailando bien pegados y yo estaba sonriente dándolo todo, pero sus palabras me enfadan y me cambian el mood.

—Pues dile a Connel que me importa una mierda lo mucho que lo siente —le digo enfadada— y que espero que se le pongan los huevos azules y no pueda follar nunca más en su vida.

Jade se ríe de mi respuesta y me coloca un mechón de pelo tras la oreja en un gesto demasiado tierno. Cosa que me descoloca y me

hace mirarlo con otros ojos. Es mono…

—¡Hey! ¡No te enfades conmigo! Solo soy el emisario —dice con voz seductora—. Yo nunca habría cancelado una cita con la chica más guapa de Crow High.

—¿Te parezco guapa? —mi corazón da un salto absurdo y pregunto envalentonada por el alcohol.

—¿Estás de coña? Eres un puto pibón, Monroe.

Durante un segundo horrible y emocionante creo que por fin alguien va a elegirme. Así que sonrío. Y me lanzo al vacío.

—¿Quieres follar conmigo?

Oh, dios mío. ¿He dicho eso en voz alta? Por la cara de Jade… sí. Definitivamente sí.

Empiezo a reírme de pura vergüenza mientras él parece debatirse entre el shock y la ilusión más absoluta.

—¿Hablas en serio, Ava? —pregunta y parece ilusionado mientras yo asiento con la cabeza y una sonrisa traviesa en el rostro— ¡Joder! Yo… —mira un segundo hacia donde está su amigo, el estúpido Daniel Connel y luego a mí. Parece que va a decirme que sí y mi cuerpo se tensa ante la emoción del momento cuando de repente sus ojos se desvían hacia la entrada de The Ruins y veo que el rostro de Jade palidece y da dos pasos atrás alejándose de mí.

Mi mirada vuela hacia donde están clavados los ojos de Jade y me encuentro nada más y nada menos que con mi vecino, el mismísimo Ryder Knox, y sus amiguitos Carter James, Nicolas Stone y Justin Maloni. ¿Qué hacen estos aquí? No suelen venir a nuestras fiestas. Bueno, a veces aparecen a última hora cuando todo el mundo está borracho como una cuba para hacerse ver un ratito, recordarnos al resto de los mortales lo malotes que son e intimidarnos para que no olvidemos que son los putos amos. Yo hoy no tengo ganas de dejarme intimidar y continúo bailando mientras observo como Jade Scott se va alejando poco a poco de mí y vuelve a reunirse con su grupo de amigos.

—Lo siento, Ava —susurra con una mirada triste— de verdad que lo siento. En otra ocasión sin duda será.

Cobarde… Lo que no sabe Scott es que una vez me dicen que no ya no quiero volver a intentarlo, porque, ¿quién me garantiza que no habrá un segundo no? Y, por lo que he visto de mis amigas, los siguientes noes duelen más. De modo que lo ignoro y continúo bailando sola con mi borrachera en mitad de la pista de baile. Ignoro a todo el mundo, hasta al imbécil de mi vecino. No quiero mirarlo porque corro el riesgo de preguntarle la misma estupidez que le he preguntado a Scott hace unos instantes y no pienso caer tan bajo de follarme a ese pseudo criminal. Así que sigo bailando con los ojos cerrados y disfrutando de mi momento.

De repente siento unas manos masculinas agarrarme por la cintura. Alguien baila tras de mí y joder, sus movimientos son sensuales y baila muy bien. Y… dios mío… huele a… huele a no sé a qué, pero algo muy follable. Pero aún no quiero girarme a ver de quién se trata y rompa la magia tan pronto. Sobre todo, porque me acabo de dar cuenta de la cara con la que me miran Daniel Connel y sus amigos y… joder Kassy también está mirándome con el rostro pálido y los ojos casi salidos de sus órbitas. ¿Quién…?

—Hola, cosita —no…— Vaya, no esperaba verte hoy de nuevo —una voz grave y profunda con un reconocidísimo rastro de acento irlandés me susurra en el oído y me estremezco. ¡Oh, no, no, no! Bajo mi mirada a las manos que me aprietan de la cintura y me congelo al notar la tinta negra que las recubre. Mierda. Es Ryder.

—Suéltame, Ryder —susurro para que solo él me oiga porque estoy siendo ahora mismo el centro de todas las miradas, pero por las razones equivocadas.

—Tranquila, cosita. Solo venía a decirte que tienes unas tetas increíbles y que tu bailecito de antes ha sido tan impresionante que me ha tenido tenso toda la tarde.

Me giro con los ojos muy abiertos y me encuentro con la mirada azul clara de Knox y una sonrisa canalla encantadora. No lo había

visto tan guapo nunca como ahora, ¿será cosa del alcohol? No, las cosas como son, Ryder Knox es guapo. Más bien guapísimo. Está jodidamente bueno, ¿vale? Pero créeme, no querrías nada con él. No, de verdad, lo digo en serio. No está bien de la cabeza. Siempre anda metiéndose en problemas. O su familia. O sus amigos. Es un caso perdido.

Sin embargo, heme aquí mirándole la boca de manera lasciva y mordiéndome el labio de pensar lo que le dejaría hacer a esa boquita ahora mismo si… ¡Oh, por favor, que alguien me rescate!

—No me mires así o verás lo que…

—¡AVA! —nos interrumpe Kassy tirando de mi brazo, separándome del peligro y rompiendo finalmente mi hechizo. ¡Gracias al cielo! —Vámonos, mi padre nos va a matar si llegamos más tarde.

Me dejo arrastras por Kassy hacia el exterior, sintiendo la mirada clavada en mí de Ryder y su sonrisa perversa. Jannet por lo visto ya se ha ido hace rato con su hermano y no me he dado cuenta y Selena va a pasar la noche con un chico que se ha ligado, me explica Kassy. Yo apenas presto atención y miro constantemente hacia mi espalda para ver si Ryder me sigue y sale hacia afuera o no. ¿Quiero que lo haga? No, no quiero que lo haga. Bueno yo… ¡no, no!

—¡Hey! Deja de pensar en ese tío —me grita Kassy dándome toquecitos en la mejilla— no estás tan desesperada para meterte con Knox, ¿verdad? —niego con la cabeza, pero no digo nada porque no estoy muy convencida. Mañana cuando ya no esté borracha volveré a estarlo—. En serio, Ava. Knox solo te destrozaría. ¡Eres virgen, por dios! Además, en el proceso también destrozaría tu reputación para siempre. Ningún chico se atrevería a acercarse a ti si pensara que Ryder Knox te tiene en su radar. No follarías nunca más.

—¿Acaso estoy follando ahora? —pregunto indignada con una voz demasiado emborronada con el alcohol.

—Aun tienes otras opciones. Vámonos a casa, anda. Antes de que hagas más tonterías hoy.

Kassy me arrastra de la mano calle abajo y yo la sigo, pero voy protestando todo el camino como la ridícula borracha, virgen y constantemente plantada que soy.

—¡Quiero hacer tonterías, joder! ¡Estoy en la jodida edad de hacer tonterías! —grito a pleno pulmón mientras sigo andando por la calle con Kassy a mi lado en dirección a su casa. Kassy me pide que me calle. La estoy avergonzando. Pero no lo hago porque necesito desahogarme—. ¡No me callo, joder! ¡Quiero hacer tonterías, ¿me oís?! ¡Y follar! ¡Follar mucho!

—¡Ava, maldita sea, está todo el vecindario durmiendo! —me regaña Kassy en parte avergonzada y en parte muerta de risa.

—Esto es una mierda, Kassy. ¡Mi vida es una mierda, ¿me oís?! —grito de nuevo y Kassy estalla en una carcajada mientras tira con más fuerza de mi mano en dirección a su casa.

Me río yo también y llegamos a su casa entre risas e intentando no hacer ruido para no despertar a sus padres, pero tropiezo con todo de camino a su habitación. Finalmente me tiro en la cama supletoria de la habitación de Kassy, cual estrella de mar, con el vestido aun puesto y el maquillaje hecho un desastre y me quedo dormida en cuanto mi cuerpo toca el colchón.

CAPÍTULO 3

TRASPASAR LA LINEA

Desde que llegué a casa me metí en mi habitación y no he parado de mirar hacia la ventana. Me estoy volviendo una enferma. No me he puesto a la vista, pero no por falta de ganas, sino porque sé que, si hago lo que tengo en mente, traspasaré una línea que no estoy segura de querer traspasar y ya no podré volver atrás.

Estoy vestida con un pijama de lencería, de pantaloncito y top entallado y bastante transparente, que no deja mucho a la imaginación. Podría pasar por delante de la ventana sin mirar hacia la habitación de Knox, ¿verdad? Hacer como que es algo casual. ¡Por dios, estoy en mi habitación! Puedo moverme por aquí como me dé la gana y con lo que me dé la gana. No estoy haciendo esto por él. ¡Para nada!

Lo hago por mí. Porque estoy harta de ser invisible e insuficiente. Estoy cansada de inseguridades, mierdas mentales y ser siempre la última en despegar. Quiero experimentar. ¡Joder, estoy hambrienta de experiencia! ¡Famélica! Quiero ser simplemente normal.

"*Está bien, Ava. Vas a hacerlo. No vas a mirar hacia su ventana. Solo vas a pasar rápidamente por delante de la ventana y te vas a imaginar que tu protagonista favorito de tu dark romance de referencia te está mirando con deseo. Puedes hacerlo. Solo déjate ver un poco y vuelves aquí.*" Me hablo a mí misma y aprieto los ojos. Doy una respiración más profunda de lo normal y sin pensarlo más me paseo por delante de la ventana como si fuera a coger algo del otro lado. Pero cuando estoy justo pasando por delante de mi ventana noto que un calor extraño me sube por el estómago y me pongo colorada. Mierda, ¿se notará que tengo los labios pintados? No parezco casual en absoluto. Maldita sea, Ava, vuelve a donde no te pueda ver.

Cuando vuelvo a estar lejos de la ventana me pego a la pared y comienzo a respirar como si hubiera recorrido una maratón. Me muerdo los labios y luego pienso… ¡Joder, si no miro hacia su ventana no sé si me está viendo o no! Tengo que volver a hacerlo y mirar disimuladamente a la ventana de Knox, Ava.

—Está bien, vamos allá —vuelvo a inspirar con fuerza y me hablo en voz alta.

Vuelvo a pasar por delante de la ventana y miro con disimulo hacia la ventana de Ryder Knox y lo veo, pero él no me ve a mí. Está de espaldas a la ventana, sentado en su silla del escritorio, jugando a videojuegos, creo.

Me quedo mirando hacia su dirección quieta, pensando en algo que pueda llamar su atención. Entonces me acerco a mi equipo de música y pongo la canción de *Shameless* de Camila Cabello y comienzo a bailar con los ojos cerrados, sin atreverme a comprobar si mi movimiento ha surtido efecto o no.

Pero a mitad del baile no puedo evitar abrir los ojos y me quedo clavada en el sitio cuando veo a Ryder asomado a su ventana, fumándose un cigarrillo y llevando únicamente unos pantalones de chándal que cuelgan de sus caderas seductoramente. Se me agita la respiración y vuelvo a moverme todo lo seductoramente que puedo con la mirada clavada en él.

Veo como su respiración también se acelera con mi bailecito y sonrío con picardía. Ryder me devuelve otra sonrisa, preciosa, de esas que incendian bosques.

De repente veo como Ryder pasa por su torso su mano derecha e inicia un descenso hasta acabar metida en sus pantalones mientras que la izquierda sujeta el cigarrillo. Me quedo inmóvil. ¿Qué está haciendo? ¿Va a…? ¡Oh, dios mío! Se acaba de sacar la polla y comienza a masturbarse sin dejar de mirarme. Joder.

Ava, sal de su vista, me digo, pero mis pies siguen clavados en el sitio, mirando como Ryder Knox se da placer con sus ojos puestos en mí. Me hace un gesto de repente con la mano que tiene

libre señalándose los ojos. ¿Me está diciendo que quiere ver más? Me observo a mí misma y creo que ya estoy mostrando mucho más de lo que debería. ¡Si hasta tengo los pezones duros y pueden verse perfectamente a través de la tela! Vuelvo a mirarlo y me insiste con un gesto de cabeza mientras sigue dándose placer. Su boca se entreabre y su respiración se hace más errática mientras sube el ritmo con su mano. *¡Ay dios! ¿Por qué esto es tan sexi?*

Sin pensar mucho más me quito la camiseta con decisión y le muestro mis tetas sin obstáculos mientras vuelvo a moverme al ritmo de la música. Ahora suena *Into It* de Chase Atlantic, una melodía muy sexi. Me toco las tetas, los labios, contoneo las caderas y no aparto la mirada de Knox. Estoy loca, lo sé.

Creo que esta es la situación más íntima que he vivido nunca con un chico y por eso sigo y me muevo cada vez con movimientos más sensuales y provocativos hasta que mis ojos captan que Ryder echa hacia atrás su cabeza, se le tensan los abdominales, y comienza a eyacular sobre su mano derecha aún con el cigarrillo entre los labios, pero su mirada siempre puesta en mí. Me quedo quieta y vuelvo a contemplarlo sin ápice de vergüenza, pero con toda la curiosidad del mundo mientras él sigue sacudiendo su bastante impresionante polla y sigue dando los coletazos finales de su orgasmo sobre su mano. Cuando termina lo veo desviar levemente su mirada hacia uno de sus lados, coje un pañuelo y se limpia los restos de su orgasmo mientras me sonríe con malicia con su cigarrillo en la boca. Después tira el cigarrillo por la ventana, se da la vuelta y se va de su habitación apagando la luz tras él.

Joder… ¿De verdad he hecho esto? ¿Y por qué no me siento mal por ello? Bueno, la respuesta no es tan compleja: porque no me ha tocado. No tengo que sentirme mal porque no he hecho nada con el chico prohibido. Solo estoy en mi habitación, haciendo lo que cualquier chica de mi edad haría, ¿verdad?

CAPÍTULO 4

LO QUE NADIE VE

El lunes en el instituto Kassy y Selena me cuentan un chisme del barrio pijo en el que viven. Al parecer, Nick Stone, uno de los amiguitos de mi secretito (así es como llamo ahora a Ryder Knox) se estaba acostando con la mujer de un vecino de Selena, el hombre los pilló infraganti en la cama y Nick Stone salió medio desnudo de la casa entre risas, el muy descarado. Lo peor es lo que me cuentan después, pues el marido de esa mujer le dio una paliza a su mujer y tuvieron que llamar a la policía para detenerlo y que no cometiera una atrocidad aún mayor. Selena y yo estamos consternadas con la actuación del marido, pero Kassy parece que lo encuentra gracioso. Esas cosas son las que no me gustan de mi amiga Kassy. A veces tiene un lado perverso y oscuro que no consigo entender y mucho menos compartir.

Kassy hace referencia constantemente a que no entiende por qué esa mujer eligió a un don nadie como Stone como amante poniendo a su matrimonio en peligro cuando el marido de la mujer era rico. Yo intento explicarle que el dinero no lo es todo, pero cuando me pongo así de, según ella "filosófica y absurdamente sentimental", ella simplemente pone los ojos en blanco y me ignora.

Estoy tan conmovida con la historia que casi no me doy cuenta de que estamos a punto de cruzarnos con "mi secretito" por el pasillo si no es porque Kassy y Selena se callan de repente y eso hace que yo mire al frente para ver qué pasa. Me quedo congelada al ver los ojos azules que me observan de repente, pero acto seguido desvío mi mirada a mis amigas y sonrío falsamente, deseando que no noten que me tiembla todo el puto cuerpo con solo cruzarme con Ryder Knox.

Y mientras cruzamos por su lado pido al cielo y a todos los santos que él me ignore de la misma forma en que yo lo hago. Respiro

aliviada cuando pasa por nuestro lado sin volver a alzar la vista ni decir un solo comentario, ignorando nuestra presencia, así como yo supliqué en silencio que hiciera. Aunque ahora que he pasado de largo de él, la tentación de volverme y mirarlo me abrasa por dentro, pero consigo retenerme.

Durante las tres horas siguientes me olvido por completo de "mi secretito" y el fin de semana tan raro que he vivido con Ryder Knox y simplemente sobrevivo a una hora de historia contemporánea, otra de literatura y otra de ciencias.

Aunque, bueno, en ciencias comienzo a ponerme nerviosa hacia la mitad de la clase porque comienzo a recordar que después del descanso tengo filosofía y Ryder Knox está en mi jodida clase de filosofía. *Mierda.*

Tengo que ir rápido para coger un sitio en el frente de la clase, porque él siempre se sienta al final. Para colmo ninguna de mis amigas está en clase de filosofía pues Selena y Kassy están en economía y Jannet está en música.

Me despido apresuradamente de todas ellas en cuanto suena la campana y quedamos en vernos a la salida para irnos juntas a casa y salgo pitando hacia la clase de filosofía.

Pero cuando llego, a pesar de que no hay muchos alumnos aun, sí que está el profesor Harris y las sillas de los alumnos están colocadas haciendo un círculo. Miro al profesor, perdida, y él me hace un gesto para que elija un asiento cualquiera, prometiéndome que la clase de hoy será interesante. Me guardo un bufido y pongo los ojos en blanco mentalmente mientras tomo un asiento.

Los alumnos comienzan a entrar y a tomar asiento. No veo a Ryder entrar aun y rezo de nuevo para que hoy decida no venir a esta clase. Antes me ha funcionado eso de rezar, así que, ¿por qué no probarlo de nuevo? Uno de los asientos que está a mi lado es ocupado por Lizzy, una chica que es bastante estudiosa, pero el asiento que está a mi izquierda sigue libre. Miro con ojos suplicantes a todo el que entra para que elija sentarse a mi lado antes de que

aparezca mi vecino ponzoñoso y lo haga él y de repente veo que Jade Scott, el amigo de Daniel Connel con el que bailé en la fiesta del sábado entra, me sonríe y, al ver que yo le sonrío igual, parece decidido a sentarse a mi lado, pero de repente se tensa, mira hacia atrás en dirección a la puerta y da dos pasos hacia atrás. Miro a la puerta y no veo a nadie, pero, como por arte de magia Ryder Knox aparece justo en ese instante y me pilla mirándolo con cara de estúpida.

Esta vez es él quien aparta la mirada de la mía. Solo quedan dos asientos libres y dos personas por sentarse: Jade y él. Ryder mira a Jade y le pregunta dónde se sienta él. Jade, un poco tenso, señala otra silla libre que queda, al otro extremo de donde estoy yo. *Maldición.*

Ryder se quita la mochila del hombro y toma asiento a mi lado, sin mirarme y sentándose como si no hubiera pasado nada entre él y yo. Me obligo a mirar hacia adelante yo también y trato de ignorar el calor que desprende su cuerpo hacia mí. Trato de no respirar el aroma tan viril que emana su piel. Trato de simplemente respirar como un ser humano normal.

La clase comienza y el profesor Harris tiene la brillante idea de sacarnos uno a uno al centro y hacer que nuestro compañero sentado a nuestra izquierda nos haga una pregunta comprometida que tenga que ver con algún razonamiento filosófico.

Me cago en mi vida. ¿Ryder va a preguntarme a mí? Mierda. Mierda y mierda.

Van pasando los turnos y apenas soy capaz de escuchar lo que mis compañeros dicen. Solo soy consciente de que me sudan las manos y de que estoy más nerviosa incluso que cuando me desnudé para Ryder anoche de cintura para arriba. No sé por qué, pero en las cuatro paredes de mi habitación me siento protegida, pero saber que voy a estar en el centro de todas las miradas y que Ryder puede preguntarme cualquier barbaridad que se le venga a la mente

delante de todos, después de todo lo que hemos hecho, simplemente me aterra.

Mi turno llega sin más remedio y cuando el profesor anuncia mi apellido me obligo a ponerme en pie y a plantarme delante de todos. Y también obligo a mis ojos a sostenerle la mirada a Ryder Knox, que también me mira como si estuviera de nuevo desnuda frente a él o como si me quisiera despellejar delante de todos, no lo tengo claro. Lo que sé es que me tiemblan las piernas y el pulso se me ha acelerado.

Ryder tarda varios segundos en hablar. Segundos que se me hacen eternos. Tiene un brazo apoyado sobre el respaldo de su silla y la mirada fija en mí de esa forma tan suya que hace que me olvide de respirar correctamente.

Entonces ladea un poco la cabeza.

—¿Crees que hacer algo en secreto lo convierte automáticamente en algo malo? —pregunta al fin.

El corazón se me detiene.

La clase permanece en silencio esperando mi respuesta, pero estoy bastante segura de que nadie más entiende realmente qué acaba de preguntarme. Porque Ryder Knox no está hablando de filosofía. Está hablando de nosotros. Me quedo paralizada por unos segundos, pero me obligo a responder.

—No creo que hacer algo en secreto lo convierta automáticamente en algo malo —respondo intentando que mi voz no tiemble—. A veces la gente esconde cosas simplemente porque sabe que los demás no las entenderían —me obligo a apartar la mirada de Ryder y continúo—. O porque hay cosas que… cambian cuando otra gente las mira. Cosas que quizá solo tienen sentido para las personas que las están viviendo. —El aula permanece en silencio y noto el corazón golpeándome demasiado fuerte contra las costillas —. Supongo que todos tenemos partes de nosotros mismos que preferimos mantener privadas. Y eso no significa necesariamente que sean malas. Solo… personales —trago saliva—. Aunque claro…

también creo que cuando escondes algo es porque sabes que existe una posibilidad de que esté mal. Si no, probablemente no tendrías miedo de que alguien lo descubriera.

El profesor asiente satisfecho con mi respuesta y me hace un gesto para que vuelva a sentarme.

Camino de regreso a mi silla intentando aparentar normalidad, aunque siento el pulso latiéndome hasta en la garganta. En cuanto me siento, Ryder se inclina apenas hacia mí. Lo justo para que el olor de su colonia vuelva a marearme.

—No ha estado mal, cosita —murmura con una sonrisa apenas perceptible. No me mira al decirlo.

Ryder se levanta entonces y ocupa el centro del círculo mientras algunos compañeros se remueven incómodos en sus asientos. Siempre ocurre eso con él. Es como si incluso la gente que finge no tenerle miedo no pudiera relajarse del todo cerca de Ryder Knox.

La chica sentada a su izquierda, Megan, lo observa unos segundos antes de hablar.

—¿Crees que las personas pueden cambiar realmente… o solo aprenden a esconder mejor quiénes son?

El aula queda en silencio. Ryder baja la mirada unos segundos hacia el suelo, pensativo. Después se encoge apenas de hombros.

—Creo que la mayoría de la gente ni siquiera intenta conocerte realmente —dice al fin con tranquilidad—. Solo deciden quién eres y ya está.

Trago saliva. Porque, aunque no me está mirando, siento cada palabra como un golpe directo al pecho.

Ryder continúa:

—Si tu padre es un cabrón, piensan que tú también lo serás. Si vienes de un sitio problemático, creen que terminarás igual que la

mayoría de la gente de ese lugar. A la gente le encanta poner etiquetas a otros porque así no tienen que molestarse en mirar más allá. —El profesor parece sorprendido por la respuesta. Yo también. Ryder levanta apenas la vista, mirando a algún punto perdido del aula—. Así que supongo que llega un momento en que dejas de intentar convencer a nadie de lo contrario —hace una pausa—. Te construyes un caparazón. —El silencio en clase se vuelve incómodo —. Aunque… —añade finalmente con voz más baja— creo que siempre hay alguien ante quien sí te gustaría poder dejar de fingir.

El corazón se me detiene. Y de pronto miro a ese chico con unos ojos distintos a los que siempre había utilizado con él. Yo también lo he prejuzgado por ser hijo de quien es. Todos aquí lo hemos hecho. No le hemos dejado otra opción que finalmente ser quien todos pensábamos que iba a ser. Y eso es horrible.

En cuanto termina de hablar, Ryder viene hacia su asiento, esta vez lo miro sin disimulo, pero él no me devuelve la mirada. Se le ve incómodo, como si ahí arriba se hubiera sincerado por primera vez sobre cómo la gente de aquí le hace sentir.

Yo no le digo nada, porque no somos amigos. No somos nada. No voy a entrometerme en su vida. De todos modos tampoco me da tiempo a decirle nada.

Ryder coge su mochila en cuanto llega a su asiento y, sin esperar a que siquiera suene el timbre que anuncia el fin de la clase, se marcha. El profesor lo mira y está a punto de decirle algo cuando el sonido de la campana suena y todos comenzamos a levantarnos y a salir de clase.

Y yo sé que las horas que me quedan de clases las voy a pasar pensando en Ryder Knox sin poder evitarlo.

CAPÍTULO 5

LO QUE NADIE VE

—Ava, concéntrate, maldita sea. Mañana tienes un examen de álgebra importante. Ya queda poco para el final de curso y no la puedes cagar —me digo en voz alta mientras estoy sentada en el escritorio de mi habitación, con los libros abiertos, pero no puedo dejar de mirar en dirección a la ventana de mi habitación.

No estoy en un lugar visible, de modo que ni Ryder me ve ahora mismo la cara de idiota que tengo ni yo puedo saber si él está en su habitación, o peor aún, en la ventana, con las mismas ganas de verlo a él que tengo yo.

Pero no logro concentrarme por más que lo intente y eso me molesta mucho porque siempre he sido una alumna bastante responsable, estoy en la recta final del último curso del instituto y necesito que mis notas sean lo más sobresalientes posibles para que me admitan en la Universidad de Boston el año que viene.

Sin saber por qué me pregunto si Ryder Knox también estará estudiando, si le preocupará como a mí su futuro, si tiene en mente ir a la universidad…

Nunca antes me lo había planteado de él. Jamás me he preguntado nada de él, a decir verdad, al menos no desde hace unos años. Siempre lo encontré atractivo, eso está claro, porque lo es y mucho, pero un tipo de atractivo que sabes que no debes desear si quieres salir indemne. Sin embargo, desde la clase de filosofía, he comenzado a plantearme la posibilidad de que no todo con él sea tan blanco o negro. Ni con él ni con nadie. ¿Quién no ha hecho cosas reprochables a nuestra edad? Porque yo, aunque tenga fama de chica buena, lista y por desgracia virgen, no soy ninguna santa tampoco.

Sacudo la cabeza y me obligo a pensar en otra cosa. No soy yo la causante de la fama de Knox y no tengo que hacerme cargo de su reputación, eso es cosa suya. Bastante tengo ya con hacerme cargo de la mía. Acabo de cumplir dieciocho hace solo dos meses, no soy ni de lejos una adulta con soluciones a problemas existenciales.

Después de estudiar durante tres horas algo que como máximo me habría ocupado una, mi padre entra en la habitación y me deja un par de porciones de pizza.

—Come algo, cariño. Tanto estudiar sin nada en el estómago no es bueno —me dice con una sonrisa tierna y cariñosa a la que respondo del mismo modo.

—Gracias, papá. Siento haberte dejado cenar solo hoy —le digo con verdadero arrepentimiento porque sé lo mucho que detesta estar solo y desde que mi madre murió y mi hermano mayor se fue a la universidad solo estamos él y yo.

—No te preocupes, cariño. Estaba viendo un partido de la NHL. Y tendré que acostumbrarme a estar solo, porque en unos meses te irás a la universidad y así estaré siempre.

Me duele el pecho su afirmación y lo miro con preocupación.

—Vendré a casa todos los fines de semana que me sea posible. Y todas las fiestas. Y cada vez que me lo pidas, papá.

Mi padre solo sonríe con cariño, me planta un beso en la frente, me da las buenas noches y sale de mi habitación.

Suspiro y miro los trozos de pizza. Ahora mismo se me ha quietado el hambre y me siento un poco triste por papá. Pero no quiero estar triste. Quiero pensar en que yo soy la única ahora mismo que puede mantener feliz a papá, el tiempo que me quede aquí, y que para eso yo también he de estar feliz. Y, automáticamente, mis ojos se van hacia la ventana de mi habitación.

Me levanto lentamente y miro hacia la puerta de mi habitación. Papá ya no entrará, espero. Entonces me dirijo a mi

armario, lo abro y comienzo a rebuscar entre mi lencería las piezas más atrevidas que tengo. Mis manos van hacia una combinación rosa pastel de sujetador y tanga que Kassy me regaló en mi cumpleaños con la esperanza de que algún día lo usara para perder la virginidad. Observo el conjunto y me debato entre si esta ocasión es así de importante o no. Ni siquiera sé si Knox va a estar en su habitación y mucho menos si se asomará a la ventana, pero, joder, deseo tanto que lo haga…

Al final inspiro hondo, me quito lo que tengo y me pongo la combinación. Pero también me decido por ponerme encima un kimono rosa tipo geisha que usé en Halloween cuando me disfracé de geisha sexi. Es absurdo lo de sexi, lo sé, pero, ¿qué te digo? Soy una adolescente insegura que busca tener experiencias sexuales y sentimentales de esas que todo el mundo debería tener en el instituto, de esas que todos dicen que no olvidan jamás, a pesar de que siempre se dicen que son las experiencias en las que uno ha tomado siempre la peor decisión posible. Yo tampoco estoy exenta de cometer cagadas, a la vista está. Pero me da igual ahora mismo. Solo quiero seguir sintiéndome tan viva y tan eufórica como lo hice el fin de semana.

Me pongo la mini bata encima, aunque no la llego a anudar muy bien del todo, después rebusco en mi bolso hasta que encuentro un váper que compré para una fiesta. No me gusta mucho vapear, solo lo hago cuando estamos de fiesta y todo el mundo lo hace, pero creo que tener algo para distraerme y a la vez hacerme la interesante en la ventana me vendrá bien como excusa.

Lo cojo y sin pensarlo más me acerco al alféizar de la ventana y me siento allí de lado, con la espalda apoyada en el marco lateral y las piernas desnudas un poco plegadas y apoyadas a lo largo del alféizar. Mi corazón truena contra mis costillas y me obligo a mostrarme lo más casual posible y despreocupada mientras inhalo una bocanada del váper y lo expulso por la ventana. Mientras lo hago, mis ojos se desvían hacia la ventana de mi vecino y veo algo de movimiento entre las cortinas. ¡Dios! Mi corazón da un vuelco.

Pero no sale a la ventana.

¿Por qué no sale? A lo mejor lleva un rato esperando a que yo lo haga y se ha cansado de esperar.

Estoy valorando la opción de hacer una gilipollez y tirarle un objeto o algo a la ventana cuando de repente su musculosa figura emerge de entre la suave luz amarillenta que alumbra su habitación y lo veo asomarse a la ventana con su cigarrillo encendido, como de costumbre, entre sus labios.

La sensación que tengo al mirarlo es rara. Es como si mi cuerpo se pusiera nervioso y a la vez relajado. Lo miro fijamente mientras doy otra inhalación a mi váper y pienso que eso es lo mismo que un adicto a una droga debe sentir cada vez que te suministras una dosis: por un lado, el cuerpo se llena de la euforia del momento y por otro el mono se sacia y te calma.

Es indiscutible que lo único que me atrae de él y de esta situación es el aspecto físico de Ryder y el morbo de la situación. No puede ser más que eso. Apenas hemos cruzado más de cincuenta palabras en estos últimos cinco años. Pero comienzo a ser bastante consciente del poder que tiene el morbo en nuestras mentes. Es un subidón. Hacer algo, o estar a punto de hacerlo, que sabes que no está bien, o que al menos no así, en público, saber que te pueden pillar, pero encontrar todavía más placer en ello, es una sensación aun más potente que cualquier cóctel que haya probado.

Ryder me mira y yo lo miro mientras seguimos expulsando humo por la boca. Quiero que esta vez sea él quien haga algo para seducirme, pero no puedo ni pienso decírselo.

De repente me hace un gesto señalándose el ojo para decirme que quiere que le muestre lo que tengo debajo de la bata, con una sonrisa pícara en el rostro. Me muerdo el labio y niego con la cabeza. Acto seguido le señalo con el dedo para que entienda que hoy quiero que empiece él. Ryder se señala a sí mismo preguntándome si lo ha entendido bien y asiento con una sonrisa en la cara, aguardando su reacción.

Entonces él tira el cigarrillo por la venta y sé que comienza la acción. Me giro un poco más para observarlo y veo que coloca un pequeño altavoz bluetooth en la ventana desde que me llega suavemente la melodía de The Weeknd cantando *The Hill*. Sonrío con satisfacción y entonces Ryder comienza a moverse y… ¡joder! Sí que sabe moverse. Me hace un bailecito de lo más sexi, agarrándose al marco de la ventana y haciendo como si se follase el cristal con un balanceo de caderas de lo más sensual. No puedo evitar imaginármelo desnudo moviéndose así sobre mí mientras me penetra con esa sensualidad. Jadeo y agradezco la distancia para que no me oiga.

Le hago el mismo gesto que me hizo él señalándome uno de mis ojos y me responde con una sonrisa mientras comienza a quitarse la camiseta. Mierda está muy bueno.

Al quitarse la camiseta no solo revela un torso magnífico y un poquito entintado, sino que la tienda de campaña que se ha formado en sus pantalones de chándal se hace muy evidente y hace que se me atore la respiración. Está excitado con esto. Como yo. No soy yo sola en esta locura. Estamos los dos en esto.

Sus movimientos mientras se acaricia el torso son brutalmente sexis. Y cuando una de sus palmas se posa sobre su pantalón, donde se encuentra escondida su enorme erección, no reprimo más las ganas y me meto una de las manos por debajo de la bata, la desciendo por mi estómago, hasta colarla por debajo de mi tanga y comienzo a acariciarme el clítoris en círculos. Veo como Ryder se queda congelado por unos segundos al adivinar lo que estoy haciendo. Como sus hombros se levantan y se bajan por culpa de su respiración acelerada. Me hace un gesto con su ojo pidiéndome que le muestre, pero yo niego con la cabeza mientras me sigo masturbando. Joder, esto es muy excitante.

Lo miro mientras sigo masturbándome y adivino como sus labios pronuncian la palabra "Mala" mientras me mira con ojos entrecerrados. Me río mientras sigo con mi tarea de darme placer y entonces él hace lo mismo. Se baja los pantalones y libera una

impresionante erección que rodea con su puño. Con el dedo pulgar se acaricia la punta y comienza a darse placer sin esconderse ni un poco mientras me mira. Yo ya no tengo ojos para otra cosa que no sea su erección y la forma en la que se da placer, y me imagino ese mismo brío en mi interior a modo de embestidas de Ryder en mi sexo.

Mierda estoy muy cerca.

Acelero mi ritmo y comienzo a convulsionar con los labios entreabiertos para silenciar mis gemidos de placer. Miro a los ojos a Ryder mientras mi increíble orgasmo se alarga unos segundos que parecen demasiados y que van a consumir todas mis fuerzas y veo como su cuello se tensa y su mandíbula se aprieta. Entonces desvío de nuevo la mirada hacia su polla y lo veo eyacular contra el cristal de su ventana.

Ahora mismo estoy muy satisfecha y sobre todo soy muy consciente de que a este juego le queda mucho tablero por recorrer. Que esto solo ha hecho confirmar que ambos lo disfrutamos igual y que a partir de ahora ninguno de los dos mirará a su ventana de la misma forma. Siempre sabremos que al otro lado de la calle hay alguien a quien deseamos ver en su estado más erótico y vulnerable y que está deseando vernos a nosotros de la misma forma. Sabremos que estamos compartiendo un mismo anhelo y un mismo secreto.

Hoy soy yo quien se aleja de la ventana antes que él. Me toca a mí, ¿no? Y me meto en mi cama después de cerrar las cortinas con una sonrisa enorme en el rostro. No recuerdo haber tenido una sonrisa igual antes.

CAPÍTULO 6

SIGUIENDO LOS MISMOS PASOS

—Por favor, Ava, necesito tu ayuda para el parcial de historia —me suplica Kassy mientras estamos en la cafetería del instituto, en el descanso entre clase y clase, y yo me estoy comiendo mi sagrado dónut glaseado— Si suspendo, me voy a morir. Y mi padre me castigará de por vida.

—Ya te he dicho que mi padre no me deja salir esta semana por las tardes —le vuelvo a mentir porque el verdadero motivo de que no quiero estar fuera de casa es porque quiero acudir a mi cita a la ventana con "mi secretito"—. Pero podemos hacer una cosa —concedo, porque no quiero dejarla tirada—. Puedo recogerte de tu entrenamiento con las animadoras y comemos algo juntas en la biblioteca, te explico lo que me dé tiempo y después me voy cagando leches para mi casa.

—¿Tu padre no te deja salir para estudiar y te deja comer fuera? —me pregunta Kassy y odio cuando se pone en modo agente del FBI.

—Me dejará si sabe que sigo en el instituto y me quedo en la biblioteca para estudiar —digo y Kassy asiente convencida.

Estupendo. Ahora miento a mis amigas por ir a una cita no cita con Ryder Knox. *Qué bajo has caído, Ava Monroe…*

El día ha sido bastante raro. Ryder y yo nos hemos cruzado un par de veces por los pasillos, pero ninguno de los dos ha hecho el amago de mirar al otro o siquiera dar a entender de alguna manera que notábamos la presencia del otro. Por mi parte es entendible, ¿no? Yo no soy la que tiene una mala reputación de los dos. Pero él… ¿se avergüenza de mí? ¿Se habrá arrepentido? ¿Y si no aparece más por la ventana? Porque, seamos sinceros, yo no le estoy ofreciendo nada del otro mundo. Ryder Knox tiene fama de haberse

tirado a muchas mujeres, y algunas de ellas bastante experimentadas. Es una mierda esto de ser insegura…

Cuando llega el final de las clases hago tiempo en la cafetería y estudio para el examen de mañana mientras espero que Kassy termine de su entrenamiento como animadora. Y cuando casi ha llegado la hora, me dirijo hacia el campo de futbol americano del instituto con la intención de esperarla en las gradas.

En seguida la veo. Es difícil no ver a la líder del equipo de animadoras. Tomo asiento en las gradas y espero paciente mientras saco mi teléfono móvil y le escribo un mensaje a mi padre para decirle que me quedo un par de horas más en el instituto para estudiar. Pero cuando estoy a mitad de escribir el texto, un movimiento capta mi atención. Los chicos del equipo de futbol americano están corriendo justo por delante de la grada donde estoy yo, algunos de ellos sin camise… ta… Mierda. ¡Ryder! ¡Coño, ¿cómo he olvidado que él es uno de las estrellas del equipo y estaría aquí entrenando?! Ava, no le mires tan fijamente el torso, con esos pectorales contrayéndose, sudado, entintado y… *¡Mira a otro lado! ¡Ya!* Pero me encuentro con su mirada azul de frente y me acaba de pillar mirándolo fijamente con cara de salida. Sigue corriendo, inspirando por la nariz y expirando por la boca. ¿Y si piensa que he venido a verlo a él?

—¡Kassy! —grito desesperada llamando la atención de todo el mundo y saludando a mi amiga con la mano como una idiota— ¡Estoy aquí! ¡Te estoy esperando aquí, ¿vale?! —grito a los cuatro vientos y mi amiga me saluda y asiente. Luego hace un pequeño gesto con el que me pide que le espere cinco minutos más. Asiento. ¿He hecho el ridículo? ¡Bah! ¡Paso!

Me distraigo los cinco minutos que quedan mirando atentamente como corre Ryder. Pero solo lo miro cuando está de espaldas a mí y no se da cuenta de que lo miro. Me fijo en que tiene una espalda increíble, y no tiene tinta ahí. Y un culo absurdamente perfecto que…

—¿Lista?

Mierda. Kassy está a mi lado y yo carraspeo y asiento. Mostrándome seria. Pero al parecer Kassy no se ha dado cuenta de con qué estaba distrayéndome.

Kassy y yo nos vamos hacia la biblioteca y pasamos una hora y media yo explicándole el tema del examen y ella preguntándome sus dudas. Al final creo que le ha quedado bastante claro todo y nos despedimos en la puerta del instituto hasta el día siguiente. Ella coge el autobús que le lleva hasta donde ella vive y yo recorro el trayecto a mi casa andando. Solo son veinte minutos. Y prefiero ahorrarme el dinero en autobús para otras cosas.

Llevo cinco minutos andando cuando comienzo a sentir la angustiosa sensación de ser observada. Pero miro a ambos lados y no veo nada. De repente, se me ocurre que alguien atrás puede… ¡Hostias, Ryder! Va andando a casa detrás de mí. Y eso hace que el resto del camino se me haga más que tenso.

Por un momento me da por pensar que a lo mejor me ha esperado y me estaba vigilando para seguirme. Pero luego me doy cuenta de que son paranoias mías, que Ryder entrena los martes y jueves con el equipo y por lo poco que he conseguido ver al girarme, viene sudado y eso significa que acaba de terminar de entrenar.

Perfecto. Ahora me estoy convirtiendo en una acosadora de manual. ¿Por qué narices me sé sus entrenos? Bueno, sí, por Kassy, que entrena con las animadoras los mismos días. Entonces no es tan malo que lo sepa… Es por mi amiga, no por él.

Siento sus pisadas a mi espalda. Lucho contra la tentación de girarme y decirle algo. Pero no es eso lo que yo quería, ¿verdad? De modo que seguimos ambos el camino en un incómodo silencio y con la jodida sensación de que Ryder me pisa los talones.

Al llegar a la altura de nuestras casas, él simplemente se gira hacia la derecha, yo hacia la izquierda y cada uno se mete en su casa sin decir nada en absoluto.

¡Esto es demencial! Por favor, que se asome luego a la ventana.

CAPÍTULO 7

ADICTA

Otra vez estamos frente a frente. Esta vez desnudos. Hoy es jueves y eso significa que desde el viernes pasado que empezamos a vernos clandestinamente a través de nuestras ventanas esta es… nuestra séptima cita, sí.

Cada día damos un paso más. Lo que me mantiene siempre preguntándome qué pasará cuando los hayamos dado todos, cuando hayamos agotados las posibilidades que nuestras ventanas nos ofrecen. Porque, en cuanto a nuestra vida en el exterior se refiere, seguimos siendo los mismos de siempre. No nos hablamos, no interactuamos, ni siquiera hacemos por demostrar que la otra persona existe. Aunque… a veces sí nos miramos. Nos lanzamos unas miradas cargadas de deseo, al menos las mías así son, pero duran exactamente una fracción de segundo, hasta que nuestras miradas chocan y uno de los dos la aparta hacia otro lado.

Es imposible sentirse así especial para él si no es únicamente cuando estoy encerrada en mi habitación. Pero durante esos momentos… ¡ay, amiga! La cosa es totalmente distinta. La magia se dispersa alrededor de mi cuerpo, y el deseo… ¡oh, el deseo es tan intenso que a veces es obsceno! Porque estoy haciendo cosas que jamás pensé que haría, que una persona en su sano juicio no haría y yo… simplemente no puedo dejar de pensar qué más podría hacer, cuán lejos puedo llegar con esto.

Ayer me planté desnuda frente a la ventana e incité a Ryder a desnudarse también. Posé para él y él lo hizo para mí. ¡Dios, es tan atractivo! Estuve hasta tentada de sacar el móvil de manera clandestina y hacerle fotos, para poder así llevarme ese recuerdo y esa emoción a cualquier momento de mi día. Para no sentirme como me siento cuando el mundo exterior me aplasta y me recuerda que

no soy suficiente para ningún chico, ni siquiera para Ryder, fuera de las paredes de mi habitación.

Sé que es posible que solo sea su juguetito para las horas muertas que tiene en su habitación, pero, ¿no es eso mismo él para mí? ¿Por qué me estoy planteando siquiera ser algo más para él fuera de estos momentos? No es eso lo que quiero. Quiero un Daniel Connel, o un Jade Scott, incluso el tímido de Leo Brown, que es un chico mono y dulce que seguro que tiene mucho que ofrecer como pareja.

Sin embargo, a quien tengo delante, otra vez, es a Ryder Knox. Y mentiría si dijera que no llevo todo el día deseando que este momento del día llegase.

Para hoy he preparado una actuación digna de un cabaret. Llevo una bata de seda negra que perteneció a mi madre, muy sexy y corta. Y debajo nada. Tengo preparado un bote de aceite corporal sobre el alféizar de la ventana con el que planeo untarme de arriba abajo de forma muy sensual. Cuando abro la cortina, Ryder ya está ahí, en la suya, esperándome con un cigarrillo en los labios, como siempre. Hoy se ha ahorrado ponerse la camiseta, solo lleva unos bóxers negros que… ¡madre mía! Marcan su entrepierna bastante.

Cuando me ve coloca su pequeño altavoz en el marco de su ventana y una suave y seductora versión de la canción Toxic comienza a sonar. Sonrío y sé que es hora de comenzar con la actuación.

Comienzo desabrochándome la bata lentamente, descubriendo primero uno de mis hombros desnudos. Ryder inspira y coloca una de sus manos sobre su exagerado bulto sobre los bóxers. Sigo descendiendo poco a poco la prenda por mi cuerpo, sin apartar la mirada de él, hasta que la dejo caer al suelo y revelo que estoy desnuda. Ryder se masajea por encima de la tela su erección, para darse un poco de alivio. Entonces cojo el bote de aceite y vierto un generoso chorreón por mi esternón. Gotas caen por mis pechos, mi vientre, mi ombligo, mi sexo… y yo comienzo a extenderlo bien

por mi cuerpo, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, imaginando que son las manos de Ryder las que me tocan, y no las mías.

Cuando abro los ojos, veo que se baja los bóxers en un movimiento rápido, que arrastra una silla de escritorio hacia la ventana y que se sienta sobre ella, con las piernas abiertas, dejándome a la vista todo su esplendor, coge un bote que creo que es de lubricante, y comienza a masturbarse con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, provocando que su mirada azul me mire con ojos entornados. Es la visión más gloriosa que he tenido en mi vida.

Me provoca la idea de hacer lo mismo y lo hago. Cojo la enorme silla de mi escritorio y me siento sobre ella, frente a Ryder, y continúo tocándome las tetas, el vientre y cuelo una de mis manos en mi sexo. ¡Dios, estoy tan mojada!

Ryder hace un gesto con sus manos, uniéndolas y separándolas, haciéndome entender que quiere que me abra de piernas para él, que quiere ver exactamente lo que me estoy haciendo.

Me muerdo el labio, respiro hondo y hago lo que me pide. Esto es muy loco.

Abierta de piernas, con mis pies apoyados en el alféizar de la ventana, comienzo a darme placer primero con un dedo, después con dos. Con los ojos de Ryder clavados en mi sexo, su respiración irregular, su torso comienza a brillar y sus abdominales se contraen cada vez que sus caderas hacen un intento de empujar hacia arriba, como si estuviera imaginándose follándome de verdad. Estoy a punto… estoy…

—Córrete, cosita —escucho decir y abro los ojos sorprendida. ¿Lo ha dicho en voz alta?

Cuando lo miro está asintiendo, dejándome entender que está a punto. Yo también.

—Ah… ah… —gimo y me muerdo los labios para acallar mis gemidos. Si mi padre entrara me mataría.

Pero entonces miro a Ryder y juro que veo sus labios moverse pronunciando mi nombre mientras eyacula. Yo me tapo la boca con una mano y ahogo mis gemidos mientras llego al clímax también.

Es un orgasmo brutal. Me quedo laxa sobre la silla de mi escritorio, todavía con las piernas abiertas. Ryder me sigue observando, no se ha movido tampoco. Entonces me hace el gesto señalándose el ojo que me indica que quiere ver.

Sonrío nerviosa y le muestro mis dedos empapados, pegando las yemas y despegándolas para que vea los flujos que los empapan. Sí que estamos llegando lejos… sí.

Ryder se señala el pecho y vocaliza la palabra "MÍO" para dejarme entender que mi orgasmo le pertenece. No puedo llevarle la contraria. Es así. Todos mis orgasmos, que han sido muchos en esta última semana, llevan sus iniciales.

Luego me muestra su mano derecha manchada de su semen y hago lo mismo y vocalizo la palabra "MÍO". Ryder asiente con una sonrisa preciosa y pícara. Se limpia la mano con una servilleta y lo veo coger otro cigarrillo.

Me quedaría aquí un rato más. Simplemente observándolo. Pero ya he tenido mi orgasmo y eso significaría que quiero algo más de él y no puedo confundirnos a los dos con mis tonterías. Solo es la euforia postorgasmo. Él no quiere algo más, eso lo tengo claro, y yo… yo tampoco. No es una opción.

Así que cojo mi bata del suelo, me la pongo y le hago un gesto de despedida con la mano antes de cerrar mi cortina. Ryder vocaliza un "Buenas noches, cosita" y se enciende el cigarrillo así, como dios lo trajo al mundo.

Sonrío y sacudo la cabeza y cierro la cortina. En estos momentos no pienso en que soy la única virgen de mi curso y en

todas las veces que me han plantado. En estos momentos simplemente pienso en que tengo algo emocionante, morboso, especial y distinto. Algo que muchas personas no tienen. Algo que muchas personas, aunque nunca lo admitan en voz alta, pagarían por tener.

CAPÍTULO 8

¿RUINAS O CIMIENTOS?

La fiesta del sábado en The Ruins está en su máximo apogeo. Estoy con Selena bailando, dándolo todo, bastante afectada por el alcohol ingerido, pero no tanto como para no ser consciente de lo que sucede a mi alrededor.

Hoy no habrá cita con Ryder, supongo. Él suele salir los fines de semana hasta la madrugada. Así que… ya nos veremos mañana.

No me importa. Lo estoy pasando tan bien hoy que no me importa nada. Es la primera vez que no me agobia la idea de no ligar. De no llamar la atención de algún chico. Gracias al secreto que comparto con Knox, hoy no siento la necesidad de sentirme especial ni elegida por nadie.

Selena y yo estamos bailando con un grupo de chicos y también chicas de nuestro curso cuando al hacer un giro me encuentro con la mirada de Ryder, recorriendo mi cuerpo con descaro. Acaba de entrar en The Ruins y yo obligo a mis piernas a recordar cómo seguir moviéndose y a mis pulmones cómo seguir respirando para que no se me note el estado en que me encuentro de repente. Como si su mera mirada detonara una llamarada en mi interior que me paraliza y me atrapa.

Ryder acaba recordando que fuera de mi ventana yo no existo porque acaba apartando la mirada de mí sin siquiera saludarme. ¡Bah! ¡Tampoco esperaba que lo hiciera! Simplemente hemos compartido, ¿qué? ¿seis o siete orgasmos?

Como me estoy volviendo una experta en fingir, pues finjo que no estoy molesta. Porque, sinceramente, no sé ni por qué lo estoy. Así es como quiero que sean las cosas. Tengo que ser capaz de apagar y encender el interruptor que Ryder ha instalado en mí ante su presencia a mi antojo. Solo en mi habitación. De modo que

la siguiente hora es lo que hago. Sigo bailando con mis amigas y no miro, o bueno, casi no miro a Ryder.

Hasta que, de repente, una chica de un grupo que no conozco por su nombre, pero es una cara conocida en The Ruins, se sienta sobre el regazo de Ryder y éste le ofrece una sonrisa de lo más seductora a ella. Entonces es cuando mi molestia se hace complicada de esconder. Porque en parte me siento ya un poco dueña de las atenciones de ese chico. ¡Mierda!

—¡Eh! ¿Qué pasa? —me pregunta mi amiga Selena preocupada—. Has puesto una cara de entierro de repente…

—¿Qué hacen esos capullos aquí otra vez? —protesto y mi amiga sabe exactamente a quiénes me refiero.

—Ignóralos, Ava. Solo vienen cuando o bien ya se han hartado de follar con esposas de otros, o no han podido follar con desesperadas y creen que a estas horas van a encontrar aquí a alguna joven lo suficientemente borracha para hacerlo.

—Este no es su territorio —escupo con asco y desvío involuntariamente la mirada hacia Ryder que sigue coqueteando abiertamente con la chica y le dice cosas al oído que la hacen sonrojarse.

¿Le llamará "cosita" a ella también? ¿A todas? Quizá esa es su táctica para no equivocarse de nombre… ¡Mierda, lo odio!

Me vuelvo hacia Selena y sigo con mi baile. Ahora me muevo de forma exageradamente seductora. No es porque me apetezca, es porque quiero seguir atrayendo su atención.

—No sufras. Knox ya se va hacia una de las habitaciones con una tipa, Stone y Maloni se están yendo ya y James está liándose con una rubia del Northen High School. No tardará en desaparecer a otra habitación.

Selena intenta calmarme con su relato. Sin embargo, yo solo escucho que Ryder se está yendo a una habitación con la tipa esa. No puedo evitar girarme completamente para comprobarlo con mis

propios ojos. Y alcanzo a verlo de espaldas, de la mano de la chica de antes, desapareciendo por las escaleras que dan al piso superior. Siento una grieta en mi pecho. Una sensación de lo más asquerosa.

—Creo que he bebido demasiado. Me voy a casa —digo, pero Selena me agarra de la mano para evitar que me vaya.

—Si estás mal bebe un poco de agua y espera a que te sientas mejor. No querrás vomitar en casa y llevarte el sermón de tu padre.

—¿Dónde cojones está Kassy? —suspiro y le pregunto a mi amiga.

Hemos venido las tres juntas, pero desde hace unos veinte minutos hemos visto a Kassy mirar su teléfono, sonreír al ver un mensaje, y desaparecer en el piso superior. Si ella estuviera aquí podría irme a su casa. Sus padres casi nunca están en casa los fines de semana y podemos volver todo lo borracha que queramos.

—Ni idea —responde Selena.

Vuelvo a suspirar, me acerco a una de las neveras portátiles y agarro un botellín de agua. Después me siento en uno de los sofás de las esquinas, le doy un largo trago a la botella y me quedo sola con mi enfado y mirando a la fiesta que tengo en frente y que sigue sin mí.

—¡Hey! —Un saludo tímido llama mi atención y al levantar la mirada veo al mismísimo Daniel Connel en pie junto a mí.

—Hey —le saludo sin la mínima emoción en mi tono.

Sin ser invitado a hacerlo, Connel se sienta junto a mí y apoya sus codos en sus muslos, con sus manos se frota el rostro.

—Escucha, Ava, sobre el otro día, yo…

—Sí, sí, que lo sientes mucho y bla, bla, bla… —contesto con los ojos en blanco. Connel me mira con cara de arrepentimiento.

—Quería estar contigo —confiesa y yo creí que no podía enfadare más. Pero lo hago.

—¡¿Me ves cara de imbécil, Connel?! ¡No te he pedido explicaciones, así que no me las des! ¡No, no te apetecía una mierda estar conmigo! ¡Entendí tu mensaje perfectamente! Y, ¿sabes qué? ¡A mí tampoco me apetece estar con alguien que se mea en los pantalones justo antes de una cita y prefiere cancelarla en lugar de intentar pasar un buen rato conmigo!

—¡Es que me apetecía estar contigo, Ava!

—¡¿Entonces por qué cojones en vez de mandarme esa mierda de mensaje no quedaste conmigo y ya está?! ¡Podíamos habernos enrollado, follado, o simplemente haber hablado de nuestras cosas! ¡No sé! ¡No muerdo, ¿sabes?!

—¿De verdad no sabes qué es lo que sucede? —La pregunta de Daniel Connel me hace girar la cabeza como un resorte en su dirección. Entonces sí pasa algo. Algo que yo no sé, pero que me afecta directamente.

—Habla —le ordeno.

—No… yo, solo son rumores, yo no sé si lo que me dijeron es verdad o solo…

—¡Habla, maldita sea! —le grito con el corazón a punto de salírseme por la garganta y cuando veo que Connel se mantiene en silencio presiono un poco más—. ¡Me lo debes, Connel!

Estoy a punto de ponerme a llorar. De arrodillarme. De suplicar.

El silencio se alarga más de la cuenta. Perfecto. Ahora estoy molesta de la hostia. El puto Ryder Knox está follándose arriba a una tipa cualquiera y Connel no me quiere decir qué cojones sucede para que todos los chicos huyan de mí como de la pólvora. Tengo un nudo en la garganta tan imposible de tragar y unas ganas de llorar que me asfixian.

Miro hacia las escaleras y veo a mi amiga Kassy bajar, toda desaliñada y con una enorme sonrisa en la cara de satisfacción y suspiro de alivio. Si ya ha follado o hecho lo que sea que quería hacer a lo mejor querrá irse a casa y podré irme con ella. Pero justo detrás de ella baja Ryder y la chica con la que ha subido antes detrás de él. Ryder va con su pelo negro hecho una total y completa maraña y la chica va todavía abrochándose la parte delantera de la blusa mientras baja las escaleras.

Entonces sin pensarlo, me giro hacia Connel, le agarro del cuello y le empujo contra mí para comerle la boca como una auténtica posesa. Connel se queda en shock y abochornado intenta separarse.

—Ava, estás borracha, no hagas esto. Estás enfadada conmigo, ¿recuerdas? —dice el muy imbécil.

—Calla y bésame. Me lo debes, Connel —le ordeno con mirada fiera—. Solo bésame una puta vez como un hombre de verdad y me iré de aquí y no volverás a saber de mí.

Vuelvo a pegar sus labios a los mío y Connel se debate entre responder a mi beso o separarse. Finalmente me besa con ganas y cuando ya he tenido suficiente de esta farsa me levanto del sofá, le dedico mi sonrisa más falsa a Connel y me cuadro los hombros.

—Ya terminaremos esto en otro momento, Connel —digo guiñándole un ojo.

Acto seguido levanto la barbilla y salgo de The Ruins sin despedirme de mis amigas ni nada. No quiero quedarme en ese sitio ni un instante más.

Por el camino a casa no sé si alucino o no, pero siento unas pisadas tras de mí. No pienso girarme a comprobar si es Knox que ya vuelve a casa después de haber follado como broche final a una buena noche de sábado. No miro, no. Pero me obligo a pensar que es él quien está detrás de mí para evitar echarme a llorar y guardar la compostura un poco más hasta llegar a mi casa.

Cuando por fin entro en mi calle las pisadas tras de mí se desplazan hacia la izquierda y oigo el inconfundible sonido de la puerta de la casa junto a la mía abrirse y luego cerrarse. Joder. Era él.

Me quito los tacones en cuanto entro en casa y apoyo la espalda en la puerta para tomar unas cuantas bocanadas de aire. Subo poco a poco los escalones y entro en mi habitación. Ni siquiera voy a encender la luz. Pero me acerco un poco hasta mi ventana y observo la habitación de Ryder sin ser vista, en la penumbra. La luz de su habitación está encendida. Ryder está en la ventana. Se quita la ropa y se queda en ropa interior y se enciende un cigarrillo como si nada, asomado a la ventana. A veces sus ojos vuelan a mi ventana y yo doy un salto hacia atrás, aunque sé que no puede verme. Pero sus ojos son… son de esos que una siente sobre su piel, aunque no estén mirándote.

Suelto una especie de quejido y me obligo a separarme de la ventana cuando advierto que estoy llorando. Me meto en la cama y me abrazo a la almohada. Ni siquiera sé por qué lloro. Solo sé que no puedo parar. Que mi último año de instituto es un jodido caos y que no veo la hora de que lleguen las cartas de las universidades, me acepten en una universidad que esté en el culo del mundo y pueda dejar toda esta montaña rusa de emociones tan intensas y devastadoras tras de mí.

CAPÍTULO 9

¿EXISTE UN NOSOTROS?

Llevo varios días sin asomarme a la ventana por las noches, a nuestra hora. Joder, ¿por qué digo "nuestra"? ¡No hay un "nuestra"! Pero la cuestión es que me siento muy dolida, y ninguneada, y reemplazada, y menospreciada y… bueno, también reglosa.

Tener la regla estos días ha sido un gran aliado para no exponerme o exhibirme frente a la ventana. Porque eso es lo que hago, ¿no? Pero la cuestión es esa. Nunca me había alegrado tanto de estar en mis días de menstruación como ahora. Porque sé que habría sucumbido antes y habría mandado mi autocontrol a la mierda para volver a compartir nuestros momentos.

Ya estamos otra vez con eso de "nuestros"… ¡Uff! ¡Qué agotador es mantener las distancias con alguien cuando no quieres hacerlo realmente! Ya es suficientemente cansino tener que ignorarlo en el instituto. Pero cuando llega la hora en la que hemos estado viéndonos por nuestras ventanas la desesperación se hace aún mayor.

He tenido que buscarme un millón de cosas que hacer para evitar la tentación de acercarme a la ventana. Y he acabado convenciéndome de que en realidad es lo mejor que puedo hacer: mantener las distancias. Ya nos lo hemos pasado bien. Ha estado genial. Bueno… ha sido increíblemente emocionante y placentero. Al menos para mí. Pero siendo sinceros, partimos de puntos completamente distintos y distantes. Mi escasa o nula experiencia con el sexo palidece ante la enorme experiencia de Ryder. No me extrañaría nada que ya se hubiera aburrido y necesite pasar al siguiente nivel. Por eso se fue frente a mis narices con esa chica el sábado pasado. Bueno, por eso y porque ese ha sido nuestro pacto

silencioso desde el principio, ¿no? Solo existimos el uno para el otro detrás de nuestras respectivas ventanas.

Pero el problema es que para mí está dejando de ser así. Y estoy segura de que para él es una historia más dentro de su catálogo de historias de seducción. Yo, no tengo otras, no tengo nada más a mi alrededor ahora mismo que me llene de la manera que la simple mirada de Ryder Knox sobre mi cuerpo ha conseguido llenarme. Y me aterra asomarme a la ventana y comprobar que él ya no está esperándome y que se ha olvidado de mí.

Así que hoy, para ocupar mi mente en otra cosa, me estoy dedicando a cambiar todos los muebles de mi habitación de sitio, junto a toda la decoración también. Para cuando haya terminado estaré tan exhausta que caeré dormida en seguida y habré superado un día más la tentación de asomarme a la ventana. Así paso las horas, con la música a todo volumen, me dejo puesta la camiseta antigua de mi hermano de su equipo de futbol americano de la universidad, porque me hace sentirlo cerca de alguna manera, me ato la melena rubia en un moño descuidado, y mientras bailo y canto voy cambiando todo de sitio. Mi padre entra en algún momento del proceso para preguntarme si he perdido la cabeza, pero se conforma cuando le digo que la nueva distribución hará que descanse mejor y estudie mejor para los exámenes finales.

Lo último que cambio en la distribución de mi habitación es mi cama. La he dejado para el final porque tenía la esperanza de que la idea que se me formó en principio en la cabeza fuera desapareciendo poco a poco a medida que iba despejándome la mente. Pero al final he hecho justo lo que intentaba evitar hacer, que no es otra cosa que colocar mi cama frente a la ventana.

Estoy sudada y echa un desastre y no quiero pensar más en esta locura. Así que salgo de mi habitación y me doy una ducha. Con el pelo aun mojado ceno algo con mi padre y apenas hablamos porque está hipnotizado con el partido de hockey sobre hielo que echan en la tele.

No como mucho. No tengo mucha hambre. Solo siento un nudo de ansiedad de pensar que tengo que volver a mi habitación y tengo que mentalizarme de meterme en la cama y dormir. Nada más. Si no soy capaz de controlar este absurdo juego con Ryder Knox es mejor que lo pare. Es como si me hubiera apuntado por primera vez a un deporte y me hubiera tocado jugar contra un deportista de élite profesional.

Finalmente me encierro en mi cuarto, suspiro con la espalda contra la puerta y me dirijo hacia mi cama. Me arrodillo sobre ella y mis ojos vuelan sin pedir permiso hacia la ventana de mi vecino. El corazón me da un vuelco cuando lo veo ahí, mirándome, fumándose un cigarrillo. Y peor aun cuando hace un gesto tímido de saludo con la mano. Le devuelvo el saludo, pero acto seguido cierro la cortina y me meto en la cama.

Sé que voy a dormir poco, pero necesito ganar una pequeña batalla y volver a relajarme con este juego si voy a seguir jugando. No puedo estar pensando todo el día en alguien como Ryder Knox. Mis ojos se quedan durante horas clavados en la cortina de mi ventana. Una vocecita dentro de mi cabeza me grita que abra la maldita cortina. Pero hay otra vocecita nueva, una que no había oído nunca antes, que me advierte que me meteré en un gran lío si sigo haciendo esto.

CAPÍTULO 10

QUIERO VERTE

—Y esta vez menos mal no hubo agresión por parte del marido, pero ¡imagina el plan! —Kassy nos está contando la última aventurita de los amigos de Ryder Knox que volvió a pasar ayer en su vecindario mientras Selena, Jannet y yo la escuchamos con la boca abierta. Estamos desayunando algo en la cafetería del instituto, en el descanso. Y todas estamos igual de afectadas por lo que cuenta Kassy. Al parecer, Nick Stone y Justin Maloni fueron pillados la noche anterior saliendo por la ventana de otra de las vecinas de Kassy y el marido los pilló infraganti con su mujer— ¡Salieron los dos desnudos! ¡La tipa esa se estaba montando un trío! —Kassy se desternilla de la risa mientras nos lo cuenta. A mí se me ha atragantado el bocado del dónut glaseado que me estaba comiendo. ¿Un trío? ¿Y yo me siento mal por lo que estaba haciendo con Ryder?

—¿Hay una especie de apuesta o algo entre esos chicos para follarse a las vecinas de tu barrio? —se burla Selena y Kassy palidece en ese momento.

—¡Que no se les ocurra acercarse a mi madre o la que saldrá en las noticias seré yo! —apunta Kassy y entonces todas reímos a carcajadas— ¡No os riais! Aunque eso no va a pasar, mi madre tiene buen gusto. Jamás se fijaría en uno de esos andrajosos.

—Kas, no seas así, esos chicos están de muy buen ver y tú y yo y todas lo sabemos —apunta Selena y su comentario casi me hace sonreír. Es la primera vez que habla bien o algo bien de los amigos de Ryder y eso hace que mi consciencia se perdone todavía más por todo—. Además, me he dado cuenta de que desde la última vez que te perdiste en una de las habitaciones de The Ruins hablas mucho de ellos, eso quiere decir que piensas en ellos —apunta Selena con tono acusatorio y me hace fruncir el ceño—. Todos vimos

que bajaste toda despeinada justo a la vez que lo hacía Ryder Knox. ¿Tienes algo que contarnos, Kassy?

El rostro de Kassy palidece. El mío creo que también. No, no, no… Ryder subió con otra chica y… ¿hicieron un trío con Kassy?

Miro a mi amiga con los ojos muy abiertos y ella no dice nada, está nerviosa, más que nunca. ¡Mierda!

—Kassandra Dixon, empieza a hablar ahora mismo —le insta Jannet.

—No hice nada, me estaba besando con otro chico cuando Knox entró con la tipa eso y solo los observé —admite finalmente Kassy y todas aguardamos silencio para que continúe—. ¿Qué iba a hacer? Se metió en la misma habitación, sin importarle una mierda que estuviera ocupada, y se puso a follar como un animal con esa chica y… no pude evitar mirar. El tipo con el que estaba yo me estaba masturbando y la verdad que hasta que no vi a Ryder en acción no me estaba enterando de nada. Pero, escuchad, ¡ese cabrón sabe lo que se hace! Dios… es tan sexy… ¿Serán todos sus amigos igual? Porque francamente me estoy planteando seriamente tener una aventura en secreto con alguno de ellos. Nada serio. Solo para coger buen entrenamiento en la cama antes de llegar a la universidad.

Todas mis amigas ríen y hacen soniditos de "esto es un buen chisme", pero yo no reacciono hasta que de mi voz sale una frase de forma involuntaria mirando a los ojos a Kassy.

—¿Cómo es? —Kassy sigue riendo y me mira.

—¿Cómo es el qué? ¿Su polla? Bueno, es un buen espécimen, si se me permite decirlo —sigue riéndose y con su explicación. Selena y Jannet gritan un ¡Uh!

—No, no eso —ya sé cómo es su polla, pienso para mí— ¿Cómo es ser follada por Ryder Knox? —el silencio se hace en el grupo y veo a Kassy tragar saliva.

—No he sido follada por Ryder Knox, Ava.

—Pero lo has visto. ¿Qué viste en ella, en la chica? —insisto.

—Se corrió como tres veces —de repente el relato de Kassy se vuelve más serio y su expresión también—. Tenía los ojos en blanco casi todo el rato y él… joder, se movía de una manera increíble. No puedo explicarlo con palabras chicas, ojalá lo hubiera grabado. Pero no me imagino a ninguno de los demás chicos de este instituto follando así, la verdad. Espero que nuestra suerte cambie en la universidad, porque si solo los chicos malos saben follar, estamos en un gran problema.

—Acabaremos todas como tus vecinas —añade Selena y otra vez vuelven todas a reír.

El resto de las horas de clase las paso tratando de imaginar a Ryder Knox follando. Esto es patético. Tengo que estrenarme con alguien o voy a ser una salida hasta que ocurra.

En clase de historia estoy completamente en una película porno formada en mi cabeza con Ryder Knox como protagonista cuando siento que alguien me habla.

—¡Eh! ¡Monroe! ¿Estás ahí? —sacudo la cabeza y miro a mi derecha. Un momento, ¿cuánto tiempo lleva Daniel Connel sentado en el asiento que hay junto a mí? Le hago una mueca parecida a una sonrisa e intento que no se me note lo que tenía en la cabeza, aunque es una gilipollez, nadie puede leer las mentes, pero ahora mismo me siento como si me hubieran pillado infraganti— ¿Estás bien? —me pregunta Daniel con una sonrisa en el rostro, seguro que tengo que tener una cara de lela ahora mismo de lo más ridícula.

—Sí, sí, perdona. Estaba tan metida en la explicación del profesor Moore que no me he dado cuenta de que me hablabas —me invento como excusa. Connel ladea la cabeza y me mira extrañado.

—No sabía que te interesaba los métodos de agricultura del siglo XVIII —me dice. Mierda.

—¿Qué me estabas diciendo? —desvío el tema porque ya no sé cómo salir de aquí sin acabar peor parada.

—Te decía que de verdad lo siento por haberte dejado tirada cuando…

Pongo los ojos en blanco y lo interrumpo.

—Déjalo ya, Connel. Estás perdonado, ¿vale? ¿No te lo demostró mi beso del otro día? —que por cierto esa mierda de beso ha sido mi primer beso con un chico y me acabo de dar cuenta ahora mismo. Porque he hecho cosas mucho más íntimas que besar a un chico antes de mi beso con Daniel Connel. Estoy tan mal que he empezado la casa por el tejado.

—Eso quería decirte. Tu beso… bueno, me demostró que he sido un imbécil. Que no debería haberme creído eso que decían de ti y todo eso. Y… me gustaría repetirlo, Ava, pero más participativo esta vez.

Mi rostro palidece ante sus palabras.

—¿Qué es eso que se dice exactamente de mí? —pregunto de forma inquisitiva.

—Yo… bueno… a la vista está que son tonterías.

—¡Dímelo! —le ordeno.

—Ava, no me metas en líos. Te estoy diciendo que voy a ignorarlo. Que me apetece mucho salir contigo y que…

—¡Que me lo digas! —le grito esta vez.

—Señorita Monroe, salga de clase ahora mismo —escucho decir al profesor Moore. Joder.

Miro al profesor, susurro un lo siento y me levanto de mi asiento. Cojo mis libros y salgo pitando a mi taquilla para dejar mis libros y coger mi teléfono móvil para hablar con Kassy. Necesito ayuda. Algo está pasando en Crow High y voy a averiguar qué

demonios es. Kassy tiene la tarde libre hoy, creo. Así que le escribiré para que me espere al terminar las clases y poder hablar con ella.

Pero cuando abro mi taquilla veo algo dentro que llama mi atención. Es una bolsa de papel que yo no he puesto ahí. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie. Todavía no ha acabado la última clase del día y los alumnos estarán todavía en clase.

Con el ceño fruncido echo un vistazo a lo que hay en la bolsa. Es… ¿una camiseta? Enorme, por cierto. Sí, es una cami… ¡¿qué cojones?! ¡Es la jodida camiseta de Ryder Knox del equipo de fútbol americano! No estoy soñando. Aquí pone R. Knox y el número nueve debajo. ¿Quién ha puesto esto aquí…?

Entonces veo un papelito caer al suelo. Me agacho, con la camiseta aun en la mano. Y cuando mis ojos se posan en lo que pone en el papelito se me dibuja una sonrisa estúpida en la cara y mi pecho sube y baja de la emoción.

Quiero verte, cosita.

Cuando me doy cuenta de que estoy riendo como una maníaca histérica me muerdo el labio para dejar de hacerlo y guardo la camiseta en la bolsa antes de que alguien me vea. Pero antes de guardarla la huelo disimuladamente y joder… creo que voy a tener un orgasmo solo de olerlo.

Quiere que me la ponga para vernos esta noche en la ventana. Es eso.

Me ha encantado la sorpresa. No puedo negarlo. Siento una maraña de sensaciones maravillosas y muy intensas en el estómago y una ilusión mayor que la de un niño el día de navidad.

Quiero volver a verlo. Y por supuestísimo que me pienso poner su camiseta. Además, se me acaba de ocurrir una idea estupenda para combinar con esta camiseta. Estoy tan absurdamente emocionada que se me ha olvidado que tenía algo que decirle a Kassy.

CAPÍTULO 11

NÚMERO NUEVE

Mi cuerpo tiembla de arriba abajo como una hoja mecida por el viento y no solo de nervios, también de anticipación. Me encanta la locura que estoy a punto de cometer. Ya conozco bien la sensación que la precede, que la acompaña y se mantiene después en mis venas. Ese torrente, esa euforia, ese calor…

He cenado con papá mucho antes que normalmente, le he dicho que tenía sueño y que quería acostarme pronto. Así que hoy la música tendrá que ponerla Ryder.

Atranco la puerta de mi habitación con una silla, porque, aunque sé que mi padre no va a entrar, no quiero correr riesgos y no quiero que nada más me distraiga durante mi… ¿cita? Estoy completamente loca. Pero me encanta estarlo. Esto aún no se ha terminado para Ryder y para mí desde luego tampoco. Tenemos deseos de seguir con esto ambos. Y he sido una estúpida insegura al pensar que él ya no tenía las mismas ganas.

Ahora me contemplo al espejo con su camiseta, y creo que es la cosa más sexy que un chico podría hacer por una chica. Espero que le guste mi regalito también. Me muerdo el labio inferior y me río. Ha llegado la hora, creo. Antes de asomarme me debato entre soltarme el pelo o dejarlo recogido. A lo mejor me lo suelto luego. Tomo varias bocanadas de aire y me acerco a la ventana con el pulso trotando por mis venas. Cuando me pongo a la vista, Ryder no está asomado, pero la luz de su habitación está encendida. Dios… que no tarde mucho en salir y aplacar mis nervios, porque me va a dar un infarto.

Me quedo de pie frente a la ventana, temblando entera. Llevo casi quince minutos aquí, con el pulso retumbándome en los oídos y un calor insoportable entre las piernas. Su camiseta negra

del equipo de fútbol me queda enorme y me roza los muslos desnudos. Huele tanto a él… a ese olor viril y ligeramente dulce que me vuelve completamente idiota. Jamás pensé que su olor pudiera ponerme instantáneamente cachonda. Estoy desesperada. De verdad.

Siempre tengo la tortuosa idea en la mente de que tengo dieciocho años y sigo siendo virgen. Me siento rota, defectuosa… y al mismo tiempo tan necesitada de atención que me duele. Por eso estoy aquí otra vez. Por eso espero como una adicta.

Mi habitación está en penumbra, solo con la luz suave de la mesita. Mi cama colocada justo enfrente de la ventana. El corazón me late tan fuerte que me tiemblan las rodillas. Y entonces aparece.

Ryder sale de la semi oscuridad de su habitación y se planta allí, justo frente a mí. Solo lleva pantalones de chándal grises bajos de cadera. El pecho desnudo, tatuado, musculoso, brillando ligeramente por el calor. Esa V profunda que baja hasta perderse bajo la tela. Nuestras miradas chocan y siento que me falta el aire.

Sus ojos bajan lentamente por mi cuerpo y se detienen en la camiseta. Su camiseta. Veo cómo traga saliva. Sin decir una palabra, mete la mano dentro del pantalón en busca de su alivio físico. Se me escapa un gemido bajito, avergonzado. Dios… esto está mal. Sé que está mal. Pero no puedo parar. Llevo tanto tiempo queriendo que alguien me desee de verdad, que me mire como él me está mirando ahora… como si quisiera comerme.

Me llevo las manos a los pechos por encima de su camiseta y los aprieto, pellizcándome los pezones ya duros. Siento un latigazo de placer que me baja directo al centro de mi cuerpo. Huelo su aroma otra vez y se me humedecen más los muslos. Vergüenza y morbo todo mezclado. Me siento sucia… y me encanta. Bajo una mano por mi vientre tembloroso y me acaricio por encima de las braguitas. Estoy empapada. La tela está caliente y resbaladiza. Muevo los dedos en círculos lentos sobre mi clítoris y se me escapa otro suspiro entrecortado.

Ryder se muerde el labio y empieza a masturbarse despacio, mirándome con esa intensidad que me derrite. Entonces doy un paso atrás, levanto un poco la camiseta y le enseño las braguitas con su número 09 escrito. Lo escribí con rotuladores para tela que tengo para darle una sorpresa. Sus ojos se abren de golpe. Su respiración se acelera. Señala mis braguitas con la barbilla y hace un gesto claro: "Quítatelas".

Niego con la cabeza, sonriendo nerviosa, y le indico que mire mejor. Cuando entiende que quiero que me vea tocarme con su número escrito sobre mi sexo, su expresión cambia a algo casi animal.

Continúo tocándome por encima de las braguitas, hasta que noto que la tela se empapa del todo. Entonces veo cómo me vuelve a señalar y luego se señala a sí mismo con insistencia. ¿Qué me está pidiendo? Me señalo las braguitas, a modo de pregunta y asiente. ¡Joder! ¡Quiere mis braguitas!

Siento la cara ardiendo de vergüenza. ¿Qué estoy haciendo? ¿Lanzarle mis braguitas usadas a un chico que ni siquiera me habla en el instituto? Pero al mismo tiempo estoy tan mojada…

Con las manos temblando, me bajo las braguitas lentamente, sintiendo el aire frío en mi sexo empapado. Las cojo, las miro un segundo (están manchadas, brillantes) y abro la ventana lo justo para lanzarlas.

Ryder las atrapa al vuelo. Se las lleva directamente a la nariz e inhala profundamente, cerrando los ojos como si estuviera oliendo el paraíso. Cuando los abre, su mirada es pura lujuria. Se baja un poco más los pantalones y empieza a masturbarse con fuerza, oliendo mis braguitas otra vez.

Me subo a la cama casi corriendo, muerta de ganas. Me coloco de rodillas primero y luego me tumbo hacia atrás, apoyada en los cojines. Abro las piernas todo lo que puedo, exponiéndome completamente y empiezo a tocarme de verdad.

Dos dedos deslizándose entre mis labios mojados, rodeando mi clítoris hinchado y sensible. Gimo bajito, mordiéndome el labio para no hacer ruido. Meto un dedo dentro, luego dos. Mientras miro cómo Ryder se da placer, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en mi sexo. Huelo su camiseta. Siento su mirada. Me siento poderosa. Nunca me había sentido tan deseada. Tan sucia. Tan viva.

Sé que estoy cerca, que el orgasmo se acerca como una ola enorme. Miro su erección, gruesa y dura en su puño, imaginando cómo se sentiría dentro de mí.

Quiero correrme para él, con su camiseta puesta. Quiero que me vea perder el control.

Mis piernas tiemblan. Mi respiración es un desastre. Y mientras me doy placer solo puedo pensar una cosa:

Más. Por favor… más.

Mis dedos se mueven cada vez más rápido, casi con desesperación. Estoy a punto.

Ryder está completamente entregado al otro lado de la ventana. Su mano sube y baja por su dureza con movimientos fuertes y rápidos. Sus abdominales se tensan con cada embestida de su puño. Sus ojos no se apartan de mi sexo, de mis dedos que se hunden dentro de mí una y otra vez. Tiene mis braguitas todavía pegadas a la nariz y la boca, oliéndolas como un sexy adicto a mí y a mi esencia. Eso me desarma.

—Joder… —susurro bajito.

El morbo me quema la cara, el cuello, el pecho. Soy la chica ingenua del instituto, la que nunca ha hecho nada de nada con un chico… y aquí estoy, con las piernas abiertas de par en par, dándome placer para un chico peligroso que ni siquiera me habla en público. Pero esta adrenalina hace que mi clítoris palpite más fuerte. Siento que voy a explotar.

Aumento la velocidad. Ryder acelera también. Su puño casi borroso de lo rápido que se masturba. Tiene la mandíbula tan

apretada que se le marcan los músculos del cuello. Sus ojos oscuros, salvajes, fijos en mí.

Y entonces llega. El orgasmo me golpea como un tren.

—Ah… ¡joder! —gimo ahogadamente, mordiéndome el brazo para no gritar.

Todo mi cuerpo se tensa de golpe. Mis paredes internas se contraen con fuerza alrededor de mis dedos, una y otra vez, mientras un placer brutal me recorre hasta la punta de los pies. Me corro tan fuerte que creo que veo estrellitas. Las piernas me tiemblan sin control, los dedos de los pies se me encogen. Siento oleadas y oleadas de placer que no terminan, como si mi cuerpo se estuviera deshaciendo.

Al mismo tiempo, oigo suavemente cómo Ryder suelta un gruñido ronco y gutural que consigo oír incluso a través del cristal entreabierto. Su polla palpita violentamente en su mano y se corre con fuerza. Chorros salen disparados, cayendo sobre su abdomen y su puño mientras sigue oliendo mis braguitas. Su cara es de puro éxtasis, los ojos entrecerrados, pero todavía clavados en mí. Nos corremos mirándonos. Juntos. En silencio. Durante unos segundos eternos solo existen nuestras respiraciones agitadas. Mi cuerpo sigue temblando con las réplicas del orgasmo más intenso que he tenido en mi vida. Tengo las mejillas ardiendo, el sexo palpitando y sensible, y una mezcla de euforia y vergüenza que me llena el pecho.

Ryder me mira todavía un rato más. Respira con dificultad, el pecho subiendo y bajando. Lentamente, se limpia la mano en sus pantalones de chándal y me dedica una media sonrisa oscura, casi peligrosa. Luego levanta mis braguitas, las besa brevemente y me las muestra antes de guardárselas en el bolsillo. Como un trofeo.

Me quedo tumbada en la cama, con las piernas todavía abiertas, exhausta y satisfecha. La ventana sigue entreabierta. El aire fresco de la noche me roza el sexo mojado y me hace estremecer. No sé qué estamos haciendo. No sé por qué me hace

sentir tan viva y tan rota al mismo tiempo. Pero mientras lo veo desaparecer de nuevo en la penumbra de su habitación, solo puedo pensar una cosa: Quiero más. Necesito más. Sé que ya no podré parar hasta que él o la situación me pare.

CAPÍTULO 12

CERCANÍA

No he visto a Kassy en toda la mañana porque ella tenía una cita con su ginecóloga durante las primeras horas y las dos últimas horas no compartimos clase juntas. Pero hoy es jueves y, si mal no recuerdo, estará a punto de empezar su entrenamiento con las animadoras del equipo de fútbol americano. Así que antes de irme a casa me encamino decidida hacia allí para hablar con ella. Pero a medida que me voy acercando, me voy poniendo cada vez más nerviosa porque sé que Ryder estará allí, en el campo también, entrenando.

Hoy no me lo he cruzado por el instituto, porque, seamos honestos, tengo miedo. Tengo miedo a su presencia directa, sin ventanas de por medio. Además, sé que ya no me lo encontraré solo por los pasillos porque su amiguito Nick Stone, que está en nuestro instituto también y es el Quarterback del equipo de fútbol del instituto, ha vuelto después de haber sido expulsado dos semanas por meter a escondidas a una chica en las duchas de los jugadores y ser pillado infraganti.

Pero, aunque tenga miedo de cruzármelo, paradójicamente, estoy deseando verlo. Verlo de cerca, analizarlo aún más y mejor, para poder construirme una imagen de él adecuada en mis fantasías sexuales.

Cuando llego al campo de entrenamiento, lo primero que hago es ver a los chicos corriendo, algunos, como Ryder Knox, descamisados. Y, joder, me da un vuelco el corazón. Mierda, ahora que me acuerdo, yo tengo su camisa. ¿Debería habérsela devuelto tras lo de ayer? ¿Y cómo hago para preguntárselo si ambos nos ignoramos fuera de nuestras casas?

—¡Ava! —el grito de mi amiga Kassy al verme allí hace que todo el mundo se gire a mirarme, incluido Ryder Knox que me pilla comiéndomelo con los ojos, por lo que automáticamente bajo la mirada al suelo y pateo una piedrecita como si fuera la cosa más interesante del mundo— ¡Ey! ¿Qué haces aquí? —pregunta Kassy cuando ya ha llegado corriendo hasta mí.

—¡Ey! —la saludo— Necesito hablar contigo, Kass.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupada— ¿Te han vuelto a pedir una cita y te has acojonado? ¿Es eso?

—Kass, ayer Daniel Connel se sentó a mi lado en historia y me dijo algo muy raro y necesito que me ayudes a investigarlo —suplico poniéndome seria y tratando de ignorar la mirada de mi vecino sobre mí, aunque no sé si está mirándome, pero mi cuerpo está en alerta ante la posibilidad.

—¿Raro? ¿Qué dijo?

—Pues, el otro día en The Ruins lo besé y… bueno ayer me dijo que se arrepentía de haberme dejado tirada en nuestra cita y que no debería haberse creído eso que dicen de mí, ¿sabes de qué cojones habla Connel?

—¡Un momento! ¡¿Te besaste con él?! ¡Ava! ¡Esa es una increíble noticia! —dice Kassy emocionada.

—¡No me estás escuchando! ¡Dicen algo de mí y es lo que está asustando a los chicos! Kass, ayúdame a averiguar qué.

—¡Claro! Por supuesto. No te preocupes. Las animadoras son unas chismosas, intentaré preguntarles. Seguro que saben algo.

—Kass, todas saben que eres mi amiga, no creo que te lo digan así como así —mi amiga mira en dirección al campo de entrenamiento, pero no está mirando a las animadoras, sino a los chicos— ¿Kass? ¿En qué piensas?

—Ven conmigo, te lo contaré mientras me pongo el uniforme de animadora.

Kassy me coge del brazo y me lleva a rastras hacia los vestuarios que están justo al lado del campo de entrenamiento. Noto la mirada inquisitiva y el ceño fruncido de Knox sobre mí mientras paso frente a él, que sigue corriendo, bordeando el campo con sus demás compañeros de equipo, seguramente preguntándose por qué demonios estoy tan cerca de él y qué hago invadiendo su espacio. Menos mal que él ya ha empezado su entrenamiento y no tenemos que interactuar.

Y, cuando pensaba que ya había pasado el mal trago y habíamos pasado de largo a los chicos del equipo, escuchamos el grito descarado de uno de los jugadores.

—¡Ey! ¡Salamandra! ¡Cambiaros aquí y nos alegráis la vista! —cuando me giro, me doy cuenta de que el dueño de esos gritos es Nick Stone, el amiguito de Ryder que acaba de incorporarse al instituto.

Veo a Stone reírse descaradamente mientras está mirando fijamente a mi amiga Kassy y no entiendo nada. Pero lo mejor es la risa contenida que veo en el rostro de Ryder Knox. Joder, qué guapo está cuando ríe. Creo que es la primera vez que lo veo reír.

—¡Me llamo Kassandra, idiota! —le grita mi amiga a Stone, lo que le hace reír todavía más fuerte— Estúpido idiota —farfulla mi amiga con cara de enfado mientras sigue tirando de mí hacia los vestuarios.

—¿Salamandra? —le pregunto a Kassy, mordiéndome los labios para no reírme.

—Sí, ese es el nivel —murmura mi amiga lanzando un suspiro—. Ha conseguido hacer una rima de un niño de siete años con mi nombre y se siente orgulloso.

—No sabía que te hablabas con Stone, y mucho menos que bromeabais —le indico con interés.

—¡Ya quisiera ese imbécil hablarse con alguien como yo! —exclama Kassy mientras nos metemos en un cubículo para que se

pueda cambiar y ponerse su ropa de animadora. Mientras tanto, me dice cuál es su plan para enterarse de qué narices se está diciendo de mí—. Lo mejor para sonsacar información son los chicos, Ava. Una mujer no soltará prenda de nada si no quiere hacerlo, sobre todo si sabe que esa información le hace poderosa frente a ti, frente a nosotras. Pero a los hombres es fácil manipularlos para que nos digan cosas, incluso si no quieren decirlo por nada del mundo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —pregunto curiosa.

—¡Fácil! ¡Sexo!

—Ya… no sé si te acuerdas de un pequeño detalle, Kass, pero sexo es precisamente lo que no puedo tener con los chicos, porque huyen despavoridos de mí —contesto frustrada.

Cuando Kassy ya ha terminado de vestirse tira de mí para salir de los vestuarios.

—Tú no puedes, pero yo sí —dice con orgullo, levantando las cejas.

En eso tiene razón. Kassy se ha acostado con tres chicos este año. Aunque ella dice que siempre los ha tenido que obligar a acabar con la tarea de otra manera después de que ellos llegaran al orgasmo.

Estoy a punto de decirle que no tiene que hacer eso por mí cuando choco contra el duro torso desnudo de un… ¡Mierda! Levanto la vista y me encuentro con el pectoral tatuado, muy definido y sudado de Ryder Knox. Y cuando alzo la vista del todo, con unos ojos muy azules que parecen enfadados. En sus manos lleva dos pesas y veo a los demás chicos del equipo salir de la sala de pesas que está junto a nosotros con más pesas hacia el exterior. Se ve que el entrenador les ha pedido que entren a por ellas, justo cuando Kass y yo estábamos saliendo… Qué suerte la mía…

Pero soy incapaz de moverme. Solo quiero examinar el azul tan enigmático de esos ojos furiosos que me observan por un rato más. Por años…

—Monroe —me saluda escuetamente y luego… ¿sonríe? Miro hacia atrás y no hay nadie más. ¡Me está sonriendo a mí! Carraspeo y me intento hacer la digna.

—Knox —le saludo yo también con una sonrisa juguetona amenazando con salir de mis labios.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿A Salamandra y su amiguita la virgen? —Nick Stone y sus estupideces rompen la magia del momento. Esta vez no solo refunfuña Kassy, yo también.

—¡Pero si es nada más y nada menos que Prick Stone! —suelta Kassy, haciendo una rima con el nombre de Nick, llamándolo Capullo en inglés.

No puedo evitar soltar una carcajada, aunque Stone no parece tan divertido. A pesar de eso se calla y solo achina los ojos de forma amenazante hacia Kassy y con sus dedos índice y corazón se señala sus ojos y luego los de Kassy para advertirle que la tiene vigilada y si se pasa se las verá con él.

Cuando miro de nuevo a Ryder veo que me observa con un brillo juguetón en los ojos. A pesar de que me estoy riendo abiertamente de su amigo.

—Nos vemos, Monroe —susurra y hace que me tiemble todo el cuerpo.

—Supongo que sí —digo sonriente y es lo último que puedo decirle mientras soy arrastrada al exterior, lejos de él, por mi amiga Kassy.

Y mientras salgo y me encamino a la salida del instituto y pongo ritmo a mi casa, no puedo dejar de ser consciente de que mi corazón late muy deprisa y la sonrisa estúpida no abandona mi rostro en ningún momento.

CAPÍTULO 13

PELIGRO

La fiesta hoy en The Ruins es una locura. No he visto tanta gente en mi vida aquí. Hay muchas caras nuevas y es un descontrol. Muchos están borrachos. Mis amigas y yo entre esos muchos. Cosa extraña, porque solo he tomado dos bebidas y suelo tener bastante más tolerancia al alcohol.

También es cierto que últimamente como mal. No porque me preocupen los kilos ni nada por el estilo. Es la ansiedad. Las mariposas que revolotean por su cuenta en mi estómago constantemente. Y, aunque no son mariposas del amor, porque no conozco de nada a mi vecino, sí son mariposas de deseo. Y no sabía que el deseo tuviera ese poder sobre una persona. Aunque lo intuía, porque de otro modo el sexo no tendría un papel tan importante en nuestra vida, sobre todo si eres adolescente o adulto joven. Es un hambre perenne que crece en tu interior hasta cobrar vida propia. Por deseo la gente hace cosas muy locas, como tener relaciones en público por puro morbo de ser pillado, o tener sexo con desconocidos, o hacer role plays con tu amante de turno… He visto de todo eso aquí, en The Ruins. Y, hasta hace solo unas semanas, solo podía imaginarme qué se siente cuando dejas que el deseo tome el control completo de tu cuerpo.

Ahora ya lo he experimentado. Y, además, creo que mi experiencia con Ryder Knox podría catalogarse de algo bastante morboso. Por eso ni me atrevo a contárselo a nadie, ni a Kassy. Y no solo es porque Ryder Knox y sus amiguitos estén detrás de la línea de prohibido para nosotras, sino porque creo que hemos ido demasiado lejos. Pero, aunque así sea, me encanta. Es posible que esté mal de la cabeza por admitírmelo, aunque solo sea a mí misma. Pero no voy a engañarme.

Han sido unas semanas intensas. Por las noches, he tenido mi rutinaria cita con Knox en mi habitación y hemos hecho cosas muy locas. Después, en el instituto, como siempre, hemos seguido nuestros caminos por separado. Sin embargo, lo he mirado más de la cuenta últimamente. Y, no estoy loca, él también a mí. Aunque mucho menos que yo a él.

Justo como ahora. Ryder Knox y sus amigos están en un rincón de The Ruins, tonteando con unas chicas que no conozco de nada, pero que envidio porque pueden estar justo donde a mí me gustaría estar, que no es en otra parte que hablando con Ryder. Pero él ni siquiera me ha mirado una vez desde que ha entrado. Hoy mi presencia parece serle del todo insignificante. Y quizá por eso hoy envidio más a su compañía que nunca. Porque desearía ser yo quien estuviera hablando con él. Preguntándole qué es de su vida, si es realmente tan chungo como la gente dice que es.

Aunque ya debería haber aprendido la lección: la gente nunca es lo que los demás dicen de ellos. Mi propio ejemplo podría servirme como referente. No sé qué demonios es lo que se dice de mí en el instituto, si creen que tengo alguna enfermedad, o que tengo alguna malformación, o lo que sea… aun no lo he averiguado. Lo que sé es que sea lo que sea, es mentira. Seguro que lo es. No tengo nada malo. Al menos, cuando miro a mis amigas no veo nada particularmente mal en mí que no sea algo que pueda tener alguien más.

Así que sí. Me encantaría hablar alguna vez con Ryder y comprobar si a él le pasa lo mismo que a mí y no es tan malo. A pesar de que la verdad es que su padre ha estado preso al menos tres veces en los últimos cinco años, pero ha salido en libertad poco después. No será algo muy malo, ¿no? Bueno, el hermano mayor de Ryder también estuvo preso una vez… pero hace mucho que no vive con ellos y son pocas las veces que lo he visto merodear por la casa Knox.

Sigo bebiendo de mi segunda bebida, un cóctel raro que bebemos Kassy y yo, mientras sigo mirando a Knox, intentando

inventarme una excusa lo suficientemente buena para acercarme a él, cuando de repente siento que una euforia extraña comienza a apoderarse de mí, especialmente cuando comienza a sonar una de mis canciones favoritas, *Moment*, y comienzo a bailar como si estuviera poseída por la canción.

Cuando miro a mi lado, veo a Kassy haciendo lo mismo que yo. Ambas nos sonreímos y comenzamos a bailar y a cantar como si nos fuera la vida en ello.

No sé cuánto tiempo llevo bailando. Podrían haber pasado diez minutos o tres horas y me parecería exactamente lo mismo. La música me atraviesa de una forma extraña. La siento debajo de la piel, mezclada con mi sangre. Cada nota parece sincronizarse con los latidos de mi corazón. Me río de cualquier tontería. De la forma en que Kassy mueve los brazos. De una pareja que se está besando como si intentaran tragarse el uno al otro. Incluso de una lámpara rota colgando del techo. Todo me parece maravilloso. Fascinante. Como si alguien hubiera arrancado de mi cabeza esa vocecita pesada que siempre está diciéndome lo que debo hacer, cómo debo comportarme… Es una sensación peligrosa. Lo sé. O al menos una parte muy pequeña de mí lo sabe. Pero esa parte está demasiado lejos para alcanzarme ahora mismo.

La gente siempre habla de perder el control como si fuera algo terrible. Como si fuera una tragedia. Como si la libertad fuese una bestia salvaje que hubiera que mantener encerrada a toda costa. Pero yo no siento eso. Yo siento exactamente lo contrario. Siento que llevo dieciocho años conteniendo la respiración y que por fin alguien me ha permitido expulsar el aire de los pulmones. Quizá por eso no puedo dejar de sonreír. Quizá por eso, cuando levanto la vista y veo las escaleras que conducen al piso superior de The Ruins, no pienso en peligro. Ni en consecuencias. Solo pienso en una cosa: Quiero verlo.

Mis ojos se quedan clavados en la oscuridad que hay más allá de los escalones. Siempre ha estado ahí. Cada vez que he venido a este lugar he visto esas escaleras. Siempre hay personas

subiendo y bajando de allí arriba después de hacer miles de locuras. O a lo mejor no son cosas tan locas. Pero precisamente porque nunca he estado allí, mi imaginación ha hecho lo que mejor sabe hacer: llenar los huecos. Y ahora mismo me parece incomprensible no haber subido antes. ¿Por qué no lo he hecho? La pregunta me provoca una risa tonta. *Porque no me han invitado nunca y porque soy una cagada.* Qué razones tan ridículas.

Llevo semanas mirando cada noche a un chico a través de una ventana y haciendo cosas que jamás imaginé que sería capaz de hacer. ¿Y resulta que unas escaleras viejas son donde voy a poner el límite? Por favor…

Empiezo a subir antes incluso de tomar una decisión consciente. Mis piernas simplemente se mueven por su cuenta. A medida que avanzo, la música queda atrás. No desaparece del todo, pero cambia. Se convierte en una vibración lejana, amortiguada, como si estuviera ocurriendo en otro mundo. ¡Hostias! Estas escaleras se mueven mucho.

Y de repente estoy sola. Completamente sola. No veo a Kassy. No veo a las chicas. Solo hay silencio. Un silencio extraño que contrasta con el caos de la fiesta y que, por alguna razón, me encanta.

Paso los dedos por la pared mientras avanzo por el pasillo. Hay polvo. Grafitis. Cristales rotos. Puertas arrancadas de sus bisagras. Todo parece abandonado desde hace siglos. Como si el edificio hubiera decidido morir poco a poco y nadie se hubiera molestado en impedírselo. ¡Guau! ¡Esto es muy chulo! Los grafitis hablan. ¿Hablan? Sí, creo que sí. Y las paredes del viejo pasillo se estrechan y se abren a mi paso. ¡Qué pasada! Pero no me da miedo. Nada me da miedo. Y quizá eso debería preocuparme.

Cuando encuentro una ventana rota que da al tejado me quedo inmóvil. Porque es preciosa. ¡Y las vistas! ¡Joder, son increíbles! La noche entera parece desplegarse frente a mí. Las luces de las casas a lo lejos. Los árboles. La luna. El viento fresco

golpeándome la cara. Por un instante siento algo tan intenso que casi me duele. *Libertad.*

No encuentro otra palabra. Es exactamente eso. La sensación de que no hay nadie observándome. Nadie juzgándome. Nadie diciéndome quién debería ser o sentir. Nadie. Solo yo.

Salgo al tejado sonriendo. Y sigo avanzando. Porque no veo peligro. Solo veo belleza. Y cuando una teja cruje bajo mi pie, cuando un trozo se desprende y desaparece en la oscuridad, mi primera reacción no es el miedo. Es la sorpresa. Porque el miedo requiere pensar. Y hace mucho que he dejado de pensar. La teja se rompe bajo mi pie con un crujido seco que resuena en mitad de la noche.

Durante un instante me quedo completamente inmóvil. El viento sigue golpeándome la cara. La música sigue sonando allá abajo. Todo sigue exactamente igual. Y, sin embargo, algo cambia. Porque por primera vez miro hacia abajo. La inclinación del tejado parece mucho más pronunciada de lo que me había parecido unos segundos antes. La distancia hasta el suelo se vuelve repentinamente más grande y peligrosa. Y mientras intento echar el peso hacia atrás, una segunda teja se desplaza bajo mi zapatilla. Mi corazón da un vuelco.

—Mierda...

La palabra apenas sale de mis labios cuando noto cómo mi pie resbala. Mis brazos se agitan buscando equilibrio mientras una oleada de vértigo me atraviesa el cuerpo. Y entonces una mano se cierra alrededor de mi brazo. Con fuerza. Con muchísima fuerza. Tan fuerte que casi me hace daño.

—¿Pero qué coño haces? —escucho una voz furiosa. La voz de Ryder.

Levanto la cabeza. No sé cuándo ha llegado hasta allí. No sé cómo ha conseguido salir al tejado sin que yo me diera cuenta. Solo sé que está sujetándome con una mano mientras la otra busca apoyo sobre las tejas para no perder el equilibrio él también. Tiene

la mandíbula apretada. Los ojos encendidos. Y parece muchísimo más asustado de lo que yo me siento. Lo cual me resulta extrañamente divertido.

—Qué bonita noche... —murmuro sonriendo. La expresión de Ryder no cambia lo más mínimo.

—Monroe.

—¿Sí?

—No te muevas.

Su voz suena tan seria que debería asustarme. Pero no lo hace. Nada parece asustarme esta noche.

—Tienes unos ojos muy bonitos, ¿lo sabías? —le digo mientras intento enfocar mejor su cara—. Más bonitos de cerca. Joder, y hueles tan bien…

Durante un segundo entero me observa en silencio. Una mirada larga. Profunda. Tan profunda que incluso mi cerebro embotado es capaz de percibir que algo va mal.

—¿Qué has tomado? —pregunta finalmente. Parpadeo varias veces. La pregunta me parece extraña.

—Lo de siempre.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Dos copas de ron —le digo y un músculo se tensa en su mandíbula.

—Joder.

—¿Qué?

—Te han metido algo —su respuesta tarda varios segundos en atravesar la niebla que tengo dentro de la cabeza.

—No...

—Sí —la forma en que lo dice no deja espacio para discutir. Ni siquiera parece enfadado conmigo ya. Parece enfadado con el

mundo entero—. Ahora vas a hacer exactamente lo que te diga.

—Qué mandón eres.

—Ava —por primera vez pronuncia mi nombre. Sin distancia. Sin ninguna de las barreras que siempre ha levantado entre nosotros. Y algo en su voz consigue que deje de sonreír— Mírame —lo hago—. Muy bien. Ahora ven despacio hacia mí. Sin mirar abajo.

Obedezco. No porque quiera. Porque de repente me resulta imposible hacer otra cosa. Cada paso parece más difícil que el anterior. El tejado se mueve bajo mis pies y las piernas empiezan a temblarme de una manera rara. Como si dejaran de pertenecerme. Cuando llego hasta él, Ryder me rodea inmediatamente con un brazo. Con una urgencia que hace que se me acelere más el corazón.

—Eso es —murmura—. Ya está.

Por alguna razón esas palabras hacen que me entren ganas de llorar. Y no entiendo por qué.

—Ryder...

—¿Qué?

—Creo que me encuentro rara.

—Ya me he dado cuenta.

Consigue sacarme una risa torpe. Pero el temblor empeora. Ahora me recorre los brazos. Las piernas. El pecho. Todo. De repente estoy cansadísima. Agotada. Como si hubiera corrido una maratón.

—Eh —su mano se desliza hasta mi nuca—. No te duermas.

—No estoy dormida.

—Monroe.

—Estoy perfectamente.

—Mentira.

Intento protestar, pero las palabras empiezan a mezclarse unas con otras. Y antes de que me dé cuenta, Ryder me levanta del suelo. Un brazo bajo mis rodillas. Otro alrededor de mi espalda. Todo ocurre tan rápido que ni siquiera tengo tiempo de reaccionar.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Sacarte de aquí.

Apoyo la cabeza contra su hombro. Huele a alcohol. A cigarrillos. A él. Y por alguna razón eso me tranquiliza.

—¿A dónde me llevas?

—A casa.

La palabra consigue atravesar un poco la niebla.

—Kassy.

—¿Qué pasa con Kassy?

—Ella también estaba rara —Ryder sigue caminando mientras baja las escaleras conmigo en brazos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Ya se están ocupando de ella.

—¿Quién?

—Mis amigos.

Intento pensar. Pero cada vez resulta más complicado.

—¿Son de fiar?

—Sí.

—¿Todos?

—Más o menos.

Eso me hace reír. Aunque esta vez débilmente porque las fuerzas se me van apagando. Las luces de la fiesta se vuelven

borrosas mientras Ryder me saca de The Ruins. Y justo antes de que todo empiece a desdibujarse, apoyo la cabeza contra su pecho.

—Mi padre va a matarme —susurro.

—No va a matarte.

—Sí va a hacerlo. Y luego me mandará a un internado lejísimos.

Por primera vez en toda la noche, Ryder suelta una pequeña carcajada. La siento vibrar bajo mi mejilla.

—Pues tendremos que evitar ambas cosas.

CAPÍTULO 14

SOÑANDO

Me muevo entre las sábanas con un calor delicioso en la espalda. Hay un olor que me envuelve por completo: masculino, un poco dulce, con un toque de cigarrillo y piel. Huele tan bien que me pego más contra él, frotando la nariz contra la almohada como una adicta. Espera… ¿la almohada?

Abro los ojos de golpe. Esto no es mi habitación. Ni mi cama. Ni mi techo. Y definitivamente el brazo tatuado que rodea mi cintura no es mío.

Giro la cabeza muy despacio y ahí está: Ryder Knox, dormido a menos de veinte centímetros de mi cara. Sin camiseta. Pelo revuelto. Labios entreabiertos. Tan jodidamente guapo que me quedo sin aliento.

Mi primer pensamiento no es miedo. Es pura alegría. *Estoy soñando.* Después de semanas tocándome pensando en él, después de todas las noches en la ventana, mi cerebro por fin me está regalando el sueño húmedo más realista de la historia.

Sonrío como una idiota y me incorporo sobre un codo para observarlo mejor. El brazo de Ryder cae sobre mi muslo y su mano queda peligrosamente cerca de mi culo. Dios… hasta en sueños tiene las manos grandes.

—Joder, Knox… —susurro—. Eres mucho más follable de cerca.

Ryder frunce el ceño ligeramente y abre los ojos.

Esos ojos azules me golpean como siempre. Durante unos segundos nos miramos en silencio. Yo sigo sonriendo como una loca.

—Tus ojos son ridículamente bonitos —murmuro—. En mis sueños siempre son así.

—¿Monroe? ¿Qué coño…? —Ryder parpadea, todavía medio dormido.

—Shhh —lo callo poniendo un dedo sobre sus labios—. Es mi sueño. Yo pongo las reglas.

Él levanta una ceja, claramente confundido, pero no se mueve. Eso me da todavía más confianza. Me muerdo el labio y me subo encima de él sin pensarlo dos veces, sentándome a horcajadas sobre sus caderas. Ryder suelta un gruñido ronco cuando mi centro caliente se aprieta contra su polla, que ya está medio dura debajo del pantalón de chándal.

—Hostia, Ava…

—¿Ves? —digo sonriendo mientras me froto lentamente contra él—. En mis sueños siempre reaccionas así.

Empiezo a moverme. Despacio. Provocadora. Siento cómo se pone completamente duro debajo de mí y eso me enciende todavía más. Me inclino hacia delante, apoyando las manos en su pecho tatuado, y lamo su cuello.

Ryder responde al instante. Sus manos grandes me agarran el culo con fuerza, apretándome contra él. Gimo contra su pecho y froto mi coño contra su erección con más ganas, sintiendo cómo la tela de mis braguitas se humedece.

—Ava… ¿qué cojones…?

No le dejo terminar. Me lanzo a besarlo.

El beso es inmediato, hambriento y profundo. Nuestras lenguas se encuentran con fuerza, enredándose con desesperación. Ryder suelta un gruñido ronco contra mi boca y toda su contención se rompe. Me agarra del pelo con una mano y me besa como si llevara años queriendo hacerlo. Su lengua entra en mi boca con posesión, devorándome. Sabe a pecado y a deseo reprimido.

—Joder, Ava… —gruñe contra mis labios, mordiéndome el inferior—. Me estás matando… —me derrito. Me froto contra su

polla. Ryder jadea y sus manos suben por debajo de la camiseta enorme que llevo puesta. Sus dedos acarician mi piel con reverencia —. Dios… qué suave eres —susurra, deslizando las manos por mis costillas—. Tu piel es jodidamente perfecta… caliente… hueles tan bien…

Aprieta mis tetas con las dos manos, rozando mis pezones con los pulgares mientras seguimos besándonos con hambre. Nuestras lenguas no paran de enredarse, húmedas y ansiosas. Gimo en su boca y me froto más fuerte contra él.

—Fóllame, Ryder —suplico contra sus labios, metiéndole la lengua otra vez—. Fóllame antes de que me despierte. Esto es un sueño… no quiero despertarme sin que me hayas follado.

Ryder suelta un gemido torturado. Sus caderas se levantan solas buscando más fricción. Está luchando consigo mismo. Se nota en cómo aprieta la mandíbula y en cómo sus manos me agarran con fuerza, pero su mirada muestra contención. Mierda, ¿hasta en mis sueños los chicos se echan para atrás?

—Ava… joder… para —dice con voz rota, aunque sigue besándome y tocándome—. No estás en condiciones… no puedo…

—Por favor —gimo, mordiéndole el labio—. Solo es un sueño… hazme tuya. Necesito hacerlo. Por favor…

Ryder cierra los ojos con fuerza, respirando agitado. Su polla palpita contra mí. Está desesperado, pero no quiere seguir con esto. Con un esfuerzo visible, me agarra de las caderas y me detiene.

—Ava… para —me aparto un poco, jadeando, con los labios hinchados.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto y Ryder me mira fijamente.

—Estás despierta.

—No es verdad. Esto tiene que ser un sueño porque se está haciendo mi fantasía realidad —añado riéndome.

Ryder se queda callado un segundo. Sus ojos se oscurecen.

—¿Tienes fantasías conmigo?

—A la vista está, ¿no? —respondo sonriendo—. Si no, ¿por qué estaría aquí?

Ryder me mira en silencio durante unos segundos. Luego me coge suavemente del hombro, obligándome a centrarme en sus ojos.

—Ava, estás despierta, ¿vale? —Su tono es serio. Firme. Ya no hay rastro de broma.

La sonrisa se me empieza a borrar poco a poco de la cara. Lo miro fijamente, intentando procesar sus palabras. La habitación sigue dando vueltas, pero algo dentro de mí comienza a entender que esto no es un sueño.

—¿De verdad? —susurro, de repente mucho más seria. Ryder asiente lentamente, sin apartar la mirada.

—Sí, Monroe. Esto es real.

Lo miro a los ojos. Su expresión es seria. Demasiado seria para un sueño. La realidad me cae encima como un cubo de agua fría.

—Espera… ¿qué?

Intento incorporarme y la habitación da vueltas como un puto tiovivo. Ryder me sujeta para que no me caiga.

—Oh, no… —murmuro, sintiendo cómo todo el alcohol y lo que sea que me metieron anoche sube por mi garganta.

—¿Ava…?

No llego ni a contestar. Me lanzo fuera de la cama y vomito violentamente en el suelo de su habitación. Ryder suspira, pero se acerca inmediatamente, sujetándome el pelo con una mano mientras con la otra me frota la espalda.

—Genial… —murmura—. Justo lo que necesitaba a las cinco de la mañana.

Cuando termino, estoy temblando de vergüenza. Ryder me limpia la boca con una toalla húmeda que ha traído y me da agua.

—No puedo creer que te haya vomitado en la habitación después de intentar que me follaras —gimo, tapándome la cara con las manos.

Ryder suelta una carcajada grave.

—Tranquila, Monroe. Has hecho cosas peores esta noche.

—¿Como qué?

—Intentar tirarte desde un tejado porque creías que podías volar.

Me quedo callada, horrorizada. Ryder me mira con una mezcla de diversión y algo más suave.

—Ahora duérmete —dice, metiéndome de nuevo en la cama y tapándome.

—¿Vas a dormir conmigo otra vez?

—Alguien tiene que asegurarse de que no intentes volar por la ventana.

Sonrío débilmente, todavía mareada.

—Knox…

—¿Qué?

—Cuando esté sobria… ¿podemos repetir lo de antes? Pero sin vómito.

Ryder se ríe bajito y apaga la luz.

—Duérmete, desastre.

CAPÍTULO 15

FRENTE A FRENTE

Me despierto con la boca pastosa y las extremidades entumecidas. Además, la cabeza me late. ¿Las cabezas laten? La mía parece que tiene el corazón en la sien ahora mismo. Conforme me voy desperezando comienzo a ser consciente de que no estoy en mi cama y de que… ¡No me jodas!

Doy un grito cuando veo la espalda de Ryder Knox frente a mí. Está sentado en su escritorio, mirando algo en su ordenador portátil, y al escuchar mi grito da un salto de la silla.

—¡La Hostia, Monroe! ¡Casi me matas de un infarto! —dice dándose la vuelta y mirándome con el ceño fruncido— ¿Cómo te encuentras? Creí que habías muerto y tenía que empezar a pensar en qué hacer con tu cuerpo.

Definitivamente, es la frase más larga que Ryder Knox me ha dicho en la vida, aparte de en mis fantasías, pero en mis fantasías me decía cosas más agradables.

—¿Qué hago aquí? ¿Estoy en tu cuarto? —pregunto asustada y Ryder asiente con lentitud y evaluando mi reacción— ¿Estoy en tu cama? —pregunto más alterada aún y él vuelve a asentir muy serio — ¡Oh, joder! ¿Hemos follado? ¡Dime que no, por favor! —le suplico porque odiaría haber hecho tal cosa y no poder acordarme de nada.

—¿Ahora no quieres? —pregunta molesto— porque hace unas horas me estabas suplicando que lo hiciera —añade cruzando sus brazos sobre su pecho desnudo. Parece muy enfadado.

—Madre mía… no recuerdo haber bebido tanto… Pero, dímelo, necesito saberlo, ¿hemos hecho algo?

Ryder suspira y aprieta la mandíbula.

—No hemos follado. Sigues siendo la virgen Monroe —sus palabras son hirientes, pero sé que me lo merezco porque no está entendiendo lo que quiero decir.

—Me alegro, porque desearía poder recordarlo si fuera así —sus ojos se abren sorprendidos y se relaja su expresión.

—¿Sigues colocada? —pregunta entornando los ojos.

—No, pero me duele todo. ¿Qué bebí? Necesito no volver a beber de eso nunca más.

—Alguien te drogó. A ti y a la tipa esa que va siempre contigo. La animadora.

—¿Kassy? —me incorporo de golpe —¿Está bien? ¡Necesito llamarla!

—¿Recuerdas quién os dio la última bebida? —pregunta Ryder con tono paternal.

—No recuerdo nada, Ryder. Ni siquiera recuerdo haber llegado aquí. ¡Dios! ¡Mi padre va a matarme! —me levanto de golpe y me doy cuenta de que llevo puesta una camiseta de Knox y que mi vestido está doblado a los pies de la cama. Lo miro con una ceja alzada.

—No me mires así. No te he tocado. Y no te preocupes por tu padre. Cogí tu teléfono y le escribí haciéndome pasar por ti para decirle que dormías en casa de la animadora. Respondió que hoy iría a pasar el día a casa de un tal Bill y que llegaría tarde. Que le llamaras cuando llegases a casa.

Trago saliva. Son demasiadas molestias las que se ha tomado Ryder por mí en una sola noche.

—Gracias. No tengo palabras para agradecerte todo esto. ¿Por qué lo has hecho? —pregunto con voz temblorosa y deseo que la respuesta sea "porque me gustas".

—¿Qué otra opción tenía? Si te pasaba algo y mis amigos y yo estábamos en la misma fiesta, ten por seguro que nos habrían

culpado a nosotros.

Bajo la mirada, decepcionada.

—Ya veo… aun así, gracias, Knox. No te molesto más. Me voy a casa.

—No me molestas, Ava —ahora suena un poco arrepentido por su tono—. De hecho, ha sido una noche interesante.

En sus preciosos ojos azules veo un atisbo de diversión que me hace sonreír a mí también, aunque también enrojecer.

—He debido dar un espectáculo lamentable —susurro, abochornada.

—Tus espectáculos nunca son lamentables, más bien todo lo contrario —dice, haciendo que mi corazón se detenga.

Cuando miro de nuevo a sus ojos, veo el fuego que tras ellos se esconde.

Se me seca la boca. De repente soy muy consciente de que estoy en su habitación, con su camiseta puesta, sentada en su cama y con el pelo hecho un desastre. Y él me mira como si quisiera comerme.

Ryder se apoya contra el escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho desnudo, y me dedica una media sonrisa peligrosa. Durante unos segundos ninguno de los dos habla. El silencio se instala entre nosotros con una naturalidad extraña.

—Bueno... —me aclaro la garganta— supongo que esta ha sido la última vez que doy un espectáculo así.

—¿La última? —pregunta arqueando una ceja.

—Pienso evitar que vuelvan a drogarme.

—Ah, eso —una sonrisa lenta aparece en la comisura de sus labios— Creía que te referías a otra cosa.

—¿A qué otra cosa?

—A tus shows.

Noto cómo el calor vuelve a subir por mi cuello.

—Dios, Knox… cállate.

—Podrías hacer el próximo aquí.

—¿Qué? —parpadeo.

—Tu próximo show. Podrías hacerlo aquí, en mi habitación. Frente a frente. Así no tendría que dejarme la vista mirando por la ventana. Y no nos arriesgaríamos a que nadie ajeno a esto —señala el espacio entre los dos— nos pille desnudos, nos haga fotos y se haga de oro con nuestra perfección corporal en internet.

La risa se me escapa antes de poder evitarlo.

—Estás loco.

—Lo digo en serio.

Mi corazón da un pequeño salto ridículo.

—Me encantaría —admito antes de pensar demasiado mis palabras—, pero si alguien me ve entrando en tu casa y se lo cuenta a mi padre, mi funeral será precioso.

Ryder suspira, pasándose una mano por el pelo. Se queda pensando unos segundos y luego camina hacia la otra ventana de su habitación, la que da al callejón lateral oscuro, y desde esa ventana no se ve mi casa en absoluto.

—Ven aquí —dice.

Me levanto de la cama, todavía un poco mareada, y me acerco. Ryder aparta una maceta grande con una planta que tapa parte de la ventana y señala hacia abajo.

—Mira.

Hay una escalera de metal vieja, bastante discreta, instalada en la pared exterior. Está bastante escondida por una enredadera y una planta. Desde la calle es casi imposible verla.

—La uso para escaparme desde que tenía quince años —explica con una sonrisa torcida—. Nadie la ve. Nadie la usa. Si alguna noche quieres venir… puedes hacerlo por aquí. Directa a mi habitación. Sin pasar por la puerta principal.

Me quedo mirando la escalera en silencio, procesando lo que me está ofreciendo. Una forma real de vernos. A escondidas. Solo nosotros.

Ryder se gira hacia mí y me mira con intensidad.

—¿Qué dices, Monroe?

Trago saliva. Tengo miedo, excitación y una ilusión que me quema el pecho todo al mismo tiempo.

—Yo… no sé… —susurro—. Esto es una locura —Ryder traga saliva, pero no aparta su azul mirada de mí en ningún momento mientras aguarda a que le responda de una vez a su loquísima invitación—. Pero, si alguna vez pasa dicha locura… nadie puede enterarse, Knox. Nadie —Ryder sonríe ante mis palabras—. Ni tus amigos, ni Kassy, ni nadie. Mi padre me mataría. Y a ti también.

Ryder da un paso hacia mí. Está tan cerca que puedo oler su piel. Levanta una mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con una delicadeza que no esperaba de él.

—Será nuestro secreto —dice en voz baja, como una promesa—. Solo tuyo y mío.

Nos quedamos mirándonos en silencio. El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico. Estamos aquí. Frente a frente. Y debo estar muy tarada porque estoy deseando que me bese Ryder Knox y hacer multitud de insensateces con él.

—Ahora vete a casa antes de que tu padre llegue —murmura finalmente, aunque parece que le cuesta decirlo—. Pero piensa en lo que te he dicho.

Asiento, sonrojada hasta las orejas, y cojo mi vestido doblado.

Decido salir por la ventana con la escalera, pues si alguien me ve saliendo de la casa de Knox podrían comenzar a chismorrear y llegar a oídos de gente que no deseo que se inmiscuya.

Mientras salgo por su ventana hacia la escalera secreta, no puedo evitar sonreír como una idiota.

CAPÍTULO 16

FILOSOFÍA, TOMATES Y HOYUELOS

El domingo fue un borrón. Pasé casi todo el día durmiendo. Me despertaba a ratos desorientada, con la boca pastosa y un dolor de cabeza que me taladraba las sienes. En más de una ocasión me giré en la cama buscando el calor de un cuerpo a mi lado. Buscando a Ryder. Durante unos segundos absurdos pensaba que seguía en su habitación. Luego abría los ojos del todo y me daba cuenta de que estaba sola en mi cama.

Todavía siento el cuerpo raro. Como si tuviera los músculos flojos, la cabeza envuelta en algodón y una sensibilidad extraña en la piel. Cada vez que me movía, notaba un latigazo de náuseas y un cansancio profundo que no me dejaba ni pensar con claridad. Por la noche quise asomarme a la ventana. De verdad que quise. Pero estaba tan agotada y con tan mal cuerpo que me quedé dormida antes de poder levantarme de la cama.

Ahora es lunes por la mañana y sigo sintiéndome como si me hubiera pasado un camión por encima. Entro al instituto buscando a Kassy con la mirada. La encuentro junto a su taquilla, guardando libros con movimientos mecánicos. Tiene mala cara. Ojeras. Y cuando me ve acercarme, su expresión se tensa.

—Por fin. Llevo queriendo hablar contigo desde la fiesta.

—He estado durmiendo como un oso en hibernación —murmura.

—Yo también. Creo que sigo medio muerta.

—Pues sí. Tienes una cara horrible.

—Gracias.

—Para eso están las amigas.

—¿Cómo estás? —pregunto dándole un toque en el hombro.

—Bien.

—Mentira. Tú también tienes una cara horrible —Kassy sonríe y me saca la lengua.

—Bueno, seguro que tienes razón. Estoy regular.

—Yo también estoy regular. Kassy —digo en voz baja, colocándome a su lado—. ¿Podemos hablar de lo que pasó? —Ella cierra la taquilla de golpe y mira a ambos lados del pasillo.

—No estoy de ánimo, me siento como la mierda —murmura — estaba muy borracha.

—Kassy…

—¿Qué?

—No estábamos borrachas —ella suspira—. Nos drogaron.

—Lo sé, y no me apetece hablar de ello —dice sin mirarme.

—¿No te apetece hablar de ello? Porque yo creo que es algo serio.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que monte una investigación criminal?

—Solo quiero saber qué pasó el sábado. ¿Recuerdas algo? ¿Quién nos dio la bebida? Yo no me acuerdo de nada claro.

—No sé quién nos dio la bebida —me corta, tajante—. Y no quiero hablar del tema, Ava. Por favor.

Frunzo el ceño. Esto no es normal en ella. Kassy siempre es la primera en cotillear y analizar hasta el último detalle.

—¿Estás bien? Mi padre no sabe nada, ¿y los tuyos?

—Mis padres no saben nada —responde rápidamente, casi nerviosa—. Y tienen que seguir sin saberlo. Si se enteran, se acabó todo. No más fiestas, no más salidas… nada. Nos protegieron, ¿vale? Nos salvaron de quien fuera que quería drogarnos y jodernos y

punto. Hemos tenido suerte, Ava. Esta es la última puta vez que cojo una bebida de alguien. Pero nos han salvado el culo y eso es lo único que importa.

—Sí, a mí me salvó Ryder —digo en voz baja, observándola —. ¿Y a ti?

Kassy se pone rígida. Mira hacia el suelo y luego hacia los lados otra vez, como si temiera que alguien nos estuviera escuchando.

—No vamos a hablar de eso, Ava. Fue un espectáculo horrible. Tú casi sales volando por el tejado de The Ruins y menos mal que el inadaptado ese de Knox se dio cuenta de que ibas al piso de arriba y te siguió para poder impedirlo. Yo por mi parte me guardaré el secreto para mí de que te llevó él a tu casa. Nadie va a relacionarte con Knox, no te preocupes por eso, amiga —las palabras de Kassy quieren sonar como un consuelo, pero no lo son. No estoy segura de seguir compartiendo la visión que ella y muchos tienen de Ryder. No después de que me salvara y me cuidara durante toda la noche. ¿Es que ella no ve lo mismo que yo?

—Pero habrá gente que me viera salir con Ryder y sus amigos seguramente estarían pendientes de todo —insisto, bajando aún más la voz—. A lo mejor empiezan a culparles a ellos de lo que nos pasó y ellos no fueron los que nos drogaron.

Kassy aprieta los labios.

—No van a culparlos de nada porque nadie sabe nada. No creo que nadie nos viera. De hecho, la gente me ha estado preguntando cómo acabé la noche en casa y si vomité mucho. Solo me dicen que vaya borrachera llevaba. Nadie sabe nada más allá de eso. Así que yo no voy a decir que tú te fuiste con Ryder… y tú no dirás nada de mí. ¿Entendido?

Me quedo mirándola, cada vez más confundida y molesta.

—¿De ti? ¿Qué quieres que diga de ti si no me cuentas nada? Kassy… somos amigas. Yo te estoy contando lo que me pasó,

lo que sentí, que Ryder me salvó y que luego… —me callo a tiempo, recordando que no le he contado que pasé la noche en su habitación — ¿Por qué no me cuentas nada? ¿Qué te pasa?

Ella suspira, visiblemente incómoda. Por un segundo parece que va a decir algo más, pero al final solo niega con la cabeza.

—Déjalo, Ava. En serio. No pasó nada. Y mejor que siga siendo así.

El resto de la mañana pasa en una nebulosa hasta que entro en la clase de Filosofía. Y entonces caigo de lleno. *Ryder está en esta clase.*

Y por primera vez desde que me desperté en su cama voy a tener que verlo y frente a frente. La sola idea hace que mi estómago se contraiga. Durante todo el camino al instituto he conseguido mantener mi mente ocupada con otras cosas, sobre todo intentando descifrar qué demonios le ocurre a Kassy, pero ahora ya no tengo escapatoria. Ryder está en esta clase. Voy a verlo. Y él va a verme. Y ambos sabemos cosas que el resto de las personas que hay aquí no saben. Cosas que ocurrieron entre nosotros cuando nadie más estaba mirando.

Intento convencerme de que no tiene importancia, de que solo es otro lunes cualquiera y de que soy perfectamente capaz de sentarme en mi pupitre y comportarme como una persona normal y funcional. El problema es que, justo cuando empiezo a creerme mi propia mentira, la puerta del aula se abre y Ryder Knox entra por ella. Y durante unos segundos me olvido incluso de respirar.

Está riéndose de algo que le ha dicho su amigo y, por primera vez desde que lo conozco, no lleva puesta esa expresión desafiante que suele mostrar al resto del mundo. Parece relajado. Feliz incluso. Entonces aparece un pequeño hoyuelo en su mejilla derecha y me quedo mirándolo como una completa idiota. No sabía que tenía un hoyuelo. ¿Cómo se supone que alguien puede tener aspecto de delincuente juvenil y hoyuelos al mismo tiempo? Es completamente injusto. Y, por algún motivo que no entiendo, siento

una punzada absurda de envidia hacia Nick Stone. Porque es el único al que veo provocar esa sonrisa en Ryder. El único con el que parece bajar la guardia de verdad.

De repente, como si sintiera mi mirada, Ryder gira la cabeza y sus ojos azules se clavan directamente en los míos y me guiña. Un guiño lento, descarado y lleno de intención.

Mi corazón da un salto tan fuerte que estoy convencida de que alguien a mi alrededor ha debido escucharlo. Aparto la mirada inmediatamente y noto cómo el calor me sube por el cuello hasta instalarse en mis mejillas. Miro alrededor con disimulo, aterrada ante la posibilidad de que alguien haya visto el guiño de Ryder o, peor aún, la forma ridícula en que he reaccionado a él.

Ya noto el calor subiéndome por el cuello. Por las mejillas. Por las orejas. Por absolutamente todas las partes del cuerpo que una persona puede utilizar para ponerse en evidencia. Miro alrededor con disimulo. Nadie parece haberse dado cuenta. O eso espero. Porque si alguien me está viendo ahora mismo probablemente piense que me está dando una reacción alérgica.

—Knox —dice el profesor desde su mesa—. Hoy te sientas junto a Monroe.

La cabeza de Ryder gira hacia él. La mía también.

—¿Perdón? —preguntamos ambos al mismo tiempo. Varias personas se ríen y susurran.

—La actividad que hicisteis la semana pasada era precisamente para esto. He emparejado alumnos según sus respuestas filosóficas y sus formas de argumentar. Y sorprendentemente vosotros dos tenéis más cosas en común de las que imagináis.

Aquello provoca otra ronda de susurros.

—¿Y ahora quién va a ser mi pareja? —protesta Nick desde el fondo del aula—. Llevo años construyendo esta relación.

La clase se ríe. El profesor Harris sigue hablando, señalando a Nick con el boli.

—Stone, tú no tienes pareja porque llevas dos semanas fuera precisamente por buscar "pareja" con demasiada intensidad en los vestuarios de las animadoras. Así que esta vez vas a trabajar solo. Si puedes.

Toda la clase estalla en carcajadas. Incluso Ryder. Y yo me quedo completamente obnubilada mirando ese hoyuelo que se le marca en la mejilla cuando se ríe. Dios, es injusto lo guapo que es.

—Cruel pero justo —dice Nick llevándose una mano al pecho.

Mientras tanto, Ryder ya está caminando hacia mí. Y cada paso parece aumentar mis pulsaciones unas veinte veces. Cuando llega a mi lado deja la mochila en el suelo y se sienta tranquilamente. Como si no acabara de provocar una crisis existencial en mi sistema nervioso.

—Hola, cosita.

La voz me atraviesa de arriba abajo. Y la sonrisa que aparece en mi cara es tan automática que me dan ganas de esconderme debajo de la mesa.

—Ho… hola —Genial, Ava. Qué despliegue de ingenio.

—Veo que ya no pareces un fantasma.

—Y tú pareces peligrosamente descansado para alguien que pasó la noche anterior cargando con un zombi y limpiando vómito ajeno —Ryder se ríe por lo bajo.

—Todavía me debes una alfombra.

—No vomité en la alfombra.

—Detalles.

Vuelvo a notar el calor subiéndome por las mejillas. Miro alrededor otra vez. Por necesidad de comprobar que nadie está viendo el ridículo que estoy haciendo.

—Relájate —su voz sale mucho más baja esta vez, solo para mí— Nadie te va a juzgar por hablar conmigo.

—No me preocupa que me vean hablando contigo, Knox —digo frunciendo el ceño.

—¿No? —sus ojos azules se clavan en los míos.

—No.

—Entonces, ¿qué te preocupa? —pregunta con curiosidad y odio que me haga preguntas cuando me mira así. Porque siento que mis neuronas dejan de funcionar.

—Que vean lo roja que me pongo. Tengo una reputación que cuidar, Knox.

Veo cómo su pecho se expande lentamente. Cómo inspira. Cómo una sonrisa aparece despacio en la comisura de sus labios.

—¿Una reputación? —murmura divertido—. ¿Y cuál es exactamente esa reputación?

—La de persona cuerda.

—Ah —vuelve a reírse, esta vez de mí, pero no me importa porque puedo ver ese hoyuelo durante más tiempo. La verdad es que es un lujo reservado para pocos afortunados poder contemplarlo.

—No te rías —le regaño sin sonar enfadada en absoluto.

—Lo intento, cosita. Pero me lo estás poniendo difícil.

Pongo los ojos en blanco y desvío la mirada hacia el profesor justo cuando comienza a explicar el trabajo que tendremos que entregar dentro de dos semanas. Por desgracia, mi cerebro parece haber decidido que escuchar Filosofía es mucho menos interesante que ser consciente de que el brazo de Ryder está a escasos centímetros del mío.

Intento concentrarme. De verdad que lo intento. Pero es imposible. Porque cada vez que levanto la vista me encuentro con

esos ojos azules observándome como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Y quizá lo sabe. La idea me pone todavía más nerviosa.

Durante el resto de la clase apenas intercambiamos unas pocas palabras relacionadas con el trabajo. Sin embargo, siento constantemente su presencia a mi lado. A veces nuestras manos se rozan. Otras veces nuestras piernas se tocan debajo de la mesa. Ninguna de esas cosas debería significar nada. Y, sin embargo, significan demasiado.

Cuando finalmente suena el timbre, siento un alivio tan grande como decepcionante. Porque significa que puedo volver a respirar. Y porque significa que vamos a volver a tomar caminos diferentes y a ignorarnos el resto de la mañana. Comienzo a guardar mis cosas en la mochila cuando escucho su voz.

—Monroe.

Levanto la cabeza. Ryder sigue sentado, mirándome con esa intensidad que ya conozco demasiado bien.

—¿Sí?

—Anoche no apareciste —susurra bajito y el corazón me da un salto.

—Me quedé dormida —murmuro—. Todavía me encontraba fatal.

—Ya me lo imaginé —dice asintiendo despacio, sin apartar la mirada.

Se hace un silencio cargado entre nosotros. Luego se inclina un poco más hacia mí, bajando la voz hasta convertirla en un susurro solo para mis oídos:

—Esta noche estarás mejor —no es una pregunta y mi estómago da una voltereta.

—Supongo…

—Bien —sonríe de esa forma peligrosa que debería estar prohibida—. Porque esta noche sí pienso cobrarte lo de la alfombra.

—No te debo ninguna alfombra —protesto débilmente.

—Ya discutiremos eso cuando subas.

Tardo un segundo en procesar sus palabras. Cuando lo hago, el pulso se me dispara.

—¿Me estás invitando a tu habitación, Knox?

—Creía que estaba siendo bastante evidente —su sonrisa se ensancha.

Y antes de que pueda responder nada más, desaparece por la puerta del aula. Mientras tanto, yo me quedo sentada en mi silla varios segundos más, mirando el sitio donde acaba de estar y preguntándome si esto se me está yendo absolutamente de las manos hacia dimensiones interestelares.

CAPÍTULO 17

BUENAS INTENCIONES Y DECISIONES COMPLICADAS

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo unos segundos contra ella. No sé por qué estoy respirando tan rápido. Bueno, sí lo sé. Perfectamente. Solo que me niego a admitirlo.

Dejo el móvil en mi escritorio y me siento en el borde de la cama, observando la ventana que da a la habitación de Ryder. Desde aquí todo parece absurdamente sencillo. Llevo semanas asomándome a esa ventana. Semanas soñando con él. Semanas permitiéndole entrar poco a poco en mi vida, en mi cabeza. Y, sin embargo, ahora que existe una posibilidad real de estar con él y de hacerlo por fin algo físico, siento que mi cerebro ha decidido incendiarse. Porque una cosa es mirar a un chico desde la distancia. Y otra muy distinta entrar en su habitación. Sola. Por voluntad propia. Sabiendo exactamente por qué estás allí.

Me dejo caer sobre el colchón y me cubro la cara con ambas manos. Dios mío. ¿En qué momento he llegado hasta aquí? Hace unos meses ni siquiera sabía cómo era exactamente su rostro porque no me interesaba mirarlo demasiado. Era solo el vecino problemático que vivía frente a mi casa. El chico al que mi padre me habría prohibido acercarme y que todo el mundo que no quiere problemas ignora. El chico del que todo el mundo habla como si fuera una bomba de relojería. Y ahora estoy tumbada en mi cama planteándome seriamente si voy a colarme en su habitación esta noche para entregarle mi cuerpo.

La situación sería ridícula si no me estuviera provocando una crisis nerviosa. Porque me gusta. Ese es el problema. Si no me gustara sería fácil. Le diría que no. Me olvidaría del asunto. Seguiría con mi vida. Pero me gusta. Me gusta demasiado. Me gusta cómo

me mira, cómo sonríe. Me gusta cómo consigue hacerme sonreír con apenas asomarse a la ventana. Me gusta hasta que me llame *cosita*. Y me gusta todavía más recordar que tuvo la oportunidad perfecta para aprovecharse de mí y no lo hizo.

La idea consigue tranquilizarme durante unos treinta segundos. Después vuelve la ansiedad. Porque aparece otra voz. Una mucho menos amable. Una que pregunta cosas horribles.

¿Y si todo eso formaba parte del plan? ¿Y si sabía exactamente lo que tenía que hacer para que confiaras en él?

Me incorporo de golpe. No. Eso no es justo. No puedo pensar así. Ryder me salvó. Me cuidó. Durmió conmigo sin intentar nada. Pero entonces vuelve la misma voz.

No puedes fiarte de él. No lo conoces. Si todos hablan mal de él, por algo será.

La habitación se queda en silencio. Y odio darme cuenta de que es cierto que no puedo confiar en él. No porque crea que Ryder sea una mala persona. Sino porque apenas lo conozco. Sé cómo se ríe. Sé cómo fuma. Sé cómo son sus ojos cuando me mira. Ahora incluso sé que tiene un hoyuelo irresistible.

Pero eso no es conocer a alguien. Eso es observarlo. Y llevo tantos días observándolo que a veces olvido la diferencia. La realidad es que hoy ha sido la primera vez que hemos hablado de verdad.

Y esta noche se supone que voy a entrar en su habitación como si todo eso fuera suficiente. Como si unas cuantas semanas mirando por una ventana fueran equivalentes a conocer a una persona.

Mi corazón empieza a acelerarse otra vez. Y cuanto más lo pienso, peor me siento.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro de la habitación como una loca. Las manos me sudan. Tengo náuseas. La cabeza me va a mil por hora y no consigo que se calle.

Él ha estado con muchas chicas. Es Ryder Knox. Guapo, tatuado, jugador de fútbol, con esa mirada que derrite bragas. Habrá tenido experiencias increíbles, chicas que sabían lo que hacían, que no se quedaban tiesas, que no preguntaban "¿esto se hace así?" con voz de idiota.

Y yo… yo soy virgen. Completamente virgen. Mi experiencia se limita a un consolador rosa y a tocarme pensando en él.

¿Y si me ve desnuda y se decepciona? ¿Y si no sé tocarlo? ¿Y si hago algún ruido raro? ¿Y si me corro demasiado rápido o… no me corro? ¿Y si duele y no soy capaz de disimularlo?

—Dios, Ava, para —me susurro a mí misma, tapándome la cara con las manos.

Intento respirar hondo. Me recuerdo que Ryder me cuidó cuando estaba hecha mierda. Limpió mi vómito. Me metió en su cama. Me aguantó cuando estaba drogada y delirando. No parece el tipo de tío que se ríe de una chica inexperta.

¿Estás segura, Ava?

La voz en mi cabeza es cruel.

Solo lo has visto por la ventana. Llevas semanas fantaseando con él como una obsesa. Hoy es la primera vez que habéis hablado de verdad. ¿Y si todo esto ha sido un juego para él? Ganarse a la chica buena del barrio. Conseguir que confíes en él. Que bajes la guardia. Y luego… ¿qué?

Se me revuelve el estómago. Me siento en el suelo, con la espalda contra la cama. Las rodillas me tiemblan. Siento un nudo enorme en la garganta.

Quiero ir. Quiero cruzar esa ventana, bajar por esa escalera y dejar que me toque de verdad. Quiero besarlo sobria. Quiero sentir sus manos sin cristales de por medio. Quiero dejar de ser la única virgen de mi grupo. Quiero sentirme deseada de verdad. Pero también estoy aterrorizada.

¿Y si después de hacerlo me ignora o se ríe de mí? ¿Y si solo quería el reto de follarse a la vecinita prohibida? ¿Y si mañana en el instituto vuelve a ser el Ryder frío que no me mira?

—No puedo —susurro, abrazándome las rodillas—. No puedo hacer esto así.

Me levanto, me meto en la cama con la ropa todavía puesta y me tapo hasta la cabeza con las sábanas. Hace calor, pero me da igual. Necesito esconderme. Del mundo. De Ryder. De mí misma.

Y cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que no puedo hacerlo. No así. No sintiéndome como una bomba a punto de explotar. Ni con la cabeza llena de dudas y el corazón golpeándome las costillas como si quisiera escapar.

Termino metiéndome debajo de las sábanas como si tuviera diez años y los monstruos vivieran fuera de ellas.

Quizá porque esta vez sí hay un monstruo. Y no está en la habitación de Ryder. Está dentro de mi cabeza.

Cierro los ojos con fuerza.

—Duérmete, Ava —susurro—. Duérmete —me encojo todavía más bajo las mantas—. Hoy no va a ser el día en que dejes de ser virgen.

La frase me provoca un alivio inmediato. Y también una punzada de tristeza. Porque una parte de mí quiere que lo sea.

—No puedes hacer esto así —murmuro una última vez.

Y sigo repitiéndomelo una y otra vez como una oración. Hasta que el cansancio termina ganando la batalla. O hasta que consigo convencerme de que no voy a subir esa escalera.

CAPÍTULO 18

FRÍO QUE CORTA

Lo veo nada más doblar la esquina del pasillo. Está apoyado contra unas taquillas junto a Nick Stone, escuchándolo hablar de algo que parece hacerle bastante gracia. No puedo oír lo que dicen desde esta distancia, pero tampoco importa. Lo único que importa es que Ryder está ahí. Que después de toda una noche huyendo de él, de mí misma y de esa escalera escondida tras la enredadera, por fin tengo delante a la persona en la que no he dejado de pensar ni un solo segundo. Mi corazón comienza a acelerarse inmediatamente.

Durante todo el camino al instituto he estado ensayando conversaciones imaginarias. Explicaciones. Disculpas. Incluso excusas. Porque una parte de mí sigue sintiéndose culpable por no haber aparecido la noche anterior. Ryder me abrió una puerta. Me invitó a cruzarla. Y yo me escondí debajo de una manta como una niña pequeña aterrorizada.

Quizá debería explicárselo. Quizá debería acercarme y decirle la verdad. Que me asusté. Que me gusta demasiado y que cuanto más pienso en él, más miedo me da descubrir que me he equivocado.

La sola idea consigue que me entren ganas de salir corriendo. Aun así, levanto una mano para llamar su atención. Y entonces Ryder levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran durante apenas un segundo. Y él gira la cabeza. Sin sonreír. Con una mirada azul capaz de helar el alma. Simplemente gira la cabeza y continúa hablando con Nick como si yo no estuviera allí. Como si no me hubiera visto. Como si no existiera.

La sensación es tan desagradable que durante unos segundos me quedo inmóvil. Con la mano todavía medio levantada. Como una idiota.

—¿Se puede saber qué haces? —La voz de Kassy me sobresalta. Bajo la mano inmediatamente y me giro hacia ella.

—Nada.

—Acabas de intentar saludar a Ryder Knox.

—¿Y? —Kassy me mira como si acabara de anunciarle que voy a empezar a criar cocodrilos en mi habitación.

—¿Y? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí.

—Ava, ¿te has vuelto loca? —La pregunta consigue irritarme más de lo que debería. Probablemente porque llevo dos días escuchando demasiadas opiniones sobre lo que debería hacer, sentir o pensar respecto a Ryder.

—¿Por qué iba a estar loca?

—Porque estabas intentando saludar a Knox.

—¿Y qué pasa si estaba intentando saludarlo?

—Pues que es Ryder Knox.

—Sí, ya sé cómo se llama.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —dice y aprieto la mandíbula.

—No. Lo que sé es que últimamente todo el mundo parece tener una opinión sobre con quién puedo hablar y con quién no.

—Porque estamos intentando evitar que hagas una estupidez.

—¿Como cuál?

—Como acercarte a él —la respuesta me molesta de inmediato.

—No sabía que necesitara permiso para hablar con quien me dé la gana.

—Ava...

—No. En serio. ¿Qué pasa exactamente? ¿Que ahora no puedo ni saludar a la gente? Sobre todo, después de...

Me callo. Porque estoy a punto de decir que me salvó y Kassy me mira amenazante para que me detenga en seguida. Por eso me interrumpe antes de que termine la frase.

—Después de nada.

Su tono es tan cortante que incluso Selena y Jannet levantan la vista.

—¿Qué pasa? —pregunta Selena.

—Nada —responde Kassy demasiado rápido.

—Pues no parece nada —Selena nos observa unos segundos y después se encoge de hombros—. Sinceramente, tampoco entiendo por qué todo el mundo odia tanto a Knox y a Stone.

—¿Perdona? —Kassy la mira como si hubiera perdido completamente la cabeza.

—Que no los conocemos —añade Selena.

—Por algo será.

—O quizá nadie se ha molestado en conocerlos —digo ahora yo.

—Claro. Seguro que todo el instituto está equivocado y ellos son dos santos.

—No he dicho eso.

—Pues lo parece.

—Solo digo que nadie sabe realmente cómo son.

—¿Y por qué será que nadie quiere averiguarlo?

El comentario queda flotando entre nosotras. Y de repente me siento agotada. Agotada de las opiniones. Agotada de los

rumores. De que todo el mundo parezca tener una respuesta cuando yo ni siquiera sé cuál es la pregunta. Porque cuanto más tiempo paso pensando en Ryder, menos segura estoy de cualquier cosa.

—Da igual —cojo la mochila antes de que ninguna pueda detenerme.

—Ava...

—Tengo que ir al baño —comento y me marcho antes de que puedan seguir discutiendo.

El silencio del baño de chicas me recibe como un refugio. Está vacío cuando entro. Por suerte. Porque en cuanto la puerta se cierra detrás de mí me apoyo contra los lavabos y agacho la cabeza.

Estoy agotada. Mentalmente agotada. Cierro los ojos. Intento inspirar despacio. Pero mi cabeza sigue funcionando a toda velocidad. Porque lo peor no es que Ryder me guste. Lo peor es que ya ni siquiera creo que esto vaya de sexo. Hace unos días habría jurado que sí. Que todo se reducía a la curiosidad. A las hormonas. A la fascinación que ejerce sobre mí alguien tan absurdamente atractivo. Pero ahora ya no estoy tan segura.

Lo que quiero no es acostarme con él. O al menos no solo eso. Quiero conocerlo. Quiero saber quién demonios es realmente cuando nadie está mirando. Quiero saber si todas esas historias que cuentan sobre él son ciertas. Quiero descubrir qué se esconde debajo de esa imagen de chico problemático que lleva años construyéndose alrededor. Y precisamente por eso duele tanto que me haya ignorado. Porque siento que estaba empezando a abrir una puerta y ahora parece que la ha cerrado de golpe en mi cara.

El resto de las clases pasan sin que consiga prestar atención a nada de lo que dicen los profesores. Mi cuerpo está sentado en diferentes aulas tomando apuntes y asintiendo cuando toca, pero mi cabeza sigue atrapada en aquel instante del pasillo en el que Ryder me ha visto y ha decidido mirar hacia otro lado. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que debería hablar con él. Y cuanto más me convenzo de ello, más nerviosa me pongo.

Por eso, cuando suena el último timbre del día, decido volver a casa por el camino largo. Necesito pensar.

Cuando por fin llego a mi calle, levanto la vista casi por costumbre hacia la casa de Ryder. Y me detengo. Está allí. No solo él. También su hermano. Parpadeo sorprendida. Hace años que apenas veo a su hermano por el pueblo. Sé que vive en otra ciudad y que solo aparece de vez en cuando, normalmente durante unas horas o algún fin de semana suelto. Por eso me llama tanto la atención verlo apoyado junto a Ryder frente a un coche viejo con el capó abierto.

Los dos parecen completamente absortos en lo que están haciendo. Hablan de vez en cuando, señalan piezas, discuten algo que no alcanzo a escuchar. Ryder tiene media cintura metida dentro del motor mientras manipula algo con una llave inglesa. Lleva una camiseta oscura manchada de grasa, el cigarrillo colgando de los labios y el ceño fruncido por la concentración. Y me cuesta apartar la mirada. Porque nunca lo había visto así. Nunca había pensado en qué hace Ryder Knox cuando no está junto a una ventana volviendo loca mi salud mental. Nunca me había planteado que supiera arreglar motores. Ni que pudiera parecer tan... normal. Joder, y más sexy aún de lo que ya me parece.

Su hermano recibe una llamada y, tras intercambiar unas pocas palabras con él, desaparece dentro de la casa. Ahora Ryder está solo. Y antes de que mi cerebro pueda intervenir para impedirlo, mis piernas ya están cruzando la calle. No tengo ningún plan. Ninguna frase preparada. Ninguna explicación brillante. Solo una necesidad absurda de arreglar algo que siento que he roto.

Ryder no me escucha acercarme. Sigue inclinado sobre el motor. El cigarro continúa balanceándose entre sus labios mientras ajusta una pieza. Trago saliva. Y reúno el poco valor que me queda.

—Ryder —mi voz sale más baja de lo que esperaba. Aun así, él la escucha.

Levanta la cabeza. Y el cambio es inmediato. Porque sus ojos encuentran los míos y la frialdad con que me mira hace que dé un paso atrás sin darme cuenta. No es odio. No es rabia. Casi habría preferido que fuera cualquiera de esas dos cosas. Es distancia. Una distancia que no estaba allí ayer. Una distancia que yo misma he puesto entre nosotros.

—Monroe —su voz es completamente neutra. Y eso duele mucho más de lo que debería.

—Hola.

—Hola.

El silencio que sigue resulta incómodo. Denso. Demasiado grande para dos personas que hace apenas unos días parecían incapaces de dejar de mirarse.

—He venido a hablar contigo.

—Ya veo —su respuesta es tan seca que siento que mi seguridad se desinfla como un globo pinchado.

—¿Vas a seguir haciendo eso?

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Hacer qué?

—Contestarme como si fueras un robot.

—No sabía que hubiera una forma correcta de responderte —una sonrisa amarga aparece fugazmente en una comisura de sus labios. Desaparece tan rápido como llega.

—Estás enfadado.

—No.

—Mentira —insisto y Ryder aparta la vista y la dirige hacia el motor. Y eso es suficiente respuesta.

—No vine anoche.

—Me di cuenta.

—Ryder...

—No tienes que explicarme nada. Ya sé de sobra cómo son las cosas…

La frase debería tranquilizarme. Pero ocurre justo lo contrario. Porque la forma en que la dice suena exactamente a alguien que sí quería una explicación.

—Quiero explicártelo —insisto y vuelve a mirarme.

—¿Por qué? —La pregunta me descoloca— ¿Porque te sientes culpable?

—Lo siento —aprieto los labios. Porque sí. Porque me siento culpable. Ryder suelta una pequeña risa sin humor.

—¿Sabes qué es lo más triste? —No respondo— Que llevo semanas intentando convencerme de que no eras como los demás.

—¿Qué significa eso? —mi corazón se encoge.

—Que pensé que por una vez alguien iba a mirarme a mí y no a todas las historias que cuentan sobre mí.

—Ryder...

—Pero luego recordé quién eres tú y quién soy yo. No hay nada que yo pueda hacer para evitar parecer un cáncer para alguien como tú.

—No es así. Yo… Lo siento.

—No pasa nada —Ryder baja la vista hacia la pieza que tiene entre las manos.

—Sí pasa.

—No, en serio, está todo bien.

—Ryder...

—Monroe, de verdad. No tienes que disculparte.

Su tono es tranquilo. Demasiado tranquilo. Y precisamente por eso me duele. Porque no parece enfadado. Parece resignado. Como si hubiera llegado a una conclusión de que, aunque no le gusta que lo haya rechazado, ya lo hubiera aceptado.

—No quería dejarte plantado.

—Pero lo hiciste. No pasa nada si no querías venir, ¿sabes? Pero podrías haberme al menos avisado por la ventana de que no lo harías y no dejarme toda la… ¿sabes qué? Da igual —la sinceridad de la respuesta me deja sin palabras durante un segundo.

—Deja de decir eso —insisto.

—¿El qué?

—Que no pasa nada.

—¿Por qué? —vuelve a mirarme.

—Porque sí pasa.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego Ryder deja la llave inglesa sobre el motor y se limpia las manos con un trapo que encuentra cerca.

—¿Por qué no viniste?

La pregunta es sencilla. La respuesta no. Porque de repente me doy cuenta de que ni siquiera sé por dónde empezar.

¿Le digo que tuve un ataque de ansiedad? ¿Que me pasé horas imaginando escenarios horribles? ¿Que estaba aterrorizada de que me rompiera el corazón alguien que ni siquiera conozco? Todo suena ridículo.

—Yo... —Mierda— Yo quería ir.

—Pero no viniste —asiento—. Entonces algo te hizo cambiar de idea.

—No fue exactamente eso.

—¿No? —pregunta arqueando una ceja.

—Es complicado.

—Claro… —la palabra lleva una carga de ironía que consigue que me ponga todavía más nerviosa.

—Estás siendo injusto —me defiendo.

—¿Y tú? ¿Has sido justa conmigo? ¿Te apetece hablar conmigo cuando no hay nadie alrededor, pero si están tus amiguitas delante entonces no existo?

Abro la boca. La cierro otra vez. Porque no tengo una respuesta buena para eso. Y él lo sabe.

—Lo suponía.

—No es lo que crees.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces explícamelo.

Ojalá pudiera. De verdad. Pero cuanto más intento ordenar mis pensamientos, más absurda me parece la situación.

—Anoche no fui porque tenía miedo —las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Ryder parpadea.

—¿Miedo? —Asiento— ¿De mí?

—No.

—Entonces, ¿de qué? —Bajo la vista. Y odio sentirme tan vulnerable.

—De cagarla. Sabes que soy virgen, Ryder, no es un misterio para nadie.

El silencio vuelve a ocuparlo todo. El viento mueve algunas hojas secas junto a la acera. Y yo sigo sintiéndome como una completa idiota.

—Cosita... —Mi corazón tropieza. Porque vuelve a llamarme así. Y no sabía que lo necesitara tanto—. No tienes que...

—¡AVA!

La voz de mi padre atraviesa la calle como un disparo. Los dos damos un pequeño respingo. Levanto la cabeza. Mi padre está en la puerta de casa. Mirándonos. Y por la forma en que tiene cruzados los brazos no parece especialmente contento. Mierda. Mierda. Mierda.

—Ava Monroe, entra en casa ahora mismo.

Cierro los ojos un segundo. Porque el universo claramente me odia. Cuando vuelvo a mirar a Ryder, algo de la tensión ha desaparecido de su expresión. Incluso parece divertido. Un poco.

—Parece que te reclaman.

—Ryder...

—Ve.

—No hemos terminado de hablar.

—Claro que sí.

—No.

—Cosita.

Hay algo triste detrás de la sonrisa que intenta mostrarme. Algo que me aprieta el pecho.

—Vete a casita antes de que tu padre decida castigarte por hablar con el marginado del barrio.

—No pienso eso de ti.

La respuesta sale tan rápido que ni siquiera la pienso. Y durante una fracción de segundo sus ojos se quedan clavados en los míos. Como si quisiera creerme. Como si no supiera si puede hacerlo.

—Nos vemos, Monroe.

—Ryder...

—Venga.

Da una calada al cigarro y vuelve la vista hacia el coche. La conversación ha terminado. Y yo me quedo allí un segundo más, observándolo. Preguntándome si acabo de arreglar algo. Pero cuando mi padre vuelve a vociferar me doy la vuelta y corro hacia casa.

CAPÍTULO 19

DAR LA CARA

No consigo concentrarme en nada. Llevo más de dos horas delante de los libros y lo único que hago es mirar la ventana cada pocos minutos. No dejo de pensar en la frialdad de Ryder esta tarde. En cómo me miró. En cómo giró la cara en el pasillo. Y, aunque después hemos hablado y parecía más relajado, no estoy segura de que esté todo bien entre los dos. Lo he herido. Y no quiero. No soporto la idea de que piense que me avergüenzo de él.

Cuando finalmente cae la noche, abandono cualquier intento de estudiar y me acerco a la ventana. La habitación de Ryder está apenas iluminada con una luz muy tenue. Frunzo el ceño. Espero. Cinco minutos. Diez. Quince. Nada. Ni una sombra. Ni una silueta. Nada. La sensación es ridícula. Y, sin embargo, la decepción me golpea con fuerza.

Me apoyo contra el cristal. Quizá está ocupado. Quizá ha salido. Quizá simplemente no tiene ganas de verme. La última posibilidad es la que más duele. Y quizá por eso termino haciendo una auténtica estupidez. Una estupidez monumental. Salgo por mi ventana, bajo por el tronco del árbol que hay pegado a mi casa y cruzo la calle descalza, con el corazón en la garganta. Subo por su escalera secreta con las manos temblando. Cuando llego a su ventana, está entreabierta. Mi corazón golpea tan fuerte que estoy convencida de que puede escucharse desde la otra punta del barrio.

Consigo abrir la ventana con cuidado y lo busco con la mirada.

La habitación está iluminada únicamente por una lámpara de escritorio. Ryder está de espaldas. No me ha visto. Parece estar observando algo sobre la mesa. Entonces hago un poco de ruido. Él se gira de golpe. Y lo primero que hace es guardar algo

apresuradamente en un cajón. Tan rápido que no me da tiempo a verlo. Después levanta la vista. Y se queda completamente inmóvil.

—¿Monroe?

Intento responder. En lugar de eso tropiezo con mis propios pies.

—¡Mierda!

Estoy a punto de besar el suelo cuando sus manos me sujetan por la cintura. Todo ocurre tan deprisa que apenas tengo tiempo de reaccionar. Un segundo después estoy pegada a él. Y los dos nos quedamos mirándonos.

—Tu entrada ha sido espectacular.

—Gracias.

—Creo que he visto a tu dignidad caer por la ventana —no puedo evitar reírme. Y él tampoco. La tensión del último día parece aflojarse un poco— ¿Qué demonios haces aquí?

—¿Ya no estoy invitada? —pregunto con mi mejor cara de inocencia. Ryder se queda mirándome durante un segundo. Después niega con la cabeza y suelta una carcajada.

—Estás completamente loca.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Porque es una pregunta absurda.

—Entonces sigo invitada.

—No he dicho eso.

—Tampoco has dicho que no.

La sonrisa que intenta ocultar lo delata.

Antes de que pueda decir nada más, me lanzo a besarlo. Ryder se tensa un segundo, pero luego responde. El beso se vuelve profundo, hambriento. Sus manos bajan hasta mi cintura y me aprietan contra él. La temperatura sube rapidísimo. Le quito la

camiseta, él me quita la mía. Nos besamos como si nos faltara el aire, tocándonos con desesperación.

De repente, Ryder me separa de él, respirando con dificultad.

—Para… —dice sin aliento, apoyando su frente contra la mía —. Ava, para.

Me quedo helada. El rechazo me golpea como una bofetada. Siento que se me llenan los ojos de salada derrota.

—Lo siento —doy un paso atrás inmediatamente. La vergüenza me golpea con tanta fuerza que apenas puedo sostenerle la mirada— No debería haber venido.

—No —estoy a punto de girarme cuando siento cómo sus dedos se cierran alrededor de mi brazo—. No. No hagas eso.

—¿Hacer qué? —frunzo el ceño.

—Pensar que quiero que te vayas.

Lo miro sin entender nada. Hace apenas unos segundos estaba convencida de que acababa de arruinarlo todo y ahora siento que no sé qué está pasando por su cabeza.

Ryder suspira y aparta la vista un instante, como si estuviera buscando la forma correcta de explicarse.

—Solo creo que… No creo que estés preparada.

—¿Preparada para qué? —parpadeo. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

—Para dejar de pensar —la respuesta me deja completamente descolocada—. Has venido aquí porque pensabas que seguía enfadado contigo. Pero anoche no quisiste venir porque me tienes miedo, Ava.

—¡No te tengo miedo! —me defiendo—. Es solo que esto es una locura, Ryder. Me entraron los nervios y… creí que era mejor no venir.

—Y vienes hoy porque ya no es una locura de repente, ¿no? —Bajo la mirada inmediatamente. Porque tiene razón.

—Y porque quería arreglarlo. Estabas muy enfadado.

—Ya estaba arreglado, Monroe —dice con voz suave.

—Entonces ¿por qué no estabas en la ventana?

—Porque pensé que necesitabas tiempo —dice y me sonríe con ternura.

—¿Tiempo?

—Sí.

—¡No necesito más tiempo! ¿Tiempo para qué? —odio que él también me vea como una lerda en el sexo.

—Para relajarte un poco. Esa cabecita tuya da demasiadas vueltas a las cosas —Ryder señala mi cabeza con un dedo.

El calor me sube inmediatamente por el cuello. Y por las mejillas. Y probablemente por cada centímetro de piel que tengo. Lo peor es que él se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta.

—Mira eso. Te has puesto roja otra vez.

—No me he puesto roja.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

—Que no.

La sonrisa de Ryder se ensancha un poco más.

—Estás preciosa cuando lo haces —dice y me olvido por completo de cómo funciona la respiración.

Y entonces es él quien me sorprende dándome un beso de película. Al que yo respondo, por supuesto. Me pongo de puntillas y lo beso con todo lo que llevo guardado desde hace semanas. Ryder

gime en mi boca y juro por dios que es el sonido más maravilloso que he oído en mi insulsa vida. Sus manos suben a mi cintura y me aprietan contra él. El beso se vuelve urgente, profundo, casi desesperado. Nuestras lenguas se enredan y siento cómo su cuerpo reacciona al instante. Siento una protuberancia enorme entre sus piernas que se clava en mi estómago y entonces me separo un poco y lo miro embobada.

Sus preciosos ojos azules brillan de deseo. Su respiración está alterada y sus mejillas se han tornado de un tono rojizo que lo hacen todavía más guapo e incluso vulnerable. Dios, no sé por qué no he venido antes. Ryder Knox es una jodida obra de arte.

No puedo dejar de besarlo y lo atraigo hacia mis labios de nuevo. Es un beso húmedo, caliente, casi salvaje. Siento su respiración agitada contra mis labios, su pecho subiendo y bajando contra el mío. Ryder sabe a cigarrillo y a algo que me vuelve completamente loca. Mis manos suben por su cuello, enredándose en su pelo negro, tirando de él como si tuviera miedo de que desaparezca.

—Joder, Ava… —gruñe contra mi boca, mordiéndome el labio inferior.

Me levanta sin esfuerzo y me sienta en el borde de su escritorio. Y agradezco que ninguno de los dos lleve puesta la camiseta para poder sentirlo así. La piel caliente de su torso tatuado contra la mía me arranca un gemido. Es mucho mejor de lo que había imaginado todas esas noches.

Sus manos recorren mi espalda, bajan hasta mi culo y me aprietan contra su erección. Lo siento duro, enorme, palpitando contra mi vientre. Eso me enciende todavía más.

Lo beso con más fuerza, devorándolo. Nuestras lenguas bailan, se exploran, se reclaman. Ryder gruñe y me muerde el cuello, bajando hasta mis pechos. Cuando su boca se cierra alrededor de uno de mis pezones y lo chupa con fuerza, echo la cabeza hacia atrás y gimo su nombre.

No puedo más. Meto la mano dentro de su pantalón y rodeo su polla gruesa y caliente sin pensar mucho en ello, más bien dejándome llevar por la inmensa sensación que me posee. Ryder suelta un jadeo ronco y apoya la frente contra la mía, respirando con dificultad.

—Dios… —susurra, con la voz ronca.

Le bajo los pantalones mientras él me quita las bragas. Nos miramos a los ojos. Hay algo salvaje y vulnerable en su mirada. Como si llevara años esperando este momento.

Sus dedos encuentran mi sexo empapado y desliza dos dentro de mí con facilidad. Gimo fuerte, arqueándome contra su mano. Empieza a follarme con los dedos mientras yo lo masturbo con la mano, apretando y deslizándome desde la base hasta la punta, sintiendo cómo palpita.

Nuestras frentes siguen pegadas. Nuestras respiraciones entrecortadas. Nuestras miradas no se apartan.

—Quiero ver cómo te corres para mí —susurra contra mis labios, con voz ronca y desesperada—. Llevo tanto tiempo imaginando esto…

Sus palabras me desarman. Acelero el movimiento de mi mano. Él curva los dedos dentro de mí y frota mi clítoris con el pulgar, perfecto, implacable. Mis caderas se mueven solas contra su mano. Estoy empapada, el sonido húmedo de sus dedos entrando y saliendo llena la habitación.

—Ryder… —gimo, casi suplicando.

—Así, cosita… déjate ir para mí.

El orgasmo me golpea como una ola brutal. Me tenso entera alrededor de sus dedos, temblando, mordiéndole el hombro para no gritar. Ryder gruñe mi nombre como si le doliera y se corre con fuerza en mi mano, chorros calientes que manchan mi estómago y su abdomen.

Nos quedamos con las frentes pegadas, temblando, intentando recuperar el aliento.

Ryder me besa la sien, la mejilla, los labios… más suave ahora. Luego se separa un poco y me mira a los ojos con una intensidad que me desarma.

—Tienes que volver a casa —murmura acercándose a una cómoda y cogiendo unas servilletas de papel para luego limpiar el estropicio que ha dejado en mi barriga. Lo miro confundida.

—¿Qué?

—No estás preparada para ir más lejos, Ava.

—Pero…

—Shh. —Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me encanta que hayas venido. Pero quiero que vengas cuando realmente estés segura. Cuando no estés dando mil vueltas en esa cabecita tuya.

Nos besamos otra vez, más lento, más dulce. Pero Ryder se separa antes de que vuelva a calentarse.

—Vuelve a casa, cosita. Antes de que tu padre se dé cuenta de que no estás.

Me ayuda a ponerme la camiseta, me pongo las bragas y me acompaña hasta la ventana. Antes de que salga, me da un último beso largo.

—Cuando estés preparada de verdad… la ventana estará abierta.

Bajo la escalera con las piernas temblando y una sonrisa idiota en la cara.

CAPÍTULO 20

HOLA, ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí dentro? —la mano de Selena haciendo aspavientos frente a mi cara me saca del trance.

Parpadeo varias veces y vuelvo a la realidad de golpe. El pasillo del instituto reaparece a mi alrededor. Las taquillas. El ruido de estudiantes caminando de una clase a otra. Selena mirándome como si acabara de sufrir una abducción extraterrestre.

—¿Qué?

—Eso mismo queremos saber nosotras —dice Jannet.

—Llevo hablando de la humillación pública que sufrí ayer en matemáticas durante al menos diez minutos —me indica Selena.

—Ah, ¿sí? —pregunto avergonzada.

—No importa. El caso es que ni siquiera me estabas escuchando.

—Claro que te estaba escuchando —me defiendo.

—Perfecto. Entonces dime qué acabo de decir.

Abro la boca. Luego la cierro sin pronunciar palabra. Selena se echa a reír.

—Lo sabía. Estabas pensando en algo.

—O en alguien —añade Jannet.

—No estaba pensando en nadie —digo poniendo los ojos en blanco— vosotras lo sabríais.

—Entonces explícame esa sonrisa rara.

—¿Qué sonrisa rara? —pregunto frunciendo el ceño.

—Esa sonrisa rara.

—No tengo ninguna sonrisa rara —vale, ya sé que no debo dedicarme a la interpretación.

—La tienes desde que has llegado esta mañana —insiste Selena.

Jannet me observa durante un segundo antes de negar con la cabeza.

—Yo creo que el problema es otro —añade Jannet.

—¿Cuál? —pregunta Selena con curiosidad. Hasta yo la tengo. ¿Qué sabrá Jannet de mi loca aventura?

—Que todavía no se ha comido su donut glaseado. Siempre viene con un donut glaseado al instituto. Por eso está así. Su cuerpo está confundido.

Selena asiente inmediatamente.

—Tiene sentido.

—No tiene ningún sentido —añado riéndome de las tonterías de mis amigas. Al menos me mantienen distraída la mente.

—Claro que sí. Mira tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Le falta azúcar.

—Mi cara no puede tener falta de azúcar. Eso te lo estás inventando.

—La tuya sí.

No puedo evitar reírme. Las dos sonríen satisfechas al ver que por fin vuelvo a prestar atención a la conversación. Mientras seguimos caminando por el pasillo, levanto la vista por pura casualidad. Y ahí está Ryder.

Está apoyado contra unas taquillas al otro extremo del corredor mientras habla con Nick. No puedo escuchar lo que dicen, pero Nick gesticula como si estuviera contando algo importante y

Ryder parece estar prestándole atención. Pero un segundo después levanta la cabeza. Como si hubiera sentido mi presencia. Y me encuentra mirándolo.

Ninguno de los dos se mueve. Ninguno saluda. Ninguno hace nada que pueda llamar la atención de los demás. Pero la comisura de sus labios se curva un poco mientras me mira. Lo justo para que mi estómago dé un vuelco. Yo respondo con una sonrisa igual de pequeña antes de volver inmediatamente a la conversación de mis amigas. Cuando me obligo a mirar otra vez hacia las taquillas, Ryder ya ha vuelto a centrarse en lo que Nick estaba diciendo.

—Voy a hacer unas fotocopias para filosofía —anuncio.

—Qué alumna tan aplicada —dice Selena.

Me despido de ellas y me alejo por el pasillo.

Apenas he recorrido unos metros cuando alguien me agarra del brazo con fuerza y me tira hacia un lado. Todo pasa tan rápido que apenas puedo reaccionar. Una puerta se abre, me empujan dentro y, de pronto, estoy en un aula vacía y en penumbras.

Intento gritar, pero una mano grande me tapa la boca. El pánico dura exactamente dos segundos… hasta que veo esos ojos azules brillantes y esa sonrisa peligrosa con el hoyuelo marcado. Ryder aparta la mano lentamente, con una expresión entre divertida y hambrienta.

—¿Estás intentando matarme de un infarto? —susurro, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Todavía no —responde con voz baja y ronca—. Tengo muchas cosas en mente que hacer realidad primero.

—Estás completamente loco.

—Eso me han dicho.

No puedo evitar sonreír. La adrenalina me corre por las venas.

—Voy a acabar denunciándote por acoso.

—Lo tendré en cuenta —murmura, acercándose más.

—Ryder…

No me deja terminar. Me agarra de la cintura con ambas manos y me besa con una urgencia que me deja sin aliento. Es un beso salvaje. Desesperado. Su lengua entra en mi boca sin pedir permiso y yo gimo contra él, aferrándome a su camiseta como si me fuera la vida en ello. Me empuja contra la pared y su cuerpo se pega al mío, duro, caliente. Siento su erección contra mi vientre y un calor líquido me recorre entre las piernas. Dios… esto es demasiado para estas horas de la mañana.

Cuando se separa, los dos respiramos agitados. Tengo los labios hinchados y las rodillas débiles.

—¿Qué… qué ha sido eso? —pregunto, casi sin voz.

—Un aliciente —dice con una sonrisa torcida, todavía pegado a mí.

—¿Un aliciente?

—Por si vuelves a dudar sobre si venir a mi habitación otra vez.

Suelto una risa nerviosa, pero el sonido se me corta cuando él baja la cabeza y me besa el cuello, justo debajo de la oreja. Un escalofrío me recorre entera.

—¿Y qué pasó con todo ese discurso de "no vuelvas hasta que estés preparada"? —pregunto, intentando sonar seria, aunque mi voz sale entrecortada.

Ryder se separa lo justo para mirarme a los ojos. Se muerde el labio inferior con cara de pillo y se encoge de hombros.

—Solo estoy ayudando a que lo estés antes.

Lo miro durante dos segundos. Y luego los dos nos echamos a reír bajito, casi sin aliento. Pero la risa dura poco. Ryder vuelve a

besarme, esta vez más lento, más profundo, saboreándome. Sus manos bajan por mis costillas hasta agarrarme el culo y apretarme contra él. Gimo en su boca y siento cómo se endurece todavía más contra mí. Es una locura. Estamos en el instituto. Cualquiera podría entrar. Pero ahora mismo me da exactamente igual.

Cuando por fin se separa, tiene las pupilas dilatadas y la respiración pesada.

—Nos vemos luego, cosita —susurra contra mis labios.

—Ryder… —lo llamo cuando ya se dirige a la puerta. Se gira con una ceja levantada.

—¿Sí?

—Vas a acabar con mi cordura.

—Lo sé —responde con esa sonrisa arrogante que me desarma—. Y pienso disfrutarlo.

Desaparece por el pasillo.

Me quedo sola en el aula vacía, con la espalda todavía apoyada contra la pared, los labios hormigueando y el cuerpo ardiendo. Me llevo los dedos a la boca, como si necesitara comprobar que ese beso ha sido real.

Una sonrisa completamente idiota se apodera de mi cara.

CAPÍTULO 21

SOMOS FAMILIA

La semana pasa mucho más deprisa de lo que esperaba. Quizá porque cada día encuentro alguna excusa para buscar a Ryder con la mirada. O porque cada vez que nuestras rutas se cruzan por casualidad en los pasillos del instituto, siempre acaba ocurriendo algo que convierte una mañana normal en un pequeño caos para mi corazón.

No he vuelto a subir a su habitación. Todavía. Pero eso no ha impedido que Ryder me robe varios besos entre clases aprovechando rincones vacíos, escaleras secundarias o cualquier lugar donde nadie pudiera vernos. Tampoco ha impedido que pasemos las noches provocándonos desde nuestras ventanas.

Ahora entiendo que Ryder tenía razón. Hay algo peligrosamente adictivo en saber que alguien te espera al otro lado. Incluso cuando no dices nada. Incluso cuando solo sonríes.

También he tenido una conversación bastante incómoda con mi padre. Uno de esos días me vio hablando con Ryder por el camino volviendo del instituto y no le gustó nada. Intentó disfrazarlo de preocupación, pero reconocería esa mirada en cualquier parte. La misma mirada que lleva años apareciendo cada vez que alguien menciona a los Knox. Por primera vez en mucho tiempo, discutí con él. No le grité ni me enfadé con él, porque lo entiendo, solo está protegiendo a su hija menor. Pero sí defendí a Ryder. Porque creo que todo el mundo en este pueblo se lo debe y alguien tiene que empezar a hacerlo.

Le dije que nadie en este pueblo conoce realmente a ese chico ni todo por lo que había pasado, porque ni siquiera sabemos de la existencia de una madre ni qué demonios le llevó a su padre a salir de su país natal y llevarlos a él y a su hermano tan lejos de

todo. Que todos hablan de él como si fuera una copia exacta de su padre cuando la mayoría ni siquiera se ha molestado en cruzar dos palabras con él. También le recordé que es compañero mío de clase y que teníamos un trabajo de filosofía juntos. Y, sobre todo, le pedí que confiara en mí. Porque ya no tengo doce años. Y porque estoy cansada de que todo el mundo decida quién merece una oportunidad y quién no. Mi padre no pareció muy convencido. Pero tampoco insistió. Lo cual, viniendo de él, casi cuenta como una victoria.

Por desgracia, no todo ha sido tan sencillo esta semana. Kassy ha desaparecido prácticamente del mapa. Ha faltado varios días a clase. No responde a los mensajes. No devuelve las llamadas. No publica nada en redes sociales. Nada. Y eso sí que es bien raro viniendo de ella. Al principio pensamos que estaba enferma. Después pensamos que estaba castigada. Luego empezamos a preocuparnos de verdad. Porque Kassy nunca desaparece tanto tiempo de sus redes sociales. Kassy es el tipo de persona que postea algo, aunque tenga cuarenta grados de fiebre y una pierna rota. Y cuando alguien así se encierra en sí misma, sabes que algo va mal.

Por eso, cuando entro en la cafetería el viernes por la mañana y la veo sentada en nuestra mesa habitual, siento un alivio enorme.

Tiene mala cara. Muy mala cara. Sus ojos parecen más apagados de lo normal y las ojeras oscuras bajo ellos me dicen que no está durmiendo bien.

—Pensaba que te habías unido a una secta —dice Selena nada más sentarse frente a ella. Kassy intenta sonreír.

—Lo consideré.

—¿Y?

—Demasiadas normas.

La broma apenas dura unos segundos antes de que el silencio se instale entre nosotras. Porque todas sabemos que algo

pasa. Y porque ninguna sabe cómo preguntarlo. Finalmente es Kassy quien rompe el silencio.

—A mi padre le han diagnosticado cáncer —dios… ¿Qué? Las chicas y yo nos quedamos en silencio, sin saber qué decir o qué hacer. Kassy baja la mirada hacia sus manos—. Los médicos no creen que tenga muchas posibilidades —añade a duras penas y puede verse en ella el esfuerzo tan enorme que supone decir esas palabras.

Trago saliva y observo el dolor en el rostro de mi amiga. No hace falta llorar, gritar ni montar un escándalo para notarlo. El dolor silencioso es mucho más llamativo. Yo conozco bien ese dolor. Y viene siempre ligado a una aplastante sensación de impotencia que asfixia. Porque sabes que lo único a lo que puedes aferrarte tras una noticia así es a la única cosa que no quieres aferrarte: resignación.

Nadie dice nada. Porque hay momentos en los que las palabras se quedan pequeñas. Y este es uno de ellos. Veo cómo los ojos de Jannet empiezan a llenarse de lágrimas. Los de Selena también.

Kassy intenta mantenerse fuerte durante unos segundos más. Luego se rompe. Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas mientras se tapa la cara con ambas manos.

Y yo siento cómo una vieja herida vuelve a abrirse dentro de mí. Porque sé exactamente cómo se siente. Mi madre también se fue por culpa de esa enfermedad. Recuerdo hospitales, tratamientos, falsas esperanzas, despedidas… Y recuerdo perfectamente la sensación de impotencia.

Me levanto de mi asiento y rodeo la mesa. Después la abrazo. Fuerte. Como si pudiera sujetarla para que no se derrumbe.

—No estás sola —susurro. Kassy rompe a llorar todavía más.

Y, aunque soy incapaz de alegrarme por haber vivido algo parecido, siento el consuelo de conocer las consecuencias de todo ello. Porque al menos puedo entenderla y decirle la verdad. Que el

miedo no desaparece. Que los días malos son horribles. Que habrá momentos en los que sentirá que no puede más. Pero que no tendrá que atravesarlos sola.

Cuando finalmente consigue tranquilizarse un poco, se seca las lágrimas con una servilleta.

—Mi madre ha empezado a trabajar esta semana.

Las tres la miramos sorprendidas.

—¿Tu madre? —pregunta Selena. Kassy asiente.

—Nunca ha trabajado. Ni un solo día de su vida. Siempre pensó que encontrar un marido que pudiera mantener una familia era suficiente. Y supongo que durante mucho tiempo lo fue —se encoge de hombros—. Pero ahora las cosas son diferentes —la frase queda flotando en el aire unos segundos y después continúa—. He estado cuidando de mi padre estos días. Mi madre trabaja todo lo que puede y alguien tenía que quedarse con él.

—Kassy...

—Estoy bien.

Ninguna la cree. Ella tampoco parece creerse a sí misma. Pero valoro el esfuerzo que hace por permanecer fuerte. Es lo único que te mantiene en pie en momentos así. Y cuerda.

—Hoy ha llegado mi abuela. Se quedará con él mientras mi madre trabaja. Así que he decidido volver al instituto.

—Me alegro de que hayas venido —dice Jannet con sinceridad.

—Yo también —decimos Selena y yo a la vez. Kassy sonríe por primera vez. Una sonrisa pequeña. Frágil. Pero real.

—Necesitaba despejarme un poco.

—Pues has elegido el peor sitio posible para eso —dice Jannet.

—Probablemente.

—Yo me habría ido a Hawái —murmura Selena, haciendo la situación más distendida.

—¿Con qué dinero? —interfiero yo.

Selena suelta una carcajada. Y, por primera vez desde que empezó la conversación, el ambiente se relaja un poco. Entonces Kassy se incorpora ligeramente en su asiento.

—Además, hoy hay partido.

—¿Y?

—¿Y? Soy animadora.

—Cierto.

—Y es una de las pocas cosas que me hacen sentir normal ahora mismo.

Nos miramos unas a otras. La decisión es instantánea.

—Entonces iremos.

—¿Qué?

—Al partido —dice Jannet.

—Os vais a aburrir muchísimo. A vosotras no os gusta el fútbol americano.

—No importa.

Kassy nos observa durante unos segundos. Y entonces vuelve a sonreír.

—Gracias. La verdad es que será genial teneros cerca en estos momentos.

El partido empieza al anochecer. El estadio está a reventar. Las luces brillantes iluminan el campo como si fuera de día, y el ambiente es puro nervio y electricidad. Se huele a césped recién cortado, a perritos calientes y a esa emoción colectiva que solo se siente en noches de viernes como esta, cuando el equipo local juega

contra un equipo externo. Las gradas vibran con los gritos de los estudiantes, los tambores del equipo de animadoras y los cánticos de rigor.

Nosotras estamos en las primeras filas, justo detrás de la banda. Llevamos pompones en la mano que nos ha prestado Kassy y la cara pintada con los colores del instituto. Kassy se ha dibujado dos rayas en las mejillas y ocupa su lugar entre las animadoras como su líder, aunque se nota que lo hace más por intentar recuperar normalidad que por ganas. Sonríe cuando la miramos, pero sus ojos siguen tristes. Aun así, está ahí. Y eso ya es una victoria.

—Vamos a animar como locas hoy —dice Selena, apretándole el hombro.

Kassy nos sonríe desde el campo y respira hondo.

Cuando los jugadores salen al campo entre aplausos y gritos, mi corazón da un salto absurdo. Mis ojos lo buscan automáticamente, como si tuvieran vida propia a un jugador en concreto: Ryder. Y cuando lo encuentro siento mi estómago encogerse.

Sale corriendo junto al resto del equipo, con el casco en la mano y el uniforme negro y dorado marcando cada músculo. El pelo revuelto, los tatuajes asomando por las mangas cortas de la camiseta y por el cuello. Incluso desde lejos, su presencia es imposible de ignorar.

Como si sintiera mi mirada clavada en él, Ryder levanta la vista hacia las gradas y nuestras miradas se encuentran. Durante un segundo se queda completamente quieto en medio del caos, con el casco colgando de los dedos. Su expresión cambia. La sorpresa es evidente… pero luego aparece esa sonrisa. Lenta, genuina, un poco peligrosa.

Ahora siento que el estómago me da una voltereta.

Le devuelvo la sonrisa. Pequeña, discreta, solo para él. Nadie más lo nota. Es nuestro secreto en medio de cientos de personas.

Durante un instante el ruido del estadio se atenúa. Solo estamos él y yo. Ese chico al que llevo semanas mirando a través de una ventana. El mismo que ahora me besa a escondidas por los rincones del instituto si la oportunidad se tercia.

Ryder niega ligeramente con la cabeza, como si no pudiera creerse que esté aquí, y luego se pone el casco. Pero antes de correr hacia el banquillo, mira una última vez hacia mí. Y juro que incluso con el casco puesto, puedo notar esa sonrisa.

El partido da comienzo y yo no pierdo un segundo la atención sobre lo que está pasando. Grito, animo, salto y sobre todo stalkeo a Ryder Knox con completa libertad desde la grada. Me siento una obsesa, pero no puedo dejar de sonreír por ello. Me encanta verlo jugar, aunque no tenga ni idea de las reglas de este deporte.

Al cabo de un rato, Selena me da un codazo suave.

—¿Desde cuándo te interesa tanto el fútbol americano? —pregunta con una ceja levantada, aunque su voz todavía suena débil. Me encojo de hombros, intentando disimular el calor que me sube por las mejillas.

—Desde hoy —respondo.

Selena y Jannet se ríen, comentan algo de que los chicos están muy sexis con sus equipaciones, pero no insisten. Están demasiado ocupadas animando e intentando motivar a Kassy desde las gradas.

Yo, sin embargo, no puedo apartar la vista del número 09 que corre por el campo.

CAPÍTULO 22

PERDIENDO EL CONTROL

La victoria del equipo parece haber arrastrado a medio instituto hasta The Ruins. La música se escucha incluso antes de llegar a la casa. Las ventanas rotas vibran con los graves, hay coches aparcados por todas partes y grupos de estudiantes entrando y saliendo constantemente.

Después de la última vez, ninguna de nosotras está dispuesta a cometer errores. Las cuatro revisamos cada bebida antes de abrirla y nos aseguramos de no perderlas de vista ni un segundo. Selena incluso llega a bromear con que parece una inspectora de policía analizando pruebas de un crimen antes de darle el visto bueno a una lata de cerveza.

—No pienso volver a despertarme sin saber qué demonios ha pasado durante las últimas horas de mi vida —dice Kassy.

—Sabia decisión —responde Jannet.

Kassy ríe, baila y habla sin parar. Al principio me alegra verla así después de todo lo que nos ha contado esta mañana, pero cuanto más tiempo la observo más incómoda me siento. Hay algo extraño en su comportamiento. Como si estuviera esforzándose demasiado. Como si necesitara demostrarle al mundo entero que está bien cuando todas sabemos que no lo está. Y creo que ella también lo sabe. Quizá por eso no deja de moverse de un lado a otro, de reírse más alto de lo normal y de buscar cualquier excusa para mantenerse ocupada. Porque quedarse quieta significaría pensar. Y pensar significaría volver a la pesadilla de la que quiere huir.

Mis ojos terminan desviándose hacia el otro extremo del salón principal y mi pobre corazón vuelve a sufrir un zumbido inesperado. Ryder está apoyado contra una pared junto a Nick,

Carter y Justin. Todavía lleva parte de la equipación del equipo. El partido terminó hace rato, pero ni él ni Nick parecen haber tenido ganas de cambiarse. Están relajados, riéndose de algo que Carter acaba de decir. Parece relajado. Feliz. Sin embargo, incluso desde esta distancia, me doy cuenta de que, cada pocos minutos, levanta la cabeza y busca algo entre la multitud. O, mejor dicho, a alguien. Porque la mayoría de las veces sus ojos terminan encontrando los míos. Nuestras miradas se cruzan durante apenas unos segundos antes de que ambos finjamos estar prestando atención a cualquier otra cosa. Como si necesitara comprobar que estoy bien, que no me han drogado, o acosado, o puesto en alguna situación incómoda. Es absurdo. Ridículo. Y me encanta.

Estoy terminando mi segunda cerveza cuando una chica aparece junto al grupo. Muy rubia. Muy guapa. Muy alta. Muy… me cago en la puta.

Se acerca directamente a Ryder y le dice algo que nadie más parece escuchar. Él responde. Ella sonríe. Después vuelve a decir algo y esta vez le toca el brazo mientras se ríe.

La sensación es inmediata. Como una corriente eléctrica desagradable recorriéndome la espalda.

Intento ignorarla. De verdad que lo intento. ¿Qué demonios me pasa? Ryder puede hablar con quien quiera. No es mi novio. No hemos hablado de exclusividad. No hemos hablado de absolutamente nada. Ni siquiera sé qué somos.

Solo sé que me paso el día pensando en él, que me besa cada vez que encuentra una oportunidad a escondidas en el instituto y que últimamente me cuesta recordar cómo era mi vida antes de que apareciera al otro lado de aquella ventana. Pero eso no me da ningún derecho. Ninguno. Y sin embargo sigo observando.

La rubia vuelve a reírse. Ryder dice algo y ella le da un pequeño golpe en el pecho. Entonces tomo una decisión completamente madura y racional: Salir de allí antes de convertirme en una psicópata.

Me separo del grupo sin dar explicaciones y me voy a bailar a otra zona, más lejos. Intento perderme entre la gente. Bailo con un par de chicos y con algunas chicas, pero no siento nada. Mi cuerpo se mueve, pero mi cabeza está en aquella esquina.

Al cabo de un rato, de repente, doy un sobresalto al sentir una mano rodeándome la cintura por detrás. Y lo que más me sorprende es el efecto inmediato que provoca. Todo mi cuerpo reconoce a Ryder antes incluso de escuchar su voz.

—¿Por qué te vas tan lejos y me privas de mi visión favorita, cosita?

Una sonrisa traidora aparece en mi cara antes de que pueda evitarlo. Me giro. Y ahí está. Con su sonrisa arrogante. Demasiado consciente del efecto que tiene sobre mí.

—No parecía que estuvieras mirando a nadie más que a la rubia esa —suelto y sus ojos se iluminan al instante.

—Vaya.

—¿Qué?

—Nada.

—¡No, dime!

—Estás celosa —su comentario hace que ponga los ojos en blanco.

—¡Sí claro! ¡Ja! No estoy celosa.

—Claro.

—¡No lo estoy!

—Por supuesto.

—Ni siquiera somos nada —eso parece divertirlo todavía más.

—Efectivamente. No tienes ningún motivo para estar celosa —añade el muy cabrón.

—Exacto —escupo cruzándome de brazos.

—Sobre todo porque es la hermana pequeña de Carter —parpadeo—. Prácticamente es una hermana para mí —el muy imbécil intenta contener la sonrisa. Fracasa—. Me encanta cuando te pones celosa, cosita.

Abro la boca dispuesta a protestar. No llego a hacerlo. Porque Selena aparece prácticamente corriendo.

—¿Habéis visto a Kassy? —pregunta y la sonrisa desaparece inmediatamente de mi cara.

—¿No está contigo?

—No.

—Pensaba que estaba con Jannet.

—Jannet pensaba que estaba contigo.

Nos miramos las tres y una sensación de inquietud nos inunda a las tres.

—Tenemos que encontrarla.

Nos dividimos casi de inmediato. Jannet se encarga de la planta superior. Selena comienza a registrar las habitaciones de la planta baja. Yo salgo al exterior. Cuando estoy saliendo por la puerta trasera, Ryder me sigue.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Ayudarte a buscarla. Últimamente soy el héroe oficial de chicas que se complican la vida en fiestas.

Sonrío a pesar de todo. Nos separamos: él va hacia la izquierda y yo hacia la derecha.

Llevo unos minutos llamándola entre los árboles cuando Ryder reaparece a mi lado, con una expresión divertida y un poco incómoda.

—La he encontrado.

—¿Dónde? —pregunto, aliviada.

—Está… ocupada —Ryder se rasca la nuca.

—¿Ocupada cómo?

—Ocupada ocupada. Con un tío. Bastante entretenida, vamos. Si vas ahora mismo, vas a interrumpir algo muy intenso y probablemente se monte un espectáculo.

Me quedo mirándolo con la boca abierta. Luego miro hacia donde él señala y vuelvo a mirarlo a él.

El ambiente entre nosotros cambia de repente. La preocupación por Kassy se diluye un poco y la tensión que siempre hay cuando estamos cerca sube como la marea.

Ryder da un paso hacia mí.

—No me mires así —murmura, con la voz más grave.

—¿Por qué no?

—Porque no estás dispuesta a ir más lejos conmigo… y yo estoy intentando tener autocontrol.

Sonrío, coqueta, y doy un paso hacia él también.

—¿Qué te hace pensar que no estoy dispuesta a ir más lejos contigo?

Ryder inspira con fuerza, mirándome la boca.

—El hecho de que no has vuelto a mi habitación lo corrobora.

Doy otro paso. Estamos muy cerca.

—Puedo ir esta noche —susurro—. Ahora. Mi padre cree que voy a dormir en casa de Kassy.

La expresión de Ryder cambia. Sus ojos se oscurecen de deseo y sorpresa. Por un segundo parece que va a decir algo, pero solo me mira como si estuviera intentando procesar lo que acabo de decirle.

—Ava...

CAPÍTULO 23

TODAS LAS VENTANAS ME LLEVAN A TI

Son casi las dos y media de la madrugada cuando salimos de The Ruins. Dios, no me puedo creer que esté haciendo esto. ¡Voy a casa de Ryder Knox a follar con él! ¿Estaré perdiendo el juicio? Sin embargo, cuanto más lo miro, más pienso que esto es lo correcto. No era esta la idea que yo tenía de perder mi virginidad con alguien. En mi cabeza, siempre era con un chico encantador, después de una cena, o de ir al cine, o de una cita tierna y romántica… Con Knox nada es romántico, pero todo es mucho más emocionante. Sobre todo, porque con él todo debe ser secreto. Y, aunque me muera de ganas por compartir con mis amigas todo lo que estoy viviendo últimamente con Ryder, hacerlo a escondidas tiene un punto sexy y oscuro que me pone mucho más. Además, sé que ninguna de mis amigas aprobaría esto. Pero no me importa siempre y cuando yo lo haga.

De todos modos, tengo que guardar la discreción. Nadie puede enterarse de esto. Al menos no hasta que sepa que estoy verdaderamente haciendo lo correcto y no dejándome llevar por mi desesperación.

Me he puesto la sudadera negra de Ryder, que me queda enorme. La capucha me tapa casi toda la cara y camino medio escondida detrás de él, mirando hacia todos lados como si fuéramos fugitivos. Ryder me mira de reojo y suelta una risa baja.

—¿En serio vas a caminar así todo el camino? Pareces una ladrona de poca monta.

—Cállate —susurro, dándole un empujón suave en la espalda —. Como alguien me reconozca, estoy muerta.

—Nadie te va a reconocer, cosita. Estás ridícula.

—Gracias. Haces que me sienta muy sexy ahora mismo.

Ryder se ríe y ralentiza el paso para ponerse a mi altura. Me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él mientras caminamos.

—Puedes entrar por la puerta principal, ¿sabes? —dice, divertido—. No hay nadie despierto a estas horas.

—Ni de coña. Prefiero la escalera. Es más seguro.

—Como quieras, Romeo.

Llegamos a nuestra calle. Ryder entra por la puerta de su casa como si nada. Yo rodeo la casa, subo por la escalera lateral con el corazón latiéndome en la garganta y me cuelo por su ventana. Cuando entro en la habitación, Ryder ya está dentro, cerrando la puerta con llave. Nos miramos durante un segundo y los dos estallamos en risas al mismo tiempo.

—Esto es absurdo —digo entre risas, quitándome la capucha.

—Totalmente ridículo —responde él, acercándose.

Pero la risa se va apagando poco a poco. Porque ahora estamos solos. De verdad solos. Sin ojos a nuestro alrededor. Sin miedo a que nos descubran. Solo él y yo. Y toda la noche por delante. La atmósfera cambia en un instante. El aire se vuelve espeso, cargado. Ryder da un paso hacia mí, yo doy otro hacia él. Nuestras miradas se enganchan y, de repente, ya no podemos más.

Me besa con desesperación. Sus manos me agarran la cara como si tuviera miedo de que me escapara. Yo me pongo de puntillas y respondo con la misma hambre. Nuestras lenguas se enredan, nuestras respiraciones se mezclan. Gemimos contra la boca del otro. Empiezo a quitarle la camiseta. Él me quita la sudadera y el vestido que llevo, todo de una vez. La ropa cae al suelo sin orden ni cuidado. Cuando estamos completamente desnudos frente a frente, Ryder se detiene un segundo. Me mira de arriba abajo con una mezcla de dolor y admiración que me deja sin aliento.

—Joder, Ava… —susurra, casi con reverencia—. Eres la cosa más bonita que he visto en mi puta vida.

Me sonrojo entera, pero no tengo tiempo de responder. Me coge en brazos y me lleva hasta la cama. Me tumba con cuidado y se coloca encima de mí. Su piel arde contra la mía. Nos besamos como si nos estuviéramos ahogando, tocándonos con desesperación. Sus manos recorren mis pechos, mi cintura, mis muslos. Mis manos exploran su espalda, sus tatuajes, la tensión de sus músculos. Cuando sus dedos bajan entre mis piernas y me encuentran empapada, gruñe contra mi cuello.

—Estás tan mojada…

—Ryder… —gimo, arqueándome contra su mano.

Él introduce dos dedos dentro de mí mientras su boca baja hasta mis pechos, chupando y mordiendo con suavidad. Mi mano encuentra su polla dura y caliente, y empiezo a masturbarlo con movimientos firmes. La habitación se llena de gemidos, respiraciones entrecortadas y el sonido húmedo de nuestros cuerpos. Nos miramos a los ojos mientras nos tocamos, sin vergüenza, sin barreras. Estamos al límite.

Ryder se coloca entre mis piernas abiertas, su erección rozando mi entrada. Su frente está pegada a la mía, respirando con dificultad. Puedo sentir cómo tiembla por el esfuerzo de contenerse.

—Ava… —susurra contra mis labios, con la voz rota de deseo.

Lo miro. Estoy temblando. Lo deseo tanto que duele. Ryder está encima de mí, apoyado en los antebrazos, mirándome como si fuera algo sagrado y peligroso al mismo tiempo. Su cuerpo arde contra el mío. Siento cada centímetro de su piel, su erección dura y caliente rozando mi entrada, su respiración agitada contra mis labios. Me tiemblan las piernas. Me tiembla todo.

—¿Estás segura de que quieres esto? —pregunta con voz ronca, casi suplicante. Asiento con vehemencia, sin poder hablar.

Ryder me acaricia la mejilla con el pulgar— ¿No me odiarás mañana? —Niego con la cabeza—. Necesito palabras, cosita —susurra, mirándome fijamente a los ojos.

Trago saliva. Tengo el corazón a punto de explotar.

—Por favor, fóllame, Ryder… —suplico con voz temblorosa—. Quiero sentir lo que todo el mundo siente a mi edad. Quiero que me hagas sentir deseada.

Ryder inspira profundamente, como si mis palabras le hubieran golpeado. Sus ojos se oscurecen de deseo y algo más tierno.

—Eso va a ser muy fácil para mí —murmura contra mis labios—. Porque te deseo muchísimo, Monroe.

Comienza un camino lento y tortuoso de besos. Empieza en mi cuello, baja por mi clavícula, se detiene en mis pechos, chupando y mordiendo mis pezones hasta que gimo y me arqueo. Sigue bajando por mi vientre, besando cada centímetro de piel, hasta que llega a mi sexo. Cuando su lengua caliente roza mi clítoris, suelto un gemido ahogado y agarro las sábanas con fuerza.

—Ryder… —jadeo.

Él enrosca la lengua alrededor de mi clítoris y empieza a devorarme como un hombre hambriento. Lame, chupa, succiona. Me mira mientras lo hace, y esa mirada azul clavada en mí mientras me come es lo más erótico que he visto en mi vida.

—Estás deliciosa… —gruñe contra mi coño, sin dejar de lamerme.

Gimo más fuerte, agarro su pelo con ambas manos y aprieto su cara contra mí. Él se ríe bajito y mete un dedo dentro de mí, luego dos, follándome con los dedos mientras su lengua no deja de atormentar mi clítoris.

—Dios… ¡Sigue! ¡Sigue, por favor! —grito, casi sin control.

Me tapo la cara con la almohada de Ryder para ahogar los gemidos. Siento que voy a romperme. El placer sube y sube, imparable, hasta que exploto en un orgasmo brutal. Todo mi cuerpo convulsiona, mis piernas tiemblan sin control y un gemido largo y ahogado sale de mi garganta. Cuando consigo respirar de nuevo, Ryder me quita suavemente la almohada de la cara. Tiene los labios brillantes y una mirada oscura de puro deseo.

—¿Estás lista para lo siguiente? —pregunta con voz grave. Lo miro con adoración, todavía temblando, y asiento— Necesito palabras, cosita.

—Te quiero dentro, Knox —susurro, casi suplicando—. Por favor…

Ryder inspira con fuerza, como si mis palabras le hubieran afectado físicamente. Se estira hacia la mesita de noche, saca un condón y se lo pone bajo mi mirada atenta. Cuando veo el tamaño de su polla completamente erecta, trago saliva.

—Va a doler… —murmuro, nerviosa. Ryder se coloca encima de mí otra vez y me besa con ternura.

—Estaré atento. Si duele mucho, me paras. ¿Entendido?

Asiento. Ryder posiciona la punta gruesa de su erección en mi entrada y me mira a los ojos mientras empuja lentamente. Inspiro con fuerza cuando siento la presión. Es intensa. Me llena. Duele un poco, pero también es placentero de una forma abrumadora.

—Joder… qué apretada estás —gruñe Ryder, con la mandíbula tensa por el esfuerzo de ir despacio— ¿Te duele? —pregunta, preocupado.

—Sigue… —suplico—. No pares.

Se introduce un poco más. Ambos gemimos. Él de puro placer, yo de una mezcla de dolor y placer abrumador. Cuando por fin está completamente dentro, se queda quieto, respirando con dificultad.

—Dime cuándo puedo moverme —susurra, besándome la frente, las mejillas, los labios.

—Muévete… —le pido.

Ryder empieza a entrar y salir de mí con movimientos lentos y profundos. Al principio solo siento presión y una ligera molestia, pero poco a poco mi cuerpo se acostumbra. Ver su cara de placer, sus músculos tensos, sus ojos azules clavados en mí mientras me folla… es demasiado.

—Más… —gimo.

Ryder acelera el ritmo, pero sigue siendo cuidadoso. Cada embestida es más profunda, más intensa. Nuestros gemidos se mezclan. Le clavo las uñas en la espalda y él gruñe mi nombre.

—¿Estás cerca? —pregunta, jadeando—. Porque yo no voy a aguantar mucho más…

—No te preocupes por mí —susurro, mirándolo con deseo—. Quiero ver cómo te corres dentro de mí.

Ryder maldice, sus ojos se oscurecen y pierde completamente el control. Embiste con más fuerza un par de veces y se corre con un gruñido ronco y profundo, temblando encima de mí.

—Joder… Ava… —gime, enterrando la cara en mi cuello. Cuando termina, se deja caer sobre mí, respirando agitado. Me besa la frente, todavía dentro de mí— Lo siento… no he podido esperarte —murmura, avergonzado—. Me has puesto demasiado cachondo.

Me río bajito, todavía sintiéndolo dentro. Ryder sale con cuidado, se quita el condón y se tumba a mi lado. Me mira con una mezcla de ternura y sorpresa.

—¿Te ha gustado? —pregunto un poco avergonzada—. A ver, sé que este no es ni de cerca el mejor polvo de tu vida, pero no ha estado mal, ¿verdad? —Ryder me ofrece una sonrisa muy tierna para venir de alguien como él.

—Jamás me había corrido tan rápido con alguien —confiesa, acariciándome el pelo—. Así que este polvo está fácilmente en mi puesto número 5. —Sonrío, pero no puedo evitar preguntar con un poco de miedo.

—¿Y cuáles son los otros cuatro? Tengo curiosidad —pregunto y Ryder se ríe suavemente y me atrae hacia su pecho, besándome la frente.

—Los cuatro siguientes que te eche… y espero alargarlos hasta que te corras al menos dos veces antes que yo.

Me sonrojo hasta las orejas. Ryder se ríe y me abraza con fuerza. Tumbados en su cama, sudorosos y todavía jadeando, Ryder me tiene abrazada contra su pecho, acariciándome la espalda con lentos movimientos. Siento su corazón latiendo fuerte contra mi mejilla. No puedo dejar de sonreír.

—¿Y si vamos a por el número 4? —pregunto con picardía, levantando la cabeza para mirarlo. Ryder abre mucho los ojos, sorprendido.

—¿Ya? ¿No me vas a dar ni cinco minutos de tregua, Monroe? —Me río y me incorporo un poco sobre su pecho.

—Te dejo fumar el cigarrillo de después —Ryder suelta una carcajada grave y sexy que me vibra por todo el cuerpo.

—Eres peligrosa, ¿lo sabías? Pero ahora que lo dices, el cigarrillo de después es una buena idea.

Se levanta de la cama completamente desnudo y yo no puedo evitar devorarlo con la mirada. Es jodidamente perfecto. Los tatuajes, los músculos marcados del fútbol, esa V profunda que baja hasta su polla, que todavía parece semierecta incluso después de correrse… Ryder coge un cigarrillo de su escritorio, lo enciende y le da una calada profunda, mirándome con una ceja levantada.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta, divertido.

—Mucho —admito sin vergüenza, mordiéndome el labio. Veo cómo su polla empieza a endurecerse de nuevo solo con mi mirada. Ryder suelta el humo y sonríe con arrogancia.

—Si sigues mirándome así, no voy a poder fumar tranquilo.

Me levanto de la cama sin decir nada, contoneando las caderas mientras camino hacia él. Ryder me observa como hipnotizado, con el cigarrillo olvidado entre los dedos. Me arrodillo frente a él, le miro a los ojos y le doy un lento lametón en la punta de su polla.

—Joder… —gruñe, abriendo la boca. Animada por su reacción, me la meto en la boca. Ryder suelta un gemido ronco y pone una mano en mi cabeza, sin presionar—. Ava… hostia… — Levanto la vista hacia él, con la boca llena.

—Guíame —susurro—. Nunca he hecho esto —Ryder maldice otra vez y asiente.

—Sigue así, cosita… joder, lo estás haciendo genial. Chúpame un poco la punta… así… sí… justo así.

Sus palabras me excitan tanto que me esfuerzo más. Ryder mueve las caderas suavemente, follándome la boca con cuidado mientras gime mi nombre.

—Para… para —dice de repente, respirando con dificultad—. Si sigues así no llego ni al segundo round.

Me levanto sonriendo, le cojo de la mano y tiro de él hacia la cama.

—Ven aquí.

Ryder tira el cigarrillo por la ventana y me sigue como si estuviera hechizado. Volvemos a besarnos con ardor, casi con violencia. Me tumba en la cama y se pone otro condón con manos torpes de las ganas. Esta vez no hay tanta delicadeza. Me pone a cuatro patas, me besa el cuello y la oreja mientras frota su polla contra mi coño empapado.

—¿Estás bien? —pregunta, siempre atento.

—Sigue… por favor.

Entra en mí de una sola embestida más profunda. Grito de placer. Ryder gruñe y empieza a follarme con más fuerza, sujetándome las caderas. Una de sus manos baja hasta mi clítoris y lo estimula mientras me penetra.

—Dios… Ryder… ¡sí! ¡Sigue!

Me folla más duro, más salvaje, pero siempre pendiente de mí. El sonido de su piel chocando contra la mía llena la habitación. Siento que voy a explotar.

—¡Por dios! ¡Este coño tuyo es el cielo! —grita Ryder y me embiste con más fuerza. Grito un poco por la intensidad, pero él me acaricia la espalda y me susurra en el oído— ¿Estás bien, cosita?

—Sí… Ahh…

Siento una de sus manos pellizcarme un pezón mientras la otra sigue en mi clítoris. Estoy tan estimulada que no noto ya ninguna molestia. Entonces Ryder hace círculos con sus caderas cuando llega al fondo de mi sexo y me hace ver las estrellas.

—Estoy cerca… —gimo.

—Córrete para mí, Monroe.

El orgasmo me golpea con brutalidad. Me corro con espasmos fuertes, apretándolo dentro de mí. Ryder gruñe con fuerza, embiste un par de veces más y se corre violentamente, temblando encima de mí. Caemos exhaustos sobre la cama. Ryder me abraza por detrás, todavía dentro de mí, besándome el hombro.

—¿Ves? —dice entre respiraciones agitadas—. Este está fácilmente en el puesto número 4 —me río sin aliento y giro la cabeza para mirarlo.

—¿Qué tiene que pasar para que entre en el top 3?

Ryder sonríe con picardía, me besa la nuca y susurra contra mi piel:

—Como te dije… tengo que conseguir que te corras al menos dos veces antes que yo. Y que no me pongas tan jodidamente cachondo que pierda el control como un puto principiante.

Me río y me acurruco contra él, sintiendo su calor y su olor envolviéndome.

CAPÍTULO 24

DESPUÉS DE LA TORMENTA LLEGA LA CALMA

Estamos desnudos, enredados entre las sábanas revueltas de Ryder. Mi cabeza descansa sobre su pecho, escuchando cómo su corazón vuelve poco a poco a un ritmo normal. Su mano sube y baja por mi espalda con lentitud, casi perezosa. Ninguno de los dos habla. Solo se oye nuestra respiración y, de vez en cuando, algún suspiro satisfecho. Es una calma extraña. Bonita. Como si el mundo fuera solo esta habitación y todo lo demás hubiera dejado de existir.

Giro un poco la cabeza y mi mirada se posa en la mesita de noche. Hay una foto en un marco sencillo. En ella sale Ryder con unos cinco años, sonrisa mellada y pelo revuelto, al lado de su hermano Connor, que debía tener unos ocho. Y entre ellos, una mujer guapa de pelo oscuro que los abraza a los dos.

—Estás adorable en esta foto —digo sonriendo y señalándola.

—¿Adorable? ¡Me faltaban tres dientes! —se queja y yo me río.

—Pues sí, estabas adorable. ¿Esa es tu madre? —pregunto en voz baja. Ryder se queda quieto un segundo. Luego asiente.

—Sí —no dice nada más. Yo tampoco quiero presionar, pero la curiosidad me puede.

—¿Quieres… contarme algo de ella? —pregunto finalmente. Ryder suspira y mira el techo.

—No hay mucho que contar. Se fue cuando Connor tenía ocho y yo cinco. Ese es uno de mis últimos recuerdos claros con ella —se queda callado. Yo siento una punzada en el pecho. Parpadeo.

—¿Se fue un día y ya está? ¿Así de simple?

—Más o menos.

—¿Y no volvió?

—No —susurra y lo observo durante unos segundos.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque es horrible —Ryder deja escapar una pequeña risa de resignación.

—Supongo.

—¿Supongo? Ryder, eso ha tenido que ser duro para vosotros.

—Ava, han pasado catorce años. Ya no me paso el día llorando por ello. Además, sinceramente, apenas la recuerdo.

Eso me sorprende.

—¿De verdad?

—Recuerdo cosas sueltas. Su perfume. Algunas canciones que cantaba para dormirnos a Connor y a mí. Una vez que me caí de una bicicleta y me llevó en brazos hasta el hospital, aunque no estaba tan lejos —guarda silencio un momento—. Pero poco más.

No sé qué decir. Así que vuelvo a mirar la fotografía.

—Sigo pensando que eras adorable.

—Y yo creo que necesitas gafas —dice y le doy un golpe en el brazo. Ryder sonríe.

—¡Es cierto! ¿De qué te ríes?

—Me gusta que seas tan cotilla.

—No soy cotilla.

—Has estado inspeccionando mi habitación desde que entraste.

—Estaba solo observando.

—Eso es exactamente lo que hace una cotilla.

—Pues perdón —susurro indignada. Ryder niega con la cabeza y se inclina hacia mí para besarme suavemente la punta de la nariz.

—No te disculpes. Me gusta que te interese. Aunque solo sean mis trapos sucios. Además, tú también tienes trapos sucios —dice y arqueo una ceja, divertida.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—¿Recuerdas el día que nos conocimos, cuando me mudé aquí? —dice y yo asiento, apoyando la barbilla en su pecho—. Llevabas una camiseta amarilla horrible —Ryder suelta una carcajada— Dios, sí. Esa camiseta era un crimen contra la humanidad —abro mucho los ojos ante su comentario.

—¿Te acuerdas de eso?

—Claro que me acuerdo.

—Eso fue hace años.

—Lo sé. Es difícil olvidar algo tan feo —bromea—. También recuerdo que empezaste a hablar y no paraste en diez minutos. Ni siquiera para respirar. Pensé que ibas a desmayarte —me río, avergonzada, y escondo la cara en su cuello.

—Estaba nerviosa. Eras el chico nuevo y vivías justo enfrente. Me hacía ilusión tener un vecino de mi edad —Ryder se queda callado un momento. Su mano sigue acariciándome la espalda —. Parecías enfadado con el mundo entero —le digo en voz baja.

—Ya… —admite—. Eso no ha cambiado mucho.

Levanto la cabeza para mirarlo. Sus ojos azules están serios, pero hay algo suave en ellos.

—Ahora sonríes más —susurro. Ryder me mira durante unos segundos largos. Luego sonríe, esa sonrisa pequeña y torcida que me desarma.

—Sí… ahora sonrío más —no dice nada más.

Me acurruco más contra su pecho, sintiendo el calor de su piel y el latido constante de su corazón.

De repente, un sonido rompe el silencio. Mis tripas. Cierro los ojos automáticamente. Dios mío. No. No. No, por favor. Ryder baja la mirada hacia mí y una sonrisa divertida aparece en su cara.

—¿Eso ha sido tu estómago? —pregunta y me tapo la cara con una mano. Mierda, lo ha escuchado.

—No.

—Pues a mí me parece que sí —añade riéndose— Ava.

—¿Qué?

—Te estás muriendo de hambre.

—Un poco —admito con resignación.

—¿Un poco?

—Vale. Mucho.

Ryder suelta una carcajada y se incorpora en la cama.

—Espérame aquí.

—¿Adónde vas?

Lo observo levantarse completamente desnudo y caminar hasta la puerta como si aquello fuera lo más normal del mundo. Y, por algún motivo, la imagen me resulta extrañamente tierna. Al cabo de unos minutos, Ryder vuelve con dos platos en una mano y una botella de agua en la otra.

—¿Qué es eso?

—La cena de los campeones.

Bajo la mirada. Es un sándwich. Ha hecho uno para cada uno. Y huele increíble.

—No tenías que molestarte, de verdad —digo avergonzada, pero no puedo evitar dar un enorme bocado que me sabe a gloria.

—No hay mucha ciencia en meter jamón y queso entre dos trozos de pan. No es para tanto.

—Pues a mí me parece maravilloso.

—Eso es porque te estás muriendo de hambre.

Me siento en la cama mientras él vuelve a acomodarse a mi lado con su sándwich y empieza a devorarlo. En tres bocados ya ha desaparecido el suyo. Yo empiezo a comer el mío y él se queda observándome. Y no de una forma rara. Ni incómoda. Simplemente me observa. Como si estuviera disfrutando de una escena completamente cotidiana.

—¿Qué? —pregunto con la boca medio llena.

—Nada.

—¿Qué pasa?

—Es raro —comenta sonriente.

—¿El qué?

—Que estés aquí —susurra y mastico un poco más despacio.

—¿Raro malo?

—No. Raro bueno. Es que nunca imaginé que esto pasaría —su frase se queda flotando entre nosotros.

—Yo tampoco —admito.

—¿Sabes qué es lo más raro?

—¿Qué?

—Que parece normal. Como si nos conociéramos de toda la vida y no nos hubiéramos pasado cinco años ignorándonos por completo.

Eso me hace sonreír. Porque tiene razón. Tremendamente razón. No parece una locura. No parece un secreto peligroso. Parece una chica de dieciocho años comiéndose un sándwich a las tres y media de la madrugada en la habitación del chico que le gusta.

Termino de comer y dejo el plato sobre la mesita. Ryder apaga la lámpara y la habitación queda prácticamente a oscuras. Vuelvo a acurrucarme sobre su pecho y, sin darme cuenta, noto cómo el cansancio empieza a vencerme.

—Ryder…

—¿Mm?

—Gracias.

—¿Por el sándwich?

Sonrío con los ojos cerrados.

—Sí, bueno. Por todo.

Siento cómo besa mi pelo. Y después su voz llega muy bajita, casi como si hablara para sí mismo.

—De nada, cosita.

Quiero seguir hablando con él. De verdad que quiero. Pero mi cuerpo ya ha tomado la decisión por mí. El sueño me arrastra poco a poco mientras sigo escuchando su corazón debajo de mi mejilla.

CAPÍTULO 25

DESPERTAR

Estoy a punto de caerme de la cama. El susto es tan grande que abro los ojos de golpe. Tardo varios segundos en entender dónde estoy. Esta no es mi habitación. Estas no son mis sábanas. Y el brazo tatuado que rodea mi cintura definitivamente no es mío.

Todo vuelve de golpe. La noche anterior. Ryder. Sus manos. Su boca. Su cuerpo dentro del mío. La forma en que me miró cuando se corrió. El calor. Los gemidos. La intimidad. Siento que me arde toda la cara.

Giro la cabeza lentamente. Ahí está él: Ryder Knox, dormido a mi lado. Torso desnudo, sábana apenas cubriéndole la cintura, dejando a la vista una evidente erección mañanera que marca la tela. Trago saliva y me muerdo el labio para no sonreír como una completa idiota. Dios… es tan guapo que duele. No debería sorprenderme. Llevo semanas observándolo. Pero verlo dormir es diferente. No tiene esa tensión constante en la mandíbula ni el ceño fruncido. Parece más joven. Más humano. Casi vulnerable.

Mi mirada baja por su pecho. Su piel bronceada tiene un aspecto aterciopelado bajo la luz suave de la mañana. Recorro mentalmente sus tatuajes: el ojo en el hombro (perfecto para alguien que parece observarlo todo), la mariposa bajo el pectoral derecho (tan delicada que contrasta con toda su dureza), y las palabras "Never Give Up" (nunca rendirse) sobre el izquierdo. Sin darme cuenta, acerco la yema del dedo y rozo suavemente las letras.

La piel de Ryder se eriza al instante. Levanto la vista. Tiene los ojos abiertos, mirándome con una mezcla de sueño y diversión.

—Buenos días, Monroe —dice con voz ronca y adormilada. Me pongo nerviosa al instante. Todo lo de anoche me cae encima

como una ola. Me incorporo de golpe, sujetando la sábana contra mi pecho.

—Es muy tarde. Tengo que irme —intento salir de la cama, pero Ryder me sujeta suavemente de la muñeca.

—Eh… ¿está todo bien? —pregunta y asiento sin mirarlo— ¿Seguro?

—Sí… —pero sigo sin poder sostenerle la mirada. Ryder me levanta la barbilla con dos dedos, obligándome a hacerlo.

—Mírame —pide con suavidad—. ¿De verdad estás bien?

Esta vez consigo sonreír un poco. Mi mirada traicionera baja accidentalmente hacia la sábana de nuevo y la evidente erección que hay debajo. Me pongo roja como un tomate. Ryder carraspea, claramente incómodo.

—No le hagas caso a eso… Son reacciones involuntarias matutinas.

—Ya me imaginaba —digo, intentando no reírme.

Me levanto y empiezo a vestirme bajo su mirada atenta. Siento sus ojos siguiéndome por toda la habitación. Cuando termino, cojo mi móvil y las llaves del bolsillo de la sudadera que me prestó anoche. Ryder también se levanta y se pone unos pantalones cortos de deporte.

—¿Irás esta noche a The Ruins? —pregunta, intentando sonar casual. Lo miro. Sé que está intentando que todo siga siendo normal, pero algo dentro de mí se encoge.

—No tienes que fingir que te importo, Ryder. Sé lo que es esto. Y está bien. De verdad. Es mejor que siga siendo secreto, de todos modos —Ryder me mira muy serio durante unos segundos y luego asiente lentamente.

—No has respondido a mi pregunta.

—No creo que pueda ir. Mi hermano viene de Boston y seguramente tengamos cena familiar —comento con tristeza.

—Entendido —susurra y me dirijo a la ventana. Antes de que pueda salir, su voz me detiene— Ava —me llama y me giro— ¿Te gustaría repetir lo de anoche alguna vez? —La pregunta me pilla por sorpresa. No esperaba que me lo preguntara directamente. Sonrío, sincera.

—La verdad es que sí.

Ryder también sonríe un poco. Me pide el móvil, teclea algo y me lo devuelve. En los contactos aparece un nuevo número guardado bajo el nombre **"Filosofía"**.

—Cuando quieras verme… escríbeme.

Asiento, con una sonrisa tonta en la cara. Antes de que baje por la escalera, Ryder se acerca, me sujeta de la cintura con suavidad y me da un beso largo en la frente.

—Cuidado al bajar, cosita —susurra contra mi piel—. Nos vemos pronto… espero.

Bajo la escalera con las piernas temblando y el corazón latiendo a mil por hora.

CAPÍTULO 26

NADAR A CONTRACORRIENTE

Es sábado por la noche y, por primera vez en mucho tiempo, estamos los tres cenando juntos: papá, Brian (mi hermano mayor) y yo.

Brian ha venido de Boston por el fin de semana y, como siempre que vuelve, la casa se siente diferente. Más ruidosa. Más llena. Mamá ya no está, así que somos solo nosotros tres alrededor de la mesa. Hacía meses que Brian no venía y la verdad es que se agradece verlo por aquí. La casa parece más viva cuando está él. Mi padre también está de mejor humor de lo normal y, por primera vez en mucho tiempo, siento que todo parece… normal. Brian me mira con esa sonrisa de hermano mayor que cree que todavía puede tratarme como si tuviera doce años.

—Venga, enana, cuéntame. ¿Qué ha pasado en tu vida últimamente? ¿Algún chico interesante? ¿Has sacado ya el carné? ¿Sigues siendo la mejor de la clase?

Me meto un trozo de pollo en la boca para ganar tiempo. *Bueno… anoche perdí la virginidad con el único chico que papá y tú me tenéis absolutamente prohibido acercarme. Ah, y fue increíble.* Trago y sonrío con inocencia.

—Nada demasiado emocionante. Kassy está pasando una mala racha y estamos intentando estar más unidas que nunca.

—¿La chica morena? —pregunta mi hermano.

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Un problema familiar.

No doy más detalles porque no me corresponde hacerlo. Mi padre bebe un poco de agua y deja el vaso sobre la mesa.

—Hablando de cosas que me sorprendieron… el otro día vi a Ava hablando con Knox.

El silencio cae sobre la mesa como una losa. Brian levanta una ceja, sorprendido.

—¿Knox? ¿Ryder Knox?

Papá asiente, sin apartar la mirada de mí.

—Sí. Y me sorprendió bastante porque no suele desafiarme de esa manera. Ambos sabéis que es de las pocas cosas que le tengo prohibidas.

Siento cómo mi estómago se tensa. Pero esta vez no me quedo callada.

—Es mi compañero de Filosofía —respondo con calma—. Tenemos que hacer un trabajo juntos. Además, saca buenas notas y es una de las estrellas del equipo de fútbol. Creo que estáis siendo muy injustos con él. Nadie elige a sus padres.

—No es solo el padre, Ava —sentencia mi hermano soltando el tenedor en la mesa.

—¿Ah, no?

—No. Knox también se ha labrado una reputación horrible en este pueblo. Y por algo será.

—¿Qué es lo que dicen de él exactamente? —pregunto, frunciendo el ceño. Mi padre y mi hermano se miran. Es mi hermano quien responde.

—Que lo han visto varias veces en un bar de las afueras donde suele ir su padre —mi corazón da un pequeño vuelco.

—¿Y?

—¿Y? Ava, ese sitio tiene una reputación pésima. Se sabe que hay tráfico de drogas y prostitutas.

Las náuseas aparecen inmediatamente. No porque crea lo que están diciendo. Sino porque me cuesta imaginar a Ryder allí.

—No sabéis el motivo por el que va —comento y los dos sueltan una pequeña risa.

—¿Qué motivo puede ser? —pregunta mi padre. La irritación me sube de golpe.

—Precisamente ese es el problema. Que no lo sabéis. Nadie lo sabe. Porque nadie le pregunta directamente a él nada. Todos os limitáis a juzgarlo sin tener información que contrastar.

Mi padre y mi hermano se miran otra vez. Después mi hermano vuelve la vista hacia mí.

—¿Por qué lo estás defendiendo tanto? —pregunta y yo me encojo de hombros y sigo cenando.

—Porque me gusta ser justa con todo el mundo. Creo que es como deberían hacerse las cosas.

Brian niega con la cabeza, pero decide cambiar de tema. Sabe que cuando me pongo terca es mejor no insistir.

—Da igual. Cuéntame más de ti. ¿Sigues pensando en la Universidad de California?

La conversación deriva hacia temas más seguros: mis notas, las universidades, los planes de Brian para después de graduarse. Pero yo ya no estoy del todo presente.

Y al final Brian acaba diciendo algo gracioso de lo que mi padre se ríe a carcajadas. Yo también me río. Pero, mientras lo hago, hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza.

Ese bar. Y la imagen de Ryder entrando allí. Porque me doy cuenta de algo. Todavía hay una parte enorme de él que desconozco.

CAPÍTULO 27

CALORES NOCTURNOS Y VENTANAS ABIERTAS

Estoy sentada en la cama con una de mis novelas románticas entre las manos y soy incapaz de pasar de la misma página desde hace casi veinte minutos. Leo una frase. La releo. Vuelvo a empezar el párrafo y, cuando me doy cuenta, llevo varios minutos pensando en cualquier cosa menos en la historia. Bueno, en cualquier cosa no. En Ryder. Últimamente siempre es en Ryder.

Cierro el libro sobre mis piernas y suelto un suspiro. Es casi la una y media de la madrugada y la luz de su habitación lleva apagada muchísimo rato. Lo he comprobado demasiadas veces. Las suficientes como para sentirme un poco ridícula. No debería importarme. De verdad que no debería. *Seguro que ahora mismo está en The Ruins*, pienso mientras cierro el libro con fuerza. *Riéndose con sus amigos, ligando con alguna chica que sí sepa lo que hace. Alguien que no se ponga nerviosa, que no tiemble, que no tenga que preguntarle si lo está haciendo bien.*

Se me revuelve el estómago. Sé que no tengo derecho a sentirme así. Yo misma le dije que esto debía seguir siendo un secreto. Que no éramos nada. Pero después de anoche… duele pensar que para él solo fue otro viernes más. Otro polvo. Otra chica. Y para mí fue… todo.

Y, sinceramente, sería bastante lógico que para él no haya sido nada del otro mundo. Así es Ryder. Bueno… así es cualquier chico de diecinueve años. Y, además, como ya he dicho, nosotros no somos nada. Ni novios. Ni una pareja. Ni siquiera amigos normales.

Aun así, me apetece muchísimo saber de él. Ha sido mi primera vez. Y no me importaría repetir. Porque fue perfecto. Fue emocionante. Fue bonito. Fue mucho más de lo que había esperado. Y él fue atento, cuidadoso y paciente, aunque tan hermético como

siempre. Nunca sé qué está pensando. Nunca sé si está sintiendo lo mismo que yo o si para él esto es muchísimo más sencillo.

Cojo el móvil. Abro nuestra conversación. Bueno, nuestra conversación no. Nuestra ausencia de conversación. Porque solo hay un nombre: *Filosofía*. Sonrío sola.

Pienso en escribirle. *Buenas noches. ¿Qué tal tu noche? ¿Sigues despierto?* Me parecen mensajes absurdos. Demasiado desesperados. Vuelvo a dejar el móvil sobre la cama. Y justo en ese momento escucho unos pequeños golpecitos en el cristal.

Doy un respingo y casi se me cae el libro al suelo. Miro hacia allí con el corazón en la garganta. Hay una sombra. Alguien está subido en el árbol. Cojo aire para gritar, pero me tapo la boca con las dos manos cuando reconozco la silueta. ¡Es Ryder! Abro la ventana con manos temblorosas.

—¡¿Qué demonios haces?!

Ryder trepa los últimos centímetros y entra en la habitación con una facilidad insultante.

—Buenas noches para ti también, Monroe —suelta como si nada y lo miro boquiabierta.

—¿Te has vuelto loco? —Él se sacude los pantalones y mira alrededor de la habitación.

—Es bastante fácil entrar aquí.

—¡Te podrían haber visto!

—He tenido cuidado.

—¡Ryder!

—No me ha visto nadie.

Se encoge de hombros como si acabara de decirme que ha ido a comprar pan. Yo, sin embargo, corro hacia la puerta y coloco una silla en diagonal bloqueando la manilla. Cuando me giro otra vez hacia él, está observándome divertido.

Dios mío. Es tan guapo. Tiene unos ojos tan azules. Y es tan emocionante que esté aquí que me cuesta enfadarme de verdad por la locura que supone y el riesgo al que me expone.

—¿Qué haces aquí? —pregunto intentando parecer indiferente. Él mete las manos en los bolsillos.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Déjame adivinar. ¿El ligue de esta noche te ha dejado con las ganas? —le provoco, porque necesito saber si ha mirado a otra, si ha deseado a otra. Lo miro con los ojos entrecerrados. Él intenta aguantar la sonrisa. Fracasa.

—O puede ser que no gemía tan bien como tú —suelta de pronto y siento cómo me suben cuarenta grados de golpe a la cara.

—¡Ryder!

—¿Qué? —me provoca riéndose.

—Eres imbécil.

—Y tú te sonrojas mucho.

Se acerca un poco más y, de repente, la diversión desaparece un poco de sus ojos. Me aparta un mechón de pelo de la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Solo quería saber que estabas bien.

—¿Qué? —parpadeo.

—Te fuiste esta mañana muy rápido. Y pensé que a lo mejor… —hace una pequeña pausa— ¿Fui brusco contigo? ¿Te hice daño? ¿Hice algo mal?

Y, de repente, siento que se me aflojan las piernas. Porque no esperaba esa pregunta. Porque no esperaba que hubiera venido por eso. No esperaba que le importara.

—No —digo enseguida—. No, Ryder. Fue perfecto —confieso y él asiente una sola vez. Como hace siempre.

—Bien —susurra más bien para sí mismo. Entonces me mira muy intensamente y añade— No me has escrito —lo miro sorprendida.

—Te dije que hoy tenía temas familiares —él se encoge de hombros.

—¿Y? Igualmente podías escribir. Es un acto bastante sencillo. Mira.

Se acerca a la cama y coge mi móvil. Lo desbloquea. Y entonces sus ojos se iluminan un poco. Levanto la cabeza de golpe. Mierda. Porque estaba a punto de escribirle. Él me mira. Yo lo miro. Y mis mejillas empiezan a arder.

—No es lo que parece.

—Claro.

—Solo iba a darte las buenas noches.

—Ahá.

—Y quería que no hubiera nada raro entre nosotros.

—Vale. Bueno, entonces déjame adivinar lo que estabas a punto de escribirme, Monroe.

Lo veo teclear algo rápidamente. Pulsa enviar. Y me devuelve el móvil. Cuando lo leo, me pongo más roja aún.

"Buenas noches, Ryder. Definitivamente me gustó mucho lo de anoche y llevo media hora pensando en escribirte. También puede que esté un poquito celosa porque no sé dónde estás. Pero no se lo digas a nadie. Estoy muy mojada, por cierto. Firmado: Ava Monroe."

Lo miro escandalizada.

—¡Yo no estoy celosa!

—Estoy seguro de que no lo estás —añade provocativamente.

—¡Ni un poco!

—Nada de nada.

—¡Y deja de sonreír! —grito y él suelta una carcajada.

—No puedo.

Voy a protestar otra vez, pero no me da tiempo. Porque me besa. Y es uno de esos besos que consiguen apagar el mundo entero. Es un beso de película. Profundo, urgente, lleno de todo lo que no nos dijimos durante el día. Me aferro a su pelo con fuerza y él me aprieta contra la pared, como si llevara horas conteniéndose. Cuando nos separamos, los dos respiramos agitados. Hay diversión en sus ojos. Pero también hay algo más. Un fuego tan vivo e intenso que sé que va a hacer que los dos ardamos en él.

—¿Por qué has enviado ese mensaje tan tonto? —pregunto entre risas. Él me mira durante unos segundos.

—Porque no es justo que tú tengas mi número y yo el tuyo no.

Y, antes de que pueda responder, vuelve a besarme contra la pared de mi habitación como si el mundo fuera a desaparecer. Los gemidos se nos escapan cada vez más altos, cada vez más difíciles de controlar. Las manos de Ryder recorren mi cuerpo con urgencia, apretándome contra él. Yo tiro de su pelo, lo beso con desesperación, mordiéndole el labio inferior. Su erección se clava contra mi vientre y siento cómo me mojo más y más.

—Ryder… —gimo contra su boca, casi sin aliento—. Deberíamos parar… antes de que se nos vaya de las manos a los dos.

Él apoya su frente contra la mía, respirando con dificultad. Tiene los ojos cerrados y la mandíbula tensa, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por controlarse.

—¿Quieres que pare? —pregunta con voz ronca y pesarosa. Tardo varios segundos en responder. El corazón me late tan fuerte

que casi duele.

—No… —susurro finalmente—. Pero si no lo hacemos… nos va a pillar mi hermano. O peor aún, mi padre.

Ryder abre los ojos y me mira con un fuego que me derrite por dentro. Sus pupilas están dilatadas, sus labios hinchados por los besos.

—Prometo hacer poco ruido —susurra, rozando sus labios contra los míos. Me muerdo el labio intentando esconder la emoción y el deseo que me recorre. Ryder se da cuenta y sonríe con picardía — Y tú tienes que tragarte esos gemiditos tan sexys que haces, ¿vale, cosita? —Me río bajito, nerviosa y cachonda al mismo tiempo.

—Estás loco.

—Tú tienes la culpa —responde, besándome el cuello con devoción—. No he podido pensar en otra cosa en todo el día. En que no te corriste la primera vez… y que solo te corriste una vez la segunda. Necesito verte deshacerte de placer en mis brazos, Ava. Voy a demostrarte que puedo ser el mejor amante que vas a tener jamás.

Me río contra su boca, aunque el corazón me late desbocado.

—Eso es muy pretencioso, Knox.

Ryder me calla con un beso profundo y me lleva hasta la cama. Me tumba con cuidado y comienza a desvestirme con manos ansiosas pero tiernas. Cuando estoy completamente desnuda, se coloca entre mis piernas y me estimula el clítoris con los dedos, despacio al principio, luego con más presión, preparándome para él. Gimo y tiro de su pelo para besarlo con más ganas, intentando acallar mis propios sonidos. Entonces Ryder se separa, saca un condón de su cartera, se lo pone con manos firmes y me mira a los ojos.

—Voy a entrar en ti, cosita. ¿Estás lista?

Asiento, mordiéndome el labio. Ryder se coloca sobre mí, me sujeta una de mis piernas con su brazo para levantarla y se introduce en mí lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos ni un segundo. Inspiro con fuerza cuando lo siento entrar. Es intenso. Me llena por completo. Duele un poco, pero el placer es mucho mayor. Tengo que aplastarme la boca con la mano para acallar mis gemidos.

—Joder… cómo me aprietas —gruñe Ryder, con la mandíbula tensa por el esfuerzo de ir despacio.

Comienza a bombear dentro de mí. Al principio con movimientos lentos y profundos, mirándome a los ojos. Luego va ganando ritmo. Le araño la espalda y agarro sus nalgas para meterlo más dentro.

—Sigue… sigue… —suplico.

—¿Segura?

—Joder, sí…

Ryder empieza a follarme de verdad. Cada embestida es más fuerte, más profunda. Me dice cosas bonitas y eróticas entre gemidos. *Eres jodidamente sexy, Monroe… Qué bien me recibe ese coñito tan bonito… Vamos, Monroe, córrete… dame tu orgasmo…* El placer sube rápido e imparable. Me corro con fuerza, temblando, mordiendo su hombro para no gritar. Ryder para de golpe, cerrando los ojos con fuerza, respirando agitado, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no correrse.

—Joder… dame un segundo —susurra con voz rota.

Cuando recupera el control, me coloca las piernas alrededor de su cintura y vuelve a entrar en mí de una sola embestida profunda. Esta vez me folla más duro. Más salvaje. La posición hace que entre más profundo. Gimo contra su cuello y él me tapa la boca con la suya para acallar los sonidos. Me acaricia la mandíbula, el labio inferior, me mira a los ojos y me susurra cosas maravillosas.

—Eres preciosa… Eres perfecta…

El segundo orgasmo comienza a construirse dentro de mí. Gimo contra su boca.

—Dios… te siento tan dentro… —Ryder lanza una maldición y acelera.

—No me provoques, Ava… no pienso correrme hasta que tú no lo hagas por segunda vez.

Sonrío con picardía, aunque estoy al borde. Me gusta tener ese poder sobre él. Le susurro al oído…

—Me encanta tu polla… me follas de maravilla… —Ryder ruge y cierra los ojos, intentando concentrarse.

—Monroe, joder… estoy intentando dar la talla, no me lo pongas tan difícil —pero para contraatacar, comienza a acariciarme el clítoris mientras me folla con fuerza y me susurra al oído— Estás tan mojada y con las mejillas tan sonrosadas que me pareces la visión más erótica del mundo.

Eso es suficiente. Anuncio que voy a correrme de nuevo. Ryder acelera el ritmo, y cuando nota que la cama empieza a sonar demasiado, me coge en brazos y termina de follarme contra la pared, uniendo nuestros labios para acallar los gemidos. Entonces me doy cuenta de que se ha estado conteniendo de verdad todo este tiempo, porque sus movimientos ahora son implacables. Estoy a punto de desmayarme del placer.

—¡Ryder! ¡Me corro! ¡Me corro!

—¡Sí, sí, vamos, nena, córrete conmigo!

Nos corremos a la vez de forma bestial. Mi segundo orgasmo es más intenso que el primero. Tiembla todo mi cuerpo, apretándolo con fuerza dentro de mí. Ryder gruñe contra mi boca, embiste hasta el fondo y se corre con violencia, temblando contra mí mientras me besa con desesperación. Nos quedamos pegados contra la pared, sudados, jadeando, todavía unidos. Ryder esconde la cara en mi cuello y me abraza con fuerza, como si no quisiera dejarme ir nunca.

—Joder, Ava… —susurra contra mi piel, con la voz rota—. Eres peligrosa.

Acto seguido se separa de mí, se quita el condón, le hace un nudo y lo guarda en el bolsillo de su sudadera que está tirada en el suelo. Luego nos tumbamos en mi cama, desnudos. Los dos respiramos todavía con dificultad, pero poco a poco las risas empiezan a salir. Risitas tontas, nerviosas, felices. Ryder me tiene abrazada contra su pecho, acariciándome la espalda con lentitud. Yo dibujo círculos invisibles sobre su piel tatuada.

—Este tiene el número tres de mi lista —dice de repente, con voz ronca y divertida—. Definitivamente —me río contra su pecho.

—¿Solo el tres? Qué decepción —Ryder se ríe también y me aprieta más contra él.

—Te dije que tenía que mejorar el ranking. Dame tiempo.

¿Eso significa que habrá más? La idea me anima demasiado, aunque no debería. No sé hasta dónde puedo llegar con Ryder Knox. Es todo muy complicado. Nos quedamos en silencio un rato, solo respirando. Pero entonces, sin que pueda evitarlo, las palabras de mi padre y mi hermano en la cena vuelven a mi cabeza. El bar. Las prostitutas. Las drogas. La imagen de Ryder entrando allí. Mi cuerpo se tensa sin querer. Ryder lo nota al instante. Levanta la cabeza y me mira.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondo demasiado rápido.

—Ava… —Su voz se suaviza—. Dímelo. Por favor. ¿Ha pasado algo? ¿Te sientes mal por lo que hemos hecho? —Lo miro a los ojos. Dudo. Pero al final respiro hondo y lo suelto.

—¿Tú sueles ir al bar de las afueras? Ese que… dicen que hay prostitutas y cosas peores.

—¿Por qué me preguntas eso? —Ryder se pone serio de inmediato. Se incorpora un poco, apoyándose en un codo, y me mira

con expresión defensiva.

—No quiero meterme donde no me llaman… pero mi hermano sacó el tema en la cena. Y me preguntaba… por qué irías tú a un sitio como ese.

Ryder suspira profundamente y se pasa una mano por la cara. Se queda callado unos segundos, mirando al techo. Cuando vuelve a hablar, su voz suena cansada.

—He tenido que ir alguna vez a buscar a mi padre. Cuando había problemas en casa y venían a buscarlo porque se metía en líos. No voy porque me guste el sitio. Solo… tengo que sacarlo de allí de vez en cuando. Sé que eso genera dudas sobre mí. Sé que mi palabra nunca va a ser suficiente para la gente de este pueblo. Pero esa es la verdad. No tengo por qué mentir.

Me quedo mirándolo. Su expresión es seria, casi resignada. Como si ya estuviera acostumbrado a que nadie le creyera.

—Yo te creo —digo en voz baja.

Ryder se queda quieto. Por un segundo veo algo en sus ojos: sorpresa, emoción, algo vulnerable que no suele mostrar. No dice nada. Solo asiente lentamente, como siempre hace. Luego se inclina y me da un beso largo en la frente.

—Bueno… creo que es momento de que me vaya y te deje descansar —susurra contra mi piel.

Se levanta y empieza a vestirse. Yo me quedo sentada en la cama, abrazándome las rodillas, sintiendo una punzada de culpa. ¿Lo habré estropeado? ¿Habré arruinado este momento tan bonito sacando esa conversación? Ryder se pone la camiseta y se acerca a la ventana. Antes de salir, se gira hacia mí.

—Buenas noches, Monroe.

Y desaparece bajando por el árbol. Me quedo sola en la habitación, con el corazón pesado. Me meto bajo las sábanas y apago la luz, pero no puedo dormir. Siento que acabo de estropear

algo hermoso. Entonces, mi móvil vibra sobre la mesita. Es un mensaje de **"Filosofía"**.

Filosofía: *Gracias por decir que me crees. Aunque no sé si es cierto, me ha gustado escucharlo por primera vez en mi vida, al menos de alguien que no sean mis amigos. Eres perfecta. Y ha sido una noche perfecta. Buenas noches, Monroe. Descansa.*

Leo el mensaje varias veces, con una sonrisa tonta creciendo en mi cara y los ojos llenos de lágrimas de alivio. Le respondo con dedos temblorosos.

Yo: *Lo dije de verdad. Te creo. Y la noche ha sido perfecta para mí también. Gracias por la visita. Buenas noches, Sócrates.*

Dejo el móvil sobre el pecho y cierro los ojos, sintiendo que, aunque todo es complicado y secreto, algo bonito está empezando a crecer entre nosotros. Pero no durará y eso me duele.

CAPÍTULO 28

DÍA DE CHICAS Y… DE MENSAJES

El domingo por la mañana mi móvil vibra sobre la mesita de noche. Es un grupo de chat nuevo con Selena y Jannet.

Selena: *Chicas, ¿habéis sabido algo de Kassy?*

Jannet: *Nada desde el viernes. Estoy preocupada de verdad.*

Selena: *Yo también. Creo que deberíamos hacer algo. Algo sorpresa.*

Jannet: *¿Como qué?*

Selena: *Ir a su casa. Su madre trabaja hoy, aunque sea domingo y Kassy tiene que cuidar a su padre. Llevamos de todo: maquillaje, esmaltes, mascarillas, ropa divertida, snacks… un día completo de chicas. La hacemos reír, nos disfrazamos, grabamos TikToks absurdos… lo que sea para que tenga un rato de luz.*

Leo el mensaje con una sonrisa triste. Kassy ha estado desaparecida desde la fiesta. Solo nos mandó un mensaje corto diciendo que necesitaba espacio. Sabemos que está mal, pero no sabemos hasta qué punto.

Yo: *Me apunto. ¿A qué hora?*

Quedamos en una hora. Salgo de casa con una mochila llena de cosas: esmaltes de todos los colores, mascarillas, diademas con orejas de gato, snacks y hasta una peluca rosa que Jannet me ha prestado. Cuando nos reunimos en la esquina, las tres parecemos un comando de chicas en misión de rescate emocional.

Es el padre de Kassy quien abre la puerta. Está mucho más delgado que hace unas semanas. Muchísimo más cansado también. Pero cuando nos ve a las cuatro ahí plantadas, su expresión cambia

inmediatamente. Sonríe. Y es una sonrisa preciosa. Una sonrisa que dice más cosas de las que cualquier palabra podría explicar.

—Hola, chicas.

—Venimos a secuestrar a su hija —dice Selena muy seria.

—Adelante —dice sonriente.

Kassy aparece unos segundos después y se queda completamente inmóvil.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta con voz ronca.

—Día de chicas obligatorio. No aceptamos un no por respuesta —dice Selena, levantando las bolsas con una sonrisa enorme. Kassy intenta protestar, pero Jannet ya está entrando con la mochila llena de snacks.

—Tu padre nos ha dado permiso. Así que a callar.

El padre de Kassy se queda mirándonos entrar como un torbellino de risas y bolsas, su cara se ilumina con una sonrisa cansada pero genuina. Esa sonrisa vale oro. Es lo más bonito que veo en todo el día.

Pasamos la mañana entera haciendo el loco. Le pintamos las uñas a Kassy de colores imposibles, le hacemos mil peinados absurdos, nos probamos ropa ridícula, grabamos TikToks donde bailamos fatal y nos ponemos mascarillas de pepino mientras comemos palomitas y chocolates. Por un rato, Kassy se olvida de todo. Se ríe de verdad. Nos reímos las cuatro como locas. Es uno de esos días que se sienten como medicina.

Por la tarde nos tiramos en el sofá del salón a ver una serie romántica. Kassy está en medio, con la cabeza apoyada en mi hombro. Su padre se ha dormido en el sillón y nosotras hablamos en susurros para no despertarlo. Saco el móvil discretamente y le escribo a Ryder.

Yo: *Hola, Dios del Sexo. Solo espero que tengas un buen domingo*.

La respuesta llega casi al instante.

Filosofía: *Mi domingo acaba de mejorar considerablemente.*

Siento una oleada de calor en el pecho. Sonrío como una tonta.

Yo: *¿Por qué?*

Filosofía: *Porque estoy haciendo un trío con una pelirroja y una morena muy caliente.*

Me quedo mirando la pantalla con la boca abierta. ¡Será cabrón! Siento un pinchazo de celos tan fuerte que tengo que dejar el móvil un momento. Las chicas me preguntan qué pasa y les digo que nada, que es mi hermano preguntando tonterías. Pero el móvil sigue vibrando. Gruño bajito y dejo el móvil boca abajo. Pero la curiosidad me mata. Lo cojo otra vez.

Filosofía: *Me falta la rubia. ¿Te apuntas, Monroe?*

Filosofía: *Es mentira. Estoy trabajando en el trabajo de Filosofía que tenemos que defender mañana. ¿Tú qué haces?*

Abro mucho los ojos. Joder. El trabajo. Lo había olvidado completamente.

—¡Mierda! —digo en voz alta. Las tres me miran inmediatamente.

—¿Qué pasa? —pregunta Selena.

—El trabajo de Filosofía. Se me había olvidado por completo que mañana tengo que presentar un trabajo con Ry… con un tipo de clase.

—¿Te vas?

Miro a Kassy y veo que al fin parece ella misma después de los días tan malos que llevará. Sé lo importante que son estos momentos en situaciones así. No pienso irme.

—No. Me quedo. Dormiré poco. Ya está.

Ryder vuelve a escribir.

Filosofía: *¿Qué estás haciendo ahora mismo?*

Sonrío y respondo con maldad.

Yo: *Pues estoy con un jugador de hockey con mucha responsabilidad afectiva y una sonrisa de infarto.*

Filosofía: *Un personaje de una serie de televisión no cuenta como ligue, Monroe.*

Me sorprendo tanto que casi se me cae el móvil.

Yo: *¿Cómo conoces tú Off Campus? ¿Y cómo sabes que hablaba de eso?*

Filosofía: *Soy muy observador. Y tampoco hace falta ser superdotado para saberlo, es de lo que todas las chicas hablan en el instituto últimamente. Además, te conozco bien a ti y sé que te van más los jugadores de fútbol americano.*

Sonrío como una idiota.

Yo: *Es cierto. Preséntame alguno. En tu equipo hay muchos.*

Ryder me responde con el emoticono del dedo corazón. Tengo que reprimir una risa fuerte para que las chicas no me pillen.

Yo: *No seas celoso.*

Ryder parece escribir y borrar varias veces. Al final llega su mensaje.

Filosofía: *No me provoques entonces, Monroe.*

La conversación se queda ahí. Dejo el móvil y me quedo mirando la pantalla de la tele sin verla realmente, preguntándome si Ryder ha sentido celos de verdad o solo estaba bromeando. Pero no puede ser, ¿verdad? Solo estamos bromeando.

CAPÍTULO 29

FILOSOFÍA Y DÓNUTS GLASEADOS

Llego al instituto corriendo, con el pelo todavía húmedo y el corazón latiéndome en la garganta. Anoche apenas dormí. Estuve gran parte de la noche haciendo el dichoso trabajo de Filosofía sobre "*Cómo la cultura Pop afecta en la forma en que vemos nuestra realidad".* Cuando por fin lo terminé, ya eran las cuatro de la mañana. Ryder me había estado escribiendo un rato por la noche, pero en cuanto le dije que estaba ocupada con el trabajo, dejó de hacerlo. No quería distraerme. Ese detalle pequeño me había hecho sonreír como una idiota en plena noche. Ahora pago las consecuencias. Llego tarde, sin desayunar y con ojeras que ni el corrector logra disimular. Mi estómago protesta justo cuando llego a mi taquilla.

Lo que no espero, por nada del mundo, es encontrar al abrirla una bolsita de papel perfectamente colocada encima de mis cosas. Me quedo inmóvil. Durante unos segundos solo la miro, como si fuera a moverse sola o a darme una explicación razonable sobre su presencia allí. La bolsa es pequeña, de color marrón claro, y tiene una nota doblada pegada con un trocito de cinta. La cojo despacio. En la nota solo hay tres palabras.

***Buenos días, Monroe**.*

Mi corazón hace una cosa ridícula. Abro la bolsa y el olor dulce me golpea antes incluso de ver lo que hay dentro. Un dónut glaseado. De los que compro algunos días antes de entrar al instituto cuando necesito azúcar, consuelo o una razón mínimamente sólida para no mandar el mundo a la mierda antes de las ocho de la mañana. Mi alimento favorito en el mundo.

Parpadeo. Luego vuelvo a mirar la nota. No puede ser. No puede ser Ryder. Él no sabe que me gustan los dónuts glaseados.

Nunca se lo he dicho. Nunca hemos hablado de comida favorita, ni de desayunos, ni de nada remotamente parecido. Durante años apenas nos hemos mirado en público. En el instituto siempre hemos fingido que no existíamos el uno para el otro. Pero mis amigas no me llaman Monroe. Monroe es más de Ryder. O también *"cosita"*…

Siento una sonrisa abrirse paso en mi cara, lenta, absurda e inevitable. Una parte de mí intenta advertirme que quizá hay otro chico en el instituto que también podría llamarme por mi apellido. Una parte muy racional, muy prudente y muy pesada insiste en que no debería ilusionarme tan rápido. Pero otra parte, la que lleva semanas empezando a obsesionarse con el vecino de enfrente, quiere creer que ha sido él con una intensidad casi dolorosa.

Así que cierro la taquilla, cojo el dónut y le doy un bocado antes de que la campana, el hambre o mi dignidad tengan tiempo de opinar. Está buenísimo. Bueno, como siempre. Pero hoy hasta me sabe más bueno que de costumbre.

Llego a Filosofía tarde, con el dónut ya prácticamente devorado y el corazón todavía demasiado alterado para una mañana de lunes. Abro la puerta con cuidado y todas las cabezas se giran hacia mí. Maravilloso. Justo lo que necesitaba.

—Perdón —digo, intentando recuperar algo de compostura El profesor Harris me observa por encima de sus gafas—. Me he retrasado.

—Buenos días, señorita Monroe. Nos alegra comprobar que ha decidido honrarnos con su presencia.

Algunas personas se ríen. Yo sonrío con una mezcla perfecta de vergüenza y resignación.

—Lo siento.

—Siéntese. Aún no hemos llegado a su exposición.

Camino hacia mi sitio y miro a Ryder. Está sentado en la mesa de siempre, con los brazos cruzados sobre el pupitre y esa cara de póquer que tan bien dominada tiene, como si no supiera

nunca nada de lo que pasa a su alrededor. Lo cual es mentira. Una mentira enorme. Una mentira con ojos azules, labios demasiado bonitos y un hoyuelo que aparece en cuanto intento sentarme sin mirarlo demasiado. Está conteniendo una sonrisa. Lo noto. Y no sé si es por el dónut y lo desconcertada que estoy o porque Harris me ha regañado delante de toda la clase y se lo está pasando de lo lindo con mi vergüenza.

Me siento a su lado, saco mis apuntes de la mochila y finjo que soy una estudiante responsable, madura y completamente centrada en la exposición de mis compañeros. Bueno, la verdad es que la clase de hoy es bastante interesante. Aunque el trabajo es por grupos, en realidad cada uno hemos elegido un enfoque personal sobre cómo la cultura pop actual trata ciertos temas de debate. Hoy solo tenemos que exponer nuestros puntos de vista personales y en la próxima clase tenemos que defender el punto de vista que hoy ha expuesto nuestro compañero. Yo no sé de qué tema ha elegido hablar Ryder, no me lo quiso decir anoche, así que yo tampoco le dije el mío en venganza. En pocos minutos lo descubriremos.

Durante los siguientes minutos, una chica habla sobre los referentes femeninos en las películas de acción y un chico intenta defender, con mucho entusiasmo y poca organización, que los superhéroes han reemplazado a los mitos clásicos. Yo debería estar escuchando. Debería tomar notas. Debería repasar mi parte del trabajo. En lugar de eso, miro a Ryder. Primero de reojo. Luego un poco más. Después directamente, intentando preguntarle con la mente *"¿Has sido tú?"* Él aguanta un par de minutos antes de inclinarse apenas hacia mí, sin apartar la vista del frente.

—Vas a hacerme un agujero en la cara si sigues mirándome así.

—Solo estoy pensando.

—¿En lo guapo que soy? —Aprieto los labios para no sonreír.

—Cállate.

—Pareces una psicópata mirándome tanto. ¿Estás bien?

—¿Has sido tú? —pregunto en un susurro.

—¿He sido yo qué? —Lo dice sin cambiar de expresión. Ni una sonrisa delatora. Nada. Qué desesperante.

—Me han dejado algo en la taquilla. Y una nota. ¿Has sido tú?

—¡Vaya! Tienes un admirador secreto, Monroe. Qué suerte.

—Ryder…

—Atenta a la clase —me corta con una sonrisa—. Pronto nos toca exponer.

—¿Has sido tú o no? —insisto, entrecerrando los ojos.

—Si tu admirador quiere mantener el misterio, deberías respetarlo.

—¡Eres un grano en el culo cuando te pones tan misterioso! Solo di sí o no…

Voy a insistir, pero en ese momento el profesor Harris da por terminada la exposición anterior y mira la lista que tiene sobre la mesa.

—Señor Knox, señorita Monroe. Su turno.

El corazón me da un golpe. Ryder se levanta con una calma insultante, recoge sus apuntes y me mira como si yo no estuviera al borde de un ataque de nervios por motivos académicos, alimenticios y románticos a la vez.

—Vamos, Monroe. Ya habrá tiempo de pensar en admiradores secretos. Necesitas una buena nota en Filosofía así que mantén a raya tus hormonas.

Lo fulmino con la mirada. Él sonríe. Maldito sea, qué bueno está cuando sonríe.

Nos colocamos frente a la clase. Ryder a mi lado, demasiado tranquilo y cómodo. A Ryder Knox todo le da igual y es admirable en cierta medida. Al principio, el trabajo sobre la cultura pop y los mensajes que transmiten las series, películas y fenómenos actuales me pareció una propuesta absurda, pero terminé enganchándome más de lo previsto. Quizá porque, al final, la cultura pop habla de nosotros incluso cuando finge hablar de mundos inventados. Y estoy deseando saber por dónde ha tirado Ryder Knox. ¿Sexo? ¿Drogas? ¿Vandalismo?

El profesor nos da permiso para empezar. Ryder mira sus apuntes un segundo y luego levanta la vista hacia la clase.

—Hola. Yo voy a hablar de responsabilidad afectiva en la ficción contemporánea.

Lo miro de golpe. Responsabilidad afectiva. ¿Off Campus? Me aguanto la risa, pero no puedo evitar recordar que ayer intenté darle celos con Garrett Graham. Ryder no me mira, pero el muy idiota inclina apenas la cabeza y me guiña un ojo de una forma tan disimulada que nadie más parece notarlo. A mí casi me mata.

—Creo que durante mucho tiempo nos han vendido ciertos comportamientos como románticos cuando en realidad son bastante cuestionables —empieza él, con una seguridad que hace que la clase se quede más callada de lo habitual—. La insistencia, los celos extremos, la falta de comunicación o la idea de que amar a alguien te da derecho a decidir por esa persona. En muchas películas y series, sobre todo en romances adolescentes, se presenta como pasión algo que en la vida real puede hacer mucho daño.

Me quedo mirándolo. No debería sorprenderme que hable bien. Ryder saca buenas notas. Ya lo sé. Lo he defendido delante de mi padre y de mi hermano. Pero verlo así, frente a toda la clase, con la voz firme y las ideas ordenadas, es otra cosa. Es como si de repente alguien hubiera encendido una luz distinta sobre él y todo el mundo estuviera obligado a mirar. Y lo hacen. Varias chicas de la clase lo observan con una atención que me resulta irritante. Una se

inclina hacia su amiga y murmura algo. Otra sonríe. Otra directamente parece haber descubierto a Ryder Knox por primera vez en su vida. Y lo peor es que las entiendo. Porque verlo hablar así es… injusto. Demasiado sexy.

—La responsabilidad afectiva no significa hacerse cargo de las emociones de otra persona como si fueran una obligación —continúa él—. Significa ser consciente de que nuestros actos tienen consecuencias en los demás. Significa no utilizar a alguien porque nos desea, no desaparecer sin explicación cuando sabemos que podemos hacer daño y no confundir intensidad con profundidad. La ficción no tiene por qué ser moralmente perfecta, pero sí debería hacernos pensar en qué clase de relaciones estamos idealizando.

Trago saliva. No puedo evitar soñar con que está hablando de nosotros. Y eso es precisamente lo que me pone nerviosa.

Ryder termina su parte con una tranquilidad impecable y entonces me toca hablar a mí. Tardo un segundo en reaccionar, porque una parte enorme de mi cerebro sigue atrapada en eso de "Ryder Knox sabe lo que es la responsabilidad afectiva de verdad" y en si el dónut glaseado cuenta como comunicación afectiva o como ataque directo a mi estabilidad emocional.

Carraspeo.

—Yo he querido centrar mi parte en la inclusión racial en las series actuales —empiezo, obligándome a mirar a la clase y no a Ryder—. Sobre todo, en cómo la cultura pop está ampliando los cánones de belleza y representación para los niños y adolescentes que crecen viendo esas historias.

Al principio mi voz sale un poco insegura, pero enseguida encuentro el ritmo. Hablo de series históricas que introducen diversidad racial, aunque estén inspiradas en épocas donde esa inclusión no habría existido de la misma manera. Hablo de cómo la ficción no siempre tiene que ser una reproducción exacta del pasado si su intención es construir un lenguaje emocional para el presente. Hablo de niñas que pueden verse como princesas, aristócratas,

protagonistas románticas o heroínas sin que su color de piel las coloque siempre en el margen de la historia. Y cuanto más hablo, más segura me siento. Porque esto sí me importa. Me importa mucho. Selena es mulata y me ha contado muchas cosas que sufrió su madre de pequeña. Kassy es de origen latino y también sé que ella ha sufrido alguna discriminación en la vida.

—Sé que hay personas que critican estas decisiones diciendo que no son históricamente precisas —continúo—, pero creo que también deberíamos preguntarnos por qué nos molesta tanto ver belleza, poder o deseo representados en cuerpos que durante demasiado tiempo fueron excluidos de ese lugar. La ficción no solo refleja el mundo. También enseña qué mundos somos capaces de imaginar y de construir.

Cuando termino, el profesor Harris asiente lentamente, como si estuviera bastante satisfecho, y algunas personas aplauden con suavidad. Ryder me mira de reojo y, aunque no sonríe del todo, su expresión consigue que el pecho se me caliente un poco.

El profesor se levanta y empieza a hacer su comentario sobre nuestra exposición. Dice que ambos hemos elegido enfoques distintos pero complementarios, que Ryder ha trabajado muy bien la parte ética de los vínculos en la ficción y que mi análisis sobre representación abre un debate interesante sobre la relación entre fidelidad histórica e impacto social. Yo debería estar escuchando con atención, porque es una valoración importante. Pero entonces veo los apuntes de Ryder. Están sobre la mesa del profesor, donde él los ha dejado al terminar. Y veo su letra. Inclino un poco la cabeza. Frunzo el ceño. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saco la nota de esta mañana, la que he guardado sin pensarlo demasiado.

Buenos días, Monroe.

La miro. Luego miro los apuntes de Ryder. Después vuelvo a mirar la nota. ¡Es la misma letra!

—¡Has sido tú! —grito sin pensar.

El aula entera se queda en silencio. El profesor deja de hablar. Todos me miran. Absolutamente todos. Mierda. Ryder también me mira. Durante medio segundo parece sorprendido. Solo medio. Después estalla en una carcajada. Una carcajada real, abierta, imposible de contener.

—Perdonadla —dice, todavía riéndose—. A veces tiene cortocircuitos.

La clase se ríe. Yo me pongo roja hasta las orejas. Ryder se acerca, me coge de la mano con una naturalidad peligrosa y tira de mí suavemente para llevarme de vuelta a nuestros asientos. Mi cerebro tarda dos segundos en procesar que me está tocando delante de todo el mundo, aunque quizá el gesto sea tan rápido y casual que nadie le dé demasiada importancia. Yo sí. Yo le doy muchísima.

—¿Cómo sabías que el dónut glaseado es mi comida favorita? —susurro mientras caminamos. Ryder me mira de reojo. La sonrisa sigue ahí. El maldito hoyuelo también.

—Atiende a clase, Monroe.

—Ryder.

—Te van a poner mala nota por distraerte.

—¡Tú me distraes!

—Qué mal te sienta el azúcar, Monroe. La próxima vez te dejaré una empanada de atún —bromea y hace que sonría al fin abiertamente.

—¿Cómo lo sabías? —insisto, porque mi curiosidad es demasiado grande.

Él sacude la cabeza, todavía riéndose por lo bajo, y vuelve a sentarse a mi lado como si no acabara de dejarme un dónut en la taquilla, hacer una exposición impecable sobre responsabilidad afectiva y cogerme de la mano como si todo eso no le hiciera vivir

gratis en mi cabeza durante el resto del día, puede que incluso durante el resto de mi vida.

Lo odio. Lo odio muchísimo. Knox no puede ser mono. Simplemente no puede hacerme esto. ¡Joder, tengo prohibido acercarme a él y esto solo iba a ser una aventura que me ayudaría a tener un poco de experiencia con los hombres y nada más! Esto no estaba en mis planes. Nada de esto. Ryder Knox solo iba a ser una historia secreta. Una manera de dejar de tenerle miedo a la vida. No esta sensación absurda de ilusión porque un chico sepa cuál es mi desayuno favorito. Pero mientras el profesor continúa hablando y yo intento fingir que no estoy al borde de sonreír como una idiota, deslizo la nota dentro de mi cuaderno y la guardo entre las páginas de Filosofía.

Buenos días, Monroe.

No sé cómo lo sabía. No sé desde cuándo lo sabía. Pero la idea de que Ryder Knox se haya fijado en algo tan pequeño como mi dónut favorito hace que me resulte un poco más difícil seguir fingiendo que esto no empieza a importarme demasiado.

CAPÍTULO 30

ESTRENAMIENTOS Y DISTRACCIONES

Es martes. La noche anterior me quedé dormida sin darme cuenta bastante pronto. Ni siquiera recuerdo en qué momento dejé el móvil sobre la mesita de noche. Solo recuerdo el cansancio cayendo sobre mí de golpe después de un fin de semana y un lunes demasiado intensos. No pude asomarme a la ventana ni hablar con Ryder. El cansancio acumulado de la noche del sábado y del domingo me venció. Cuando desperté esta mañana, me sentí rara. Como si hubiera perdido una oportunidad de verlo, aunque solo fuera a través del cristal.

Ahora, mientras camino por los pasillos con Selena y Jannet, veo a Kassy al fondo. Está más delgada, con ojeras, pero al menos está aquí. Eso me consuela un poco.

—Kassy ha vuelto —digo en voz baja. Selena asiente.

—Parece que solo viene cuando tiene entrenamiento. Pobre…

Decido que después de las clases me pasaré por el entrenamiento de fútbol americano. Con la excusa perfecta: quiero ver a Kassy. Nadie tiene por qué saber que, en realidad, quiero ver a Ryder.

Estamos hablando las cuatro cuando, al girar una esquina, nos cruzamos precisamente con Ryder y su amigo Nick. Los dos llevan la mochila colgada de un hombro y vienen hablando de algo que parece divertirles bastante. Mi corazón da el ya habitual saltito ridículo. Y, antes de pensarlo demasiado, hago algo completamente nuevo. Lo saludo.

—Knox.

Él levanta la cabeza inmediatamente. Sus ojos azules encuentran los míos. Y durante un instante parece sorprenderse. Después aparece esa pequeña sonrisa.

—Monroe.

Nada más. Pero, Dios mío. Qué barbaridad de efecto puede tener mi apellido en los labios de ese chico. Nick parece dispuesto a detenerse para empezar a bromear con nosotras, pero Kassy, de repente, tira de mi brazo y me arrastra hacia delante.

—Venga, vamos.

—¿Qué prisa tienes? —pregunto frunciendo el ceño.

—Kassy, relájate. Solo es un saludo —resopla Selena.

—¿Desde cuándo os saludáis? —Kassy mira hacia atrás y luego vuelve a mirarme.

—Desde hoy, supongo —digo encogiéndome de hombros.

—Es un poco raro.

—Tampoco es para tanto —apunta Selena poniendo los ojos en blanco.

—Sí, relájate, Kass —añado—. Knox no es como todo el mundo piensa.

Ella me mira unos segundos.

—¿Y qué sabes tú de él?

—Tenemos un trabajo juntos en Filosofía.

—Eso no significa nada.

—No, pero sí significa que he podido conocerlo un poco más. De verdad, Kass, hay que dejar de escuchar lo que dicen los demás y empezar a tener criterio propio.

Ella no responde. Simplemente parece meditar mis palabras. Luego suspira.

—Puede ser.

Y, unos segundos después, nos separamos porque cada una tiene una clase distinta.

Toda la mañana pasa lenta. Demasiado lenta. Y, cuando por fin llega la hora de los entrenamientos, me dirijo hacia el campo intentando fingir que estoy allí única y exclusivamente por Kassy.

Fracaso estrepitosamente. Porque lo primero que veo al llegar es a Ryder. Está corriendo junto al resto del equipo, sin camiseta, con el pelo ligeramente húmedo por el sudor y la respiración acompasada. Sus músculos se tensan cada vez que acelera y el número 09 aparece estampado en sus pantalones deportivos. Levanta la cabeza. Me ve. Y se detiene durante una fracción de segundo.

Pero yo ya lo conozco un poco. Y sé que se ha sorprendido. Aunque, como siempre, recupera la compostura enseguida. Como siempre, hace como si nada le afectara. Pero esta vez voy a jugar a su juego. Veamos si le afecta tan poco.

Me apoyo sobre la barandilla, coloco la barbilla sobre una mano y lo observo descaradamente. Sin vergüenza ninguna. Y la recompensa es maravillosa. Porque Ryder empieza a mirarme constantemente. Por el rabillo del ojo, pero lo veo mirarme. O quizá sea imaginación mía. No lo sé. Solo sé que, por una vez, parece un poco menos imperturbable de lo habitual y eso, de una forma completamente inmadura, me resulta tremendamente satisfactorio. Y, por primera vez desde que lo conozco, parece ligeramente nervioso. Sonrío para mis adentros. Qué gusto da devolverle un poco de su propia medicina.

Kassy está ensayando una pirueta cuando me descubre.

—¡AVA MONROE!

Todo el mundo gira la cabeza.

—¿Qué? —respondo tranquilamente.

—¡Deja de mirar tanto!

Levanto una ceja.

—¿Mirar qué?

—¡Ya sabes qué!

Me hago la inocente y me encojo de hombros.

—Hay muy buen material en el equipo masculino de fútbol americano. No es mi culpa.

Las animadoras empiezan a reírse. Incluso algunas se unen a la observación.

—¡No es verdad…! —Kassy abre la boca para protestar, pero no le da tiempo porque Nick aparece a su lado, la coge por detrás y se la carga sobre un hombro— ¡NICK! ¡QUÉ COJONES HACES! ¡SUÉLTAME!

—No.

—¡BÁJAME AHORA MISMO!

—No.

—¡NICHOLAS!

—Uy, me ha llamado por mi nombre completo. Está enfadada de verdad.

Kassy empieza a patalear como una posesa. El entrenador los mira.

—¿Qué demonios estás haciendo, Nick?

Nick responde sin detenerse.

—Las animadoras están para animar, no para desanimar. Esta no nos sirve.

Todo el mundo estalla en carcajadas. Yo incluida. Incluso Ryder se ríe. Nick desaparece hacia los vestuarios mientras Kassy sigue gritando que lo va a matar. Un par de minutos después

reaparece con una sonrisa enorme en la cara y se reincorpora al entrenamiento. Y Kassy vuelve poco después. Despeinada y con mala cara. Además de con unas ganas enormes de asesinar a alguien. Pero no protesta más. Simplemente continúa con el ensayo.

Cuando todo termina, la sigo hasta los vestuarios femeninos.

—¿Estás bien?

—Sí —dice suspirando.

—¿Seguro?

—Sí, Ava. Ya estoy acostumbrada al absurdo de Nick.

No parece enfadada. Pero tampoco parece bien. Hay algo raro en ella. Algo que lleva días acompañándola y no consigo descifrar qué es. Aun así, no insisto. Está demasiado irascible últimamente.

—Lo siento, pero me tengo que ir.

—¿Tan rápido?

—Sí. Tengo planes y no puedo llegar tarde.

—Vale.

—Nos vemos mañana.

—Nos vemos.

La observo alejarse y me quedo pensativa durante unos segundos. Pero no tengo tiempo de pensar mucho más. Porque una mano aparece de repente, me agarra de la cintura y me arrastra hacia una esquina apartada del interior del edificio. Y antes de que pueda reaccionar, unos labios ya están sobre los míos.

Ryder. Sonrío inmediatamente. Y respondo al beso. Él me aprieta contra la pared y me besa con desesperación.

—No puedes hacerme esto —murmura entre beso y beso.

—¿El qué?

—Desconcentrarme de esa manera —vuelve a besarme —. Sobre todo cuando no he podido besarte desde el sábado.

Me río contra su boca.

—Ten cuidado, Knox.

—¿Con qué?

—Vas a parecer un chico malote que se está pillando de la virgen del instituto.

Él apoya la frente sobre la mía. Respira agitado y me mira con esos ojos azules que cada vez me desarman más.

—Ya no eres la virgen del instituto —dice y sonrío.

—Pero nadie sabe eso.

—Oh, créeme. Yo sí lo sé —susurra con una sonrisa pícara que me desarma.

Y vuelve a besarme. Y madre mía. Qué problema tan grande es este chico y sus besos. Esos labios son capaces de que olvides hasta tu nombre. Cuando se separa, nuestros labios todavía se rozan.

—¿Podré verte esta noche, cosita? —Asiento inmediatamente. Y eso lo hace sonreír— Estupendo.

Me da un último beso rápido y se aleja caminando hacia el campo con una sonrisa enorme en la cara. Y yo me quedo allí plantada, con los labios hormigueándome y pensando que quizá, solo quizá, Ryder Knox empieza a parecerse peligrosamente a una costumbre.

Y eso sí que da miedo.

CAPÍTULO 31

QUÉDATE

La cena con mi padre transcurre con normalidad. Papá termina su plato y se limpia la boca con la servilleta antes de levantarse de la mesa.

—Creo que me voy a la cama —comenta y levanto la cabeza inmediatamente.

—¿Tan pronto? ¿Te encuentras bien? —Él sonríe.

—Sí, tranquila. He quedado a las cinco de la mañana con un amigo para ir a pescar.

—¿A las cinco?

—Sí. La edad, supongo. Antes salíamos de fiesta y ahora perseguimos peces —añade y me río.

—Qué deprimente.

—Ya te llegará.

—Ni de broma me pienso levantar yo alguna vez a esas horas por unos peces. ¿Qué pasa, que a las diez ya no hay peces?

Él niega con la cabeza divertido, recoge su plato y se dirige hacia las escaleras.

—Buenas noches, Ava. Te veo ya mañana en el almuerzo.

—Buenas noches, papá.

Escucho cómo se cierra la puerta de su habitación y, de repente, la casa queda en silencio. mi corazón empieza a acelerarse. Esta noche he quedado con Ryder. Subo a mi cuarto y abro el armario. Saco tres camisetas, dos pantalones cortos y un vestido sencillo antes de decidirme por este último. Madre mía. ¿Desde cuándo elijo ropa para ir a ver a un chico a las diez y media de la

noche de un martes? Bueno. Desde hace unas semanas. Y la verdad es que no me disgusta demasiado la idea de ponerme guapa para él, aunque sepa que la ropa me va a durar puesta treinta segundos.

Termino de arreglarme y me acerco a la ventana. Ryder está en su habitación. Va de un lado a otro, como si estuviera haciendo algo. Y, justo entonces, levanta la cabeza. Me ve, sonríe y me hace un gesto con la mano para que vaya. Solo con eso y mi estómago da una voltereta.

Respiro hondo, salgo de mi habitación y bajo las escaleras intentando no hacer el más mínimo ruido. Me siento una delincuente. Una fugitiva adolescente. Y, sinceramente, me encanta esta sensación de adrenalina corriéndome por las venas.

Abro la puerta principal con muchísimo cuidado y salgo al exterior. Miro a ambos lados de la calle. Todo está en silencio. Cruzo rápidamente y me meto en el callejón lateral de la casa de Ryder. Subo las escaleras. Y entro por la ventana. Ryder está esperando con los brazos cruzados y una expresión divertida.

—Buenas noches, Monroe.

No me da tiempo a responder. Porque ya está delante de mí. Y me besa. Y, Dios mío. ¿Cómo he podido echar tanto de menos a alguien en tan pocas horas? Es un beso desesperado, hambriento. Sus manos me agarran la cara, mi cintura, mi pelo. Yo respondo con la misma urgencia, aferrándome a su camiseta.

—Joder, ya no aguantaba más… —gruñe contra mi boca, bajando las manos por mi cuerpo.

Me quita el vestido de un tirón. Yo le bajo los pantalones y la ropa interior. La ropa cae al suelo sin orden. Cuando estamos completamente desnudos, Ryder me coge en brazos y me tira sobre la cama. Se coloca encima de mí y me besa con fuerza, bajando por mi cuello, mis pechos, mordiendo y chupando mis pezones hasta que gimo y me arqueo. Sus dedos bajan entre mis piernas y me encuentran empapada.

—¿Ya estás tan lista, cosita? —susurra.

Y, sin dejar de mirarme agarra un condón que ya estaba preparado sobre su mesita de noche, se lo coloca, dejándome con la boca seca al ver el tamaño de sus ganas por mí, se vuelve a colocar entre mis piernas y entra en mí de una sola embestida profunda. Gimo fuerte. Él gruñe y empieza a moverse. Primero con ritmo controlado, profundo, mirándome a los ojos. Luego va ganando fuerza. Le araño la espalda y agarro sus nalgas para meterlo más dentro.

—Más… más fuerte… —suplico.

Ryder acelera. Me folla con más contundencia, sujetándome las caderas. Sus embestidas son profundas y rápidas. Me dice cosas al oído que me vuelven loca.

—Qué bien se está aquí dentro, Monroe. Me vas a matar de tanto placer —dice entre gemidos.

Oh, sí. Definitivamente me estaba perdiendo una experiencia insuperable. No hay nada más placentero que un chico guapo y sexy y bien dotado te folle como si fueras una diosa para él. Y la verdad, nunca me he alegrado tanto como ahora de que haya tenido que esperar y al final Ryder Knox haya sido mi primera experiencia sexual plena. He escuchado los relatos de Selena y Kassy de sus primeras veces y han sido desastrosas, bien porque el chico no tenía ni idea de lo que se hacía, o bien porque solo iba pensando en su placer personal y no el de ellas. Pero Ryder me da justo lo que necesito y con la intensidad que requiero. Ahora ya no tiene que tener tanto cuidado como el primer día. Ni siquiera la segunda vez que nos vimos fue tan contundente. Hoy se está dejando llevar de verdad y dios… esto es el cielo.

El primer orgasmo me golpea de repente. Me corro con fuerza, temblando debajo de él, clavándole las uñas en la espalda. Ryder gruñe, para un segundo, haciendo un esfuerzo visible para no correrse, y luego sigue follándome. Me da la vuelta y me pone encima de él.

—Ahora tú —dice con voz ronca, mirándome con deseo—. Quiero verte montarme, Monroe.

Me muerdo el labio y me bajo lentamente sobre su polla. Ambos gemimos cuando lo siento entrar hasta el fondo. Comienzo a moverme, primero despacio, luego más rápido, buscando mi propio placer. Ryder me agarra las caderas, ayudándome, mirándome y pareciera que lo hace como si fuera lo más bonito que ha visto nunca.

—Joder, Ava… así… muévete así…

Me inclino hacia delante, apoyo las manos en su pecho y cabalgo con más fuerza. Ryder gime debajo de mí, sus manos suben a mis pechos, pellizcando mis pezones. El placer sube otra vez, más intenso.

—Estoy cerca… —gimo.

—Córrete, cosita… córrete encima de mí.

El segundo orgasmo me golpea con brutalidad. Me corro con fuerza, temblando, apretándolo dentro de mí. Ryder gruñe, pero se contiene. Me agarra con fuerza y me da la vuelta y me pone a cuatro patas. Me folla duro desde atrás. Sus embestidas son profundas y contundentes. Me agarra del pelo con suavidad y me susurra al oído.

—Eres adictiva, Monroe. No soy capaz de cansarme de ti. Quiero follarte todas las noches… quiero deshacerme dentro de ti…

Yo gimo y respondo entre jadeos.

—Yo tampoco… no puedo cansarme de ti… Ryder… me encanta cómo me follas…

Eso lo desata. Acelera el ritmo, follándome más fuerte. La cama golpea contra la pared. Me acaricia el clítoris mientras me penetra.

—Dámelo otra vez, cosita. Por favor, córrete conmigo.

El tercer orgasmo llega como una ola gigantesca. Grito contra la almohada y me corro con espasmos fuertes. Ryder gruñe con fuerza, acelera el ritmo y se corre al mismo tiempo, hundiéndose hasta el fondo con un gemido ronco y profundo, temblando contra mi espalda mientras se vacía completamente. Caemos exhaustos sobre la cama. Ryder se quita el condón, le hace un nudo y lo tira al suelo. Luego me abraza por detrás besándome el hombro y la nuca con ternura.

—Joder, Ava… —susurra, con la voz rota— ha sido brutal.

Me giro entre sus brazos y lo beso con ternura. Nos quedamos así, piel contra piel, respirando juntos. Ryder me mira a los ojos durante un largo rato, como si quisiera decir algo.

—Quédate a dormir conmigo esta noche —susurra finalmente y lo miro sorprendida.

—Vale. La verdad es que hoy puedo. Mi padre se va temprano a pescar… no se enterará.

Ryder sonríe y me besa con más intensidad, como si mis palabras le hubieran dado nueva energía.

—Estupendo —murmura y vuelve a besarme.

Nos quedamos tumbados en la cama, todavía abrazados. Mi cabeza descansa sobre su pecho y una de sus manos juega distraídamente con un mechón de mi pelo. La habitación está prácticamente a oscuras y, por algún motivo, el silencio entre nosotros ya no resulta incómodo. De hecho, cada vez me gusta más. Ryder es quien rompe el silencio de repente.

—Por cierto… me has saludado hoy en el instituto.

Levanto la cabeza y lo miro.

—¿Y?

—Nada. Me ha sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No puedo saludar a mi vecino favorito? —bromeo y él suelta una pequeña risa.

—Claro que puedes.

—Entonces ya está.

—¿Ya no tienes miedo de que te vean conmigo?

La pregunta me pilla desprevenida. Sobre todo porque no la hace enfadado. Ni dolido. Ni siquiera parece reprochármelo. Simplemente… quiere saberlo. Me incorporo un poco y me apoyo sobre un codo para mirarlo.

—No me importa que me vean contigo —hago una pequeña pausa—. Siempre y cuando no se lo digan a mi padre —la sonrisa desaparece de sus labios ante mi aclaración.

—Entiendo —murmura y se queda mirando al techo durante unos segundos—. Tu padre nunca va a querer que me acerque a ti, ¿verdad?

La pregunta se queda suspendida en el aire. Y no sé qué responder. Porque la respuesta es muy sencilla. No. No va a querer. Y eso me duele más de lo que esperaba.

—Ryder… —me acerco un poco más a él— Yo sí confío en ti. —Él gira la cabeza y me mira—. No me creo las cosas que dicen. Tú no eres como la gente dice.

Sus ojos azules permanecen clavados en los míos unos segundos.

—¿Y cómo soy? —pregunta con voz temblorosa y sonrío un poco.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Claro. Me gustaría verme a través de tus ojos.

—Pues eres atento —empiezo a contar con los dedos— Respetuoso. Divertido cuando quieres serlo. Muy observador. Tienes detalles preciosos con la gente que te importa. Y sabes lo que es la

responsabilidad afectiva —Ryder suelta una carcajada con esto último.

—Eso ha sido solo un trabajo de Filosofía, Monroe. Estaba haciendo un papel —comenta y pongo los ojos en blanco.

—¿Ah, sí? Pues lo del dónut no era parte del trabajo. —se queda callado—. Ni tampoco todos los demás detalles que has tenido conmigo. Me salvaste en el tejado, me trajiste a dormir a tu casa para cuidar de mí. Has tenido mucho cuidado conmigo siempre, Ryder.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Y, Dios mío. Qué incómodo es cuando alguien empieza a verte de verdad. Trago saliva.

—Ryder…

—¿Mm?

—Esto, lo nuestro, no va a durar. Así que no tenemos por qué complicarlo ni hacer caso de lo que digan los demás porque nadie va a entender esto como nosotros. Yo no pienso oír nada de lo que tengan que decir malo de ti. Podemos disfrutar de esto. Del tiempo que dure. Porque luego llegará la universidad y seguramente nos iremos lejos y… —me encojo de hombros— Y ya está.

Él no responde enseguida. Simplemente me observa.

—¿A qué universidad piensas ir?

—No lo tengo decidido del todo. Mi primera opción era California —le informo y él levanta las cejas.

—Eso está lejos.

—Muchísimo. Y creo que demasiado lejos de mi padre. Así que probablemente me vaya a Boston. No quiero dejarlo tan solo.

Ryder se incorpora un poco.

—Entonces… ¿esto, lo nuestro, es una historia de verano? —La pregunta me hace sonreír.

—¿Quieres que dure todo el verano? ¿Tú? ¿Ryder Knox? ¿El picaflor del pueblo?

Me observa unos segundos. Luego aparece esa sonrisa pequeña. La que nunca enseña a todo el mundo. La que ya empiezo a reconocer como algo especial.

—¿Qué ha pasado con eso de que no ibas a creerte todo lo que dicen de mí, Monroe? —susurra con sonrisa pícara, como si me hubiera pillado.

—Tampoco pienses que creo que eres un santo, Knox. He sido testigo de tus poderes de seducción en The Ruins muchas veces —me defiendo. Se acerca y me aparta un mechón de pelo.

—Ninguna de esas chicas me ha visto como tú. Y tampoco gimen también como tú. Todavía queda mucho por saborear de ti, cosita —susurra en mis labios.

Y, antes de que pueda contestar, me besa y me hace perder el hilo de todo pensamiento. Porque Ryder Knox tiene una habilidad extraordinaria. La de terminar las conversaciones justo antes de que se vuelvan demasiado peligrosas.

CAPÍTULO 32

CREO QUE TE QUIERO

Es jueves y llevo toda la cena mirando el reloj más veces de las que una persona normal debería mirar un reloj. Papá se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Porque los padres tienen una extraña habilidad para detectar cuándo sus hijos están comportándose de una manera sospechosa.

—¿Tienes algún examen mañana? —pregunta mientras corta un trozo de tortilla.

—¿Qué? —parpadeo.

—Que estás muy distraída.

—Ah… no. Es que estoy cansada.

—Pues tienes buena cara para estar cansada —levanto la vista inmediatamente.

—¿Eso qué significa?

—Que últimamente sonríes más —dice sonriente.

Dios. Mierda, mierda, mierda. ¿Se me nota tanto? Intento disimular mientras bebo un poco de agua.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes —papá suelta una pequeña risa y niega con la cabeza—. Me alegro, sea lo que sea. O quien sea. Es normal a tu edad, Ava. Me preguntaba cuándo sería la primera vez que vería a mi hija enamorada y cómo de terrorífico sería. Pero la verdad es que me gusta cómo te sienta esa sonrisa. Y ya tienes dieciocho, mi amor. Y eres una chica preciosa que merece un amor precioso de esos de los libros que tanto te gusta leer.

Y, por algún motivo, esa frase me enternece y me hace sentir culpable a partes iguales. Porque él no sabe nada. No sabe que llevo semanas escapándome de casa. No sabe que me paso algunas noches al otro lado de la calle. No sabe que me estoy enamorando peligrosamente del único chico que tiene prohibido que me acerque. Y, aun así, se alegra de verme feliz.

Un rato después deja los cubiertos sobre el plato.

—Bueno, me voy a dormir ya.

—¿Otra vez vas a madrugar mañana?

—Sí. He quedado a las cinco con un amigo para ir a pescar. Ya se está convirtiendo en un ritual los martes y jueves.

—Papá, levantarse tan temprano es de psicópatas —bromeo y se ríe.

—Ya lo entenderás cuando tengas mi edad.

—Si a los cuarenta y tantos me levanto a las cinco para perseguir peces, espero que alguien me lleve a terapia.

—Buenas noches, dramática.

—Buenas noches, Popeye.

Lo veo subir las escaleras y espero hasta escuchar la puerta de su habitación cerrarse. Entonces la sonrisa aparece sola. Porque, aunque me avergüence reconocerlo, llevo toda la tarde esperando este momento. Subo a mi habitación sonriendo. Y sí. Lo admito. Estoy nerviosa. Porque esta noche voy a ver a Ryder.

Abro el armario y saco varias prendas. Me pruebo una. La descarto. Me pruebo otra. La vuelvo a dejar en su sitio. Cojo el móvil. Nuestra conversación sigue abierta.

Filosofía: *Quiero verte.*

Yo: *Qué casualidad. Yo también.*

Filosofía: *Muchísimo.*

Yo: *No exageres.*

Filosofía: *No estoy exagerando.*

Sonrío sola. Dios. Esto empieza a parecerse peligrosamente a una relación. Y, aun así, no quiero frenar.

Me acerco a la ventana. Entonces, de repente, todo se vuelve un caos. Veo una sirena de policía a lo lejos entrar en nuestra calle. Después otra. Dos coches de policía aparcan justo delante de la casa de Ryder. El corazón se me detiene. Veo cómo llaman a la puerta de la casa de los Knox. Ryder aparece segundos después y habla con ellos. No entiendo qué está pasando. Entonces dos de los policías entran dentro y, unos segundos después, sacan a su padre esposado. Ryder intenta acercarse.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué os lo lleváis?

—Tranquilo, chico —le dice uno de los policías apartándolo.

—¡Pero, qué ha pasado!

El padre de Ryder ni siquiera lo mira. Simplemente baja la cabeza y desaparece dentro del coche. Y, de un momento a otro, Ryder se queda solo. Completamente solo. Porque Ryder no tiene a nadie más. Su hermano vive en otro pueblo, bastante lejos de aquí, y su madre lo abandonó cuando era muy pequeño. Toda su familia está en Irlanda. Siento un nudo enorme en la garganta. Escucho la voz de mi padre desde abajo.

—Sabía que algún día se lo llevarían.

No digo nada. Porque ahora mismo lo único que quiero es que se vaya a dormir. Y lo hace pronto, menos mal.

Una hora después, la casa está en silencio. Y yo ya estoy cruzando la calle. Subo la escalera lateral de la casa de Ryder, entro por la ventana y me lo encuentro sentado en la cama, con los codos apoyados sobre las rodillas, las manos enterradas en el pelo y respirando despacio. Como si estuviera intentando no derrumbarse.

Levanta la cabeza cuando me escucha entrar. Y dios, nunca lo había visto tan perdido.

—Ava… —su voz sale cansada— ¡Ey! Sé que te había dicho que vinieras, pero… hoy no es un buen momento —me quedo quieta. Él se frota la cara—. No voy a ser una buena compañía —hace una pequeña pausa—. Entenderé si prefieres irte.

No le hago caso. Simplemente cierro la ventana y me acerco a él. Ryder parece confundido. Y entonces lo abrazo. Todo su cuerpo se tensa. Por completo. Como si no supiera qué hacer. Como si no estuviera acostumbrado a un gesto así. Y probablemente no lo esté.

—No estás solo —susurro y lo noto tragar saliva.

—Ava…

—Voy a quedarme aquí —apoyo la cabeza en su hombro— Y si quieres hablar, te escucho. Y si no quieres hablar de nada, también me quedaré, aunque sea en silencio.

Él no responde. Pero tampoco se aparta. Sé que está bloqueado y no sabe qué hacer. No quiere que lo vea vulnerable, pero tampoco que lo deje solo. Después de unos segundos me aparto y le sonrío.

—¿Quieres que hagamos algo de cenar? —Él me mira evaluando si estoy hablando en serio o no.

—No creo que encontremos mucho en la cocina —responde finalmente haciendo una mueca de vergüenza.

—Vamos a comprobarlo —digo cogiéndole de la mano y lo arrastro escaleras abajo—. Además, todavía no conozco tu casa. Solo conozco tu cama, picaflor.

Y eso consigue algo maravilloso. Una sonrisa aparece en su precioso rostro. Pequeñita, pero real.

La cocina es sencilla. Demasiado sencilla. Encuentro pasta, atún y salsa de tomate. Y empezamos a cocinar. Bueno. Yo cocino. Y él me mira con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Por qué me miras tanto?

—Porque nunca había visto a nadie tan contenta haciendo pasta con atún.

—Porque tú nunca has conocido a una chica con gustos refinados —bromeo y él se ríe.

—Eso debe ser.

Cenamos sentados en la encimera. Y, después de un rato, Ryder habla.

—No entiendo cómo no has salido corriendo ya.

—¿Cómo? —pregunto levantando la vista y encontrándome unos tristes ojos azules preciosos que me evalúan con miedo.

—Todo esto —señala la casa y a sí mismo— Todo el mundo huye —dice y me acerco a él y le cojo de la mano.

—No pienso irme a ningún sitio, Ryder. Al menos no si tú no quieres que me vaya —Le aseguro. Él se queda inmóvil. Y, de repente, algo cambia en sus ojos.

—No me digas esas cosas, Ava.

—¿Por qué?

—Porque cometes el error de que puedo llegar a creerte —traga saliva—. Y nadie se ha quedado conmigo para siempre —se ríe, pero le tiembla la voz—. Fíjate, ni siquiera mi padre, que creí que nunca se iría de mi lado.

Entonces lo abrazo otra vez. Y noto cómo su cuerpo empieza a temblar. No llora. Pero sí se rompe un poquito. Y, por algún motivo, eso me parte el corazón.

—Yo sí me voy a quedar contigo —le acaricio el pelo—. Siempre que tú me dejes —prometo y él suspira.

—Mi padre no siempre fue así —lo escucho en silencio— Cuando mi madre se fue… él intentó seguir adelante. Quiso hacerse cargo de Connor y de mí. Pero dejó de ser la persona que era —mira

al suelo—. No lo justifico. Cada uno toma sus propias decisiones. Pero sí sé que me quiere —hace una pequeña pausa—. Lo que sí le reprocho es que sus errores me salpiquen a mí. Que cada vez que él hace algo, sea yo el que tenga que cargar con las consecuencias. Que todo el mundo me señale a mí cada vez que él la caga. Aun así… él ha estado siempre a mi lado y yo no lo quiero abandonar.

Lo miro. Y sonrío.

—Por estas cosas, Ryder Knox, eres una de las mejores personas que he conocido. Y uno de los mejores descubrimientos que he tenido.

Ryder me mira. Durante unos segundos parece que va a decir algo. Pero las palabras se le quedan atascadas y luchan por salir de su mirada. Hasta que…

—Joder, te quiero, Ava —suelta y parece que lo dice sin querer. Los dos nos quedamos quietos. Él abre los ojos de golpe—. Bueno… quiero decir… —se pone nervioso inmediatamente—. No quería decir… —se ríe incómodo—. Quiero decir que te tengo mucho cariño y… —empieza a hablar deprisa—. Y que estoy muy contento de tenerte en mi vida y… —lo interrumpo. Le cojo las manos y sonrío.

—Yo también creo que me estoy enamorando de ti, Ryder Knox.

Ryder se queda sin palabras. Simplemente me mira. Con los ojos muy abiertos. Como si acabara de ocurrir algo enorme. Y quizá acaba de ocurrir. Porque, de repente, todo cobra sentido. Las horas en las ventanas. Los mensajes. Los dónuts glaseados. Los besos. Las noches a su lado. Todo.

Entonces me abraza. Fuerte. Como si tuviera miedo de que desapareciera. Y yo lo abrazo todavía más fuerte.

Porque, por primera vez, tengo la sensación de que ya no estoy entrando en la habitación del chico prohibido. Estoy entrando en el corazón de Ryder Knox.

CAPÍTULO 33

YA NO ME ESCONDO

El viernes por la mañana llego al instituto con una sensación extraña pegada al pecho. No es exactamente miedo, aunque se le parece bastante. Tampoco es culpa, aunque también tiene algo de eso. Es más bien la certeza incómoda de que hay secretos que, cuando crecen demasiado dentro de ti, empiezan a ocupar más espacio del que deberían. Y lo mío con Ryder ya no cabe en la palabra secreto. Ni en la palabra aventura. Ni siquiera en la palabra locura, aunque esa todavía le queda bastante bien en algunos momentos.

He pasado demasiadas semanas guardándome cosas. Muchas cosas que he vivido en las últimas semanas con Ryder. Demasiadas. No sé en qué punto exacto dejé de esconderme de Ryder y empecé a esconder a Ryder de todo el mundo, pero esta mañana me pesa. Me pesa muchísimo.

Anoche, Ryder y yo nos quedamos dormidos en su sofá mientras veíamos la tele. No recuerdo lo que veíamos, solo que me quise quedar allí, con él, y con todo ese vendaval de sensaciones que lo estaban arrollando después de que se llevaran a su padre y lo dejaran completamente solo.

Sé que quizá esa sensación aplastante de soledad fue la que le empujó a decir "Te Quiero" a la única persona que se quedó a su lado, cuidándolo. Sé que quizá no lo siente así, solo necesitó en ese momento el consuelo de sentirse arropado y protegido por alguien. Sé, también, que quizá yo también me vi motivada a decirle que yo también me estaba enamorando de él por todo lo que le estaba pasando. Es demasiado pronto. Es demasiado rápido. Pero… ¿y si es así como funciona el amor? A lo mejor no se trata de conocer a la persona perfecta, en el momento perfecto. A lo mejor se trata de llegar a ese punto, de traspasar esas capas que protegen el corazón

humano, y nadie sabe exactamente cómo pasa ni cuando, hasta que pasa. No dudo de que me esté enamorando de él. Pero sí dudo que Ryder se deje querer tan fácilmente como me hizo ver anoche, durante su arrebato de tristeza y soledad. Por eso me fui cuando desperté a mitad de la noche y decidí poner espacio entre los dos para que él pudiera volver a sentirse él mismo sin mi presencia invadiendo un espacio que todavía no sé ocupar ni me ha pedido él que ocupe. Lo que sí tengo claro es que Ryder Knox no va a ser nunca más un secreto. Él no se merece que me avergüence de lo que me da, de lo que me hace sentir. Y si no me quiere en realidad y es solo un espejismo momentáneo para aliviar su dolor, me sentiré una privilegiada igualmente porque me deje ayudarlo. Lo demás ya se verá.

Cuando llego a las inmediaciones del instituto, encuentro a Selena, Jannet y Kassy en el patio, sentadas en uno de los bancos de piedra junto a los árboles. Kassy lleva la sudadera del equipo de animadoras, el pelo recogido en una coleta alta y la misma expresión cansada que últimamente parece habérsele instalado en la cara. Selena está enseñándole algo a Jannet en el móvil y Jannet se ríe con una de esas risas suyas que empiezan discretas y terminan sonando como si alguien hubiera pisado un juguete de goma. Durante unos segundos me quedo mirándolas sin acercarme, sintiendo un cariño enorme y una punzada de miedo al mismo tiempo, porque son mis amigas y aun así me aterra lo que puedan pensar de mí.

—¿Vas a quedarte ahí mirándonos como una señora rara o piensas venir? —pregunta Selena sin levantar demasiado la vista del móvil.

—Estoy decidiendo si os merecéis mi presencia —respondo, acercándome con una sonrisa. Me siento junto a ellas, intento sonreír, pero supongo que no me sale demasiado bien porque Kassy me mira enseguida con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa?

Podría mentir. Podría decir que estoy cansada, que he dormido mal, que tengo un examen o que me ha bajado la regla. Podría alargar esto un día más, una semana más, seguir guardando a Ryder en esa parte de mi vida que nadie ve. Pero estoy cansada de hacerlo. Estoy cansada de sentir que cada vez que pronuncio su nombre tengo que mirar antes a mi alrededor, como si estuviera cometiendo un delito.

—Tengo que contaros algo —digo al final, y las tres cambian de postura casi al mismo tiempo. Es impresionante cómo cuatro palabras pueden convertir a tres adolescentes aparentemente normales en un tribunal de investigación.

—¿Estás embarazada? —pregunta Jannet.

—¡Jannet! —Selena le da un golpe en el brazo— ¡Si es virgen! —la afirmación de Selena me hace apretar los labios para no contradecirla.

—¿Qué? A lo mejor anoche perdió por fin la virginidad y no le ha dado tiempo a contárnoslo. Hay que descartar lo peor.

—¿Perdió anoche la virginidad y hoy ya sabe que está embarazada? —protesta de nuevo Selena— Tienes que dejar de leer culebrones de esos.

—No estoy embarazada —digo, horrorizada y divertida a partes iguales.

—Menos mal. Continúa.

Respiro hondo y bajo la mirada a mis manos. Por algún motivo, ahora que he decidido hablar, las palabras parecen haberse atascado en algún lugar entre mi garganta y mi dignidad. No sé cómo empezar una confesión así. No sé si se empieza por "me he estado viendo con Ryder Knox", por "os he mentido durante semanas" o por "creo que me estoy enamorando del chico al que medio pueblo tiene miedo". Ninguna opción suena especialmente tranquilizadora.

—Es sobre Ryder —digo al fin. Las tres se quedan congeladas mirándome, supongo que esperando a que continúe.

—¿Ryder Knox? —pregunta Selena y asiento.

—Ryder Knox.

—Vale —dice Jannet, incorporándose un poco—. Ahora dinos por qué estás tan seria y qué tiene que ver con Ryder Knox.

—Llevo un tiempo… viéndome con él —suelto de golpe.

Ninguna dice nada. El silencio que sigue no es largo, pero a mí me parece eterno. Siento cómo me sube el calor por el cuello y me arrepiento durante medio segundo de no haberme quedado callada hasta los treinta y cinco años.

—¿Viéndote cómo? —pregunta Kassy con una seriedad que me incomoda.

—Pues… viéndome —digo encogiéndome de hombros y Jannet, que es la primera en atar cabos, abre mucho los ojos.

—¿Viéndote de "hola, somos compañeros de Filosofía" o viéndote de "te meto mano por los rincones de los pasillos del instituto"? —la miro y no sé cómo contestar a esa pregunta. ¿En serio hace falta? Ella se tapa la boca—. Vale. Por tu cara entiendo que es la segunda.

—Joder, Ava —murmura Selena, aunque no suena enfadada. Suena sorprendida. Muy sorprendida.

—No os lo he contado porque tenía miedo —suelto de golpe, antes de perder el valor—. Tenía miedo de que me dijerais que estaba loca, de que me juzgarais, de que pensarais que me estaba dejando llevar por algo peligroso solo porque Ryder tiene la reputación que tiene. Y también tenía miedo de equivocarme, supongo. Porque al principio yo tampoco sabía qué estaba haciendo. Solo sabía que él no era como yo pensaba. No era como todos decían. Y cuanto más lo conocía, más injusto me parecía todo lo que se decía de él.

—Ava… —protesta Kassy cruzándose de brazos.

—Déjame terminar, por favor —le ordeno y ella cierra la boca, aunque no parece especialmente convencida—. Sé lo que dice todo el mundo. Lo he escuchado toda mi vida. Sé lo que dice mi padre, sé lo que decís vosotras, sé lo que se comenta en los pasillos. Pero yo he visto otra cosa. He visto a un chico que me cuidó cuando pudo haberse aprovechado de una situación horrible. He visto a alguien que no me presiona, que me pregunta si estoy bien, que se fija en cosas que nadie más ve, que hace bromas para no decir lo que siente y que tiene una vida mucho más complicada de lo que nadie se molesta en imaginar. Y no digo que sea perfecto, porque no lo es. Ryder no es un santo. Pero no es el monstruo que todos han decidido que es.

Selena me mira durante unos segundos, muy seria. Luego suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Creo que, si estás en lo cierto, entonces nos hemos equivocado todos un poco con él. Todo el mundo merece la oportunidad —añade y yo la miro sorprendida.

—¿Tú crees?

—Sí. Y no solo por lo que estás diciendo. Últimamente he coincidido con su amigo Carter varias veces porque está ayudando a mi tío con una reforma en su casa. Y te juro que yo esperaba encontrarme a un delincuente juvenil con una motosierra en la mochila, porque al final él también forma parte de los proscritos. Pero no. Es educado, trabaja bien, le da conversación a mi tío y el otro día se quedó media hora más porque mi no podía mover una estantería solo. No digo que ahora vayamos a montar un club de fans de los chicos peligrosos del pueblo, pero quizá sí hemos repetido demasiadas cosas sin comprobarlas.

—Yo también creo que a veces exageramos —añade Jannet —. O sea, no voy a decir que Ryder Knox tenga cara de voluntario en una residencia de ancianos, porque no. Tiene cara de meterte en problemas y hacer que encima le des las gracias. Pero una cosa es

tener pinta de peligro y otra ser peligroso de verdad. Y si tú dices que contigo se está portando bien, yo te creo.

—Gracias —digo y siento que la garganta se me cierra un poco. Kassy no dice nada. La miro, porque es importante para mí su opinión. Siempre hemos sido uña y carne—. Kass…

—Yo solo quiero protegerte —dice al fin, y no suena enfadada, sino cansada—. Y sé que últimamente estoy insoportable, vale. Lo sé. Pero no puedo evitar pensar que, si todo el mundo habla, por algo será. Una persona con la vida de Ryder, con ese padre, con esa reputación, con todo lo que arrastra… es inestable, Ava. Puede que contigo ahora sea increíble, puede que te trate bien, puede que tú estés viendo una parte que los demás no vemos. Pero te vas a enamorar y te va a hacer daño.

Sus palabras duelen más porque no vienen de la maldad. Vienen del miedo. Y quizá por eso no me enfado enseguida. Respiro despacio, miro un segundo el suelo y pienso en Ryder sentado en su cama, con la cabeza entre las manos, diciéndome que no entendía cómo no había salido corriendo todavía. Pienso en su forma de ponerse a la defensiva cuando cree que alguien va a marcharse. Pienso en su padre esposado, en su madre que le abandonó cuando era un crío, en el pueblo entero colocándole una etiqueta desde que llegó.

—A lo mejor me hace daño —digo al final—. No soy idiota, Kass. Sé que esto no es fácil. Sé que puede salir mal. Pero también sé que Ryder me ha dado mucho y yo no le he dado casi nada. Nada más que prejuicios, dudas y miedo. Me he pasado años creyendo lo que otros decían de él sin molestarme en conocerlo, y cuando por fin lo he hecho, he descubierto a alguien que merece mucho más que eso. Así que sí, me voy a arriesgar. Porque quiero darle la oportunidad que nadie le ha dado.

Jannet se queda mirándome con los labios entreabiertos.

—Vale, eso ha sonado mucho a película romántica.

—Cállate —murmuro, aunque sonrío.

—No, en serio —dice Selena—. Me parece bien. Me parece valiente.

Kassy baja la mirada. No parece convencida del todo, pero tampoco discute.

—Solo… ten cuidado.

—Lo tendré.

—Y si te hace llorar, lo mato.

—No serás la única —añade Jannet. Selena levanta la mano.

—Yo puedo esconder el cuerpo en mi jardín.

No puedo evitar reírme. Y, de repente, siento que algo se afloja dentro de mí. No está todo resuelto. Kassy sigue preocupada. Yo sigo teniendo miedo. Ryder sigue siendo Ryder y el mundo sigue siendo el mundo. Pero ya no lo estoy guardando sola. Y eso, aunque parezca pequeño, cambia muchísimo.

Un rato después vamos hacia la cafetería. El ruido habitual nos recibe incluso antes de cruzar la puerta: bandejas moviéndose, estudiantes hablando demasiado alto, risas, sillas arrastrándose por el suelo. Durante años este lugar me ha parecido simplemente una parte más del instituto, pero hoy siento que estoy a punto de cruzar una frontera invisible. Y quizá es exactamente eso lo que estoy a punto de hacer. Porque Ryder y Nick están sentados en una mesa lateral, apartados como siempre, en esa zona donde casi nadie se acerca por un miedo irracional a esos chicos. Están riéndose de algo y hay varias sillas libres alrededor de ellos. Como si la mesa entera llevara un cartel invisible de "prohibido sentarse aquí si quieres conservar tu reputación intacta".

Ryder levanta la cabeza justo cuando entro. Me ve y su sonrisa aparece despacio. No es una sonrisa enorme. No es una de esas que enseña al mundo. Es una de las suyas, de las pequeñas, de las que parecen pensadas para alguien concreto. Para mí. Siento que el corazón me golpea con fuerza.

Las chicas se detienen detrás de mí.

—¿Estás segura? —susurra Selena.

—Sí —digo sin apartar la mirada de Ryder y camino hacia él.

La cafetería no se queda en silencio, porque la vida real no funciona así, pero sí noto algunas miradas clavándose en mi espalda. Noto la forma en que una chica deja de hablar a mi paso. Cómo un chico de una mesa cercana sigue mi movimiento con una ceja levantada. La manera en que Nick deja de reírse cuando entiende que estoy yendo directamente hacia ellos.

Ryder también lo entiende. Su expresión cambia y parece nervioso porque no sabe si me estoy acercando a él de verdad o en el último momento daré media vuelta y haré de nuevo como si no lo conozco.

Me planto a su lado, me inclino y le doy un beso rápido en los labios. Un pico. Pequeño. Sencillo. Pero cargado de mensaje. Cuando me separo, Ryder me mira como si estuviera intentando asegurarse de que eso acaba de ocurrir delante de todo el mundo. Nick abre la boca. Luego la cierra. Después vuelve a abrirla.

—Bueno —dice Nick—. Esto acaba de mejorar mi jueves.

—Es viernes —corrige Ryder sin dejar de mirarme.

—Joder, mejor me lo pones.

Me siento junto a Ryder como si no acabara de provocar un pequeño terremoto social. Las chicas se sientan también. Jannet lo hace frente a mí, Selena se coloca al lado de Nick y Kassy se queda de pie indecisa. Nick mira a Selena.

—Vaya, vaya. ¿Y esta chica tan guapa se sienta conmigo?

—Ni se te ocurra —dice Kassy molesta y, después de una décima de segundo de duda, termina sentándose entre los Selena y Nick con una velocidad sospechosa.

—Perdona, ¿me estás hablando a mí? —le dice Nick llevándose una mano al pecho.

—Sí.

—Qué honor.

—Aléjate de mi amiga.

Nick la observa durante unos segundos, con una sonrisa de esas que anuncian peligro en forma de estupidez.

—Salamandra, ¿estás celosa? —Kassy casi se atraganta con su propia saliva al oír su comentario.

—¿Perdona? ¡En tus mejores sueños! ¡Y no me llames así!

—No has respondido y es una pregunta sencilla. Ha sonado bastante a que estabas marcando territorio, Salamandra.

—Ha sonado a que como vuelvas a decir una tontería, te meto esta pajita por la nariz.

Nick mira la pajita. Luego a ella.

—Me gusta esta mesa —dice Jannet entre risas.

—A mí también me está empezando a gustar —responde Nick con una sonrisa traviesa dirigida a la irascible de Kassy.

Ryder, mientras tanto, sigue mirándome. No ha dicho nada desde que lo he besado. Eso me pone nerviosa.

—¿Qué? —pregunto en voz baja.

—¿Estás segura de esto? —pregunta inclinando la cabeza un poco hacia mí.

La pregunta me llega directa al pecho. Porque sé lo que significa. No me está preguntando si estoy segura de haberme sentado aquí. Me está preguntando si estoy segura de lo que implica. De las miradas, de los rumores, de mi padre si llega a enterarse, de todo lo que puede empezar a moverse después de un gesto tan pequeño como un beso en mitad de la cafetería.

—Más segura que de nada en mi vida —le digo sonriente.

Ryder me mira un segundo más. Luego me devuelve el beso. También rápido. También sencillo. Aun así, tengo que recordar cómo respirar.

—Bien —murmura.

—No, no, no. Necesito contexto —brama Nick golpeando la mesa con las dos manos— ¿Cuándo ha pasado esto? ¿Por qué no se me ha informado? Soy el amigo gracioso, atractivo y emocionalmente accesible de esta historia. ¿Por qué tienes tú chica y yo no? Bueno, o… lo que quiera que seáis.

—Lo de emocionalmente accesible es debatible —dice Ryder, sin contestar a la pregunta y dejándome tensa. ¿Se habrá arrepentido de sus palabras de anoche? No podría culparlo. Estaba en un momento demasiado vulnerable cuando lo dijo.

—Calla, traidor. Tú has estado ocultando una trama romántica secundaria.

—Principal —corrige Jannet.

—Me gusta ella —comenta Nick señalando a Jannet.

—A mí no me metas en tus cosas —responde Jannet, levantando las manos.

—Entonces, ¿tú eres el amigo gracioso? —pregunta Selena con curiosidad a Nick.

—Entre otras muchas virtudes.

—¿Cuáles?

Nick abre la boca y se queda pensando.

—Tengo buena mandíbula.

—Eso no es una virtud. Es genética —añade Kassy poniendo los ojos en blanco.

—La genética también requiere mantenimiento.

—¿Te escuchas cuando hablas?

—Constantemente. Es una de mis actividades favoritas.

Jannet se ríe tanto que tiene que taparse la boca. Selena también sonríe, aunque intenta disimularlo. Kassy, en cambio, parece estar luchando contra su voluntad para no reírse, lo que resulta mucho más evidente que si simplemente se riera. Nick la mira con descaro, como si hubiera conseguido exactamente lo que quería.

—Vas a sonreír —le dice.

—No.

—Sí.

—No estoy sonriendo.

—Todavía no, Salamandra. Pero estás a punto.

—Nicholas.

—Otra vez mi nombre completo. Me estás malcriando.

Ryder suelta una risa baja a mi lado y yo lo miro de reojo. Hay algo diferente en él. No sabría decir qué es. Tal vez sea que no parece tan apartado. Tal vez sea que, por una vez, hay gente sentada a su mesa que no lo mira como si fuera una amenaza. Le sienta bien esta nueva sensación. Y a Nick también. De repente, han perdido todo ese aura de peligro y destrucción solo porque cuatro chicas se han sentado a hablar con ellos.

—¿De qué os reíais antes? —pregunta Selena, señalando a Nick y Ryder. Nick se ilumina como si le hubieran dado permiso para subir a un escenario.

—Ah, eso es buenísimo.

—No lo es —Ryder niega con la cabeza como advirtiendo a Nick que calle.

—Sí, lo es. Estábamos hablando del entrenamiento de ayer.

—No.

—Sí. Resulta que nuestro querido Knox se desconcentró bastante porque cierta rubia estaba mirando desde la barandilla como si estuviera evaluando ganado de competición.

—Yo no estaba evaluando nada —me defiendo mientras siento que me arde la cara.

—No, claro —dice Nick—. Estabas haciendo un estudio sociológico sobre torsos masculinos en el deporte escolar.

—¿Fuiste a mirar entrenamientos sin nosotras? —pregunta Jannet con ojos muy abiertos.

—Fui a ver a Kassy.

—Sí, claro —añade Kassy para humillarme más con la ceja alzada.

—También fui a verte a ti.

—¿También?

—Bueno, estabas allí.

—Ava Monroe, qué fuerte —se ríe Selena—. Fuiste a ver el ganado sola.

—No hagáis un drama —digo poniéndome roja como un tomate.

—Lo mejor fue la cara de Ryder —dice Nick, echando su cuerpo hacia adelante—. Intentaba correr como si nada, pero cada vez que miraba hacia la grada parecía que alguien le hubiera reiniciado el cerebro.

—Nick… calla —añade Ryder lanzándole una mirada mortal.

—¿Qué? Estoy contando la verdad.

—Estás exagerando.

—Knox, estabas babeando por todo el campo. Jamás te he visto tan ensimismado.

Yo miro a Ryder, encantada.

—¿Te desconcentré?

—No.

—Mentira —resopla Nick.

—Joder, un poco —admite Ryder, sin mirarme.

Y, Dios, esa pequeña confesión me hace sonreír como una idiota.

—Pues yo sigo pensando que fue vergonzoso —dice Kassy, cómo no… ¿Qué le pasa? ¡Está insufrible!

—Tú calla —dice Nick—. Eres mi desanimadora favorita, ya lo sabes, pero siempre estás cortando el rollo. Deberías sonreír un poquito más. Con lo guapa que eres y lo mucho que protestas, estás desequilibrando la balanza del universo, Salamandra.

—Te odio.

—No lo suficiente, lo sabes.

Kassy se queda callada de golpe. Solo un segundo. Pero yo lo veo. Veo cómo algo le cruza la cara, una sombra rápida, casi imperceptible, antes de volver a ponerse borde.

—No te emociones, Nicholas.

Nick sonríe, pero esta vez no responde y le guiña. Y eso me llama la atención. Hay algo ahí. No sé qué. Pero algo.

La conversación sigue saltando de un tema a otro con una facilidad extraña. Hablamos de la fiesta de mañana en The Ruins y de ir juntos, los amigos de Ryder y nosotras. Las chicas parecen encantadas con la idea. Y yo sonrío agradecida por tener las amigas que tengo y haber confiado finalmente en ellas. Ryder apenas habla, pero escucha. Se ríe de vez en cuando de las tonterías que dice Nick. Añade comentarios secos que hacen que Nick se indigne y que Jannet se ría. Y, poco a poco, la mesa deja de parecer una rareza para convertirse en algo casi normal.

Casi. Porque sigo notando miradas. No tantas como al principio, pero están ahí. Pero no menciono nada al respecto. Ryder tampoco dice nada, pero en algún momento, mientras Nick cuenta que una vez intentó impresionar a una chica en primaria saltando desde un columpio y terminó con un diente partido, siento una mano rozar la mía debajo de la mesa.

Me quedo quieta. Ryder no me mira al principio. Simplemente enlaza sus dedos con los míos y los aprieta con suavidad, como si quisiera comprobar que sigo ahí. Como si el beso hubiera sido una cosa, sentarme a su lado otra, pero quedarme de verdad fuera lo que más le cueste creerse. Entonces sí me mira. Y lo que veo en sus ojos me aprieta algo por dentro.

—Gracias —dice en voz muy baja, para que solo yo pueda escucharlo. Le aprieto la mano.

—No —susurro—. Gracias a ti.

Él no pregunta por qué. Yo tampoco se lo explico. No soy capaz todavía de decirle todo lo que él le ha dado a mi vida sin proponérselo. Pero me hago la promesa de que algún día se lo diré.

CAPÍTULO 34

CIMIENTOS

Es sábado por la noche y The Ruins está más lleno que nunca. La música retumba contra las paredes grafiteadas y el aire huele a humo, cerveza y juventud descontrolada. Hemos quedado aquí las chicas con Ryder y sus amigos, como si fuera lo más normal del mundo. Y, sorprendentemente, lo está siendo.

Jannet se ha quedado un poco apartada, apoyada en una pared, mirando su móvil y bebiendo despacio de su lata. Selena, en cambio, no para de hablar con Carter y Justin. Los tres están riéndose de algo que Justin ha dicho y Selena parece realmente cómoda. Me alegra verla así. Y luego están Kassy y Nick. El caos personificado.

—¿Sabes que cuando frunces el ceño se te arruga la nariz? —dice Nick.

—¿Sabes que cuando abres la boca salen tonterías? —responde Kassy.

—Me encanta cuando me hablas así, Salamandra.

—¡Que no me llames Salamandra!

—Vale, Salamandra.

—¡NICHOLAS!

—¿Sí?

—Te odio.

—Qué suerte tengo.

Kassy gruñe y le lanza una servilleta a la cara. Nick la atrapa y se la guarda en el bolsillo.

—Me la quedo.

—¿Por qué?

—De recuerdo.

—Estás fatal.

—Sí.

—Y eres muy raro.

—También.

—Y muy pesado.

—Eso ya me lo has dicho varias veces hoy.

Ryder está a mi lado, con una copa en la mano y la otra agarrándome la cintura por debajo de la sudadera que llevo puesta. Me aprieta suavemente contra su costado mientras toma un sorbo de su bebida. Me mira de reojo y sonríe con esa media sonrisa suya, la que solo me dedica a mí.

—Tengo que reconocer una cosa.

—¿Qué? —pregunto mirándolo con curiosidad.

—El experimento de juntar a las chicas buenas con los raritos del pueblo no está saliendo tan mal —suelta y frunzo el ceño.

—Nosotras no somos las chicas buenas.

—¿Ah, no? —me provoca con una de sus sonrisitas de chulito y luego se ríe bajito, con esa risa grave que me hace cosquillas en el estómago— ¿Eso quiere decir que nosotros sí somos los raritos?

Sonrío, provocadora, y él no duda ni un segundo. Me agarra de la nuca y me besa. Es un beso acalorado, profundo, de esos que hacen que todo lo demás desaparezca por un momento. Sus labios saben a cerveza y a él, y su lengua se enreda con la mía sin vergüenza.

—Touché —susurra cuando separa nuestros labios solo un poco.

Y me besa de nuevo. Y, Dios mío. Me besa como si cada beso fuera un idioma nuevo que estamos inventando entre los dos. Cuando se separa, apoya la frente sobre la mía y sonríe.

—Hay mucha gente mirándonos raro.

—Que miren —digo y le rodeo el cuello con las manos. Él arquea una ceja—. Sí. Porque yo soy la que va a estar en tu cama esta noche disfrutando.

Lo noto gruñir suavemente y, madre mía, esa reacción hace que se me dispare la temperatura corporal.

—Eres mala —me gruñe en el oído.

—¿Por qué?

—Porque me estás poniendo cachondo delante de todo el mundo.

—Es tu problema, Knox —digo y me echo a reír.

—No. Ahora mismo es nuestro problema.

Un rato después salimos de The Ruins. Voy un poco borracha. Bueno. Bastante. Llevo la enorme sudadera negra de Ryder puesta y la capucha cubriéndome media cara. Y vuelvo a parecer una delincuente de poca monta.

—Se suponía que ya no nos íbamos a esconder —dice él entre risas. Lo miro.

—¿De verdad quieres tener esa conversación con mi padre? —pregunto y él deja de reírse automáticamente.

—No. Aprecio demasiado mis huevos para eso.

Suelto una carcajada.

—Yo también los aprecio.

—Gracias. Eso me consuela.

Seguimos caminando riéndonos y, siento una sensación rara y preciosa. Siento que estoy yendo a un sitio al que pertenezco.

Llegamos a la escalera lateral.

—Sube despacio.

—No hace falta.

—Monroe.

—¿Qué?

—Llevas dos cervezas, un cóctel y una copa.

—Sigo siendo funcional.

—Eso lo dices tú.

—Soy perfectamente capaz.

—No me fío.

—Qué exagerado eres.

—Sube.

—Vale, papá.

—No me llames así nunca más o te azotaré.

Me río y él también. Subimos juntos. Y cuando entramos en la habitación me invade una sensación extraña. De familiaridad. Como si ya no estuviera entrando en un sitio prohibido. Como si fuera un refugio. Me giro hacia él. Y él ya me está mirando. Con esa sonrisa pequeña que cada vez conozco mejor. Me acerco. Él no hace nada. Simplemente espera. Y eso me encanta. Porque cada vez me da más espacio para decidir. Y porque cada vez me siento más valiente. Le quito la camiseta despacio. Él sonríe.

—¿Ahora mandas tú? —pregunta y sus ojos echan chispas.

—Puede ser —digo y me encojo de hombros.

—Interesante.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Entonces me acerco y lo beso. Despacio. Con confianza. Con una confianza que hace unas semanas ni siquiera sabía que existía dentro de mí. Y, mientras me abraza y nuestras risas se mezclan entre besos, me doy cuenta de algo. Los cimientos nunca son la parte más espectacular de una casa. Pero son la parte que hace que todo lo demás no se derrumbe. Y, sin decirlo en voz alta, empiezo a sospechar que eso es exactamente lo que estamos construyendo.

Cuando está completamente desnudo, lo empujo suavemente hacia la cama. Se deja caer sentado y luego se tumba. Su sonrisa se corta cuando me ve empezar a desnudarme. Su polla se endurece en el acto, dura y gruesa contra su vientre.

—Joder… no puedo creer lo preciosa que eres —susurra, casi con reverencia.

Me arrodillo entre sus piernas y empiezo a hacerle una felación con ganas. Le lamo la cabeza, la llevo hasta el fondo de la garganta, le lamo los huevos de vez en cuando. Ryder gime y maldice bajito.

—Cosita… qué bien me la chupas, joder. Se siente tan bien esa boquita…

Agarra mi pelo con una mano para verme mejor la cara y con la otra me acaricia los labios mientras me muevo. Empieza a mover las caderas suavemente, follándome la boca. Me provoca una arcada y se detiene al instante.

—Perdón… mierda, lo siento.

Me separo un segundo, con la boca brillante.

—Está bien —digo con voz ronca—. Pero también tengo ganas de diversión.

Me subo sobre él sin pensármelo dos veces. Me meto su polla de golpe y ambos gruñimos al mismo tiempo. Comienzo a cabalgarlo con ganas, subiendo y bajando, girando las caderas. Ryder me agarra las caderas, pero me deja llevar el ritmo. Sus ojos están clavados en los míos, oscuros de deseo.

De repente se queda congelado.

—Ava… —dice con voz tensa—. Se nos ha olvidado el condón.

—Estamos fatal —me río sin dejar de moverme sobre él.

Él me levanta con cuidado, me tumba en la cama y rebusca en la mesita de noche. Encuentra uno, se lo pone con rapidez y se sube sobre mí. Me besa mientras sube una de mis piernas a su hombro y se mete en mí de un empellón profundo. Ambos gemimos. Nuestras bocas se quedan abiertas, mirándonos con fuego en la mirada. Ryder empieza a follarme con fuerza, profundo, sin parar de mirarme.

—Me encantaría follarte alguna vez sin condón… —susurra entre embestidas—. Pero eso es decisión tuya, porque tendrías que tomar la píldora.

—¿Y qué pasaría si tú te cansas de mí y me tomo la píldora para nada? —le pregunto entre besos. Ryder se detiene un segundo, me mira serio y me mete la polla hasta el fondo.

—Jamás me cansaré de ti. Al menos no hasta que te vayas del pueblo. Hasta que te vayas a la universidad y te olvides de mí. Y probablemente ni siquiera entonces. Seguiré evocando tu recuerdo mientras me masturbo.

Me quedo pensativa un momento. No ha vuelto a decirme que me quiere desde aquella noche, pero lo que acaba de decir se le parece mucho. O simplemente me echará de menos porque estaba solo hasta que entré en su mundo.

Sigue follándome con fuerza, gruñendo contra mi cuello.

—Me muero por correrme dentro de ti.

Estoy a punto de decirle que lo haga, pero sé que es demasiado riesgo. Así que, con voz temblorosa, le propongo:

—Fóllame por detrás —susurro, con la voz temblorosa pero decidida.

Ryder pestañea, claramente sorprendido. Sus ojos se abren un poco más y me mira como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—¿Estás hablando en serio?

Asiento lentamente, mordiéndome el labio inferior. El corazón me late tan fuerte que parece que va a salírseme del pecho.

—Sí… pero ten cuidado. Seguro que duele.

Él traga saliva visiblemente. Se separa de mí con cuidado, se quita el condón y lo deja a un lado. Me ayuda a girarme y a ponerme a cuatro patas sobre la cama. Siento sus manos firmes sobre mis caderas, su respiración agitada contra mi espalda. Se lubrica su erección con mis propios fluidos, deslizando la punta gruesa y caliente por mi entrada trasera varias veces, como si estuviera preparándome, calmándome. Coloca la cabeza de su polla justo en mi entrada y empuja muy despacio, centímetro a centímetro.

Inspiro con fuerza. Es una presión intensa, casi incómoda al principio. Siento cómo me abre, cómo me llena de una forma completamente distinta. Duele, pero no es un dolor insoportable. Es más bien una sensación de estar siendo estirada, invadida, reclamada.

—¿Estás bien? —pregunta Ryder con la voz ronca y preocupada, deteniéndose al instante—. Si te duele, dímelo y paro. No quiero hacerte daño, cosita.

Gimo bajito y asiento, agarrando las sábanas con fuerza.

—Sí… sigue. Despacio.

Ryder respira hondo y continúa entrando, centímetro a centímetro, con una paciencia que me derrite. Cuando por fin está completamente dentro, gruñe de placer, un sonido grave y profundo que me recorre la espalda.

—Joder… estás tan apretada… —susurra, con la voz temblorosa—. No te muevas todavía… déjame sentirte.

Se queda quieto unos segundos, dejando que me acostumbre a su tamaño. Luego empieza a moverse, muy despacio al principio, saliendo casi del todo y volviendo a entrar con cuidado. Su mano no deja de estimular mi clítoris, frotándolo en círculos perfectos para que el placer contrarreste cualquier molestia.

Poco a poco el dolor se transforma en algo más. En placer. En una sensación llena, profunda, prohibida y deliciosa. Gimo más alto y empujo hacia atrás, pidiéndole más sin palabras. Ryder lo entiende. Acelera el ritmo, cada vez con más brío, follándome el culo con embestidas más profundas mientras sigue frotando mi clítoris.

—Dios… Ava… —gime contra mi espalda—. Estás tan caliente… tan apretada… me estás matando… —sus gemidos me encienden todavía más. Gimo con él, empujando hacia atrás, pidiéndole más con el cuerpo—. No voy a durar… —anuncia, con la voz rota por el placer—. Es demasiado…

—Estoy cerca —digo entre gemidos, casi suplicando.

Cuando me corro, es brutal. Mis músculos se contraen alrededor de él con fuerza, exprimiéndolo. Ryder gruñe como un animal, embiste unas cuantas veces más y se corre con un gran gruñido ronco, temblando contra mí mientras se vacía completamente dentro de mi culo. Se separa poco a poco, con cuidado, y se recuesta junto a mí. Me da un beso en la frente, sudoroso y todavía jadeando.

—Recién follada eres la cosa más bonita del mundo —susurra, con la voz llena de admiración—. ¿Te ha gustado?

Sonrío, todavía sin aliento, y asiento.

Se levanta un momento para limpiarse y limpiarme a mí y vuelve a la cama. Me acuna contra su pecho, acariciándome el pelo con ternura.

—Duérmete, cosita —murmura.

Está diciendo algo más, algo bonito y suave, pero ya no lo escucho. Me quedo dormida sobre su pecho, con la sonrisa todavía en los labios.

CAPÍTULO 35

BOSTON

Me despierto sola en la cama de Ryder. Es por la mañana y la luz entra suave por la ventana. Me estiro despacio, sintiendo todavía el cuerpo un poco dolorido y satisfecho de anoche. Miro a mi lado y la cama está vacía, pero la almohada de Ryder todavía tiene su olor. Cierro los ojos un segundo y sonrío.

Mi padre cree que estoy pasando el fin de semana en casa de Selena. Le mandé un mensaje anoche diciéndole que me quedaba a dormir allí porque estábamos viendo películas y se nos hizo tarde. Me contestó con un "Cuídate" y nada más. No sospecha nada.

Me levanto despacio, cojo la camiseta negra de Ryder que está tirada en el suelo y me la pongo. Me queda enorme, huele a él y me llega casi a los muslos. Camino descalza por el pasillo, explorando la casa en silencio. Es pequeña, antigua, con paredes que necesitan una mano de pintura y suelos que crujen un poco. Pero tiene algo cálido. Algo que se siente… real.

Lo encuentro de espaldas en la cocina. Está cocinando tortitas. El olor dulce y caliente llena todo el espacio. Lleva solo unos pantalones de chándal negros y está descalzo. Su espalda ancha y tatuada se mueve con calma mientras da la vuelta a las tortitas con una espátula. Hay una pequeña pila ya hecha en un plato y, al lado, en otro plato, hay un dónut glaseado perfectamente colocado. Mi corazón se encoge.

Me quedo un momento mirándolo, tragándome las lágrimas que me suben de golpe. Ryder ahora está solo. Su padre va a pasar una temporada entre rejas. Los pocos recursos que tiene vienen de algunos trabajos por las tardes con su amigo Carter, que trabaja como albañil en la empresa de su padre. Su hermano Connor

también le manda algo de dinero de vez en cuando, pero sé que es insuficiente. Está haciendo frente a todo él solo: la casa, la comida, las facturas… todo. Y aun así ha pensado en mí. Ha comprado un dónut solo porque sabe que me gusta.

Y, a pesar de su jodida realidad, ahí está. Preparando el desayuno. Como si nada. Como si no estuviera sosteniendo el peso del mundo sobre sus hombros. Me trago unas lágrimas absurdas y me acerco por detrás. Lo abrazo por la cintura. Todo su cuerpo da un pequeño salto.

—Joder, Monroe.

—Buenos días —susurro entre risas.

Él gira la cabeza, sonríe y aparece ese hoyuelo maravilloso. Después se gira y me da un beso lento. Uno de esos besos tranquilos que saben a hogar.

—Buenos días, cosita —murmura contra mi boca.

—Sí, lo son —respondo con la voz un poco emocionada—. Hueles a tortitas. Y huele increíble.

Él se ríe bajito.

—He hecho tortitas. Y te he guardado un dónut porque sé que te gustan. No es gran cosa, pero…

Me separo un poco para mirarlo a los ojos. Siento que se me llenan los ojos de lágrimas otra vez.

—Gracias —susurro—. De verdad. Es… me hace muy feliz.

Ryder se encoge de hombros, un poco avergonzado.

—No es nada. Pero tienes que probar mis tortitas porque te estás perdiendo un tesoro nacional.

Sonrío y asiento. Ambos nos sentamos a la pequeña mesa de la cocina. Ryder me sirve un plato con tortitas y el dónut al lado. Comemos entre risas.

—El día ha empezado bien dulce —comento. Ryder me mira con esa sonrisa juguetona que me vuelve loca.

—Es para que repongas fuerzas. Porque pienso pasar toda la mañana contigo entre las sábanas.

Me río y le doy un manotazo suave en el brazo. Pero de pronto su expresión cambia. Se pone serio. Deja el tenedor y mira el plato como si de repente le pesara.

—¿Qué pasa? —pregunto bajito.

Ryder hace un esfuerzo visible para hablar. Se ve tenso, incómodo. Traga saliva varias veces.

—Es solo que… te voy a echar mucho de menos cuando te vayas.

Mi corazón se para un segundo. Y en este justo instante una idea me atraviesa la cabeza y pienso para mí misma: *Si Ryder vuelve a decirme que me quiere, no me iré. Haré lo que sea por seguir con él.* Empujo un poco la silla y lo miro.

—¿Por qué me vas a echar de menos?

Se encoge de hombros. Se ve que le cuesta muchísimo hablar de estas cosas. Habla como no fuera gran cosa, mirando el plato.

—¿Qué puedo decirte? Me gusta la gente valiente, soñadora, llena de luz y de alegría. Quizá porque siempre me ha faltado todo eso.

Trago saliva. Siento que se me cierra la garganta.

—Tampoco soy una estrella o algo similar, Ryder. Soy una humana más, corriente. Con mis miedos y mis inseguridades, como tú. Pero de lo que sí estoy segura es de que yo no llevaría la soledad tan bien como tú… porque sí que eres muy valiente.

Ryder me mira. Sus ojos se suavizan un poco.

—Estoy de acuerdo con algo. Yo tampoco te veo como una estrella. Te veo como si fueras un sol radiante y enorme que da calor a todo el que está cerca. Que ilumina la vida a tu alrededor. Pero entiendo que tengas que irte a perseguir una vida dorada que te pertenece solo a ti.

—¿Y tú no crees que te la mereces también? —pregunto, casi sin voz. Se encoge de hombros otra vez.

—Estoy acostumbrado a vivir en un eclipse eterno. Y lo llevo bien —susurra con voz resignada. Se me contrae la garganta y empujo mi plato de tortitas.

—Vayamos juntos a Boston —digo sin pensar. Ryder me mira perplejo.

—¿Boston?

Asiento.

—Es donde voy a estudiar si me aceptan. Pero… no quiero alejarte de mí.

Ryder muestra una pequeña sonrisa, pero enseguida se pone serio otra vez.

—Ava… lo único que tengo es esta pequeña y vieja casa. ¿Cómo podría sobrevivir en Boston? Sería una carga y una responsabilidad para ti. Y eso no es lo que quiero ser para ti.

—Puedes sacar buenas notas en la media. ¡Estás a tiempo! Yo te ayudaré. Haré lo que haga falta para que te den la beca también. Además… eres una estrella en el equipo de fútbol americano.

Ryder se ríe, pero es una risa sin alegría.

—Es solo un equipo del instituto de un pueblo pequeño de Oregón, Ava. Eso no es ser estrella de nada.

—Puedes serlo —insisto, desesperada—. Tienes que creerlo. Eres bueno. Eres mejor de lo que crees.

Ryder se tensa de repente. Su mirada cambia. Creo que está pensando que le estoy teniendo lástima y eso le duele.

—No tienes que ejercer de madre conmigo porque no tenga una —dice con voz más dura—. No tienes que preocuparte por mí. Estoy acostumbrado a ver desaparecer a la gente a mi alrededor. Y no pasa nada. Está bien.

Siento que algo se rompe en mi pecho.

—¿Quieres decir que cuando me vaya me olvidarás sin más?

Ryder me mira serio. Tarda mucho en responder. Cuando lo hace, su voz es baja y firme.

—Es tu destino y me lo dejaste bien claro desde el principio, Ava. Yo no entraba en él.

Me levanto de la mesa con unas inmensas ganas de llorar. Las lágrimas ya me caen por las mejillas.

—Entonces será mejor dejarlo todo ya antes de que lleguemos más lejos y sea más difícil.

En ese momento Ryder reacciona. Se levanta de golpe, me agarra de la cintura y me atrae hacia él con fuerza. Me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar.

—No te vayas —suplica contra mi pelo—. Por favor, Ava… no te vayas. —Empiezo a llorar de verdad. Ryder se maldice a sí mismo en voz baja y me borra las lágrimas con los pulgares—. Lo siento. No lo decía por lo que piensas. No quiero que sientas lástima por mí —dice, con la voz rota—. No soporto que me mires así. Me duele.

Niego con la cabeza, sollozando.

—No es así como te veo. Te veo como lo más bonito y maravilloso que tengo y no quiero perderlo. No quiero irme sin ti. No quiero olvidarte, Ryder Knox. No quiero superarte.

Ryder me mira. Sus ojos están brillantes, llenos de emoción. Me besa con intensidad. Un beso desesperado, profundo, que sabe a

lágrimas y a necesidad. Me sube encima de la mesa sin dejar de besarme. Sus manos me agarran las caderas con fuerza mientras sus labios bajan por mi cuello.

—¿De verdad quieres que me vaya contigo a Boston? —pregunta entre beso y beso. Asiento entre besos, con la voz entrecortada.

—Eso es exactamente lo que quiero… y quiero que tú también lo quieras. No quiero descubrir cómo es la vida sin ti justo cuando estoy descubriendo lo bonita que puede ser contigo. No quiero pasarme cuatro años construyendo una vida nueva mientras intento olvidarme de la persona que más feliz me ha hecho.

Ryder se separa un poco para mirarme a los ojos. Tiene una sonrisa pequeña, temblorosa, pero real.

—Entonces vas a tener que darme clases extra —dice—. Y no podremos vernos los martes, jueves y viernes porque voy a entrenar como un cabrón para ganar esa beca.

Ambos sonreímos, sintiendo una nueva esperanza crecer en nuestro pecho. Ryder me besa otra vez, más suave esta vez.

—Pero ahora necesito que me des clases de cómo comerme este desayuno tan delicioso.

Y me besa de nuevo, profunda y lentamente. Ahora mismo Boston puede esperar.

CAPÍTULO 36

NUESTRA CANCIÓN

Estoy descubriendo una cosa muy peligrosa. La normalidad con Ryder Knox es adictiva.

Es viernes por la noche y estamos en una hamburguesería pequeña y luminosa cerca del instituto. No es nada caro ni elegante, solo un sitio normal para gente de nuestra edad: luces fluorescentes, mesas de formica, olor a patatas fritas y música pop de fondo. Pero para mí es perfecto. Es nuestra primera cita "oficial", ya no nos escondemos. Y aunque todavía me da un poco de miedo por mi padre, me hace sentir viva.

Ryder está sentado frente a mí, con una hamburguesa a medio comer y una Coca-Cola. Lleva una camiseta negra simple y el pelo todavía un poco húmedo de la ducha después del entrenamiento. Me mira como si no pudiera creer que esté aquí con él.

—Esto es raro —dice de repente, con una media sonrisa.

—¿El qué?

—Estar aquí. En público. Sin tener que mirar si alguien nos ve.

Sonrío y le robo una patata frita de su bandeja.

—Pues acostúmbrate. Ya no me escondo más.

Él se ríe bajito y me mira con esa intensidad que siempre me desarma. En ese momento aparece Nick acompañado por una animadora del equipo.

—¡Hola, tortolitos!

Los dos levantamos la cabeza a la vez.

—Cállate, Nick —dice Ryder. Nick se ríe.

—Uy, qué sensibles estamos hoy —la chica que va con él también sonríe—. Os dejamos tranquilos.

—Gracias a Dios —dice Ryder.

—Monroe, me caes bien —dice Nick señalándome—. Estás consiguiendo que este tío sea un poco menos insoportable y menos psicópata.

—No exageres —dice Ryder.

—No exagero. Ha empezado a sonreír. Así que, o bien se está volviendo por fin normal, o se está muriendo, una de dos.

—Lárgate —bufa Ryder que no puede evitar reír, aunque intenta evitar por todos los medios hacerlo.

—Ya me voy, cascarrabias.

Nick desaparece y Ryder niega con la cabeza mientras yo me río.

—Tu amigo es divertido.

—No se lo digas nunca.

—¿Por qué?

—Porque se pondrá insufrible.

Me río. Y nos quedamos unos segundos en silencio. Entonces decido meterme en terreno peligroso.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —pregunta con curiosidad.

—Creo que somos una pareja horrible.

—¿Ah, sí? —pregunta arqueando una ceja.

—Sí. Ni siquiera tenemos nombre de pareja.

—¿Nombre de pareja?

—Claro.

—¿Eso existe?

—Por supuesto. —Empiezo a pensar— A ver… Ryder y Ava.

—Suena bien. Suena perfecto —añade él con una sonrisa preciosa de esas con hoyuelo incluido.

—No, porque sería Rava.

—Eso suena a medicamento —dice y arruga la nariz.

—¿Ayder?

—Peor.

—¿Ryva?

—Horrible.

—¿Avyder?

—Espantoso.

Nos miramos. Y estallamos en carcajadas.

—Acabo de darme cuenta de que somos un desastre combinando nombres —digo.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—Porque si no daríamos miedo —añade y sonrío. Es cierto que es una estupidez y no va para nada con la personalidad de Ryder.

—Vale. Olvidemos el nombre. Pero tenemos que tener una canción.

Él bebe un poco y me mira.

—¿Una canción? ¿Es obligatorio?

—Muchísimo. Quiero poder tener un tema y que, al escucharlo, automáticamente piense en ti, en nosotros.

—Qué exigente eres —protesta y sonrío.

—Venga. Dime una canción que te recuerde a mí.

Ryder se pone tenso. Mucho. Como si le hubiera pedido algo tremendamente difícil. Mira la mesa. Juega un segundo con el vaso. Y finalmente susurra.

—Hay una… If the World Was Ending. No recuerdo bien quién la cantaba…

Lo miro. Completamente muda. Porque es una de mis canciones favoritas. Y porque conozco perfectamente su significado. La nostalgia. El anhelo. Las oportunidades perdidas. Dos personas que se buscan después de haber tenido que separarse por mucho tiempo sin saber del otro, cuando el mundo está a punto de acabarse porque, de repente, ya no existen las excusas, los miedos o las normas. Solo el amor. Porque, si todo está a punto de acabarse, ya no hay nada que pueda separarlos ni importar más que pasar ese último instante abrazados, juntos.

—¿Esa canción es porque pensabas que me iría a Boston y me alejaría de ti? —Él no responde— ¿La pensaste cuando te dije que me iría al final del verano?

Ryder suspira. Pero sigue sin responder. Y eso me hace pensar todavía más. Porque hay otra opción. Nos conocimos hace cinco años. Cuando él llegó al pueblo y conectamos enseguida. Y luego desaparecí de su vida porque mi padre me obligó a alejarme. Pero no puede ser. No puede ser que lleve pensando en mí desde entonces. Ryder se ha empezado a enamorar de mí hace poco. ¿Verdad? Por supuesto que no es de otro modo. Así que sonrío.

—Tenemos que buscar otra canción —le digo y él se encoge de hombros.

—Dime tú la tuya.

—Ocean Eyes —confieso sonriente. Él también sonríe inmediatamente.

—Con que te gustan mis ojos, ¿eh?

—Sí —contesto con cara de boba mientras lo miro. Él se apoya en la mesa y me mira fijamente.

—A mí me vuelve loco todo de ti —Mi sonrisa desaparece. Porque lo dice muy serio— Tus ojos verdes. Tus pequitas. Tus labios. La forma en que se contraen y parecen más gruesos cuando estás pensando en algo que te pone nerviosa… así, justo como ahora.

—Ryder… —protesto y me tapo la cara. Él se ríe. Y yo me río también, completamente avergonzada—. Yo también podría enumerar cosas que me gustan de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Estamos en público. No sería conveniente —me burlo de él.

—Cobarde —me susurra provocador.

—Lo soy —sonrío.

Y entonces me inclino y lo beso.

En ese momento alguien entra en la hamburguesería. Levanto la vista. Y lo reconozco inmediatamente. Daniel Connell. Se queda completamente quieto. Mirándonos a Ryder y a mí, juntos y besándonos en público. Y veo claramente el shock en su cara. Me acerco todavía más a Ryder. Apoyo la cabeza en su hombro. Y él, sin preguntar nada, pasa un brazo por mi cintura.

Y, por algún motivo, siento unas enormes ganas de sonreír. Porque agradezco profundamente que Daniel Connell me dejara plantada aquel día. Si no lo hubiera hecho… Nunca habría mirado por esa ventana. Nunca habría descubierto los ojos más azules del mundo. Los besos más ardientes. Los amaneceres más tiernos y

llenos de caricias. Los dónuts glaseados por sorpresa. La sensación de estar en el mejor lugar del mundo cuando estoy entre sus brazos.

Nunca habría conocido a Ryder Knox. Y, sinceramente, creo que esa sí habría sido la mayor tragedia de toda mi vida.

CAPÍTULO 37

RUMORES

El lunes empieza con buenas noticias. Acaba de terminar la clase de Filosofía y el profesor Harris acaba de felicitarnos por el trabajo. Con su poca expresividad inherente, nos ha dicho que nuestro análisis estaba muy bien construido, que habíamos defendido ideas interesantes y que se notaba que habíamos trabajado juntos de verdad. Y eso último me ha hecho mirar a Ryder con una sonrisa pequeña, porque sí, hemos trabajado juntos de verdad. Más de una semana entera estudiando y repasando, él concentrado hasta el punto de dar miedo, yo subrayando apuntes como si mi vida dependiera de ello, los dos intentando sacar las mejores notas posibles en estos exámenes finales que nos tienen a todos al borde del colapso. Pero para Ryder esto significa algo más. Para él no son solo exámenes. Es Boston. Es la posibilidad de obtener una beca. Un futuro. La posibilidad de dejar de escapar de lo que siempre han decidido los demás por él.

Cuando todos empiezan a levantarse, Ryder guarda sus apuntes en la mochila y yo hago lo mismo intentando no sonreír demasiado, porque todavía me cuesta creer que ahora podamos despedirnos delante de otros sin fingir que somos dos desconocidos unidos únicamente por un trabajo de clase. Él se inclina hacia mí, me da un beso rápido en los labios y, aunque el gesto ya no es secreto, todavía siento esa descarga absurda en el estómago, como si cada beso suyo siguiera teniendo algo de clandestino simplemente porque durante demasiado tiempo lo tuvo. Algunas personas nos miran. Yo lo noto. Ryder también. Pero ninguno de los dos se aparta como si estuviéramos haciendo algo malo.

—Nos vemos a la salida —murmura él, ajustándose la mochila al hombro.

—¿Para volver juntos?

—Hasta el último tramo, antes de que tu padre nos vea —dice con una sonrisa torcida—. No tengo tantas ganas de morir todavía.

Me río porque sé exactamente a qué se refiere. Mi padre puede alegrarse de verme feliz, puede incluso intuir que hay alguien haciéndome sonreír más de lo habitual, pero de ahí a verme llegar a casa con Ryder Knox hay un abismo. Un abismo enorme, lleno de prejuicios, advertencias, discusiones y probablemente algún ataque cardíaco preventivo. Así que asentimos los dos como si ese pequeño pacto fuera normal, como si no hubiera nada triste en quererse mucho y aun así tener que separarse unas calles antes de llegar a casa para que no nos asesinen por querernos.

El resto de la mañana transcurre de una forma extraña. Al principio no quiero darle importancia. Estoy nerviosa por los exámenes finales, por Ryder, por Boston, por todo lo que últimamente parece crecer demasiado deprisa dentro de mí. Pero después empiezo a notar miradas. No una ni dos. Varias. Grupos de alumnos que bajan la voz cuando paso cerca. Chicas que interrumpen una conversación al verme aproximarme. Un chico de otro curso que me mira y luego se inclina hacia otro para decirle algo al oído. Intento convencerme de que es por lo de Ryder. Por el cambio evidente de una chica que durante años intentó pasar desapercibida y ahora camina por los pasillos como si llevara escrito en la frente el nombre del chico más comentado del instituto. Pero cuanto más avanza el día, más incómoda me siento. No es solo curiosidad. Hay algo más. Algo que me tiene en alerta constante.

A la hora de la comida, Ryder no aparece en la cafetería. Ya me lo había dicho por mensaje esa mañana: va a aprovechar cada descanso para ir a la biblioteca, terminar trabajos extra y entregar cualquier cosa que pueda subirle unas décimas la nota media. La idea me enternece y me angustia a partes iguales, porque cada vez que pienso en él esforzándose así para conseguir una oportunidad en Boston siento que lo quiero más, pero también siento una responsabilidad horrible, como si una parte de ese sueño hubiera

nacido de mí. Solo espero que a él le haga tan feliz como a mí la idea de tener un futuro juntos. No ha vuelto a decirme que me quiere y, la verdad, últimamente necesito escucharlo con desesperación, porque yo sí que sé que estoy completamente loca por él. Cuando entro en la cafetería, veo a Selena y Jannet sentadas en nuestra mesa de siempre, y camino hacia ellas intentando fingir que no noto cómo un grupo de chicas de una mesa cercana deja de hablar justo cuando paso a su lado.

—Tienes cara de haber visto un fantasma —dice Jannet en cuanto me siento.

—No he visto un fantasma.

—¿Entonces la nota de matemáticas?

—Tampoco.

Selena me mira con más atención, apartando su bandeja un poco.

—¿Qué pasa?

Cojo una patata de su plato sin pedir permiso y la mordisqueo sin hambre. Debería decir que nada. Sería lo más fácil. Pero desde que les conté lo de Ryder y decidí dejar de cargar yo sola con todo, mentirles empieza a parecerme más cansado que contar la verdad.

—No sé. Tengo la sensación de que la gente me mira raro desde esta mañana. Y murmuran cosas cuando paso.

Jannet pone los ojos en blanco con dramatismo.

—Claro que te miran. Estás saliendo con Ryder Knox. Acabas de convertirte en el chisme gourmet del instituto.

—Eso no me tranquiliza.

—No les hagas caso —añade Selena—. Seguramente son celos. La mitad de esas chicas han pasado años mirando a Ryder como si fuera una mala decisión con abdominales muy seductores y

ojos muy bonitos y ahora no soportan que seas tú la que puede besarlo y les hayas demostrado que estaban todos equivocados y se lo han perdido sin motivo.

No puedo evitar sonreír un poco. Jannet se inclina hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Además, seamos sinceras. El chico impone. Y tú has llegado, le has dado un beso y te has sentado a su lado como si nada. Eso altera el ecosistema escolar.

—No quiero alterar ningún ecosistema. Solo quiero comer sin sentirme observada.

—Pues come —dice Selena, empujándome su bandeja—. Y deja que hablen. Al final se aburrirán.

Asiento, aunque no estoy convencida. Intento relajarme. Intento creer que tienen razón. Intento recordar la cara de Ryder y todos los motivos por los que acércame a él ha sido simplemente la mejor elección de mi vida. Pero entonces Kassy aparece junto a la mesa con la cara desencajada, tan pálida que durante un segundo se me olvida todo lo demás.

—Kass —digo, levantándome un poco—. ¿Qué pasa? ¿Es tu padre?

Ella niega rápidamente con la cabeza, pero le cuesta hablar.

—No. No, mi padre está mejorando. Gracias a Dios. No es eso.

La forma en que lo dice no me tranquiliza. Al contrario. Si su padre está bien y ella viene con esa cara, entonces algo malo ha pasado en otra parte. Algo que, por la manera en que me mira, tiene que ver conmigo.

—¿Entonces qué ocurre?

Kassy se sienta despacio, como si necesitara ordenar las palabras antes de soltarlas.

—Me he enterado de algo en el baño. Había unas chicas hablando y no sabían que yo estaba en uno de los cubículos. Ava, tienes que saberlo.

El estómago se me encoge.

—Habla.

Kassy traga saliva y me mira con una mezcla de miedo, pena y esa severidad protectora que últimamente parece usar como armadura.

—Ryder Knox ha estado amenazando a todos los chicos que querían salir contigo. Les decía que les quitaría la vida si te tocaban. Por eso nunca nadie antes que él se acercó a ti.

Durante un segundo no entiendo lo que acaba de decir. O quizá sí lo entiendo, pero mi cabeza se niega a colocarlo en el mismo mundo donde existe Ryder haciéndome tortitas, Ryder dejando dónuts glaseados en mi taquilla, Ryder diciendo que quiere ir conmigo a Boston, Ryder mirándome como si yo fuera algo demasiado bonito para un chico acostumbrado a vivir en un mundo oscuro y solitario. Siento que la cafetería se aleja un poco, como si alguien hubiera bajado el volumen de todo.

—Eso es mentira —digo, y mi voz suena tan débil que me odio por ello.

—Puede —añade Kassy, con poca convicció.

—No, no puede. Es mentira.

—¿Y si no lo es? —pregunta, y comienzo a hiperventilar—. ¿Y si es verdad, Ava? Porque si es verdad, ese chico está mal. Es problemático. Y no permitirá nunca que nadie se te acerque. Te está metiendo en su tela de araña, y cuando te confíes del todo y te enamores de él, nunca más te dejará ser tú misma. Solo su sombra. Solo serás suya. No serás nada más, Ava.

—Cállate —susurro, porque necesito que pare. Necesito que deje de juntar palabras que se parecen demasiado a una pesadilla.

—No lo digo para hacerte daño.

—Pues lo estás haciendo.

—Kassy, espera. No puedes soltar algo así como si fuera una verdad absoluta —interviene Selena con seriedad.

—No estoy diciendo que lo sea. Estoy diciendo que lo ha escuchado medio instituto.

—Medio instituto también decía que Ryder desayunaba sangre de vírgenes y era satánico —dice Jannet, pero esta vez su humor no consigue arreglar nada.

Yo niego con la cabeza una y otra vez, cada vez más nerviosa. Me sudan las manos. Me cuesta respirar. No puede ser verdad. No puede ser verdad porque entonces todo cambia. Entonces no sería solo Ryder protegiéndome de una situación concreta. No sería solo un chico roto intentando cuidar algo que le importa. Sería control. Sería manipulación. Sería haber decidido por mí antes incluso de que yo supiera que había una decisión que tomar.

—Solo hay una manera de averiguarlo. Preguntando a esos chicos —añade Kassy bajando la voz.

No quiero hacerlo. Lo sé antes incluso de mirar alrededor. No quiero preguntar porque preguntar significa abrir una puerta que quizá no pueda volver a cerrar. Pero entonces veo a Daniel Connell. Está sentado dos mesas más allá, con un par de chicos de su curso. Me mira de una forma extraña desde que nos vio en la hamburguesería, desde que me vio con Ryder, desde que comprendió que la chica a la que dejó plantada estaba besando en público al chico que todo el mundo teme. Y, en ese instante, entiendo que una parte de mí necesita oírlo de alguien.

Me levanto. Las piernas me tiemblan tanto que por un momento creo que no voy a llegar hasta su mesa. Selena dice mi nombre. Jannet también. Kassy se queda quieta, observándome

como si supiera que no puede detenerme. Camino hasta Daniel y, cuando me detengo frente a él, los chicos de su mesa callan.

—¿Es cierto?

—¿El qué? —pregunta Daniel frunciendo el ceño.

Me obligo a respirar, aunque siento que el aire me entra mal, como si mis pulmones se hubieran encogido.

—¿Es cierto que Ryder amenazó al que se acercara a mí?

Daniel no responde enseguida. Y ese silencio ya es una respuesta. Después asiente. El mundo se derrumba.

—Sí.

Siento una punzada horrible en el pecho.

—No.

—Ava…

—No —repito, porque si lo niego con suficiente fuerza quizá deje de existir.

Daniel se inclina un poco hacia mí. Ya no parece sorprendido. Parece enfadado. Y quizá también algo humillado.

—No entiendo cómo puedes estar con un psicópata como Ryder Knox. Todos sabemos que no tiene escrúpulos. Quería a la virgen del instituto para él, supongo. A lo mejor pensó que así limpiaba su reputación o que le daban algún tipo de premio por dejar de ser el hijo problemático de su padre.

La palabra virgen me golpea con una violencia inesperada. No porque ya no lo sea. No por eso. Sino porque de repente suena como algo que todo el mundo ha usado para hablar de mí. Como si mi cuerpo, mis decisiones, mis citas fallidas, mis dudas y mi deseo hubieran sido una especie de territorio en disputa sin que yo lo supiera. Como si Ryder, Daniel y todos esos chicos hubieran estado jugando una partida alrededor de mi vida mientras yo intentaba entender por qué nadie se quedaba.

La cafetería se mueve. O yo me muevo. No lo sé.

Escucho a Selena levantarse de golpe. Escucho a Jannet decir algo. Escucho la voz de Kassy, más cerca, intentando llamarme. Pero el aire no entra. El corazón me golpea demasiado rápido. Me falta espacio dentro del cuerpo. Tengo calor y frío al mismo tiempo, y por un segundo estoy convencida de que voy a caerme allí mismo, delante de Daniel, delante de todo el mundo, delante de esos alumnos que llevan toda la mañana mirándome como si ya supieran algo que yo acababa de descubrir.

—Ava, mírame —dice Selena, tocándome el brazo. Me aparto.

—No.

—Respira.

—No puedo.

—Vamos fuera —dice Jannet.

—No me toquéis.

No sé si lo digo fuerte o bajo. Solo sé que necesito salir. Necesito que nadie me mire. Que nadie pronuncie el nombre de Ryder. Necesito que el mundo deje de girar. Me deshago de todas las manos que intentan sujetarme y salgo corriendo de la cafetería. Las lágrimas empiezan a caer antes de que llegue al pasillo, pero no me detengo. No puedo. Corro sin saber exactamente hacia dónde hasta que mis pies me llevan a la biblioteca, como si una parte de mí todavía buscara a Ryder incluso en mitad del desastre. Me detengo antes de entrar, apoyando una mano en la pared para no perder el equilibrio. A través del cristal de la puerta lo veo.

Está sentado en una mesa al fondo, con varios libros abiertos, el pelo revuelto, un lápiz entre los dedos y esa concentración intensa que adopta cuando está intentando que el mundo no lo distraiga de algo importante. No me ha visto. Está estudiando. Está intentando construir el futuro que le pedí que imaginara conmigo. Y todo dentro de mí se parte en dos al verlo.

Quiero entrar. Quiero ponerme delante de él y preguntarle si es verdad. Gritarle que me mire y que me diga que Daniel miente, que Kassy se equivoca, que el instituto ha vuelto a inventarse una historia porque no soportan verlo feliz. Quiero preguntarle si ha sido tan tóxico desde siempre, si ha jugado conmigo, si me ha dejado enamorarme de él después de haberme quitado todas las demás posibilidades. Quiero preguntarle si alguna vez fui libre para elegirlo o si simplemente fui empujada hacia él por una serie de amenazas que yo nunca vi. Pero entonces lo miro otra vez. Miro sus apuntes. Sus ojeras. Su forma de apretar la mandíbula mientras escribe. Pienso en Boston. En la beca. En los exámenes finales. En todo lo que está haciendo para no quedarse atrapado aquí. Y, aunque una parte de mí lo odia en este momento, aunque esa parte quiere romperlo como siento que me está rompiendo a mí, no puedo entrar. No puedo destruirle la cabeza justo antes de los exámenes si existe la más mínima posibilidad de que todo esto sea un malentendido. No podría perdonármelo. Ni siquiera si al final descubro que no merece esa consideración y resulta que sí me ha mentido.

Me limpio la cara con las manos, giro sobre mis talones y camino hasta el despacho del director con una determinación desesperada. No sé qué aspecto tengo cuando entro, pero debe de ser terrible, porque la secretaria se levanta enseguida y me pregunta si estoy bien. Yo digo que no. No intento fingir. No puedo. Cuando el director aparece, le explico con la voz rota que tengo problemas personales, que no puedo hacer los exámenes con el resto de la clase, que necesito saber si existe alguna posibilidad de realizarlos en horario extraescolar. Me mira durante unos segundos, probablemente decidiendo si pedir más detalles o no. Gracias a Dios no lo hace.

—Por supuesto, Ava —dice al final—. Organizaremos algo. Ahora vete a casa y descansa.

Así que eso hago. Me voy.

No busco a Ryder a la salida. No le escribo. Simplemente salgo del instituto con la sensación de estar caminando fuera de mi

propio cuerpo, llego a casa y me encierro en mi habitación.

Durante dos días mantengo la ventana cerrada a cal y canto. También apago el teléfono. No quiero ver sus mensajes. No quiero ver sus llamadas. No quiero leer su nombre en la pantalla porque sé que, si lo hago, me voy a romper antes de tiempo. Sé que si escucho su voz quizá no sea capaz de sostener mi rabia. Y ahora necesito sostenerla. Necesito aferrarme a ella porque, sin rabia, solo queda dolor. Un dolor inmenso, oscuro, pegajoso, de esos que se meten en todos los rincones y convierten hasta el aire en una cosa pesada.

Lloro en silencio para que papá no me oiga. Le digo que estoy mal del estómago, que tengo estrés por los exámenes, que necesito descansar. Él me cree a medias, pero respeta mi puerta cerrada. A veces llama y pregunta si quiero sopa. A veces me deja agua en la mesita. A veces me dice que, si necesito hablar, está abajo. Yo le contesto que sí, que gracias. Pero no bajo. No puedo bajar. No puedo hacer vida normal cuando siento que alguien ha metido la mano dentro de mi pecho y ha arrancado algo que todavía estaba vivo.

La primera noche escucho un golpe suave en el cristal. Cierro los ojos. Otro golpe. Pequeño. Sé que es él. Que es Ryder. Me quedo inmóvil en la cama, abrazada a la almohada, con las lágrimas empapándome las mejillas. Durante unos segundos mi cuerpo intenta traicionarme. Quiere levantarse, abrir la ventana y verlo. Escuchar su versión. Quiere volver a ese lugar donde Ryder era la respuesta a todas las cosas que dolían. Pero no me muevo. Aprieto los ojos con fuerza, como si así pudiera dejar de oírlo, como si ignorar ese sonido no fuera la cosa más difícil que he hecho en la vida.

El tercer golpe suena más débil. Después nada. Y ahí lo siento. Algo se rompe dentro de mí. De verdad. No como una metáfora bonita ni como una frase dramática de novela. Es una sensación física, casi audible, como si una parte de mí crujiera al entender que echar a Ryder Knox de mi vida va a ser mucho más

difícil de lo que imaginaba. Porque no estoy cerrándole la ventana a un chico cualquiera. Estoy cerrándosela a sus besos, a sus caricias, a su cama, a Boston, a nuestra canción, a la forma en que me miraba cuando me decía que yo era el sol. Estoy cerrándosela al futuro que hace apenas unos días me atreví a imaginar.

Y la pena lo consume todo. Pero la rabia también. Porque si es cierto, si todo es cierto, entonces Ryder no solo me mintió. Me robó algo. Me robó la posibilidad de decidir sin miedo, sin presiones, sin un chico oscuro vigilando desde las sombras quién podía acercarse y quién no. Me robó la oportunidad de conocer a otras personas, de equivocarme por mí misma, de besar a alguien sin que ese alguien tuviera que temerle a una sombra que se cierne sobre mí. Me robó la seguridad en mí misma y me hizo sentir que había algo mal en mí. Y lo peor de todo es que quizá me obligó a enamorarme de él sin que yo lo supiera, quitándome todo con lo que pudiera compararlo hasta que solo quedó él. Su voz. Sus manos. Su ventana. Su nombre.

Y no es justo. No es justo que lo quiera tanto si me ha hecho algo así. Ni que una parte de mí siga queriendo creerle. No es justo que, incluso ahora, con el corazón lleno de rabia, lo imagine al otro lado de la calle, mirando mi ventana cerrada y sintiéndose abandonado otra vez.

Porque eso es lo más horrible de todo. Que me duele él. Más que nada en este jodido mundo. Me duele pensar en su cara al ver que no le abro la ventana. Me duele imaginarlo volviendo solo a su habitación, quizá pensando que al final todos tenían razón, que nadie se queda, que nadie lo elige cuando descubre la parte oscura de él.

Y quizá esa compasión debería hacerme sentir mejor. Pero solo me destroza más.

Porque ahora mismo no sé qué me duele más: pensar que Ryder Knox me ha mentido o tener miedo de que, incluso si lo hizo,

todavía encuentre dentro de mí alguna forma absurda de entenderlo.

CAPÍTULO 38

UN AGUJERO PROFUNDO, OSCURO Y SOLITARIO

Los exámenes han terminado. Y, sinceramente, me importa una mierda. Hace una semana me habría importado. Hace tres semanas habría estado emocionada. Hace un mes habría llegado a casa, habría abrazado a mi padre y habría celebrado que todo el esfuerzo había merecido la pena. Pero ahora no siento nada. Estoy vacía. Porque cuando algo se rompe por dentro, resulta que las cosas que antes parecían importantes dejan de serlo.

Recojo mi boletín de notas y lo guardo dentro de la mochila sin apenas mirarlo. Sé que son buenas. Lo sé porque he estudiado muchísimo estos últimos días. Porque Ryder y yo hemos pasado tardes enteras estudiando juntos, riéndonos, soñando con Boston y construyendo un futuro que ahora no sé ni siquiera si existe. Y eso es lo peor. Que ya no sé qué es real.

Camino por los pasillos del instituto con una sensación extraña, como si estuviera caminando dentro de un sueño horrible del que todavía no he despertado. Ni siquiera me planteo ir a la graduación. No quiero hacer fotos. No quiero escuchar discursos. No quiero celebraciones. Solo quiero ver a Ryder y saber la verdad.

Porque la rabia sigue ahí. Sigue quemándome el pecho. Pero ya no es lo único que siento. Ahora hay algo mucho peor. La necesidad desesperada de creer que todo esto es un malentendido. La necesidad de pensar que lo que he vivido con él ha sido real. Porque, si no lo ha sido, entonces no sé qué parte de mí soy yo y qué parte ha construido él. Y eso me aterra.

Salgo del instituto con el boletín en la mano y lo veo. Está en el jardín de la entrada. Esperándome. Y, de repente, el corazón se me rompe un poco más. Porque está guapísimo y porque a la misma vez está fatal. Tiene ojeras. Muchísimas. Lleva dos días sin saber

nada de mí y se nota. Tiene una sonrisa pequeña, triste, y el pelo un poco revuelto. Y, aun así, en cuanto me ve, sonríe un poco. Como si verme fuera suficiente. Se acerca despacio, casi con cautela, y mueve el boletín delante de mí.

—Lo he conseguido —dice y trago saliva.

—¿Sí?

Asiente.

—Lo he conseguido, Ava. Gracias a ti tengo un futuro. Gracias a ti… ambos lo tenemos.

Me esfuerzo muchísimo por sonreír. Muchísimo. Pero no me sale.

—Me alegro mucho por ti, Ryder.

Y él lo nota inmediatamente. Toda la sonrisa desaparece. Se pone nervioso. Muchísimo.

—¿Dónde has estado estos dos días? —lo miro y no sé ni por dónde empezar—. Si necesitabas estar sola para concentrarte mejor, lo habría entendido —su voz empieza a temblar—. Pero he estado muy preocupado —mis ojos se llenan de lágrimas y él se tensa todavía más—. Ava… —Da un paso hacia mí— ¿He hecho algo mal? Dímelo, por favor —dice y da otro paso, y mi respiración comienza a acelerarse—. Porque si he hecho algo mal, necesito saberlo. Y, sobre todo, necesito que sepas una cosa. Sea lo que sea, nunca he tenido intención de hacerte daño.

Cuando él se acerca más, yo me alejo. Y eso lo destroza. Lo veo en su cara. Porque creo que nunca me había alejado físicamente de él. Empieza a respirar con rapidez.

—Habla conmigo —suplica y su voz suena desesperada—. Sea lo que sea, lo arreglaré.

Y entonces lo miro y lo suelto.

—¿Sabes quién es Ray Bell?

Todo su cuerpo se paraliza. Palidece. Y mi corazón cae directamente al suelo. Porque reconoce el nombre. Es el primer chico que me dejó plantada cuando toda esa locura empezó y los chicos empezaron a correr de mí como si fuera portadora de un virus letal. Asiento despacio. Con una decepción tan enorme que casi me ahoga, y trago saliva.

—¿Amenazaste a todos los chicos que querían acercarse a mí con quitarles la vida?

—¿Qué? —pregunta mostrando incredulidad y abre mucho los ojos.

—Respóndeme.

—Por supuesto que no —contesta nervioso. Y, por un instante, quiero creerle. Quiero creerle con todas mis fuerzas. Pero entonces continúo.

—¿No amenazaste a Ray Bell con acabar con él si se acercaba a mí? —Él se queda completamente quieto—. Porque él lo asegura. Y todo el mundo también. Incluso parece ser que hay un vídeo que lo confirma. No puedo decir lo mismo de los demás chicos, pero de él, al parecer, sí.

—No es cómo tú crees —dice bajando la mirada y suspira.

Y entonces todo se derrumba. Porque no me ha dicho que no.

—Mírame —Ryder levanta la cabeza—. Mírame y prométeme que no amenazaste a Ray Bell con quitarle la vida si se acercaba a mí.

El silencio dura una eternidad. Y entonces dice algo que me destruye.

—No puedo hacer eso —dice y yo empiezo a hiperventilar.

—Dios mío…

—Ava… —susurra mi nombre e intenta acercarse a mí.

—¡No! —Me alejo— ¡No me toques! —Empiezo a llorar— Me has robado todas mis decisiones.

—No… —dice sacudiendo la cabeza.

—¡Sí! —La respiración me falla— ¡Me has hecho creer que había algo malo en mí! ¡Me has hecho pensar que el problema era yo! ¡Que nadie quería acercarse a mí porque había algo defectuoso en mí!

—No era eso.

—¡No tenías ningún derecho!

—Por favor, déjame explicarte —suplica con desesperación.

—¿Explicar qué? —Grito y noto cómo me tiembla todo el cuerpo— ¿Explicar que me has manipulado todo este tiempo para divertirte conmigo?

—¡Eso no es verdad! —grita y se le quiebra la voz—. Todo lo que he hecho ha sido quererte. Todo. Incluso las cosas que hice mal. Y eso es lo peor de todo, Ava. Que si pudiera volver atrás… probablemente volvería a cometer algunos de esos errores. Porque no soportaba la idea de perderte antes incluso de haberte tenido.

Lo miro. Y eso me destroza todavía más. Porque lo dice de verdad. Porque sé que lo dice de verdad. Pero ahora mismo no puedo soportarlo.

—No me has querido. Me has robado una parte de mí.

—No.

—¡Sí!

—Ava…

—¡Me has robado mis decisiones!

Él traga saliva.

—Te quiero de verdad —dice y su voz se rompe—. Con todas mis fuerzas. Solo he hecho amarte y protegerte.

—No me proteges si me quitas la libertad.

Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. Y aun así sigue intentándolo.

—No es como tú crees.

—¡Pues explícamelo! —Ryder abre la boca. Pero no le doy tiempo— ¿Sabes qué? ¡No, ahora no es el momento! No es justo que me digas que me quieres ahora y me quieras contar todo cuando ves el dolor que has causado y no antes —empiezo a llorar todavía más— ¿Sabes lo cruel que es esto? Has esperado semanas para decirme algo así y justo me lo dices cuando estoy rompiendo contigo. ¡Me has obligado a enamorarme de ti y era todo una mentira!

Él se queda inmóvil. Y, por primera vez, lo veo enfadarse un poco.

—¿Cómo se supone que obligas a alguien a amarte? —su voz suena herida— Ava… llevo cinco años intentando que me miraras. No sé ni cómo se obliga a alguien a enamorarse. ¿No crees que si tuviera ese poder lo habría hecho antes? No puedes culparme de algo que ni si quiera es posible. No si antes no me escuchas, por favor…

Y eso duele muchísimo. Porque una parte de mí quiere creerlo. Pero otra está decidida a olvidarse de Ryder Knox para siempre.

—Eso tendré que decidirlo esta vez yo.

—¿Qué significa eso? —pregunta y me mira confundido.

—Que voy a salir con otros chicos.

—¿Qué? —pregunta y veo en su rostro un dolor agudo y punzante que me mata.

—Porque no está prohibido salir conmigo —las lágrimas siguen cayendo por mis ojos—. Porque no tengo nada malo. Porque nunca fui culpable de nada.

—Ava… —dice y empieza a respirar con dificultad.

—Y después… ya se verá si tengo ganas de escuchar tus explicaciones. Explicaciones que no has querido darme en todo este tiempo que hemos compartido juntos, por cierto.

—¿Estás rompiendo conmigo? —pregunta dando un paso atrás.

No respondo. Porque creo que los dos sabemos la respuesta. Él intenta serenarse.

—Ahora mismo estás viendo las cosas de una manera que no son —su voz tiembla y traga saliva—. La rabia te está cegando. Tú no eres así —se acerca un poco—. Por favor, cálmate. Analízalo desde la calma. Déjame hablar cuando estés preparada.

Sin embargo, yo ya no puedo más. Porque si me quedo un minuto más a su lado voy a abrazarlo. Y eso sería muchísimo peor porque decidiré creer cualquier cosa que salga de su boca, sea cierta o no, siempre y cuando me permita seguir amándolo con todas mis fuerzas. Pero todo esto está mal. No puedo basar todo lo nuestro y nuestro en una mentira. Así que me doy la vuelta, empiezo a caminar, a alejarme de Ryder Knox.

—¡Ava! —oigo cuando me llama y no me detengo— ¡Ava, por favor!

—Necesito estar sola —le digo sin girarme y con esfuerzo porque las lágrimas no me dejan ni respirar.

Él empieza a caminar detrás de mí. Y entonces se detiene. Porque lo entiende. Sé que lo está haciendo. Por primera vez desde que me conoce, está respetando una decisión mía. Se queda quieto. Absolutamente quieto. Y yo sigo alejándome. Llorando. Con una sensación horrible dentro del pecho. Porque, de repente, entiendo una de las mayores tragedias del amor.

A veces, la persona que más daño te hace sigue siendo el único lugar donde quieres refugiarte cuando todo se derrumba.

CAPÍTULO 39

DIME QUE NO

Llevo varios días sin saber nada de Ryder y el silencio está empezando a consumirme de una forma que no sabía que fuera posible. Siempre he pensado que la ausencia era simplemente eso: la falta de alguien. Pero resulta que no. La ausencia también hace ruido. Un ruido insoportable que se instala en la cabeza y no deja de repetirte una y otra vez las mismas preguntas, los mismos miedos y las mismas imágenes hasta que ya no sabes distinguir qué es real y qué te estás inventando tú para sobrevivir.

No sé si Ryder está respetando el espacio que le pedí o si, simplemente, está empezando a olvidarme. Y esa segunda opción me está destrozando mucho más de lo que debería reconocer. Porque yo no estoy aprendiendo a vivir sin él. Yo apenas puedo respirar sin él. Todo me recuerda a él. Mi habitación, la ventana, las noches, el libro de Filosofía, los dónuts glaseados, las canciones, Boston y hasta el silencio. Sobre todo, el silencio.

Estoy tumbada en la cama mirando el teléfono por enésima vez cuando empieza a vibrar y el corazón me da un salto tan fuerte que hasta me incorporo de golpe. Pero enseguida descubro que no es él. Es el chat de las chicas. Kassy está emocionadísima porque anuncia que va a ir al Prom con uno de los chicos más guapos y ricos del instituto. Selena y Jannet empiezan a bombardear el chat con mensajes y emoticonos y, mientras ellas celebran la noticia, yo me descubro llorando de repente sin previo aviso. Porque yo quería ir al baile con Ryder. No quería una gran historia de película ni una entrada espectacular ni una limusina ni una corona de reina del baile. Solo quería entrar cogida de su mano, mirarlo de vez en cuando y pensar que, por una vez en su vida, alguien lo había elegido delante de todo el mundo.

En ese momento el móvil vuelve a vibrar y el corazón vuelve a latirme con fuerza, hasta que descubro el nombre que aparece en la pantalla.

Daniel Connell: *¿Quieres ir al Prom conmigo?*

Me quedo mirando el mensaje durante varios segundos. El mismo Daniel Connell que me dejó plantada. El mismo Daniel Connell gracias al que empezó toda esta historia. Y me siento completamente perdida. Porque no sé si aceptar sería una forma de empezar a olvidarme de Ryder o una forma muy cruel de castigarme a mí misma.

Entro en el chat de Ryder y comienzo a escribirle. Borro el mensaje. Vuelvo a escribir otro. Lo borro también. Y justo entonces aparece el pequeño texto que hace que mi corazón deje de funcionar durante un instante.

«Filosofía está escribiendo...»

Borro todo inmediatamente y espero. Y cuando por fin aparece su mensaje, el dolor lo llena todo. Está mal escrito, como si le costara sostener el teléfono o concentrarse o como si estuviera borracho. Pareciera que llevara varios días sobreviviendo igual que yo.

«M gstaría podr explicart lo q paso cuando stes trangila y asi puedas decidir si quiers apartarme o no. Si lo hacs stará bien. No voy a oblifarte a quedrte y te querré igualmente. Supongo q en algun momento sto seiba a acabar y te irias. T mereces algo mejor q yo»

Sus palabras me hacen llorar todavía más. Porque no está luchando por mí. No está enfadado. Ni está intentando convencerme. ¿Para qué quiere explicarme nada si ya se ha rendido? ¿Por qué me está dejando marchar tan fácilmente? ¿Por qué me está diciendo que está bien si lo dejo? ¡No está bien! Nada de esto está bien. No está bien que yo apenas pueda respirar y él me esté escribiendo como si estuviera despidiéndose de mí.

Y es precisamente desde esa desesperación desde donde cometo una estupidez enorme. Una de esas decisiones que sabes que van a doler antes incluso de tomarlas. Le escribo a Daniel Connell y acepto la cita. Después entro en el chat de Ryder y le escribo: «*Ya me dirás algo después de mi cita con Connell».*

Me arrepiento en cuanto lo envío. De forma inmediata. Porque sé exactamente dónde acabo de clavarle el cuchillo. Pero también sé que necesito encontrar una vida sin él por si todo esto no se arregla nunca.

Dos días después llega el Prom y me encuentro delante del espejo con el vestido puesto y una sensación horrible dentro del pecho. No estoy feliz. No me siento guapa. No siento absolutamente nada. Estoy atrapada en una espiral de dolor, rabia, culpa y remordimiento que no me deja avanzar. Esta cita ha sido una idea horrible y lo sé. No quiero ir con Daniel. No quiero bailar con nadie. No quiero fingir que estoy bien. Solo quiero a Ryder.

Cierro los ojos un instante y, por primera vez, le pido al universo que, por favor, Daniel me vuelva a dejar plantada. Pero el timbre suena. Y unos segundos después escucho la voz de mi padre.

—Ava, cariño. Tu cita está aquí.

Suelto un suspiro enorme y me obligo a sonreír. Está bien. Iré. Bailaré dos veces y le diré que me encuentro mal. Después iré a buscar a Ryder y hablaré con él. Porque ya no puedo más. Necesito escucharlo. Necesito saber si todo esto es una pesadilla o si realmente la persona que más he querido en toda mi vida me ha robado un año entero sin permitirme decidir.

Sin embargo, apenas llevamos unos minutos en el coche cuando Daniel frunce el ceño. Primero lo hace de forma sutil y luego empieza a ponerse nervioso.

—Qué raro…

—¿Qué pasa?

—No lo sé…

Pisa el freno. El coche no responde. Lo vuelve a intentar. Nada. Y entonces veo el miedo en su rostro. Un miedo real que le cambia completamente la cara.

—Ava… los frenos no funcionan.

Todo sucede demasiado deprisa. Daniel empieza a mover el volante desesperadamente mientras ambos gritamos. El coche derrapa, se desvía y el mundo entero se convierte en un estruendo insoportable antes de apagarse por completo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy dentro de una ambulancia. Me duele la cabeza y, cuando me llevo la mano a la frente, descubro sangre en mis dedos. Estoy desorientada, pero entonces escucho a Daniel hablar con la policía.

—¡Le han cortado los frenos! ¡Estoy seguro! ¡Ha tenido que ser Ryder Knox! ¡Entiende de mecánica y está obsesionado con Ava! ¡Seguro que se enteró de que ella iba a venir conmigo!

Me quedo en shock. No… No puede ser.

Salgo corriendo de la ambulancia ignorando los gritos de los sanitarios. Corro con todas mis fuerzas hacia casa de Ryder mientras las lágrimas no dejan de caerme. Como no puedo avanzar lo suficientemente rápido, me quito los tacones y los tiro al jardín de una casa por la que estoy pasando. Me agarro el dichoso vestido con las manos y continúo corriendo con todas mis ganas. Un coche de policía me adelanta y siento cómo el corazón se me desploma porque sé perfectamente hacia dónde va. Corro todavía más rápido.

Pero, cuando llego, ya es demasiado tarde. Lo están sacando de casa esposado.

Ryder levanta la cabeza y verlo así me mata. Está demacrado. Tiene unas ojeras terribles, la ropa arrugada, parece más delgado y completamente derrotado. Como si estos días sin mí le hubieran arrancado algo por dentro. Por favor, que todo haya sido

un malentendido. Por favor, por favor, que no haya hecho él todo este desastre y todavía tenga solución.

—¡RYDER! —Él me mira inmediatamente y veo la sorpresa en su rostro. Supongo que no esperaba que viniera y lo había dado todo por perdido— ¡Dime que es mentira! ¡Por favor! ¡Dime que no has sido tú! ¡Dime que no has intentado matar a Daniel! Dímelo mirándome a los ojos y te creeré —le suplico llorando a lágrima viva.

Pero Ryder ni siquiera reacciona a mis palabras. Sus ojos se quedan fijos en la sangre que me recorre la cara y toda su expresión cambia de golpe.

—¡JODER, ESTÁ HERIDA! ¡MIRADLA! ¡AVA, ESTÁS SANGRANDO!

—¡RYDER! ¡DIME QUE NO HAS SIDO TÚ!

—¡AVA, NECESITAS UN MÉDICO!

—¡DIME QUE NO! ¡TE LO SUPLICO!

Pero los policías ya lo están obligando a entrar en el coche patrulla y él sigue mirándome, completamente desesperado, sin preocuparse ni un solo segundo por sí mismo ni el futuro incierto que le espera.

—¡QUE LA REVISE UN MÉDICO! ¡JODER!

Y se lo llevan. Sin posibilidad de defenderse. Sin explicarse. Sin darme las respuestas que necesito desesperadamente. Y eso me destroza. Porque ya no sé qué creer. Porque el chico al que todo el mundo llama monstruo sigue siendo la única persona del mundo que, incluso esposado y viendo cómo su vida se derrumba delante de él, sigue preocupándose antes por mí que por sí mismo.

Mi padre sale entonces de casa, me ve en ese estado y corre hacia mí completamente asustado. Y, en cuanto me abraza, siento que mi cuerpo deja de resistir.

Porque ya no puedo más. Porque llevo demasiados días intentando sostener un amor que se está deshaciendo entre mis

manos. Y, finalmente, todo se vuelve negro otra vez y mi mente se apaga de nuevo.

CAPÍTULO 40

LA ÚNICA PERSONA DE MI MUNDO

Ryder

No sé qué demonios hago en un juicio. Bueno… sí lo sé. Tener a Ava Monroe solo para mí era un premio demasiado bonito para que alguien como yo pudiera conservarlo demasiado tiempo.

Supongo que el universo acaba equilibrando las cosas. Supongo que los chicos como yo no estamos hechos para quedarnos con la luz. Solo para mirarla desde lejos y acostumbrarnos a que, tarde o temprano, desaparezca.

Aun así, me permití el lujo de olvidarlo durante unos meses. Me permití pensar que quizá había llegado mi momento. Que quizá, por una vez en la vida, podía pasarme algo bueno. Que ella volvía a mirarme como lo hizo hace cinco años y descubría lo mismo que descubrí yo en hace cinco años: que estábamos hechos el uno para el otro. Porque sí. Lo supe. Y llevo cinco años intentando convencerme de que no lo supe. Pero es mentira. Lo supe.

Tenía trece años y acababa de llegar a un lugar desconocido, a miles de kilómetros de mi casa, sin amigos, sin entender nada y con una tristeza enorme por dentro que intentaba esconder porque Connor ya tenía suficiente con preocuparse por papá y por mí.

Y entonces apareció ella. Una niña rubia, llena de pecas, con unos ojos verdes enormes y una sonrisa tan sincera que parecía imposible que perteneciera a una persona real.

Y me miró. Joder. Me miró. No como si fuera el chico nuevo. Ni como si fuera un problema. Me miró como si hubiera estado esperando toda la vida a que llegara. Y yo me sentí exactamente igual. Como si el universo, por fin, hubiera colocado algo en el lugar correcto.

Era imposible no seguirla con la mirada. Era imposible no escucharla o sonreír cuando la veía correr por el jardín, bailar, cantar, reírse o hacer cualquier tontería. Porque Ava Monroe era eso. Vida. Pura luz. Y yo llevaba demasiado tiempo viviendo a oscuras.

Pero duró poco. Siempre dura poco. Mi padre empezó a ganarse una reputación horrible. Los rumores crecieron. Las miradas hacia nosotros cambiaron y mi hermano y yo empezamos a convertirnos en extensiones de los errores de mi padre.

Y un día, Ava desapareció. Bueno, no desapareció. Seguía estando allí. Pero ya no podía acercarse a mí. Su padre decidió que yo era peligroso. Y ella obedeció. Y, sinceramente, no la culpé nunca. Porque yo también pensaba que era lo mejor para ella. La mierda siempre salpica y de eso entendía yo bastante desde hacía mucho tiempo. Y mi mierda no debía salpicarle a ella.

Así que aprendí a conformarme. Aprendí a amarla desde lejos. A verla crecer. A quererla en silencio. A no molestarla. Aprendí a observarla cuando ella no miraba. A sobrevivir sin ella. Y sobreviví así durante cinco años. Cinco años enteros. Hasta que un día la cagué.

Hasta que un día ella estaba bailando en su habitación. Y joder. Iba en ropa interior, con el pecho al descubierto. Y, joder, ¡qué tetas! Estaba cantando, riéndose sola y siendo ella misma. Y no reaccioné a tiempo. Porque a veces, cuando llevas demasiado tiempo queriendo algo, bajas la guardia. Ava me pilló mirándola. Y todo cambió. Porque no apartó la mirada. Me devolvió exactamente la misma mirada que me regaló cinco años atrás.

No me miró como un peligro. Me miró como un imán. Y yo fui tan imbécil como para volver a tener esperanza. Ahora entiendo que ese fue mi error. La jodida esperanza. Porque la esperanza es una droga peligrosísima. Te hace creer que las cosas imposibles pueden pasar. Te hace creer que alguien como Ava Monroe podría enamorarse de alguien como yo.

Y, joder. Lo hizo. Creo que lo hizo de verdad. Y ha sido la mejor época de toda mi vida. Las ventanas. Los mensajes. Los besos. Las noches enredados el uno en el otro. Nosotros.

Y ahora lo he perdido todo. Porque ella ha demostrado ser igual que el resto. Y sé que es injusto pensar eso. Porque no lo es. Ella es humana. Y los humanos se asustan. Pero, joder… cómo duele que su miedo sea yo.

Porque ni siquiera quiso escucharme. Maldita sea, llevo días enteros esperando un mensaje suyo que diga: «Ya estoy preparada para escucharte». Pero no llegó. En su lugar llegó uno en el que me dijo que iría al baile con Connell, clavándome un puñal donde más heridas de vida tenía. Pero su herida fue la que caló más hondo, porque era la única parte de mi corazón que había llenado de esperanza y de Ava. Ella quería estar con otro que no era yo. Y no porque no me quisiera, o le gustara más el otro, sino porque yo no era como él, yo no soy como el resto, no soy lo que ella necesita, y nunca lo sería…

Y cuando tuvo un accidente y vino a buscarme únicamente para preguntarme si había intentado matarlo, eso… eso me rompió de una forma tan dolorosa que no sé cómo he sobrevivido a ese dolor.

—El señor Ryder Knox siempre ha mostrado una obsesión enfermiza por la señorita Ava Monroe.

La voz del abogado de la acusación me devuelve a la realidad. Levanto la cabeza un instante y la veo. Está sentada en el público con sus amigas y con su padre. Llorando. Y tengo que apartar la mirada inmediatamente porque no lo soporto. No soporto ver en su cara el miedo que antes era cariño.

—El señor Knox amenazó a todos los chicos que intentaron acercarse a la señorita Monroe. ¿Es cierto? —Me pregunta el individuo y me acerco al micrófono.

—No lo es.

—Está mintiendo.

Cuando llega el turno de la defensa, sale mi abogado. El abogado que mis amigos han pagado porque yo no tengo ni un duro.

—Llamo a declarar a Nicholas Stone.

Mi amigo Nick se sienta en el estrado. Y parece dispuesto a arrancarle la cabeza a cualquiera.

—¿El señor Knox está obsesionado de forma enfermiza con la señorita Monroe? —pregunta mi abogado y Nick suspira.

—Está enamorado hasta las trancas. Pero nada más.

La sala murmura.

—¿Ha amenazado a pretendientes de la señorita Monroe?

—Solo a uno.

Mierda. Miro en dirección a Ava discretamente y noto cómo ella se tensa.

—¿A cuál?

—A Ray Bell.

—¿Entonces sí es cierto?

Nick sonríe.

—Porque se lo merecía.

En ese momento mi abogado explica a la sala que va a reproducir un video que mi amigo Nick le ha proporcionado y lo presentará como prueba. Yo sabía que existía ese video ya que Nick siempre lo graba todo porque está cansado de que nos culpen a mis amigos y a mí de todo. Siempre dijo que hay que tener pruebas de todo en esta vida y, la verdad es que odio tener que darle la razón.

Toda la sala observa la grabación. En ella se ve a Ray Bell riéndose en el vestuario. Presumiendo. Diciendo que iba a acostarse con Ava, grabarlo y subirlo a internet. Y el silencio cae sobre toda la

sala. Entonces aparezco yo en el vídeo. Furioso. Fuera de mí. Y sí. Lo amenazo. Pierdo la puta cabeza. Porque en ese momento solo podía pensar una cosa. Que Ava merecía algo mejor que un monstruo así.

—¡Si te acercas a ella, te mato! ¡Monroe merece un hombre de verdad y no un puto abusador como tú, hijo de puta!

La imagen se tambalea entonces, pero se escucha cómo Nick me separa antes de matar a puñetazos a ese imbécil. Se escucha cómo mi amigo me arrastra fuera y me grita que me calme. Y se escucha cómo le grito que nunca vuelva a mirarla. Y ya está.

Solo se lo dije a él. Nunca a nadie más. No entiendo cómo la gente puede estar tan enferma de inventarse cosas y llegar a creerlas sin más sin haber visto o presenciado nunca nada. Al parecer, se creó todo un mito acerca de mí en el instituto, acerca de mi obsesión por Ava, que, aunque la tenga, nunca fue así de dañina, porque todos decían que yo había amenazado con rebanar el cuello de todo tipo que se le acercara y me acusaban de que solo me interesaba ella por su virginidad y por limpiar mi imagen. Y todo el mundo asumió que esa era mi verdad, sin cruzar una puta palabra conmigo. Pero Ava si me conoce, joder, debería haber sabido que eso no era cierto…

Entonces Nick interviene y me saca de nuevo de mi ensoñación.

—Ray Bell fue quien difundió el rumor. Dijo que Ryder había amenazado a cualquiera que se acercara a ella. Pero eso nunca pasó.

Entonces mi abogado vuelve a levantarse y, sinceramente, ya ni siquiera entiendo qué está pasando a mi alrededor. Me da igual todo. Que me declaren inocente y me dejen marchar, o culpable y me lleven. Llevo tanto tiempo sobreviviendo al miedo, a la culpa y a la sensación de haberlo perdido todo que ya no sé reaccionar ante nada. Solo quiero irme a casa, aunque la casa ya no sea un hogar. Solo quiero que esto termine, aunque sé perfectamente que, cuando

termine, Ava Monroe seguirá sin ser mía y seguirá pensando que soy un monstruo obseso y asocial.

Mi abogado pide permiso para mostrar una última prueba y la sala se queda en silencio. Yo ni siquiera presto demasiada atención al principio. Tengo la mirada clavada en la mesa. En mis propias manos. En los nudillos llenos de pequeñas heridas que ni recuerdo cómo me hice estos últimos días.

Mi abogado explica que ha conseguido una prueba más relacionada con el accidente de Daniel Connell e instintivamente levanto la cabeza. Mi abogado reproduce una grabación en la pantalla y veo que en ella aparece una grabación nocturna de alguna cámara de seguridad donde se ve a un hombre acercándose al coche de Connell durante la noche. Me quedo inmóvil y hasta sonrío porque no soy yo. Ni siquiera se parece a mí. Es un hombre bastante más mayor, rubio y mucho más delgado. Lo observo manipular algo en la parte delantera del vehículo mientras mi abogado explica a la sala que, después de investigar, descubrieron que el coche pertenecía al padre de Daniel Connell y que el responsable del sabotaje de los frenos era el marido de una mujer con la que el padre de Daniel mantenía una aventura desde hacía meses.

De repente todo cobra sentido de una manera absurda y devastadora a la vez. Ese hombre no quería hacer daño a Daniel ni a Ava. Quería vengarse del padre de Daniel y creyó que el coche lo iba a conducir él. Ni siquiera sabía que aquella noche iban a ir dos adolescentes dentro camino al baile de fin de curso. La tragedia que casi destroza nuestras vidas ni siquiera iba dirigida hacia nosotros. Éramos daños colaterales en una guerra de adultos a la que nunca pertenecimos.

Y, joder, eso me deja todavía más cansado de lo que ya estaba. Porque empiezo a pensar que la vida tiene una forma muy cruel de funcionar. Siempre son los demás quienes toman decisiones horribles y, de una manera u otra, las consecuencias terminan cayendo sobre la gente que menos culpa tiene. Mi padre tomó decisiones horribles y Connor y yo pagamos el precio. Los rumores

del pueblo tomaron vida propia y Ava pagó el precio. Un hombre quiso vengarse de una infidelidad y Daniel y Ava pagaron el precio. Y yo… yo llevo años pagando un precio por existir.

No siento alivio al descubrir que soy inocente porque yo ya sabía que lo era. Lo único que siento es una tristeza inmensa al pensar que todo este sufrimiento podría haberse evitado. Que Ava podría haberme escuchado. Que podría haber confiado en mí solo una vez. Que podríamos estar celebrando nuestros exámenes, hablando de Boston o discutiendo qué canción iba a ser la nuestra en lugar de estar sentados en un maldito juzgado descubriendo que el destino nos ha vuelto a arrebatar algo que ni siquiera nos había dado tiempo a disfrutar.

Entonces la miro de reojo. Está llorando mientras observa la pantalla y sé exactamente lo que está sintiendo. Está descubriendo que no soy el monstruo que le vendieron y puede que se culpe por haber creído a los demás antes que a mí. Pero, al mismo tiempo, sé que eso no basta. Porque hay heridas que no desaparecen cuando aparece la verdad. La confianza no vuelve de golpe. Y el miedo, una vez que entra en el corazón de alguien, es muy difícil expulsarlo. Así que ni siquiera me permito ilusionarme. Porque he demostrado que no intenté matar a nadie, sí, pero sigo teniendo la sensación de haber perdido igualmente a la única persona que he querido de verdad en toda mi vida.

—El señor Ryder Knox es declarado inocente de todos los cargos.

Y, sin embargo, no siento alivio. Porque sigo habiéndolo perdido todo.

Levanto la cabeza y la veo. Sigue llorando. Y me está mirando. Y durante una décima de segundo pienso en acercarme. Pero su padre la agarra y se la lleva. Ella intenta detenerle y quiero correr hacia ella y gritarle a su padre que la suelte, que me deje abrazarla, aunque sea una puta vez más.

Nick aparece a mi lado y me agarra del brazo.

—Mándala a la mierda —lo miro y en mi interior la carne se me abre porque él nunca me diría algo así si pensase que tengo una remota posibilidad de ser feliz al lado de Ava—. Si no fue capaz de creerte cuando más la necesitabas, Ava Monroe merece que la mandes al infierno.

Lo observo con consternación. Después vuelvo a mirar la puerta por la que ella acaba de salir. Y entonces me derrumbo. Porque no puedo. Simplemente no puedo más. Y empiezo a llorar. Como un niño pequeño. Como nunca he llorado.

Nick me abraza.

—Todo va a ir bien.

—No.

—Sí.

—No, Nick.

Porque, aunque sea inocente… La he perdido igualmente. Después de todo esto está claro que ella me volverá a ver como una amenaza, un puto psicópata enfermizo. Y no como lo que siempre he querido ser para ella, lo que siempre ha sido ella para mí: luz y esperanza.

Hay una cosa que nadie sabe de mí. Y es que llevo cinco años enteros ensayando conversaciones que nunca he tenido con ella. Cinco años imaginando cómo sería hablar con Ava Monroe sin miedo, sin que su padre nos separara, sin que el pueblo entero me recordara constantemente quién soy y de dónde vengo. Cinco años inventándome respuestas, bromas y momentos que nunca llegaron a existir. Cinco años viviendo dos vidas distintas: la real y la que construía en mi cabeza cada vez que la veía pasar delante de mí.

Porque la realidad era bastante más simple. La realidad es que ella iba creciendo y yo también, pero mientras ella se convertía en una persona llena de posibilidades, yo me iba convirtiendo en una advertencia. Y lo peor es que llegó un momento en el que yo mismo me lo creí. Me convencí de que acercarme a Ava era egoísta.

Me convencí de que quererla era una imprudencia. De que, si de verdad la amaba, tenía que apartarme. Porque eso es lo que haces cuando quieres algo que consideras demasiado valioso para ti: lo proteges incluso de tu propia existencia.

Así que aprendí a quererla en silencio. Pero nadie te enseña lo difícil que es eso. Nadie te enseña lo agotador que es vivir enamorado de alguien y fingir que no existe. O lo mucho que duele contener todos los impulsos que te nacen por dentro. Ni a gestionar el hecho de ver a la persona que más te importa del mundo y actuar como si fuera una desconocida y tú ni existieras.

Y joder… qué agotador ha sido. Porque nunca he dejado de verla. Nunca. He visto cómo se ponía nerviosa antes de los exámenes. He visto cómo se frustraba cuando no entendía algo. He visto cómo sonreía a la gente incluso cuando ella no estaba teniendo un buen día. He visto cómo abrazaba a sus amigas. Cómo ayudaba a profesores a recoger material sin que nadie se lo pidiera. Y cómo se emocionaba con cualquier tontería.

Y he pensado una barbaridad de veces que no podía existir una persona tan bonita. No bonita físicamente. Eso era evidente. Siempre ha sido preciosa. Pero no era eso. Era la forma en que existía. La forma en que ocupaba el espacio. La manera en que mejoraba todo lo que la rodeaba. Cómo hacía sentir importantes a los demás. Y, sobre todo, la forma en que me hizo sentir a mí cuando tenía trece años. Porque nadie me había mirado así nunca. Y nunca nadie volvió a hacerlo hasta hace unos meses.

Por eso no puedo soportar que piense que he jugado con ella. Que haya dudado de mí. Joder, ha pensado que he intentado cargarme a Connell. ¿Qué clase de monstruo cree que soy? Si hay una persona en el mundo con la que jamás jugaría es Ava Monroe. Si hay una persona cuya felicidad siempre he puesto por encima de la mía es ella. Si hay una persona por la que habría aceptado vivir una vida entera observándola desde lejos sin tocarla jamás, era ella.

Y eso es lo más ridículo de todo. Que toda esta historia no empezó porque quisiera poseerla. Empezó porque me conformé con no perderla del todo. Porque hay gente que ama esperando ser correspondida y luego estamos los imbéciles como yo, que aprendemos a amar conformándonos con existir cerca.

Y quizá eso tampoco sea sano. Quizá sea raro. Puede que hasta dé miedo. Pero nunca fue egoísta. Nunca.

Nunca he querido convertirla en algo mío ni arrancarle la libertad. Si hubiera podido elegir un deseo, habría elegido algo muchísimo más simple y muchísimo más difícil al mismo tiempo: que me eligiera ella libremente. Solo eso. Una vez. Una sola vez en toda la vida.

La gente cree que llevo cinco años planeando que Ava Monroe me pertenezca y lo cierto es que llevo cinco años intentando convencerme de que no me pertenece y de que nunca lo hará.

Y hay una diferencia enorme entre ambas cosas.

Yo no quería una Ava encerrada conmigo. Quería una Ava feliz. Quería una Ava libre. Quería una Ava capaz de irse a Boston, de perseguir sus sueños, de conocer el mundo entero y, aun así, mirarme un día y pensar: «Quiero que vengas conmigo».

Eso era todo. Nunca quise ser su cárcel. Solo quería convertirme en su hogar.

Y, joder… qué ironía tan cruel. Porque al final he terminado convirtiéndome exactamente en aquello que más miedo me daba parecer a sus ojos. Un problema. Un error. Un peligro. Una prisión.

Sin embargo, la realidad es muchísimo más sencilla y muchísimo más patética: soy un chico de diecinueve años que se enamoró demasiado pronto, demasiado fuerte y demasiado tiempo de la misma persona y que, por primera vez en toda su vida, pensó que el destino estaba empezando a devolverle un poco de lo que le había quitado.

Pero el destino nunca me ha debido nada. Es el que es y tengo que volver a aprender a conformarme a vivir sin ella.

CAPÍTULO 41

DONDE SIEMPRE

No sé en qué momento empiezo a gritar. Solo sé que estoy en el salón de casa, todavía con la ropa arrugada, la garganta destrozada y los ojos tan hinchados que casi me cuesta ver con claridad. Papá está delante de mí, pálido, asustado, intentando decir algo que no escucho porque dentro de mi cabeza solo hay una frase repitiéndose una y otra vez con una crueldad insoportable: Ryder era inocente. Ryder era inocente y yo dudé de él. Ryder era inocente y yo lo miré como si fuera capaz de hacer exactamente aquello que todo el mundo esperaba de él.

—¡Es culpa tuya! —le grito, y mi voz suena rota, horrible, como si saliera de una parte de mí que ni siquiera reconozco—. ¡Tuya y de todo este maldito pueblo! ¡Todos habéis tenido la culpa! ¡Me habéis hecho creer cosas que no eran! ¡Me habéis repetido durante años que Ryder era peligroso, que no debía acercarme a él, que era un problema, que todo lo que tocaba acababa mal, y yo os escuché! ¡Os escuché a todos! ¡Y ahora lo he defraudado yo también!

Papá abre la boca, pero no le dejo hablar. No puedo. Si habla, si intenta explicarse, si intenta justificar lo injustificable, siento que voy a perder la cabeza todavía más. Estoy llorando con tanta fuerza que casi no puedo respirar, pero no quiero calmarme. No quiero que nadie me diga que respire, que me siente o que deje pasar las horas. Quiero sentirlo todo. Quiero que me duela cada pensamiento, cada recuerdo y cada segundo, porque me lo merezco. Me merezco este dolor. Me merezco esta culpa. Me merezco saber que he hecho exactamente lo mismo que juré que no haría nunca: juzgar a Ryder Knox sin escucharlo.

—Ava, cariño, yo solo quería protegerte —dice papá al fin, con la voz cargada de miedo—. No tienes que cargar conmigo ni con

el pueblo entero. Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado. Solo he intentado cuidarte porque te amo con locura. Eres mi hija. No podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo te acercabas a un chico con tantos problemas alrededor.

—¡Pero ese es el problema! —le grito, señalándolo con una rabia que me quema por dentro—. ¡Que nunca eran sus problemas! ¡Eran los de su padre, los de los rumores, los de todo el mundo! ¡Y nosotros convertimos a Ryder en una extensión de todo eso! ¡Lo miramos como si fuera culpable antes de que hiciera nada! ¡Y yo…! —la voz se me quiebra y me llevo una mano al pecho porque siento que algo me está aplastando desde dentro—. Yo era la única que tenía que haberlo mirado diferente. Yo lo conocía. Yo sabía cómo era conmigo. Yo sabía cómo me cuidaba, cómo me escuchaba, cómo se preocupaba por mí incluso cuando todo se le venía encima. Y aun así dudé. Dudé de él, papá. Dudé de Ryder.

Lloro con más fuerza hasta rasgarme la voz. Papá intenta acercarse y yo retrocedo, negando con la cabeza. No quiero sus brazos todavía. No quiero consuelo. No quiero que nadie suavice esto. Si me consuelan demasiado pronto, si me dicen que soy joven, que estaba asustada, que cualquiera habría dudado, siento que me van a robar incluso la única cosa que ahora mismo puedo darle a Ryder desde lejos: la conciencia absoluta de que me equivoqué. De que fui injusta. De que lo herí donde más dolía. De que le demostré que, al final, cuando el mundo entero lo llamó monstruo, yo también fui capaz de verlo así durante un instante.

—Todo es injusto —digo entre sollozos, ya sin fuerza para gritar, pero con una rabia más amarga, más profunda, más triste—. Todo. Lo que le habéis hecho durante años, lo que le hice yo, lo que acaba de pasar… Mira lo que le hemos hecho. Mira en qué lo hemos convertido. No porque él sea así, sino porque todos necesitabais que lo fuera para tener razón.

Papá consigue abrazarme al fin. Al principio intento apartarme, pero no tengo fuerzas. Y entonces, cuando sus brazos me rodean, me deshago por completo. Me derrumbo contra su

pecho como si volviera a ser una niña pequeña, pero ya no hay nada infantil en este llanto. Es un llanto feo, adulto, desesperado. De esos que no buscan atención ni ternura, sino una forma de sacar del cuerpo algo que pesa demasiado para seguir llevándolo dentro. Papá me acaricia el pelo y me dice que lo siente, que respire, que estoy en shock, que no piense ahora en nada definitivo, pero yo solo puedo agarrarme a su camiseta y llorar con la sensación de que todo lo que amo se ha quedado al otro lado de una puerta cerrada que no sé si Ryder querrá abrirme alguna vez.

—¿Y ahora qué hago? —susurro contra su hombro, temblando entera—. ¿Qué hago ahora, papá? Lo quiero. Lo quiero con toda mi alma. Me voy a morir sin él. Me voy a morir si no me perdona. No sé cómo vivir sabiendo que él piensa que soy como todos los demás. No sé cómo respirar si no puedo decirle que lo siento.

Papá se queda callado unos segundos. Lo noto tragar saliva antes de hablar, como si estuviera eligiendo unas palabras que no sabe si me van a salvar o hundir un poco más.

—Se te pasará, Ava —susurra y me aparto apenas un poco para mirarlo.

—¿Qué?

—A los dos se os pasará —dice con una ternura torpe, desesperada, de padre que quiere curar una herida sin entender todavía su profundidad—. El tiempo lo cura todo. Sois jóvenes. Volveréis a amar. Ahora parece el fin del mundo, lo sé, pero algún día esto será una anécdota dolorosa. Una historia de juventud. Algo que recordarás con tristeza, pero no con este dolor.

Lo miro como si acabara de decirme algo cruel, aunque sé que no lo intenta. Sé que mi padre me quiere. Que está asustado. Ha construido su vida alrededor de la idea de protegerme desde que mamá ya no está, pero eso no hace que sus palabras duelan menos. Porque para él Ryder sigue siendo un capítulo. Para mí es el libro entero que no quiero cerrar.

—No voy a olvidarlo nunca —digo llorando—. No puedo. Y tampoco quiero. No quiero que se me pase. No quiero que Ryder se convierta en una anécdota. Nadie sabe lo maravilloso que es. Nadie. Solo yo. Solo yo he tenido ese privilegio y lo he estropeado todo. He sido la persona a la que él dejó entrar y, cuando más necesitó que me quedara, hice lo mismo que todos: salí corriendo.

Papá baja la mirada. Algo en su cara cambia. Creo que, por primera vez, entiende que no estoy hablando de un amor adolescente que se cura con distancia, universidad y otros chicos. Estoy hablando de una culpa que va a cambiarme para siempre si no hago algo con ella. Lo veo luchar contra su miedo, contra todos sus prejuicios y contra esa imagen de Ryder que lleva años alimentando dentro de sí mismo. Y, cuando vuelve a mirarme, su voz suena más baja.

—Entonces ve a hablar con él.

—¿Qué? —pregunto parpadeando.

—Ve a hablar con el chico y explícale lo que sientes —insiste y yo me río sin humor, con un sonido roto que no se parece en nada a una risa.

—¿Cómo demonios voy a ir después de todo y decirle que me perdone sin más? —pregunto, sintiendo cómo la vergüenza se me clava en la piel—. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara después de haberlo acusado de algo así? ¿Cómo voy a pedirle que me escuche cuando yo no lo escuché a él?

No espero respuesta. Me aparto de mi padre y subo corriendo las escaleras, encerrándome en mi habitación antes de que pueda seguir hablando. Necesito llorar sin que nadie intente explicarme el mundo. Necesito hundirme, que la culpa haga su trabajo y me arranque todas las excusas, una por una, hasta dejarme solo con la verdad: Ryder merecía algo mejor de mí.

El móvil empieza a vibrar al cabo de un rato. Primero una llamada de Selena. Después otra de Jannet. Luego mensajes en el grupo. Kassy también escribe. No abro nada. No quiero hablar con

nadie. No quiero que mis amigas me digan que no es culpa mía, que estaba asustada, que todo apuntaba a Ryder, que cualquiera habría dudado. No quiero que me perdonen antes de que Ryder lo haga, porque sus perdones ahora mismo no me sirven de nada. El único perdón que necesito está al otro lado de la calle y ni siquiera sé si está allí.

Me acerco a la ventana cuando ya empieza a caer la tarde. La casa de Ryder está en silencio. No veo movimiento. No hay luces encendidas ni sombras cruzando su habitación. Durante un rato me quedo allí, mirando como tantas veces hice antes, solo que ahora la ventana ya no parece una promesa sino una condena. Pienso en todas las veces que él esperó detrás de ese cristal sin pedirme nada. En todas las veces que aceptó mis tiempos, mis miedos, mis contradicciones. Pienso en lo fácil que fue para mí acostumbrarme a que Ryder estuviera siempre ahí y lo poco preparada que estaba para descubrir que quizá yo también podía perderlo.

Cuando está anocheciendo, no aguanto más. Salgo de mi habitación sin decir nada. Papá me llama desde abajo, pero no contesto. Cruzo la calle con el corazón golpeándome la garganta y llamo a la puerta principal de la casa de Ryder. Una vez. Dos. Tres. No hay respuesta. Vuelvo a llamar, esta vez con más desesperación, pero la casa sigue muda. Entonces rodeo la fachada y voy hasta la escalera lateral que lleva a su ventana. Subo casi sin pensar, con las manos temblando, rezando por encontrarlo allí, por verlo enfadado, triste, borracho, roto, lo que sea, pero verlo. Necesito verlo. Necesito que exista delante de mí para poder decirle que lo siento, aunque no me perdone.

La ventana tiene una pequeña rendija abierta. Consigo entrar. Pero cuando lo hago, me encuentro que su habitación está vacía. El golpe de realidad es tan fuerte que durante unos segundos me quedo inmóvil, de pie junto a la ventana, intentando escuchar algo que no existe. Su respiración. Sus pasos. Su voz diciéndome Monroe con esa mezcla de burla y ternura que me desarmaba

siempre. Pero no hay nada. Solo su habitación. Su cama deshecha. Su olor. Sus cosas. El espacio donde Ryder debería estar y no está.

—¿Ryder? —lo llamo en voz baja. Nada.

Salgo de la habitación y empiezo a recorrer la casa. Bajo las escaleras, miro en la cocina, en el salón, en el baño, incluso en rincones absurdos donde sé que no va a estar. Lo llamo una y otra vez, cada vez con menos voz y más miedo, hasta que entiendo que estoy sola en su casa. Sola en el único lugar donde, hace apenas unos días, me sentí más acompañada que nunca.

Vuelvo derrotada a su habitación y me siento en el borde de la cama. El silencio pesa muchísimo. Saco el móvil con las manos temblorosas y pulso su número. Durante un instante, mientras escucho el tono vacío, el corazón me trota tan fuerte en la garganta que casi no puedo respirar. Pero el teléfono da apagado. La voz automática me ofrece dejar un mensaje y, cuando escucho el pitido, se me rompe la poca entereza que me quedaba.

—Ryder, por favor… —mi voz sale temblorosa, deshecha, casi irreconocible—. Te lo suplico, perdóname. Te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo. Lo siento. Lo siento muchísimo. Por favor, perdóname. Aunque no quieras estar conmigo. Eso lo entenderé. Lo entenderé de verdad, aunque me mate. Pero quiero que sepas que lo lamento de corazón. Debí haberte escuchado. Debí haberte creído. No debí haber dudado de ti jamás. Perdóname… te quiero. Te quiero. Con todo mi ser, Ryder. Con todo lo que soy.

Cuelgo antes de quedarme sin aire y empiezo a llorar como una estúpida, abrazando el teléfono contra el pecho como si eso pudiera acercarme a él de alguna forma. Me siento ridícula, desesperada, miserable. Me levanto solo porque quedarme quieta me duele demasiado y empiezo a tocar las cosas de su escritorio con la punta de los dedos, intentando recrearlo a través de todo lo que ha dejado atrás. Un bolígrafo mordido. Un cuaderno con fórmulas. Un recibo doblado. Un libro abierto por una página cualquiera. Cada

objeto parece tener algo de él, algo que no puedo tocar sin romperme un poco más.

Entonces abro un cajón pequeño y me quedo sin aliento.

Al principio no entiendo lo que estoy viendo. Mi corazón necesita unos segundos para asumirlo. Allí están las braguitas con el número 09 que una noche le lancé por la ventana, dobladas con un cuidado absurdo. Junto a ellas hay una pulsera de hilo que perdí hace más de un año. Recuerdo haberla buscado durante días, convencida de que se me habría caído en el instituto o en la calle. También hay una foto de mi cara recortada de una antigua orla. La cojo con dedos temblorosos y, al mover algunos papeles, descubro más. Varias fotos. De varias orlas. Diferentes etapas de mí durante los últimos cinco años. Mi pelo más corto. Mi sonrisa de niña. Mis cambios. Mis años pasando sin saber que, al otro lado de la calle, alguien guardaba pequeños pedazos de mi vida como si fueran tesoros.

Mi corazón se encoje y a la vez se llena de amor. No pienso que sea extraño ni obsesivo. No pienso ninguna de las cosas que el pueblo pensaría si viera este cajón. Solo pienso una cosa, una sola, enorme y devastadora: Ryder me ha querido todo este tiempo. Me ha querido en silencio, sin pedirme nada, sin tocarme, sin interponerse en mi vida salvo aquella vez en la que quiso protegerme de alguien que pretendía humillarme. Me ha querido mientras yo crecía, mientras yo lo ignoraba, mientras yo creía que mi vida simplemente era así, mientras yo aceptaba la versión que otros habían construido de él. Me ha querido con una paciencia tan triste que me dan ganas de arrancarme el corazón para no sentir lo que estoy sintiendo.

Cierro el cajón con cuidado, como si estuviera cerrando una herida abierta, y me tumbo en su cama. Abrazo su almohada y aspiro su aroma con una desesperación que me avergüenza, pero que no puedo controlar. Huele a él. A Ryder. A casa. A todo lo que he perdido por no haber sabido detenerme a escucharlo. Lloro durante horas. O eso creo. Pierdo la noción del tiempo. Solo sé que

la habitación se va oscureciendo y yo sigo allí, aferrada a su almohada como si fuera lo único que me queda de él, como si ese olor pudiera impedir que la realidad termine de tragársemelo.

Cuando por fin consigo incorporarme, estoy agotada. Me duelen los ojos, la cabeza, el pecho, la garganta. Todo. Pero hay una calma rara debajo del dolor. Me encuentro llena de decisión. Busco un papel en su escritorio y escribo una nota con una letra temblorosa, manchada en algunas partes por lágrimas que caen antes de que pueda apartarlas.

Ryder: No hace falta que me respondas hoy. Ni mañana. Ni la semana que viene. Solo quiero que sepas que voy a estar donde siempre. Esperándote. Esta vez serás tú quien decida si vuelve a abrir esa ventana para mí o no. No voy a obligarte a nada. No voy a perseguirte. No voy a pedirte que me quieras después de haberte fallado. Solo quiero que sepas que te creo. Te creo a ti. Y siento muchísimo haber tardado tanto en hacerlo. No estás solo, aunque ahora mismo te sientas así por mi culpa. Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida y ojalá algún día puedas perdonarme, aunque sea solo para que el recuerdo de mí no te duela tanto. Te quiero con toda mi alma. Ava.

Dejo la nota sobre la cama, justo encima de la almohada, y durante unos segundos me quedo mirándola como si acabara de dejar allí una parte de mí. Después respiro hondo y camino hacia la ventana. Podría dejarla abierta. Una parte desesperada de mí quiere hacerlo, como si así pudiera invitarlo a volver, como si la ventana abierta fuera una súplica silenciosa. Pero no lo hago. Esta vez no. Porque Ryder ya ha sostenido demasiadas puertas abiertas para mí. Demasiadas esperanzas. Demasiados silencios. Y ahora debe ser él quien decida si quiere volver a abrirme algún lugar en su vida.

Salgo por la ventana y bajo la escalera con torpeza. Antes de cruzar la calle, miro una última vez hacia su habitación. Después miro la ventana cerrada desde fuera, dejando tras ella la nota, el

olor de su almohada y todas las cosas que no he sabido cuidar cuando las tuve entre las manos.

Papá me está esperando en el salón cuando entro en casa. Está de pie, con el rostro lleno de preocupación, y me pregunta dónde estaba, si estoy bien, si se me ha ocurrido salir sola después de todo lo que ha pasado. Pero no puedo responderle. No porque quiera castigarlo, sino porque no tengo fuerzas para sostener otra conversación, otra explicación, otra mirada de culpa ajena cuando la mía ya me está devorando por dentro. Paso junto a él sin decir nada, subo las escaleras y me encierro en mi habitación.

Solo entonces miro mi propia ventana cerrada.

Ahora soy yo quien espera al otro lado.

CAPÍTULO 42

EL ECO DE RYDER

Han pasado dos meses. Sesenta días. Sesenta noches. Sesenta oportunidades desperdiciadas de arreglar la peor decisión que he tomado en toda mi vida. Y lo más horrible de todo es que el tiempo no está haciendo su trabajo. Todo el mundo miente cuando dice que el tiempo lo cura todo. El tiempo no cura nada. El tiempo simplemente te obliga a convivir con el dolor hasta que aprendes a respirar alrededor de él. Pero sigue ahí. Siempre está ahí.

Hay días en los que me despierto y, durante unos segundos, no recuerdo nada. Son unos segundos maravillosos. Un regalo. Una tregua. Entonces miro hacia la ventana y el pecho se me desploma de golpe. Porque ya no hay nada. No hay luz. No hay movimiento. No hay un chico apoyado en un cristal mirándome como si yo fuera la mejor parte de su día. Ya no está Ryder Knox. Y resulta que la ausencia de una persona puede llegar a ocupar muchísimo más espacio que su propia presencia.

He dejado de contar las veces que he cruzado la calle. He dejado de contar las veces que he llamado a su puerta, que he subido por aquella escalera solo para encontrar una habitación vacía y silenciosa.

Su teléfono sigue apagado. Y lo único que me queda es escribirle. Porque no sé qué otra cosa hacer. Porque necesito que, si algún día vuelve, sepa que estuve aquí. Esperándolo. Como él me esperó a mí durante cinco años. Las notas se han convertido en una rutina. Las deslizo cada pocos días por debajo de la puerta y me marcho sin esperar nada a cambio.

"No hace falta que me perdones hoy. Solo necesito que sepas que sigo aquí."

"No voy a pedirte que olvides lo que hice. Solo quiero que algún día me permitas explicarte que tuve miedo y que el miedo me convirtió en una persona que no reconozco."

"Ahora entiendo una cosa. Amar a alguien también consiste en creer en él cuando todo el mundo deja de hacerlo. Y yo fallé precisamente en eso. Lo siento."

"Ojalá hubiera sido tan valiente contigo como tú lo fuiste conmigo."

Y la última es la que más me costó escribir:

"Si algún día vuelves y ya no me quieres, lo entenderé. Pero necesito que sepas que nadie ocupará el lugar que has dejado en mí."

Las dejo. Me marcho. Y vuelvo al día siguiente. Como una penitencia y una promesa a la vez. Como una persona desesperada intentando reconstruir algo que quizá ya no existe.

Ni siquiera Nick Stone ha querido ayudarme. Kassy ha intentado hablar con él varias veces, pero ha sido inútil. Nick está enfadado. Muchísimo. Y lo entiendo. Porque si alguien hubiera hecho sufrir a Ryder de la forma en la que yo lo he hecho, seguramente yo también lo odiaría. Al menos eso me tranquiliza un poco. Saber que Ryder no está completamente solo. Que hay alguien ahí que lo quiere y lo protege. Aunque no sepa dónde está. Ni si duerme bien, si come, si sigue pensando en mí, si me odia… Seguramente sea ese el caso. Y no podría culparlo. Pero necesito saber que está vivo. Que está bien. Solo eso.

Una tarde cualquiera, cuando ya estoy empezando a asumir que viviré en esta incertidumbre para siempre, veo movimiento en su casa. Una chica morena, de pelo corto y unos veinticinco o veintiséis años, está abriendo la puerta con una llave. El corazón me da un vuelco tan fuerte que ni siquiera pienso. Salgo corriendo de casa y atravieso la calle a toda velocidad.

—¡Hola! —grito a pleno pulmón. La chica levanta la cabeza y me dedica una sonrisa amable.

—Hola —me responde con amabilidad. Estoy tan nerviosa que siento que me va a dar algo.

—Por favor… ¿sabes algo de Ryder? Solo dime si está bien —pregunto en una súplica y la mujer me observa unos segundos.

—¿Quién eres?

—Soy Ava —respondo y trago saliva.

Su expresión cambia. Palidece ligeramente. Como si ese nombre significara algo. Pareciera como si lo reconociera. Como si lo hubiera escuchado muchas veces. Sabe quién soy…

—Solo puedo decirte que está mejor —dice finalmente con un suspiro. Mi corazón se acelera. Está bien. Dios mío. Está bien—. Está intentando pasar página del trauma —siento un pinchazo horrible en pecho al oír eso—. Necesita salir de este pueblo. Empezar una vida nueva. Dejar atrás todo lo que le ha causado dolor e inseguridades. Y los que lo apreciáis, le debéis esa oportunidad.

El aire desaparece de mis pulmones. Porque eso me incluye a mí. Yo soy parte de ese dolor y también parte de quien aprecia a Ryder. Yo también soy un recuerdo del que necesita escapar. La miro intentando sostenerme.

—¿Quién eres? —inquiero y ella parece pensarse la respuesta.

—Su novia —dice finalmente dejándome completamente a la deriva. Y mi corazón deja de existir. No se rompe ni se parte. Simplemente deja de existir.

Asiento. Ni siquiera sé cómo sigo de pie. No digo nada más. Solo doy media vuelta y salgo corriendo.

Cuando entro en casa, mi padre está en la cocina preparando café. Me mira y lo sabe inmediatamente. Sabe que he

vuelto a caer dentro del agujero. Sabe que me estoy hundiendo otra vez. Intenta reaccionar rápido cambiando de tema. Supongo que preguntarme ahora mismo qué me pasa es estúpido. Él lo sabe bien.

—Ava, cariño, tenemos que hacer ya la inscripción para la universidad de Boston. Se nos pasa el plazo —me dice con cariño. Lo miro y las lágrimas empiezan a caer otra vez.

—Me voy a California —le informo y papá frunce el ceño.

—¿Estás segura?

Asiento. Y, por primera vez en dos meses, sé exactamente lo que estoy haciendo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Ryder necesita rehacer su vida —mi padre no dice nada—. Porque necesita dejar atrás todo lo que le hizo daño. Y yo… soy parte de eso —se me quiebra la voz—. Soy un fantasma de la peor etapa de su vida —y mientras digo esto, las lágrimas siguen cayendo, empapando toda mi cara—. Y no pienso perseguirlo. No pienso hacer con él lo que él nunca hizo conmigo —trago saliva—. Cuando yo lo rechacé, él me dejó ir. Me amó desde la distancia. Me respetó. Me esperó. Nunca me obligó a nada —bajo la mirada—. Ahora me toca a mí hacer lo mismo.

Mi padre permanece en silencio. Y yo me doy cuenta de una cosa horrible. A veces amar a alguien no consiste en luchar por retenerlo. A veces consiste en desaparecer de su camino para que pueda volver a encontrarse a sí mismo.

Y, aunque eso me destroce por completo, voy a hacerlo. Porque si realmente lo quiero… Tendré que aprender a sobrevivir a la posibilidad de que su felicidad ya no me incluya a mí.

CAPÍTULO 43

VOLVER A EMPEZAR

Han pasado diez meses. Diez meses desde la última vez que vi a Ryder Knox. Y ocho desde la última vez que lo busqué y una extraña me dijo que debía desaparecer de su camino si lo apreciaba lo suficiente. Parece una tontería cuando lo conviertes en números. Diez meses. Trescientas y pico noches. Un curso universitario casi entero. Nuevas ciudades, nuevas rutinas, nuevas personas y una vida completamente distinta. Cualquiera diría que es tiempo suficiente para olvidar a alguien. Tiempo suficiente para dejar atrás una historia de instituto y seguir adelante, como hacen todas las personas normales. Pero yo no soy una persona normal. Porque cuando alguien te cambia la vida, no existe un interruptor que puedas apagar para volver a ser quien eras antes de conocerlo.

Cuando me fui de Oregón, tomé una decisión muy drástica. Corté todos los vínculos con mi antigua vida. Cambié de número de teléfono, eliminé todas mis redes sociales y apenas mantuve el contacto con nadie del pueblo, salvo con mi padre, que insiste cada semana en que vuelva a casa un fin de semana.

Siempre encuentro una excusa. Que tengo exámenes. Que tengo un trabajo que entregar. Que he quedado con unos compañeros. Que estoy cansada… Mentiras. La verdad es mucho más sencilla y muchísimo más triste. No puedo volver allí. No puedo volver a aquella calle. No concibo ver la casa de Ryder vacía. Y tampoco soportaría la posibilidad de verla ocupada por alguien a su lado que no soy yo. Porque si alguna vez regresara y encontrara movimiento en aquella habitación, una silueta distinta detrás de la ventana o a una chica cualquiera con él sonriéndole en el lugar donde una vez estuve yo, creo que algo dentro de mí terminaría de romperse para siempre. Y no estoy preparada para descubrir si sigo siendo capaz de sobrevivir a otro dolor así.

California es enorme. Es luminosa. Es bonita. Tiene playas, cafeterías preciosas, universitarios que parecen sacados de anuncios y una vida social que, según todo el mundo, debería haberme ayudado a empezar de cero. Y lo he intentado. Juro que lo he intentado. He intentado ser una universitaria normal. He ido a fiestas. He conocido a chicos. He salido a cenar. Me he dejado llevar. Incluso me he acostado con tres personas distintas a lo largo de estos meses. Y nada. Ha sido muchísimo peor.

Porque resulta que la peor idea del mundo es intentar olvidar a alguien comparándolo constantemente con el resto de las personas. Nadie sabe mirarme como él. Nadie sabe escucharme como él. Nadie consigue que me sienta segura como él. Nadie consigue hacerme reír como él. Y nadie consigue que el silencio resulte cómodo.

Esta mañana, precisamente, me despierto en una cama que no es la mía. Y sé perfectamente dónde estoy. Ni siquiera necesito abrir los ojos. Reconozco el olor de la colonia masculina que impregna la almohada, el desorden de la habitación y la respiración tranquila del chico que duerme a mi lado. Es la cama de Ashton, uno de los jugadores estrella del equipo de baloncesto. Un chico guapo y carismático que me ha gustado mucho durante cuatro días enteros, desde que nos chocamos en la cafetería. Cuatro días… muchísimo más tiempo que lo que me han gustado el resto de chicos en los que me he fijado en estos diez meses. Hasta que… me metí en su cama y descubrí de nuevo que nada se compara a lo vivido con Ryder Knox y que no quería volver a ver a Ashton.

No recuerdo ni siquiera en qué momento exacto decidí quedarme anoche. Solo recuerdo que quería dejar de pensar. Y llevo diez meses descubriendo que acostarte con alguien no te ayuda a olvidar a otra persona. Solo hace que la eches más de menos.

Me incorporo despacio y lo primero que noto es el dolor. No uno físico. Ese dolor que ya se ha convertido en un compañero silencioso y permanente. Ese que aparece cada vez que sueño con Ryder. Porque anoche soñé con él. Soñé que estaba en Boston, y

que estábamos juntos allí, cumpliendo nuestro sueño. Soñé que me abrazaba. Y, como ocurre siempre, me desperté justo antes de poder quedarme a vivir allí. Con él.

Salgo de la cama con cuidado, recojo mi ropa y me visto deprisa. Me muevo en silencio, casi con la práctica de una delincuente experimentada, y cuando estoy a punto de salir por la puerta siento una punzada de culpa. No por el chico. Por mí. Porque ya no me reconozco. Porque yo no era así. Yo era una chica que se enamoraba de una persona y se quedaba ahí. Y, aunque suene ridículo, creo que sigo siendo esa chica. Solo que esa persona perfecta para mí ya no está.

En cuanto salgo al exterior, saco el teléfono y llamo a Brian, el hermano de mi compañera de habitación en la residencia de estudiantes y con el que también he tenido sexo esporádico alguna vez. Aunque con él supe pararlo a tiempo porque solo soy capaz de verlo como a un amigo. De esos que necesito cuando siento que estoy tocando fondo y no quiero estar sola. Brian descuelga al segundo tono.

—Buenos días, borrachuza. Anoche no me escribiste para decirme que habías llegado bien a la resi. Debiste dejar que te acompañara.

—Acabo de hacer una tontería —le digo interrumpiendo su reproche. Él se ríe.

—¿Qué has hecho esta vez? ¿Has potado en la cama de mi hermana?

—Me he acostado con uno de tercero, uno del equipo de baloncesto, y me he ido de su habitación como una delincuente.

—Bueno, eso no habría pasado si anoche te hubieras venido conmigo, como te propuse —sonrío un poco ante sus palabras.

—Brian...

—¿Qué? Es verdad. Somos un equipo excelente. Nos llevamos bien, nos entendemos en la cama y además cocino mejor

que la mayoría de los tíos de esta universidad —argumenta y suelto una pequeña risa.

—Ya sabes que es mejor que seamos solo amigos.

—Lo sé. Y también sé que eres la persona más terca que he conocido en mi vida.

—Necesito distraerme —digo y suelto un suspiro.

Y él cambia inmediatamente el tono de voz. Porque sabe lo que significa eso. Aunque nunca le haya contado la historia completa, sabe que hay alguien. Siempre ha sabido que hay alguien. Hay una herida dentro de mí que nunca termina de cerrarse.

—Ven al partido.

—Brian...

—No acepto un no por respuesta. Es la final de la liga universitaria. Si ganamos, habrá una fiesta enorme. Y si perdemos, también. En cualquiera de los dos casos podrás bailar conmigo hasta perder el sentido.

Me quedo unos segundos en silencio. Nunca he querido ir a verlo jugar. Por razones evidentes. Porque el fútbol americano siempre tendrá unos ojos azules asociados. Pero hoy estoy cansada. Muy cansada. Y, por primera vez en mucho tiempo, necesito dejar de pensar.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, pesado.

Él se ríe.

—Perfecto. Raina se pondrá contenta —dice y cuelga.

Cuando llega la hora del partido, Raina y yo atravesamos el campus en dirección al estadio envueltas en el bullicio de cientos de estudiantes que parecen vivir una realidad completamente distinta a la mía. Todo el mundo va riéndose, pintándose las mejillas con los colores de su universidad, haciéndose fotografías y comentando quién ganará la final, mientras yo me limito a caminar a su lado intentando fingir que soy una persona normal, una chica universitaria más de diecinueve años que ha quedado con una amiga para ver jugar a su hermano. Y, durante unos minutos, incluso consigo engañarme a mí misma. Consigo participar en la conversación, sonreír un poco cuando Raina me enseña en el móvil un vestido plateado que quiere ponerse esa noche y bromear con ella sobre cómo, probablemente, acabaremos descalzas y con los pies destrozados al final de la fiesta.

Tomamos asiento en las gradas y el estadio entero parece vibrar bajo nuestros pies. Nunca me acostumbraré a estas dimensiones. California es exagerada para todo. Las pantallas gigantes, la música, las luces, la cantidad de gente y la manera en la que todo se convierte en un espectáculo. Raina empieza a aplaudir emocionadísima cuando anuncian la alineación de nuestro equipo y yo la imito enseguida, porque verla feliz siempre me contagia un poco de su energía.

—¡Venga, Brian! ¡No hagas el ridículo hoy! —grita ella. Yo me río.

—¡Vamos, Brian, dales en la cara! ¡Sé un hombre y no un cachorrito como siempre! —le provoco yo también.

Brian nos localiza enseguida desde el campo y me dedica un guiño enorme a mí y le enseña el dedo corazón a su hermana.

—Idiota.

—Te quiere muchísimo —le digo.

—Lo sé. Es un pesado, pero es el mejor hermano del mundo.

Pero entonces escucho una frase por megafonía que hace que deje de respirar … *«Y desde Boston…»*

Y siento algo extraño. Una punzada. Porque Boston sigue siendo una herida que no termina de cicatrizar. Boston era nuestro plan. Nuestro sueño. Nuestro futuro. No sabía que el partido era contra Boston… Noto cómo mi sonrisa desaparece un poco, pero me obligo a respirar y a apartar ese pensamiento.

No pasa nada. Solo es Boston. Solo es una ciudad.

Pero entonces empiezan a anunciar a los jugadores. Y todo mi mundo se detiene. Porque escucho su nombre. *Ryder Knox.* Mi respiración desaparece. Literalmente desaparece. Tengo que pestañear varias veces porque mi cerebro se niega a aceptar lo que mis ojos están viendo. Pero es él. Es él. Dios mío. Es él.

Sale al campo y ya no parece un chico. Y ese pensamiento me golpea con tanta fuerza que me deja inmóvil. Porque el chico que dejé atrás hace diez meses ya no existe. Ahora hay un hombre caminando por ese césped. Un hombre alto, fuerte, corpulento, seguro de sí mismo y tremendamente guapo que lleva el número 09 en la espalda y la universidad de Boston escrita sobre el pecho. Nuestra universidad. La que íbamos a compartir.

Bajo la mirada automáticamente hacia mi muñeca y miro el pequeño tatuaje que me hice hace meses, en un día horrible. El número 09 tatuado. Fue un día en el que tuve miedo de olvidar su voz. Como si eso fuera posible. Como si hubiera una sola posibilidad en el universo de que yo pudiera olvidar a alguien como Ryder Knox.

Las lágrimas empiezan a llenar mis ojos sin que pueda evitarlo. Porque está precioso. Está sano. Fuerte. Está cumpliendo su sueño. Y ya nadie lo señala. Nadie susurra cosas horribles a sus espaldas. Ya no es el chico problemático de un pueblo de Oregón. Aquí es otra cosa. Aquí la gente lo admira. La gente lo aclama. La gente grita su nombre. Y, de repente, siento una felicidad tan enorme que hasta me sorprende.

Porque aunque duele, duele muchísimo, también sana. Porque lo veo. Y está bien. Está viviendo. Está creciendo. Está construyendo una vida maravillosa. Y aunque esa vida ya no me incluya, no puedo evitar sonreír. Porque, Dios mío. Qué orgullosa estoy de él. Qué inmensamente orgullosa.

Toda la gente de Boston lo vitorea constantemente. Hay camisetas con su nombre. Escucho a varias chicas decir que es el mejor jugador del equipo y, por primera vez en muchísimo tiempo, siento una especie de paz extraña. Como si una parte de mí pudiera respirar de nuevo.

Siempre supe que era extraordinario. Siempre lo supe. Y resulta que el mundo entero también ha terminado descubriéndolo.

El partido transcurre tan deprisa que me parece injusto. Injusto hasta enfadarme. Porque esos diez meses sin él se me hicieron eternos y, sin embargo, estas dos horas a escasos metros de su presencia desaparecen como arena entre los dedos.

Lo observo constantemente. Cómo corre. Cómo se comunica con sus compañeros. Cómo sonríe. Cómo se concentra. Cómo levanta la cabeza buscando opciones en el campo. Y descubro algo que me rompe y me recompone a la vez. Ya no parece un chico que intenta sobrevivir. Parece un hombre que ha encontrado un lugar en el mundo. Y esa idea me emociona muchísimo.

Cuando marca la jugada definitiva y todo el estadio estalla en aplausos, me descubro llorando mientras sonrío como una idiota. Raina me mira sorprendida.

—¿Estás bien? —pregunta y yo me río un poco.

—Sí.

Pero es mentira. No estoy bien. Estoy muchísimo peor. Y muchísimo mejor. Las dos cosas a la vez. ¿Tiene eso sentido? Bueno, para mí sí. Acabo de reencontrarme con la persona más importante de mi vida.

Cuando termina el partido, desaparece rápidamente entre sus compañeros y ya no vuelvo a verlo. Pero hay algo que sí sé. Y lo sé con una claridad aterradora. No puedo irme otra vez. No puedo volver a esconderme. No puedo permitir que el miedo tome una decisión por mí una segunda vez. No me importa si me odia o si me guarda rencor. No me importa si me mira con indiferencia. He decidido aceptar las consecuencias de mis errores. Y quiero ser valiente. Tan valiente como él siempre fue. Así que agarro a Raina de la mano y ella me mira extrañada.

—Necesito un favor.

—¿Cuál?

—Necesito estar muy guapa esta noche —le pido y ella sonríe inmediatamente.

—Eso está hecho —dice emocionada. Pero entonces la miro y noto cómo la emoción me aprieta la garganta.

—Y también necesito explicarte algo.

—¿El qué? —pregunta extrañada. Trago saliva.

—Toda la historia. Toda. La historia que ha hecho que a veces sea una persona tan triste. La historia que ha hecho que haya días en los que parezca que estoy aquí, pero en realidad no estoy en ninguna parte.

Raina me mira en silencio. Y yo sonrío un poco. Una sonrisa pequeña. Melancólica.

—Porque el chico que acabas de ver ganar ese partido… es el amor de mi vida.

Y, por primera vez en diez meses, decirlo en voz alta no me rompe. Al contrario. Me libera. Porque amar a Ryder Knox nunca fue el problema. Quizá el problema siempre fue haber tenido miedo de hacerlo.

CAPÍTULO 44

OCEAN EYES

La Hermandad de los Crows está en plena ebullición. Hay cientos de personas repartidas por toda la casa. La música es tan fuerte que hace vibrar el suelo bajo mis pies y las luces de colores convierten el lugar en una especie de universo paralelo en el que todo el mundo parece feliz, despreocupado y tremendamente vivo. Y yo estoy escondida en un rincón oscuro con una copa en la mano, observando a Ryder como una auténtica obsesa.

Han pasado diez meses sin verlo y quiero disfrutar del lujo que se están dando mis ojos todo lo posible. No ha sido difícil encontrarlo en cuanto llegué aquí a pesar de que haya tantísima gente. Mis ojos han volado directamente a él. Como si mi cuerpo entero estuviera diseñado para encontrarlo allá donde vaya.

Lo veo riéndose con sus compañeros y siento que las piernas empiezan a temblarme. Lleva una camiseta blanca sencilla, que le marcan esos tremendos bíceps que ahora luce y se contraen cada vez que se acerca a la boca la cerveza que tiene en la mano. Tiene el pelo un poco más corto que antes, la mandíbula un poco más marcada y una seguridad en sí mismo que no recuerdo haberle visto nunca. Y entonces sonríe y acaba de rematarme cuando aparece ese maldito hoyuelo. Y, Dios mío. Se me para el corazón. No. No puedo hacer esto. No puedo.

Me giro hacia Raina y noto que estoy empezando a hiperventilar.

—Ha sido una mala idea.

—Ava… —me dice con mirada inquisitoria.

—No puedo hacerlo. De verdad que no puedo. Vamos a irnos —insisto. Raina suspira y me coge las manos.

—No.

—Raina…

—No. Ava, no hagas eso. Si ese chico y tú habéis vivido todo lo que me has contado, no puedes simplemente llegar hasta aquí para ignorarlo. Tenéis que resolver vuestras mierdas. Y, si no es posible, al menos cerrar capítulo —sus palabras tienen todo el sentido del mundo, pero yo niego rápidamente.

—Tengo miedo. No quiero cerrar ese capítulo. No quiero.

Y decirlo en voz alta hace que todavía me dé más miedo. Porque sí. Tengo muchísimo miedo. Más del que he sentido en toda mi vida. Miedo a que me odie. A que me mire con indiferencia. A descubrir que ya no significo absolutamente nada para él. Miedo a que su vida sea perfecta sin mí.

—No vas a estar peor de lo que estás ahora. Pero sí podrías llegar a estar mejor si hablas con él —alega Raina, apretándome las manos en las suyas.

Bueno, tengo que admitir que mi amiga tiene razón. Así que asiento. Me llevo la copa a la boca y me la bebo de golpe. Después dos chupitos. Porque necesito engañar a mi valentía. Y empiezo a caminar.

Un paso. Dos. Cinco. Ay joder… Diez. Y ya estoy arrepintiéndome. Mi cuerpo entero está diciéndome que me esconda, que salga corriendo y que vuelva a mi habitación de la residencia a esconderme bajo la cama.

Pero entonces los ojos azules de Ryder Knox se clavan en mí y el tiempo se detiene.

Lo veo ponerse completamente blanco. Como si acabara de ver un fantasma. Sus labios se mueven. No escucho nada. La música es demasiado fuerte. Pero sé perfectamente que está diciendo mi nombre. Ava.

Le regalo una sonrisa pequeña, tímida y completamente insegura. Él se disculpa con sus amigos con un gesto de la cabeza y comienza a caminar hacia mí. Yo también lo hago. Y, cuando por fin estamos el uno delante del otro, el universo entero desaparece. Durante unos segundos no existe nada más. Ni la música. Ni la gente. Ni la fiesta. Solo existimos él y yo.

Ryder traga saliva. Y vuelve a decirlo.

—Ava…

Y esta vez sí lo escucho. Y, maldita sea. Cómo escuece porque suena exactamente como me temía, herido. Siento que los ojos empiezan a llenárseme de lágrimas.

—Ryder…

Él me observa de arriba abajo y noto una mezcla extraña en su mirada. Sorpresa. Desconcierto. Nostalgia. Algo que no sé identificar del todo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta y yo me encojo de hombros y me río un poco, nerviosa.

—Estudio aquí. En California —le informo y Ryder frunce ligeramente el ceño.

—¿Tan lejos estabas dispuesta a huir de mí? —inquiere dolido. Lo miro sorprendida.

—¿Huir? —Asiente. Y siento un nudo inmenso en la garganta —. Yo no he huido nunca, Ryder.

Ahora es él quien parece desconcertado.

—¿Cómo que no?

—Te busqué durante dos meses —le informo y su expresión cambia inmediatamente.

—¿Qué?

—Te dejé mensajes. Fui a tu casa todos los días. Te llamé. Te escribí. Dejé notas debajo de la puerta.

—¿De qué estás hablando? —pregunta frunciendo el ceño.

—De las notas. Te dejé muchísimas notas. No sabía cómo contactar contigo. No sabía cómo… decirte lo mucho que lo sentía.

—Ava… yo no recibí ninguna nota.

Parpadeo varias veces.

—Claro que sí. Bueno, no sé si alguna vez volviste a tu casa, pero… las dejé.

—Estuve… estuve un tiempo en terapia. Había tocado fondo. Pero… cuando volví no vi nada. No había ninguna nota, Ava.

—Ryder, fui todos los días. Y te dejé muchísimas.

—Eso no es verdad —niega lentamente también con la cabeza. Aunque parece confundido, más que otra cosa.

Y me quedo completamente inmóvil. Porque hay algo en su voz que me desconcierta. No me está mintiendo. Él no ha visto esas notas. Lo sé. Lo sé igual que sé cuándo sonríe de verdad. Igual que sé cuándo está incómodo o que sé cuándo tiene miedo. Porque lo conozco bien. Entonces… ¿Qué demonios ha pasado?

—Te juro que fui.

—Y yo te juro que no vi ninguna nota.

Estamos a punto de seguir hablando cuando una voz femenina nos interrumpe.

—Cariño, ¿estás bien?

Y mi corazón deja de funcionar. Es ella. La chica morena. La que un día vi en la puerta de su casa. La chica que me dijo que era su novia. La jodida chica por la que decidí irme a la otra punta del país. Ella se acerca y le da un beso en la mejilla antes de cogerle la mano.

—¿Necesitas algo?

—No —dice Ryder, pero no deja de mirarme. Ni un segundo. Ni siquiera pestañea. Creo que está en shock. Yo también lo estoy. Esto es demasiado raro. La chica tira suavemente de su mano.

—Venga, vamos a celebrar la victoria con los demás.

Sé que ha llegado el momento de irme. Porque ya está. Ya lo he visto. Sé que está bien, cumpliendo sus sueños, tiene una vida y esa vida ya no me pertenece. Ni él tampoco. Tuve mi momento y lo perdí. Y ahora… ahora tiene novia. Joder, llevarán juntos, ¿cuánto? ¿ocho, nueve meses? No puedo evitar, aunque me alegre por él, sentir una punzada de celos horrible. Pero entonces la mirada de Ryder baja por mi cuerpo y noto como se centra en mi muñeca, en el pequeño tatuaje. El 09. Y sus ojos se abren un poco. Sorprendido. Confundido. Y quizá algo emocionado. Yo trago saliva. Porque, si no hablo ahora, no lo haré nunca.

—Solo quería decirte que lo siento muchísimo —las palabras empiezan a salir atropelladamente—. No creerte fue el peor error de toda mi vida. El peor. Y espero de verdad que seas feliz. Muchísimo. Más de lo que yo lo he sido todos estos meses.

Y, antes de que pueda seguir hablando, ella vuelve a tirar de su mano. Y Ryder la sigue. Pero solo físicamente. Porque sus ojos siguen clavados en mí. No deja de mirarme. Da un paso. Y otro. Y otro. Y sigue mirándome. Como si tampoco supiera cómo despedirse. Pero se aleja y ya se acabó nuestro pequeño momento. No sé si he cerrado ningún capítulo. Maldita sea, no creo que se cierre hasta que me muera. Pero no puedo seguir observándolo con otra, aunque me alegre por él. Así que me doy la vuelta y salgo corriendo.

Corro atravesando la Hermandad de los Crows sin buscar a Raina, sin despedirme de nadie y sin atreverme a mirar atrás.

CAPÍTULO 45

¿QUÉ DEMONIOS NOS PASÓ?

Estoy llorando mientras atravieso el jardín de la Hermandad de los Crows sin ver prácticamente nada. Las luces de la fiesta se han convertido en manchas borrosas y la música retumba a mis espaldas como si perteneciera a una vida completamente ajena a la mía. Porque quizá lo sea. Quizá llevo demasiado tiempo sintiéndome una espectadora de mi propia existencia, observando cómo el mundo sigue avanzando mientras yo me quedo atrapada en un lugar del que no sé salir. He esperado diez meses este momento y, aun así, ha durado apenas unos minutos. Unos minutos en los que he descubierto que Ryder está bien, que ha cumplido su sueño, que sigue siendo la persona más hermosa que he conocido nunca y que, por mucho que me empeñe en construir una vida nueva, mi corazón sigue reconociéndolo como si el tiempo no hubiera pasado.

Entonces noto un tirón suave en la muñeca. Es un gesto tan delicado que casi parece una súplica.

—Ava… —Me detengo en seco. Esa voz. Dios mío. Esa voz. Me doy la vuelta y lo veo allí, ligeramente sin aliento, con el pecho subiendo y bajando deprisa y los ojos clavados en mí como si tuviera miedo de que volviera a desaparecer. Y, antes de que yo pueda decir nada, habla—. No te vayas otra vez sin escucharme. Por favor, Ava… no vuelvas a elegir irte antes de que podamos entender qué demonios nos ha pasado. Llevo diez meses aprendiendo a vivir sin ti y todavía no lo he conseguido ni el primer día. Así que, por favor, no tomes otra decisión por los dos hasta que sepamos toda la verdad.

Las lágrimas vuelven a llenar mis ojos automáticamente. Porque no esperaba escuchar eso. Porque una parte de mí llevaba demasiado tiempo preparándose para un rechazo definitivo, para una mirada fría o para una indiferencia que me castigara por todo el daño que le hice. Sin embargo, lo que tengo delante es a un hombre

agotado, roto y completamente desconcertado, exactamente igual que yo. Él respira profundamente y da un paso más hacia mí.

—¿Qué decían esas notas? —su pregunta me deja inmóvil.

Porque, de repente, me doy cuenta de que ahí dentro estaba la parte más vulnerable de mí misma. La Ava desesperada, la Ava arrepentida, la Ava que se había desnudado emocionalmente delante de una persona que, en teoría, ya había rehecho su vida. Y, aunque quiera decirle la verdad, una parte de mí siente vergüenza. Porque él tiene novia. Lo he visto con ella. Porque quizá contarle lo desesperada que estaba sea cruzar una línea que ya no me pertenece. Titubeo. Miro al suelo. Me humedezco los labios.

—Ava, por favor… cuéntamelo —vuelve a suplicar. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos azules llenos de una tristeza que me mata.

—Te pedía perdón —decido ofrecerle algo de mi verdad, de mis mensajes. Su expresión cambia inmediatamente.

—¿Qué?

—Te pedía perdón por todo. Te decía que nunca debí dudar de ti, que había sido mi culpa y que entendía que no quisieras perdonarme jamás… pero que yo iba a estar allí. Que iba a seguir allí esperándote. Aunque no quisieras volver a verme. Aunque no quisieras volver a estar conmigo.

Él cierra los ojos un instante y deja escapar un suspiro que parece haber estado reteniendo durante diez meses.

—Pero no estabas.

—¿Qué?

—Cuando volví ya no estabas. Nadie sabía dónde te habías metido —me recrimina. Parpadeo varias veces.

—¿Cómo que no estaba? Tú te fuiste primero —digo y él frunce el ceño.

—¿Yo?

—Sí. Tenías novia y me dijo que…

—¿Novia? —me interrumpe inmediatamente— ¿De qué estás hablando? —pregunta como si yo hubiera perdido la cabeza. Ahora soy yo la que lo mira completamente desconcertada.

—La chica morena. La vi hace ocho meses en tu casa. Me dijo que era tu novia —le informo. Él tarda unos segundos en reaccionar.

—Ava… yo te he dicho que estuve en terapia. Nick y su madre me la pagaron. Pasé allí muchísimo tiempo.

Mi respiración empieza a acelerarse.

—Pero… esa chica… la que estaba ahí dentro contigo… ¿No es tu novia? —insisto porque no me lo he inventado. Yo la vi en casa de Ryder y ella me lo dijo. Ryder baja la mirada. Traga saliva. Y tarda en responder.

—Sí. Es mi novia —afirma y mi corazón se encoge un poco, aunque ya lo sabía—. Pero solo llevamos dos meses juntos —dice y me deja completamente confundida. Juraría que es la misma chica que fue a su casa, que me dijo que estaba con él, que estaba bien… Lo miro y siento que el suelo vuelve a moverse bajo mis pies.

—¿Dos meses? —pregunto confundida y asiente.

—Te busqué, Ava —confiesa y me tambaleo—. Te llamé. Fui a buscarte. Pero no tenías el mismo número de teléfono. No estabas en las redes sociales. Y tu padre no quiso hablar conmigo. Supuse que habías pasado página —dios mío…

—Yo también te llamé por teléfono, no solo dejé notas. Muchas veces. Pero tu teléfono estaba apagado —le digo. Su expresión cambia por completo. Esta vez parece enfadado.

—¿Qué?

—Dejé mensajes de voz. Muchísimos.

Y entonces lo veo ponerse nervioso de verdad. Empieza a caminar de un lado a otro. A pasarse la mano por el pelo. A respirar cada vez más deprisa.

—No… no… no puede ser.

—Ryder…

—No puede ser.

—¿Qué pasa?

Me mira. Pero esta vez no me mira como hace unos minutos. Ahora me mira como si estuviera uniendo piezas de un puzle gigantesco. Como si algo horrible estuviera cobrando sentido.

—Tengo que hablar con Carolina —me informa y parpadeo.

—¿Con tu novia?

—Joder —dice simplemente y empieza a dar vueltas otra vez.

—Ryder…

—Joder, Ava.

—Tranquilízate —me acerco a él y me atrevo a tocarlo, le cojo el brazo. Su piel está caliente. Y noto que se queda completamente quieto. Él me mira y hay una desesperación enorme en sus ojos.

—No lo comprendes —dice y yo asiento despacio.

—Está bien —susurro, pero él niega inmediatamente.

—No. No está bien.

Durante unos segundos pienso que se refiere a haber vuelto a hablar conmigo. Pienso que quizá está luchando contra la culpa de estar traicionando a su novia o contra el peso de todo lo que acabamos de descubrir. Pero entonces vuelve a hablar.

—Esto no está bien —lo dice como si estuviera enfadado consigo mismo. Como si acabara de descubrir que hay algo mucho más grande detrás de todo esto—. Tengo que volver a buscarla.

Lo miro confundida. Pero sonrío. Una sonrisa pequeña. Triste. Cansada.

—Ve —digo tratando de infundirle calma. Él me observa.

—Ava… yo…

—Solo quería saber que estabas bien. Y decirte que estoy orgullosa de ti.

Sus ojos se llenan inmediatamente de lágrimas. Y lo que veo en sus ojos me rompe. Porque sigue siendo Ryder. Y Ryder nunca ha necesitado demasiadas palabras para decirme lo que siente. Entonces deja escapar dos lágrimas. Y, antes de irse, me dice algo que creo que recordaré toda mi vida.

—No fue culpa tuya, Ava. Fue el mundo el que nos separó. Lo teníamos todo en contra, aunque ambos queríamos que fuera de otra manera. Yo lo quise con todas mis fuerzas. Pero simplemente no tuve tantas fuerzas para luchar yo solo contra todo lo que había a nuestro alrededor. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Solo me permití disfrutar de ti el tiempo que la vida me concediera.

Mi respiración se corta. Y, antes de que pueda responder, se inclina hacia mí y deposita un beso triste en mi frente. Un beso que sabe a despedida. Después se separa un poco y me mira.

—Tengo que hablar con Carolina antes de dejarme llevar por mi impulso. No quiero arrepentirme de nada más ni volver a ser el malo de la película.

Y se va. Se da la vuelta y vuelve a entrar en la Hermandad de los Crows a toda prisa. Y yo me quedo allí. Inmóvil. Observando cómo se aleja. Pero después me obligo a continuar, a dejarlo ir, a respirar un poco mejor porque sé que no me odia. Empiezo a caminar hacia la residencia mientras mi cabeza da vueltas sin parar. Hace ocho meses aquella chica me dijo que era su novia. Ryder dice que eso no era verdad. Las notas desaparecieron. Las llamadas no llegaron. Los mensajes desaparecieron. Demasiadas cosas han desaparecido. Y, de repente, me invade una sensación horrible.

CAPÍTULO 46

SIEMPRE TÚ

Ryder

La habitación del hotel está en silencio, pero dentro de mi cabeza hay tanto ruido que siento que voy a volverme loco. Llevo varios minutos caminando de un lado a otro, pasándome las manos por el pelo y respirando profundamente, intentando poner orden a todo lo que acaba de pasar, pero es imposible. Porque hace apenas una hora mi vida tenía sentido. No era la vida que había imaginado. No era la vida que soñé. Pero era una vida estable. Una vida construida sobre los restos de otra que había perdido hacía un tiempo. Había aprendido a aceptarlo. Había aprendido a convivir con ello. Había aprendido a respirar sin Ava Monroe. O, al menos, eso creía.

Además, hay una diferencia enorme entre aprender a respirar y aprender a vivir. Y yo jamás aprendí la segunda. Simplemente me acostumbré a despertarme todas las mañanas pensando en ella y a acostarme todas las noches pensando en ella. Me acostumbré a convivir con la nostalgia. A recordar su voz sin romperme. A recordar su risa sin llorar. A aceptar que, a veces, amar a alguien también consiste en dejarlo marchar. Y eso era exactamente lo que creía que había hecho.

Porque, cuando desapareció, cuando su número dejó de existir, cuando nadie supo decirme dónde estaba, cuando su padre prácticamente me cerró la puerta en la cara y el mundo entero me confirmó una vez más que yo era una persona a la que siempre acababan dejando atrás, decidí que ya estaba bien. Que hasta ahí. Que no iba a perseguir a alguien que ya había elegido otra vida.

Para eso fui a terapia. No para olvidarla. Nunca para olvidarla. Eso es imposible. Fui a terapia para aprender a no morirme

de amor. Y Carolina, que por entonces era una de mis terapeutas, aunque estaba en práctica, me ayudó muchísimo. Porque me enseñó que mi vida también tenía valor. Que no era un monstruo. Que no era un error andante. Que merecía ser querido. Que merecía ser elegido.

Y, joder. Eso me salvó. Pero nunca me salvó de dejar de amar a Ava. Porque nadie puede salvarme de anhelar con cada fibra de mi ser a Ava Monroe. Y tampoco quiero que lo hagan. Es parte de mí, de mi sistema.

Me detengo en seco y apoyo ambas manos en la cómoda mientras intento respirar. Carolina está sentada en la cama observándome en silencio.

—Dilo —me dice con voz temblorosa. No la miro.

—¿Qué quieres que te diga exactamente?

—Di que la has visto y que estás empezando a dudar de lo nuestro.

Levanto la cabeza despacio y por primera vez siento rabia con ella, por ella, por lo que ha hecho, aunque sea sin querer hacerme daño, porque la conozco y dudo que quiera eso. Siento rabia hacia todo. Hacia la vida. Hacia el tiempo. Hacia el universo entero.

—¿Dónde están las notas que me dejó Ava? —Carolina parpadea. Y eso ya es una respuesta. Basta una fracción de segundo. Una.

—No decían nada importante, Ryder —admite y la miro incrédulo.

—¿Cómo cojones puedes decirme eso tan tranquila? Fuiste tú, ¿verdad? Las escondiste de mí. Me engañaste diciéndome que Ava no hizo el mínimo intento de acercarse a mí. Y también la bloqueaste de mis contactos en mi teléfono, ¿verdad? —la acuso y ella se levanta despacio.

—Necesitabas salir de esa espiral de destrucción en la que estabas. Necesitabas empezar a vivir. Y te ayudé a hacerlo. Ella, en cambio, te destruyó, Ryder —dice empleando conmigo de nuevo ese tonito que usa cuando quiere parecer profesional. Bufo y cierro los ojos. Esto no es un puto experimento psicológico, joder.

—El problema nunca fue Ava. Jamás lo fue.

—Ryder…

—No. Escúchame tú ahora —le digo apuntándole con el dedo y tratando de acordarme de todas las pautas que ella misma me dio hace meses para no dejar que la rabia me consuma—. Ella nunca tuvo la culpa de nada. Jamás la tuvo. No tiene la culpa de que la ame con cada fibra de mi ser —Carolina frunce el ceño ante mi devastadora declaración. .

—¿Que la ames? ¿En presente?

—Sí —admito mirándole fijamente. Y siento que acabo de pronunciar la frase más verdadera de toda mi vida.

Sí. En presente. Siempre en presente. Porque Ava simplemente existe dentro de mí. Como si hubiera nacido conmigo. Como si fuera una parte más de mi organismo. Como si estuviera en mi sistema circulatorio.

Carolina rompe a llorar. Y verla así me duele muchísimo. A pesar de toda esta mierda ella me ayudó, me salvó de mí mismo y la admiro muchísimo. Pero no puedo seguir fingiendo.

—Nunca te he engañado —le digo y ella asiente entre lágrimas.

—Lo sé.

—Desde el primer día te dije que había alguien a quien nunca iba a olvidar —ella asiente otra vez.

—Lo sé.

—Y tú aceptaste eso.

—Ya… —la voz se le rompe y me duele verla así. No he tenido muchos apoyos en mi vida y ella ha estado siempre para mí. Sé que es injusto. Todo esto es injusto. Pero no lo puedo cambiar—. Ella te llevará otra vez a ese agujero negro del que saliste.

—No —niego inmediatamente.

—Sí.

—No, Carolina —me acerco y le acaricio el rostro, intentando que el dolor que voy a causarle no sea tan fiero como el que me causaría a mí escuchar las mismas palabras que voy a decirle de la boca de Ava Monroe—. Ella fue la única luz que he tenido en toda mi vida —Carolina rompe a llorar aún más y yo continúo—. No hay un solo día en el que no me haya despertado soñando con volver a verla. Aunque fuera desde la distancia. Aunque fuera sin hablarle.

—No lo entiendo —susurra y niega con la cabeza. Y entonces sonrío. Una sonrisa triste.

—Sé que no lo entiendes. Ni yo mismo lo hago —trago saliva —. No tengo elección —siento cómo la emoción me cierra la garganta—. Soy suyo. Siempre lo he sido. Solo suyo. Da igual lo que pase, lo que haga o lo que diga Ava Monroe. Le pertenezco. No puedo ser de nadie más. Nunca —las lágrimas empiezan a caer solas de mis ojos—. Solo te he prestado una parte de mí que pensaba que ella ya no quería. Pero ahora que la he visto… yo… —a voz se me rompe—. Lo siento, Carolina —ella cierra los ojos ante mi sentencia —. Lo siento muchísimo. No puedo seguir.

—¿Y qué pasa con la universidad? —pregunta intentando devolverme a la realidad y yo sonrío un poco, porque de verdad ni siquiera ella sabe de la magnitud de mi obsesión por Ava.

—Encontraré la manera —le informo y Carolina se abraza a sí misma, para protegerse—¿Le dijiste hace ocho meses que eras mi novia? —le pregunto cuando la veo un poco más calmada. Ella me mira ahora con un poco de rabia.

—Yo sí supe que te quería en cuanto te conocí —dice, tratando de convencerme una última vez que ella es la mejor opción para mí, cuando no hay más que una, y ella lo sabe. Así que suspiro. Y respondo.

—Ella también lo supo, Carolina. Ahora lo sé, porque la conozco mejor que nadie. Solo que tenía doce años y demasiada gente separándola de mí —Carolina asiente, finalmente derrotada, porque sabe que encontraré la respuesta a todo lo que intente decir que vaya encaminada a separarme de Ava.

—Entonces ve a buscarla —susurra y me quedo mirándola, bloqueado.

Llevo un año entero sin permitirme pensar en esas palabras. *Ve a buscarla.* Pero después de todo lo que ha pasado no sé si soy capaz. Porque una parte de mí quiere salir corriendo, rastrear California entera y encontrarla antes de que vuelva a desaparecer de mi vida. Pero la otra parte, la que he reconstruido durante estos meses, tiene miedo.

No sé si Ava me quiere de nuevo en su vida o si solo necesitaba cerrar una herida que llevaba demasiado tiempo abierta. No sé si quiere recuperarme o simplemente necesitaba saber que sigo vivo, que estoy bien y que, al final, todo aquel sufrimiento no terminó destruyéndome.

Y tampoco sé si es justo hacer esto así. Saltar de una relación a otra en cuestión de horas, como si las personas fueran estaciones de paso y no corazones que también sienten, que también se rompen y que también merecen respeto.

Joder. Mi cabeza es un auténtico caos.

Porque se suponía que lo peor ya había pasado. Se suponía que, después de casi un año, la herida empezaba a doler menos. Que los recuerdos y las emociones más fuertes dejaban de aparecer constantemente. Que el pecho aprendía a respirar sin sentir que le falta un órgano vital.

Ava Monroe acaba de destrozar todos mis planes de sobrevivirla con una sola mirada.

CAPÍTULO 47

SI FUERA EL FIN DEL MUNDO, ¿VENDRÍAS A POR MÍ?

Durante las semanas siguientes, aunque no he vuelto a tener noticias suyas, Ryder Knox empieza a aparecer en mi vida de una forma tan silenciosa y extraña que durante un tiempo no sé si realmente está ocurriendo o si mi cabeza ha decidido terminar de romperse de una vez. Supongo que no sería tan raro. Llevo casi un año intentando sobrevivir a su ausencia, casi un año convenciéndome de que el amor también puede convertirse en una enfermedad si no encuentras la manera de dejarlo respirar, y justo cuando creo haber aprendido a convivir con el hueco que dejó, aparece de nuevo y todo lo que yo consideraba medianamente ordenado se convierte en una habitación patas arriba. No ha habido mensajes, ni llamadas, ni ha aparecido en la puerta de mi residencia con explicaciones ni promesas, solo una pequeña conversación pidiéndole perdón y él diciéndome que no ha sido culpa mía, una conversación que podría significarlo todo o no significar absolutamente nada. Y yo, que durante meses he intentado ser una persona racional, descubro que basta una mínima posibilidad de volver a estar en la vida de Ryder para convertirme otra vez en una chica temblando delante de una ventana.

Lo primero que hago, aunque me da vergüenza admitirlo incluso para mí misma, es abrirme una cuenta nueva de Instagram. La anterior la eliminé cuando me fui de Oregón, igual que cambié de número y corté casi todos los puentes con mi vida anterior, pero ahora necesito saber de él. Necesito ver algo. Una pista que me diga si está decidido a seguir con su novia, pese a todo, porque estoy convencida de que ella me alejó voluntariamente de Ryder, o si él ha llegado a la misma conclusión que yo y la ha dejado y… pueda estar pensando en volver a por mí. Lo busco con los dedos temblorosos y,

cuando encuentro su perfil, siento que el corazón me da un vuelco absurdo. Su foto de perfil es reciente. Está más serio que antes, más adulto, con esa mirada azul que siempre pareció callar demasiadas cosas y que ahora parece haber aprendido a callar todavía más. Bajo por sus publicaciones con cuidado, casi con miedo de encontrar algo que me destroce, y lo encuentro. Su última foto es con la tal Carolina. Ella está abrazada a él, preciosa, morena, con el pelo corto y una sonrisa tranquila, y Ryder la rodea con un brazo mientras mira a la cámara con una expresión que no sé interpretar. El pie de foto es sencillo: *Gracias por todo.*

Me quedo mirando esa imagen durante demasiado tiempo. No quiero odiarla. No quiero odiar a una mujer que, quizá, lo ayudó cuando yo no estuve. No quiero convertirme en alguien mezquino incapaz de alegrarse de que Ryder haya tenido a una persona cerca mientras yo estaba a kilómetros de distancia intentando fingir que no me moría cada vez que pensaba en él. Pero duele. Duele de una forma infantil, fea y absurda. Duele porque lo abraza con una naturalidad que yo ya no tengo derecho a reclamar. Duele porque él parece estar bien a su lado. Porque una parte de mí, pequeña pero cada vez más insistente, empieza a sospechar que Carolina no fue solo una chica que apareció cuando Ryder estaba recostruyéndose, sino alguien que quizá empujó mi recuerdo fuera de su vida antes de tiempo porque se enamoró de él cuando lo conoció. No sé todavía quién fue realmente para él. O qué papel tuvo en su recuperación. Ni hasta qué punto lo cuidó o lo quiso. Solo sé que, al mirar esa foto, siento celos, culpa, rabia y una tristeza tan honda que casi me da náuseas.

Estoy a punto de bloquearlo. Me digo que es lo más sano, lo más lógico, lo más adulto. Me digo que mirar su perfil solo me va a hacer daño, que él tiene derecho a seguir con su vida y yo tengo la obligación moral de no convertirme en una sombra mirando desde lejos lo que ya no me pertenece. Tengo el dedo sobre la pantalla, justo en ese punto cobarde en el que bloquearlo, cuando aparece una nueva publicación.

Una foto de ventana entreabierta. Nada más. Ni texto. Ni explicación. Solo una ventana ligeramente abierta, con una rendija de luz entrando desde fuera, como si alguien hubiera dejado una puerta diminuta entre dos mundos que no terminan de tocarse. El corazón me golpea el pecho con tanta fuerza que tengo que sentarme en la cama. No puede ser. No puede significar lo que mi cabeza quiere que signifique. Quizá es una foto artística. Quizá Ryder se ha vuelto uno de esos universitarios profundos que suben ventanas, cielos y frases raras a Instagram. A lo mejor no tiene nada que ver conmigo. Pero mi cuerpo no se lo cree. Mi corazón recuerda demasiado bien lo que significa una ventana entre nosotros y sabe que, durante un tiempo, una ventana fue la única forma que tuvimos de mirarnos sin que el mundo nos tocara.

Dejo el móvil boca abajo sobre la cama y me obligo a respirar. Hoy tengo un examen final importantísimo y no puedo permitirme perder la cabeza por una fotografía. Me repito eso varias veces mientras me visto, recojo mis apuntes y camino hacia el edificio de Economía con una sensación extraña pegada al pecho.

Pero la mañana no mejora. Cuando llego al pasillo donde está mi aula, me detengo frente a la puerta y frunzo el ceño. Sé que es el aula 9. Lo sé porque llevo meses viniendo a clases aquí, porque he entrado y salido de esa clase tantas veces que podría llegar medio dormida. Sin embargo, ahora hay un cero delante del número. 09. Me quedo mirando la placa como si esperara que el metal se corrigiera solo delante de mí. Antes no estaba, ¿verdad? No puede haber estado siempre. O quizá sí y yo simplemente no lo había notado porque me enfocaba en olvidar. Mierda. A lo mejor mi salud mental se está resintiendo de verdad y estoy empezando a ver a Ryder donde no está.

Entro en el aula intentando ignorar el nudo que me aprieta la garganta y tomo asiento entre el resto de los alumnos. Abro el estuche, coloco los bolígrafos, respiro hondo y levanto la mirada hacia la pizarra con la intención de concentrarme. Entonces tengo que parpadear varias veces. Porque el examen que voy a hacer es

de Economía, pero en la pizarra, escrito con tiza blanca en letras grandes y perfectamente visibles, pone: **Filosofía**. Durante un segundo siento que el suelo se inclina bajo mis pies. Filosofía. Nuestro trabajo de Filosofía… La primera vez que Ryder y yo dejamos de ser dos desconocidos fingiendo que no se miraban en el instituto. Me digo que son tonterías, que alguien usaría el aula antes y dejó la palabra escrita por cualquier motivo, que las universidades están llenas de clases que se cruzan, profesores despistados y pizarras con restos de otras vidas. El profesor entra, saluda, mira la pizarra y la borra sin darle ninguna importancia. Me tranquilizo, un poco. Pero cuando empieza el examen y bajo la cabeza hacia las preguntas, sigo sintiendo que algo invisible me está siguiendo desde la fotografía que Ryder ha publicado de la ventana.

El examen va bien. Contra todo pronóstico, mi cerebro decide colaborar, quizá porque durante dos horas no tiene más remedio que agarrarse a cifras, conceptos y gráficos para no precipitarse otra vez dentro de Ryder. Salgo del aula agotada, pero satisfecha, con esa sensación extraña de haber sobrevivido a una batalla pequeña dentro de una guerra enorme.

A la mañana siguiente, nada más despertar, hago lo que me prometí no hacer: abro Instagram y busco de nuevo el perfil de Ryder. Me odio un poco por ello, pero no lo suficiente como para detenerme. Y entonces veo que ha subido otra foto.

El pie dice: *El mejor partido de mi vida.*

Al principio pienso que será una imagen de la final, de Boston, de su victoria universitaria. Pero no. Es una foto antigua del instituto. El azote de nostalgia me deja sin aliento. En primer plano aparece Nick Stone enseñando la lengua a la cámara como si fuera un guerrero vikingo a punto de entrar en batalla. Detrás está Ryder, riéndose a carcajadas, con el hoyuelo marcado y una felicidad tan desprevenida en la cara que me hace daño mirarlo. Amplío la imagen sin saber muy bien por qué, quizá buscando detalles que no necesito encontrar, y entonces me veo. Estoy en las gradas, pequeñita, casi perdida entre otras personas, pero estoy allí.

Mirando a Ryder y aplaudiendo. Con una expresión tan abierta, tan ilusionada y tan llena de amor que se me corta la respiración. Mierda. No puede ser que Ryder no se haya dado cuenta de que salgo. ¿Verdad? A lo mejor no me ha visto. La foto está llena de gente, yo aparezco lejos, pequeña. Pero, ¿por qué sube esa foto ahora?

Cierro la aplicación antes de que mi cabeza invente demasiadas respuestas peligrosas y salgo corriendo hacia la biblioteca para repasar el último examen. Contabilidad. El último obstáculo del curso. El último intento de demostrar que sigo siendo una persona funcional, aunque por dentro me haya convertido en una pregunta sin respuesta. Me siento en mi mesa de siempre, abro el libro y estudio durante una hora con una concentración casi agresiva. Subrayo, repaso fórmulas, releo apuntes, intento obligar a mi cuerpo a entender que no puede vivir temblando cada vez que Ryder deja una migaja en el camino. Cuando creo que ya tengo las ideas más o menos en orden, cierro el cuaderno, recojo mis cosas y respiro hondo, dispuesta a ir con tiempo al examen. Entonces veo un libro que llama mi atención. Está en la silla libre que hay a mi lado. Un jodido libro de Filosofía.

Se me eriza la piel. Miro a mi alrededor, pero nadie parece observarme. Y definitivamente, no hay nadie sentado a mi lado, así que no sé de quién demonios es este libro. Me acerco despacio al libro, como si pudiera morderme, y lo abro con manos temblorosas. Dentro hay una nota doblada. La despliego y leo:

A veces el amor no fracasa. Solo llega antes de que el mundo esté preparado para él.

Me quedo inmóvil. No sé qué es. No sé si es una frase sacada de alguna parte, una casualidad, una broma cruel del destino o una señal. Solo sé que me parece preciosa. Y que me duele. Porque, aunque sea de un desconocido, habla de nosotros de una forma que no me atrevo a reconocer en voz alta. Habla de un amor que quizá no murió, sino que fue empujado contra demasiadas paredes. Habla de una historia que no supo sobrevivir al ruido

porque los dos éramos demasiado jóvenes, demasiado vulnerables y demasiado incapaces de distinguir entre luchar y huir. Doblo la nota con cuidado y me la guardo en el bolsillo como si fuera un amuleto. No debería hacerlo. Pero lo hago. Porque algo dentro de mí necesita conservar esa frase. Necesita creer que quizá el amor no siempre fracasa cuando se rompe. A veces solo queda esperando otro tiempo.

Hago el examen bastante bien. Salgo con la cabeza embotada, pero con la sensación de que el curso por fin ha terminado y de que, quizá, después de todo, he sobrevivido a mi primer año de universidad. He quedado con Raina en la cafetería para almorzar y luego ir juntas de compras, porque según ella no hay mejor forma de celebrar que hemos salido vivas que comprar ropa que probablemente no necesitamos y comer algo con demasiado azúcar. Llego pronto, así que pido un café mientras la espero. Cuando la camarera me lo entrega, veo mi nombre escrito en el vaso y, debajo, un pequeño sol dibujado con rotulador negro. Lo miro extrañada.

No sé por qué me emociona. Es un gesto simple. Bonito. Probablemente la camarera hace dibujos a todo el mundo. Hay personas así, capaces de poner corazones, flores o sonrisas en vasos de café sin pensar que están tocando heridas ajenas. Le doy las gracias con una sonrisa y me siento en nuestra mesa de siempre, intentando no darle más importancia. Pero el sol parece mirarme desde el vaso. Y yo, que llevo días convirtiendo cualquier cosa en una señal, me regaño mentalmente por ser tan absurda. Entonces, para hacer tiempo, vuelvo a abrir Instagram. Otra vez. Porque al parecer soy incapaz de no hacerlo.

Ryder ha subido otra foto. Esta vez sí se me detiene el corazón. Reconozco el lugar en el acto: The Ruins. Reconocería esa casa abandonada desde cualquier ángulo, incluso con los ojos cerrados. Reconocería sus paredes grafiteadas, sus sombras, su decadencia extrañamente viva. La foto está tomada desde dentro, de noche, y muestra la ventana que da al tejado. Esa ventana. La

misma que atravesé una vez sin estar del todo en mí, drogada, perdida, me subí al tejado y estuve a punto de caer, hasta que Ryder me sostuvo. Hasta que Ryder me salvó y me llevó en brazos de allí. Fue la primera noche que dormí con él. No hubo sexo, pero fue una sensación tan increíble que nunca olvidaré cómo me sentí entre sus brazos y su presencia convirtiéndose por primera vez en un lugar seguro. En la foto se ven las estrellas a través del cristal roto y el borde oscuro del tejado. Pero es el pie de foto lo que me roba el aire.

Solo quería ver las estrellas, pero vio el sol, y se quemó con él.

El vaso de café tiembla entre mis manos. El sol. Vuelvo a mirar el dibujo que la camarera ha hecho bajo mi nombre y siento que la piel se me llena de electricidad. Recuerdo su voz como si estuviera aquí, delante de mí, aquella mañana en su cocina, cuando me dijo que no me veía como una estrella, sino como un sol enorme y radiante que daba luz y calor a todo lo que tocaba. Entonces me pareció una de las cosas más bonitas que me habían dicho nunca. Ahora, con la foto de The Ruins en la pantalla y un sol dibujado en el vaso, me parece una grieta abriéndose en mitad del mundo.

Raina llega justo en ese momento y se detiene al verme la cara.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

Levanto la mirada hacia ella, pero tardo unos segundos en poder hablar.

—No sé qué está pasando.

Se sienta frente a mí y yo empiezo a contárselo todo. La foto de Carolina. La ventana. El aula 09. La palabra Filosofía en la pizarra. La foto del partido del instituto. El libro en la biblioteca. La nota. El sol en el vaso. La imagen de The Ruins y lo que significa. La frase que la acompaña. Raina me escucha con los ojos cada vez más abiertos y, cuando termino, se queda unos segundos en silencio antes de soltar una risa nerviosa.

—Vale. No sé si esto es tremendamente romántico o si estás perdiendo la cabeza de una forma muy poética.

—Gracias, eso ayuda muchísimo.

—Ava, te quiero, pero suena a que estás obsesionándote.

—Lo sé.

Y lo peor es que tiene razón. O quizá no: porque algunas cosas parecen demasiado concretas para ser casualidad y a la vez demasiado imposibles para ser reales. Así que decido apartar el móvil, terminarme el café y pasar el resto del día con Raina como si el mundo no estuviera escribiéndome mensajes secretos en cada esquina.

Vamos de compras, nos probamos vestidos, nos reímos en los probadores, comemos comida basura y, por unas horas, consigo fingir que no estoy esperando otra señal. Consigo ser solo una chica que ha terminado su primer año de universidad y que camina por California con una amiga que la quiere lo suficiente como para no juzgarla cuando su corazón se pone dramático.

Es de noche cuando vuelvo a mi habitación en la residencia. Raina no está; ha ido a pasar la noche con un chico con el que está saliendo, así que el cuarto me recibe oscuro, silencioso y demasiado grande. Antes de entrar del todo, miro el móvil y veo mensajes del grupo de mis amigas de Oregón. Kassy, Selena y Jannet han escrito emocionadísimas porque va a haber una enorme fiesta en The Ruins y, según ellas, esta vez no aceptan excusas. Dicen que tengo que volver al pueblo, que tenemos que vernos, que hay demasiado que contar, que he estado demasiado desconectada. Leo los mensajes con una sonrisa pequeña, sorprendida al notar que la idea de volver ya no me produce el mismo terror de antes. Ver a Ryder y comprobar que no me odia me ha dado una valentía nueva. Una triste, sí, una incompleta, pero real. Quizá puedo volver. Quizá puedo encontrarme con él algún día y no desmoronarme. Quizá no estamos destinados a odiarnos ni a huir eternamente el uno del otro. Les escribo que sí. Que esta vez iré.

Después entro en la habitación, dejo el bolso sobre la cama y vuelvo a hacer lo que me juré que no haría más. Abro Instagram. Hay una foto nueva de Ryder. Es negra. Solo eso. Una imagen completamente negra. Pero lo importante no es la imagen. Es el pie de foto.

Si fuera el fin del mundo, iría a por ti.

La sangre deja de circularme. Esa es nuestra canción. La suya. La que eligió para nosotros cuando todavía no entendía que aquella elección no era solo una canción bonita, sino una profecía triste. Me quedo mirando la pantalla con la boca entreabierta y el corazón golpeándome tan fuerte que casi duele.

Volver al pueblo después de casi un año debería sentirse como regresar a casa. Pero no se siente así. Se siente como volver al lugar donde enterré la mejor versión de mí misma.

Durante todo el viaje he intentado convencerme de que estoy preparada. De que ya puedo volver a recorrer estas calles sin romperme por dentro. De que puedo volver a mirar esa casa sin esperar encontrar una silueta detrás de una ventana. Mentira. No estoy preparada para nada. Lo único que me sostiene es saber que, dentro de unas horas, volveré a abrazar a mis amigas. Que estaremos otra vez en The Ruins riéndonos como antes de que la vida decidiera hacerse muchísimo más complicada.

Mi padre me recibe en la puerta con un abrazo tan fuerte que casi me rompe.

—Ya era hora de que volvieras.

Yo sonrío. Lo abrazo durante unos segundos más de los normales. Porque durante muchos meses también estuve enfadada con él. Muchísimo. Pero el tiempo me ha enseñado algo. No hizo lo correcto. Pero tampoco dejó de quererme nunca. Y querer mucho a alguien tampoco te libra de equivocarte.

—Te he echado de menos, papá.

—Yo también, cariño —dice besando mi frente.

Subo las escaleras despacio, dejando la maleta olvidada en cuanto piso el que fue mi refugio durante toda mi adolescencia. Es extraño comprobar que un lugar puede permanecer inmóvil mientras tú sientes que has vivido diez vidas distintas lejos de él. Durante un instante cierro la puerta a mi espalda y simplemente respiro. Huele a casa. A recuerdos, a muchos recuerdos. A la habitación en la que crecí. A la habitación desde cuya ventana aprendí que, a veces, el destino decide colocarte justo delante de la persona que cambiará tu vida para siempre en el momento en que menos te esperas.

No enciendo la luz. Porque hay un gesto que llevo demasiado tiempo reprimiendo y que, incluso ahora, después de todo lo ocurrido, sigue siendo el primero que mi cuerpo quiere hacer antes que cualquier otro. Camino lentamente hacia la ventana con una mezcla absurda de esperanza y miedo, sintiendo que cada paso pesa como si estuviera avanzando hacia el borde de un precipicio. Me digo que soy una idiota. Que tanto Ryder como yo llevamos casi un año sin vivir aquí. Que la casa de enfrente probablemente esté vacía. Que Ryder tiene otra vida. Otra universidad. Otra novia. Otro futuro. Pero mi corazón no entiende de lógica. Nunca la ha entendido cuando se trata de él.

Aparto apenas unos centímetros la cortina. Y, en ese mismo instante, dejo de respirar. La luz de la habitación de Ryder está encendida. La misma que tantas noches observé apagarse cuando él se acostaba tarde después de entregarnos a la pasión simplemente observándonos el uno al otro. La misma que, durante los últimos meses en casa, permaneció completamente negra mientras yo seguía mirando desde aquí como una estúpida, incapaz de aceptar que aquella ventana ya no volvería a iluminarse para mí. Hay movimiento. Una sombra cruza despacio delante del cristal. Parpadeo varias veces porque estoy convencida de que mi cabeza vuelve a jugar conmigo. Llevo demasiados meses viendo a Ryder donde no está. Escuchándolo donde no existe. Encontrándolo escondido en canciones, en frases escritas en una cafetería, en

números absurdos y en recuerdos que aparecen cuando menos los necesito. Mi salud mental lleva demasiado tiempo sosteniéndose con alfileres y, durante un segundo, estoy completamente convencida de que esto no es más que otra alucinación nacida de las ganas insoportables que tengo de volver a verlo.

Pero entonces lo veo. ¡Joder! ¡Es él! ¡Joder, joder, joder! Retrocedo un paso casi por instinto. Mierda, ¿qué hago? ¿Y si está con su novia? No quiero ver eso. No puedo. Mi habitación sigue completamente a oscuras, así que, si es él, quizá no me haya visto. O sí… ¡Mierda, mierda! ¿Qué hago?

Respira Ava. Puede ser su hermano Connor. Primero necesito saber si él está en el pueblo también y si me voy a tener que topar con él durante mi breve estancia. También necesito saber si ha venido solo o con su chica. Así que cojo el teléfono, entro en Instagram y busco otra vez el perfil de Ryder. Tengo la excusa perfecta hoy, ya que solo quiero comprobar si ha publicado algo sobre la fiesta, si realmente ha venido con Carolina, si volverá a Boston pronto… Pero no ha subido nada. Aprieto los labios. Voy a cerrar la aplicación. No necesito seguir haciéndome daño. Pero justo en ese momento… **Ryder Knox ha publicado una nueva foto.** El corazón me golpea tan fuerte que siento un dolor físico en el pecho. La abro y me quedo en estado de shock severo. Soy yo. ¡Es una jodida foto de mí! Estoy sentada en la biblioteca de California, completamente absorta entre apuntes y libros, mordiéndome distraídamente el capuchón de un bolígrafo mientras estoy estudiando para los exámenes finales.

Las manos empiezan a temblarme mientras leo el pie de foto.

"¿Has visto alguna vez algo más perfecto?"

Las lágrimas empiezan a caer sin que llegue siquiera a sentirlas. No. No puede ser. Ha estado allí. ¿Durante cuánto tiempo? Esta foto es de varios días después de su partido… Pero, si estaba allí… Podría haberme buscado. Podría haberme abrazado. Y, sin

embargo, eligió quedarse mirándome desde la distancia. Exactamente igual que hizo hace cinco años. ¿Por qué no quiso acercarse a mí?

De repente una melodía rompe el silencio de la habitación y doy un respingo tan fuerte que el teléfono se me escapa casi de las manos. El corazón empieza a golpearme el pecho con una violencia absurda. Durante un instante ni siquiera soy capaz de identificar de dónde viene la música. Solo sé que la conozco. Que la he escuchado cientos de veces. Mi respiración se queda suspendida cuando la voz comienza a cantar. *"If the world was ending..."* Las lágrimas acuden inmediatamente a mis ojos, porque es **nuestra** canción. La canción que Ryder eligió aquella noche en la hamburguesería cuando yo insistía, entre bromas, en que toda pareja necesitaba un nombre ridículo y una canción que la representara. La canción que hablaba de dos personas que solo se atrevían a volver a buscarse cuando el mundo entero se estaba derrumbando y ya no quedaban excusas para seguir separados.

Si fuera el fin del mundo, vendrías a casa, ¿verdad? Vendrías y pasarías la noche conmigo, ¿verdad? ¿Me amarías durante lo que dure ese infierno? Todos nuestros miedos serían irrelevantes. Si fuera el fin del mundo, volverías a casa, ¿verdad? El cielo se estaría cayendo y yo te abrazaría fuerte y no habría un motivo por el que decir adiós.

Escucho la letra y necesito agarrarme a la silla para no caerme. Niego despacio con la cabeza mientras las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas sin que pueda hacer absolutamente nada para detenerlas.

Un momento… ¿De dónde narices sale esa música y por qué parece que suena en mi habitación? Levanto lentamente la cabeza, intentando seguir el sonido mientras el corazón me golpea con tanta fuerza que siento un ligero mareo. Camino casi sin darme cuenta hacia la ventana y, cuando estoy lo suficientemente cerca, descubro sobre el alféizar un pequeño altavoz Bluetooth del que brotan las notas de nuestra canción. Justo a su lado, perfectamente colocado,

hay un dónut glaseado. Me llevo una mano a la boca para contener el sollozo que amenaza con escaparse. Solo existe una persona en el mundo capaz de dejarme un dónut glaseado acompañado de esa canción. Solo una persona habría entendido que no hacía falta escribir una sola palabra para decirme exactamente todo lo que necesitaba escuchar. Levanto la vista con el corazón completamente desbocado y lo busco automáticamente en la ventana de enfrente. Lo veo y él me ve. Y dios, estoy tan en shock que no sé qué hacer.

De un segundo a otro, el cielo estalla en una tormenta veraniega potente y ruidosa. La luz de la habitación de Ryder se apaga y ya no lo veo allí. ¿Habrán sido alucinaciones mías? No, no, no estoy tan loca. Pero, ¿dónde está? Un relámpago rasga la noche de extremo a extremo en el cielo y comienza a llover con una violencia casi irreal. Una tormenta de verano cae sobre el pueblo como si el propio cielo hubiera decidido romper a llorar. El destello ilumina la calle durante apenas un instante, pero ese instante basta para encontrarlo. Está allí. Ryder está allí. En mitad de la calle que separa su casa de la mía. Completamente empapado. Con las manos escondidas dentro de los bolsillos del pantalón. Los hombros ligeramente caídos. Y la mirada fija en mi ventana como si estuviera dispuesto a esperar toda la noche una respuesta por mi parte. Otro relámpago vuelve a iluminarlo todo y nuestros ojos se encuentran. Una sonrisa temblorosa se abre paso entre mis lágrimas. Está aquí. Ha vuelto. Y ha venido a por mí.

Salgo corriendo de la habitación casi sin ser consciente de mis propios movimientos. Escucho a mi padre llamarme desde la planta baja, preguntándome qué ocurre, adónde voy o por qué bajo las escaleras como si la casa estuviera ardiendo, pero soy incapaz de responderle. Llevo demasiado tiempo respondiendo a todo el mundo menos a la única llamada que de verdad importaba. Abro la puerta principal y la lluvia me empapa antes incluso de dar el primer paso. El agua me cala la ropa, el pelo y la piel en cuestión de segundos, pero me da exactamente igual. Echo a correr con todas mis fuerzas hacia él mientras siento que algo dentro de mí vuelve por fin a ocupar el lugar del que nunca debió marcharse.

Llevo demasiado tiempo corriendo en dirección contraria. Y esta vez... Esta vez corro exactamente hacia donde siempre pertenecí.

CAPÍTULO 48

NUNCA TUVE MIEDO

Ryder

Nunca tuve miedo a los grandes problemas de mi vida. No tuve miedo a ser señalado. No lo tuve a ser condenado antes de que nadie se molestara en conocerme. Durante la época más rebelde de mi vida no tuve miedo a probar drogas que sabía perfectamente que podían acabar conmigo, porque, siendo sincero, tampoco le tenía demasiado miedo a la muerte. No me daba miedo acercarme a las mujeres, ni acostarme con varias a la vez, ni hacer cosas de las que hoy no me siento orgulloso, como follarme a mujeres casadas. No me daba miedo nada porque nunca tuve nada que perder.

Pero sí tuve siempre miedo de una cosa. Acercarme demasiado a Ava Monroe. Porque nunca podría explicar la magnitud de las cosas que sentía, y todavía siento, simplemente contemplándola, incluso cuando ella no me ve. Ha sido siempre tan increíblemente perfecta… al menos para mí. Perfecta para mí.

Tenía todo lo que yo sabía que necesitaba para convertirme en el hombre más feliz del planeta. Sus ojos verdes. Su forma de hablar. Su manera de emocionarse por cosas pequeñas. Su manera de buscar belleza donde nadie más la encontraba. La forma en la que parecía iluminar cualquier lugar en el que estuviera. Por eso me daba miedo acercarme. Porque una parte de mí siempre supo que, si algún día la probaba, ya no habría marcha atrás. Y perderla sería insoportable.

Lo que pasa es que estaba equivocado. Creía que sabía cuánto dolería perderla. Pero no tenía ni la más remota idea. Casi me quito la vida después de aquel estúpido juicio. Lo habría hecho. De no ser por Nick, que llegó justo a tiempo, probablemente ahora

mismo estaría muerto. Y no podrían decir que morí por suicidio. No. Habría muerto de amor.

Durante mucho tiempo pensé que estaba obsesionado con ella. Todavía lo pienso. Pero la terapia hizo algo bueno por mí. Me enseñó que el problema nunca fue quererla demasiado. El problema fue convertirla en la única esperanza de felicidad que tenía en toda mi vida. Y, sin Ava… Todo lo demás era el infierno.

Ha sido el infierno. Pensar que la había perdido para siempre durante diez meses, sobre todo después de haberla tenido entre mis brazos y haber descubierto lo que se siente cuando la persona adecuada encaja exactamente donde siempre faltó algo, ha sido la mayor tortura que he conocido jamás.

No he querido otra cosa que volver a ella. Pero tenía miedo. Muchísimo miedo. No de encontrarme con su rechazo. Eso habría dolido. Pero lo habría soportado. Tenía pánico a encontrarme con su desamor. Mirarla a los ojos y descubrir que ya no había nada. Que ya no me quería.

Sé que nunca debí empezar una relación con Carolina. Lo sé. No estaba preparado ni creo que llegue a estarlo nunca para amar a otra mujer de la forma en la que amo a Ava. Pero Carol fue un bálsamo necesario en momentos muy oscuros y siempre le dije la verdad. Había otra. Siempre habría otra. Y ella decidió quedarse. Ahora forma parte del pasado y yo he vuelto aquí, al lugar que me condenó desde el principio, pero también el mismo lugar que me la regaló para siempre, después de haber pasado semanas enteras en California volviendo a hacer lo que he hecho toda mi vida. Mirar a Ava Monroe desde la distancia como un obseso.

Ya no me avergüenza reconocerlo. Siempre he sido así con ella. Siempre la he mirado como si fuera un milagro. La diferencia es que antes pensaba que eso me convertía en un loco. Ahora simplemente puede parecer loco, pero es solo que la amo más de lo que muchos mortales son capaces de amar. Y que hay amores tan

grandes que, aunque el mundo entero los señale y parezcan irracionales, siguen existiendo igual.

Pero, joder… ¿Me aceptará? ¿Lo hará? Nunca he tenido miedo. Y, sin embargo, esta noche estoy aterrado.

He dejado pequeñas pistas. Sé que son insuficientes, pero Ava es lista y sé que las hilará. No quiero presionarla ni asustarla. Solo quiero que sepa que sigo aquí. Que, si ella quiere, todavía sigo aquí. Mucha gente podría pensar que es romántico. No lo es. Es desesperado. Porque la quiero de vuelta. Quiero volver a rodearla entre mis brazos. Volver a ella. La única cosa que he tenido miedo a perder, Ava Monroe.

Presiono el botón de reproducir nuestra canción. Y sonrío al recordar como ella pensó en aquel momento que me estaba obligando a elegir una canción que me recordara a ella. Ella no sabía ni es consciente todavía que todas las canciones me recuerdan a ella. Pero esta… siempre lo hizo de manera mucho más intensa. Me recuerda a ella no solo por el año que llevamos sin saber el uno del otro ahora, sino porque en su momento me enamoré siendo niño de una niña que brillaba más que todas las estrellas juntas y poco después la perdí por cinco años. La canción comienza a reproducirse y entonces su ventana se abre. Y dejo de respirar. Está ahí. Y está llorando. Y, Dios mío, me va a dar algo. Sigue siendo la chica más bonita que he visto jamás.

Y, antes siquiera de que pueda reaccionar, mi cuerpo empieza a temblar. Tengo que hacer esto. Tengo que hacerlo. Pero no a través de la ventana. Así empezó, sí, pero la quiero y la necesito ver cara a cara, de cerca, decirle con todo lo que soy lo muchísimo que la quiero de vuelta y lo que la he echado de menos. No he sido yo en este tiempo alejados. De modo que bajo las escaleras de mi casa de forma precipitada y en cuanto salgo a la calle comienza a llover de una forma virulenta que me empapa enseguida. Me da igual. No pienso moverme de aquí hasta ver a Monroe frente a frente, hasta que consigamos volver a ser nosotros.

Ava me busca con la mirada en mi habitación y frunce el ceño cuando no me ve, pero segundos después un relámpago cruza el cielo y me alumbra. Sus ojos vuelan directamente a mí y sonríe. Dios, esa sonrisa ya me dice todo lo que necesitaba oír. Entonces desaparece y segundos después la veo salir de su casa corriendo en mi dirección, empapándose también en el acto. Se para justo a unos centímetros de mí. Y joder, me pierdo en esos jodidos ojos verdes que lo son todo para mí. Esa es la ventana por la que quiero mirarme siempre.

—Ryder… —susurra sin aliento.

Trago saliva. Intento memorizar lo que quería decirle, pero no me sale. Aunque no importa, porque lo haga mejor o peor, sé una cosa a ciencia cierta: nunca más volveré a darla por perdida.

—Llevo toda la noche pensando en qué decirte y he llegado a la conclusión de que lo único que quiero hacer ahora es preguntarte una cosa.

Ella me mira con lágrimas en los ojos.

—¿Qué… qué cosa?

—¿Todavía quieres que sea yo? —pregunto reuniendo todo el valor del mundo, porque su respuesta puede ser dolorosamente insoportable.

Ava se rompe frente a mí. Empieza a llorar con una intensidad que me desarma completamente. Así que me acerco un poco más.

—Porque, Ava, yo no he cambiado de opinión ni un solo día. He tenido miedo. He estado roto. He estado perdido. He dejado que otras personas tomaran decisiones por mí igual que tú dejaste que las tomaran por ti. Pero hay una cosa que nunca ha cambiado. Nunca he querido un futuro donde tú no estuvieras.

Entonces ella se lanza sobre mí. Y, joder. Joder. Joder. Qué sensación tan indescriptible es volver a tenerla entre mis brazos. Me rodea con las piernas, me abraza con todas sus fuerzas y empieza a

besarme como si estuviera recuperando el oxígeno después de un año entero sin respirar.

Yo la sujeto inmediatamente. Y me echo a llorar. Porque estoy cansado de fingir que soy fuerte. En fin, lo soy con cualquier otra cosa, con la que quieras, pero con Ava no. No con mi cosita. La he echado tanto de menos, joder… tanto… Y no quiero volver a perder ni un segundo más. Ella se ríe entre lágrimas y su risa sana en el acto algunas heridas profundas de mi oscura alma.

—Maldita sea… tendría que haberme matriculado en Boston —la escucho decir y me río.

—No importa. Porque, si me aceptas otra vez en tu vida, vas a tener un novio tan obsesionado contigo que ha pedido el traslado a California para estar cerca de ti.

—¿Qué? —pregunta abriendo muchísimo los ojos.

—Y me lo han concedido —añado poniendo cara de inocente, deseando que no le asuste demasiado. Pero Ava me sorprende y vuelve a abrazarme y siento que las piezas rotas de mi corazón vuelven a encajar todas de golpe.

—Lo siento —susurra presa de un llanto agónico. Sonrío.

—Yo también —admito y le beso la sien.

—Te hice daño.

—Y yo a ti —susurro apretándola con fuerza contra mí.

—Nos hicimos daño.

Asiento.

—Sí. Pero no fue porque quisiéramos hacérnoslo. Nos quisimos demasiado jóvenes y en un lugar y el momento equivocado.

—Sí… —asiente con lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Pero seguimos aquí —le digo con mi mayor sonrisa.

—Sí —reconoce y me regala una sonrisa de esas que me llenan el pecho de inmensidad. Apoyo mi frente en la suya y sonrío por primera vez en muchísimo tiempo con una felicidad completa, limpia y absoluta.

—Entonces todavía estamos a tiempo.

Y nos besamos. Bajo la lluvia. Llorando como tontos. Riéndonos como niños. Temblando.

Y sí, nunca tuve miedo a la muerte. Lo que siempre tuve fue miedo a la vida. Porque vivir de verdad significaba esto. Tener algo tan increíblemente valioso que perder. Y, aun así… Elegirlo. Cada día. Una y otra vez. Ava Monroe. Siempre Ava Monroe.

La sostengo en mis brazos y la llevo dentro de mi casa. Veo de reojo al padre de Ava en la ventana de enfrente, frunciendo el ceño ante la escena, pero no dice nada. Me importa una mierda. Ahora mismo nada me importa excepto ella. La llevo dentro, ella abrazándome la cintura con las piernas y agarrándome el pelo con fuerza mientras me besa como si se estuviera ahogando y yo fuera el puto aire. Entre beso y beso subo las escaleras con ella en brazos, tropezando un poco, riéndome contra su boca, desesperado por tocarla, por sentirla, por meterme dentro de ella ya. Entro en mi habitación y cierro la puerta de una patada. La dejo en el suelo solo el tiempo necesario para quitarme la camiseta mojada y ella hace lo mismo, quitándose el vestido empapado con manos temblorosas. Nos buscamos con hambre, con necesidad, con meses de separación que pesan como putos años.

Caemos en la cama, desnudos, piel contra piel. Le beso el cuello, los pechos, el vientre, como si quisiera memorizar cada centímetro de ella otra vez. Ava me toca con desesperación, clavándome las uñas en la espalda, tirándome del pelo, necesitando que entre en ella ya. Cuando me coloco entre sus piernas y estoy a punto de metérsela, me detengo de golpe.

—Mierda… el condón… está abajo.

Me sujeta por los hombros antes de que pueda moverme.

—No —susurra contra mi boca, con los ojos brillantes de deseo—. Hazlo sin condón. Necesito sentirte. Mañana iré a por la pastilla del día después y desde mañana me tomaré la píldora. Pero ahora… te necesito así.

La miro con los ojos oscuros de deseo y amor. Sonrío como un idiota, la beso con ternura y me meto en ella de un solo empujón profundo. Ambos gemimos fuerte. Joder. El placer es tan intenso que duele. Sentirla sin nada entre nosotros, piel contra piel, caliente, húmeda, real… es demasiado. Gruño contra su cuello, temblando.

—Joder, Ava… nunca he sentido algo así en toda mi vida —susurro, moviéndome despacio al principio, saboreando cada centímetro—. Quédate conmigo, Ava. Haré que merezca la pena.

Ella solo puede gemir mi nombre, clavándome las uñas en la espalda, rodeándome la cintura con las piernas para sentirme más profundo. Nos movemos con hambre, con desesperación, con meses de ausencia que salen por los poros. La follo más fuerte, más profundo, besándola, mordiéndole los labios, susurrándole que la quiero, que la he echado de menos cada puto segundo, que es mía y yo soy suyo.

El orgasmo nos golpea casi al mismo tiempo. Ella se corre primero, apretándome dentro de ella, gritando mi nombre. Yo gruño con fuerza y me corro dentro de ella, temblando, llenándola, abrazándola tan fuerte que casi no puedo respirar.

Nos quedamos unidos, jadeando, besándonos con ternura ahora, con lágrimas mezcladas con nuestro sudor. Le beso la frente, las mejillas, los labios, susurrándole que la quiero, que nunca más voy a dejarla ir.

Y, entre sus brazos, siento que, por fin, después de tanto dolor, hemos vuelto a casa.

EPÍLOGO

Hay algo muy extraño en volver a casa y a los brazos de Ryder después de tanto tiempo. Porque, aunque las calles sean las mismas, las farolas sigan en su sitio y las casas no hayan cambiado absolutamente nada, tú ya no eres la misma persona que se fue. Y creo que él tampoco es el mismo Ryder. Y eso da un poco de vértigo.

No hemos dormido mucho esta noche, pero el poco tiempo que le hemos dedicado al sueño ha sido más que reparador. Dormir en los brazos de Ryder Knox es una de las sensaciones más placenteras del mundo.

Ahora voy cogida de la mano de Ryder y siento que nunca más voy a esconder lo que siento por él ni lo mucho que lo necesito en mi vida. Ya no. Se ha acabado eso de pedir perdón por querer a alguien o fingir que una persona no es importante cuando lo es todo.

Cruzamos la pequeña distancia que va de su casa a la mía en silencio. Ryder aprieta mi mano y lo miro de reojo. Está nervioso. Muchísimo. Y eso me hace una gracia inmensa porque este hombre se ha peleado con medio planeta, se ha enfrentado a policías, a rumores, a profesores, a la opinión de todo un pueblo y, sin embargo, está aterrado por llamar a la puerta de mi padre.

—¿Estás bien? —le pregunto. Él niega inmediatamente.

—No, pero no te preocupes.

—¿Por qué estás tan nervioso? Estoy contigo.

Suspira dramáticamente.

—Porque amo mucho mis huevos y sé perfectamente que tu padre quiere arrancármelos.

—No seas exagerado —digo sin poder evitar reír.

—¿Exagerado? Ese señor me ha mirado toda la vida como si estuviera a una mala decisión de enterrarme en el jardín.

—Yo protegeré a tus huevos con mi vida —digo mientras beso su mejilla y él me mira escandalizado.

—Eso no me consuela mucho, la verdad. Porque, si él decide arrancármelos, tú probablemente seas demasiado pequeña para impedírselo —me río todavía más.

—¿Quieres que vaya yo sola a hablar con él?

—Ni de coña —niega con la cabeza a la vez.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Esta conversación también me pertenece a mí y no voy a consentir que nadie vuelva a intentar alejarte de mí. Ni tu padre, ni tu pueblo, ni el mismísimo Batman.

Mi corazón se derrite. Porque así es mi Ryder. Loco. Intenso. Visceral. *Perfectamente imperfecto*.

Justo antes de llamar a la puerta, me acuerdo de algo.

—Por cierto.

—¿Qué? —pregunta y me mira asustado.

—Me encanta el tatuaje —digo señalando su muñeca. Sonríe automáticamente al ver el pequeño solecito que se tatuó hace unos días. Después mira mi muñeca y se le escapa una sonrisa traviesa.

—A mí me pone muy cachondo que te hayas tatuado mi número en la muñeca.

—¿Ah, sí? —pregunto levantando una ceja.

—Muchísimo. ¿Quieres comprobarlo? —se acerca un poco y yo le pongo la mano en el pecho para que pare. Este hombre es incorregible, pero me hace reír como nadie—. Sobre todo, porque es el único tatuaje que tienes.

Y justo en ese momento se abre la puerta. Ryder adopta automáticamente una cara de santo inocente que me hace aguantar la risa. Mi padre nos mira. Primero a mí. Luego a Ryder. Después a nuestras manos entrelazadas. Y, para sorpresa de ambos, sonríe y le da una palmada en la espalda a Ryder.

—Veo que tienes agallas, muchacho. Eso me gusta.

Ryder pestañea varias veces. Creo que estaba preparado para una ejecución pública y no para esto. Mi padre me abraza con fuerza.

—Me alegro de que hayáis venido.

Suspiro, aliviada, y creo que esto va a ser más fácil de lo que esperaba. Al menos más fácil de lo que Ryder esperaba.

Un rato después, Ryder y yo salimos de casa y caminamos hacia The Ruins cogidos de la mano.

—¿Ves? No ha sido tan malo como pensabas —le digo y él levanta una ceja.

—Conservo mis huevos. Pero me ha amenazado con arrancarlos en varias ocasiones si te hago daño —me echo a reír y él me apunta con el dedo—. No te rías. Tú también llorarás su pérdida si me los arranca.

Me acerco y lo beso. Y, sin previo aviso, me coge en brazos.

—¡Ryder!

—¿Qué?

—Suéltame.

—No.

—Hay gente mirando.

—Perfecto. Que miren.

Me besa y me vuelve a besar. Y recorre conmigo en brazos el último tramo hasta The Ruins. Cuando llegamos, me baja al suelo.

La música se escucha desde fuera.

En cuanto entramos en The Ruins, una oleada de nostalgia me golpea de lleno. La música está alta, las luces improvisadas cuelgan de las vigas del techo y las paredes siguen llenas de grafitis, firmas y frases absurdas que llevamos años dejando aquí. Todo está igual, pero, esta vez, él está conmigo. Y eso lo cambia todo.

Ni siquiera nos da tiempo a avanzar tres pasos cuando Selena me ve.

—¡NO ME LO PUEDO CREER!

Su grito hace que media fiesta nos mire. Jannet gira la cabeza inmediatamente. Kassy también. Y las tres vienen corriendo hacia mí.

—¡AVA! —gritan al unísono. Prácticamente se me tiran encima. Me abrazan tan fuerte que me hacen reír.

—¡Me vais a romper!

—¡TE LO MERECES POR DESERTORA! —dice Selena.

—¡Nos has tenido abandonadas! —añade Jannet.

—Y nos debes muchísimas explicaciones —dice Kassy.

—Lo sé.

Y las cuatro empezamos a reír. Miro a Kassy. Está más delgada. Muchísimo más. Y a lo mejor debería preocuparme. Pero se le ve hoy tan feliz… tan radiante… ¿será solo por verme a mí? Por otro lado, Nick acaba de ver a Ryder.

—¡MIRA QUIÉN HA RESUCITADO!

—Calla, imbécil —gruñe Ryder poniendo los ojos en blanco.

Pero Nick ya está abrazándolo y besuqueándolo por todas partes. Carter y Justin también se acercan.

—Joder, tío… —dice Carter—. Qué alegría verte.

—Ya era hora de que dejaras de ser el novio romántico y empalagoso y te acordaras de tus colegas —añade Justin.

—¡No soy ni de coña romántico y empalagoso! —protesta Ryder con más fuerza.

—¿Ah, no? —dice Nick.

—¡No!

—¿Cómo llamamos entonces a publicar una foto en tu Instagram de tu novia estudiando y tú observándola como un lunático babeante? ¡Oh! ¡Y, joder! ¡La caption de la foto! *"¿Has visto alguna vez algo más perfecto?"* —dice Nick poniendo voz de imbécil y hace que automáticamente me ría. Esa foto y el mensaje que dejó en ella me enamora, pero sé que nadie entenderá que es así. Que Ryder es así de intenso y le importa una mierda que los demás no lo sean ni lo comprendan.

Ryder lo mira.

—¡¿Te quieres callar?!

—No.

—Nick. Te voy a pegar —vuelve a gruñir Ryder y sé que está a punto de perder el control, así que me acerco lentamente, por si hay que domar a la fiera. Nick sonríe.

—Eso significa que has vuelto.

Ryder intenta contener la sonrisa. Pero pierde la batalla. Y ese hoyuelo aparece. Ese maldito hoyuelo. Nick lo señala inmediatamente.

—¡LO SABÍA! ¡HA VUELTO EL HOYUELO!

—Eres imbécil.

—Pero me quieres.

—Lamentablemente.

—Lo sabía.

Todos empiezan a reír. Y entonces Nick me mira y se acerca a mí.

—Monroe.

—Stone.

—¿Todo arreglado?

Ryder y yo nos miramos. Después volvemos a mirarlo a él. Y Ryder responde antes que yo.

—Estamos trabajando en ello.

Nick sonríe.

—Perfecto. Porque, sinceramente, ya estaba cansado de aguantar a este desgraciado deprimido.

Ryder le da un golpe en el hombro.

—¡Cállate de una jodida vez, idiota!

Nick se va riéndose, porque le encanta sembrar el caos allá por donde va, y la verdad es que tiene gracia haciéndolo. Lo observo con una sonrisa en la cara. Me gusta Nicholas Stone. Saca de quicio constantemente a mi chico, pero lo cuida, lo quiere y lo comprende. Sé lo importante que es para Ryder. Veo a Nick que coge una cerveza de la mesa y, al darse la vuelta, choca sin querer con Kassy. La cerveza se derrama un poco.

—Joder.

—¡Mira por dónde vas! —protesta ella. Nick levanta una ceja.

—Estaba mirando —dice Nick con una de sus sonrisas seductoras y guiña a Kassy—. A lo mejor quería tropezarme contigo, Salamandra.

Ella pone los ojos en blanco.

—Eres insoportable.

Él sonríe.

—Y tú una gruñona.

—Y tú idiota.

—Y tú una hurticaria.

—Y tú un pesado.

—Y tú preciosa cuando te enfadas.

Kassy se queda completamente quieta. Y entonces lo empuja.

—Eres imbécil.

Nick sonríe.

—Pero te gusto.

—Sigue soñando, Stone —dice Kassy pero hay algo en la forma en que lo mira que… ¡oh, dios! Aquí ha pasado algo. Ryder se inclina hacia mí.

—Van a ser un desastre —me susurra Ryder. Yo sonrío.

—Sí.

—Un desastre enorme.

Miro a Ryder. Él me mira a mí.

—Nosotros sabemos un rato de eso, ¿verdad? —Ryder asiente a mi pregunta, le da un buche a su cerveza y se acerca a mi oído.

—Quiero dejarte hecha un desastre, sí. Esta noche. En mi cama. Bueno, todas las noches. Todas las putas noches, Monroe.

Lo miro y él ya sabe lo que le estoy diciendo con la mirada. Yo también quiero lo mismo, Knox.

Porque ya hemos perdido demasiado tiempo. Ya se nos acabó el mundo por un buen tiempo a los dos. Y, si algún día el mundo volviera a acabarse, ya sé la respuesta. Sí. Siempre iría a por él. Y él siempre vendría a por mí.

Gracias por leer esta historia. Si te ha gustado, el libro en papel contiene un material extra contado por nuestro protagonista masculino…

Ryder

Mientras tú no mirabas

Gracias.

Si has llegado hasta aquí, significa que has recorrido el mismo camino que Ava y Ryder. Has celebrado sus pequeñas victorias, te has desesperado con sus errores, probablemente has querido darles un par de collejas en más de una ocasión y, espero, también hayas sonreído cuando por fin entendieron que nunca fueron el problema el uno del otro.

Siempre he pensado que las mejores historias de amor no hablan de personas perfectas. Hablan de personas que se equivocan, que tienen miedo, que toman malas decisiones y que, aun así, siguen encontrando el valor para volver a elegirse.

Eso son ellos.

Dos personas que se quisieron demasiado jóvenes, en el lugar equivocado y con demasiadas voces diciéndoles quién debían ser. Pero también dos personas que demostraron que, cuando el amor es de verdad, no desaparece por el simple hecho de que la vida se complique.

Espero de corazón que, durante unas horas, Ryder y Ava hayan encontrado también un lugar en el tuyo.

Gracias por confiarme tu tiempo, por abrir este libro y por dejar que mis personajes te acompañaran un ratito. Los lectores sois el motivo por el que estas historias dejan de pertenecerme y empiezan a vivir una vida mucho más grande de la que yo podría imaginar.

Y quién sabe... quizá este no sea el último viaje a The Ruins.

Con todo mi cariño,

Silvia Cruz